





B765
.L84596

SCHOLA LIBERA LULLISMI, Ed. -- Maioricis

- | -

BASES CRITERIOLÓGICAS

del

PENSAMIENTO LULIANO,

por

Francisco Sureda Blanes



BEATUS MAGISTER NOSTER RAIMUNDUS LULLUS

Pinxit: S. Balmori
Matriiti, 1934.



Digitized by the Internet Archive
in 2014

MAR 25 1952
THEOLOGICAL SEMINARY

FRANCISCO SUREDA BLANES

BASES CRITERIOLOGICAS
DEL
PENSAMIENTO LULIANO

1935

Lecciones explicadas en la
Cátedra «*Raimundo Lulio*»
de los «Cursos de Verano» de
la A. C. en Santander, duran-
te el mes de Julio de 1934.

Tratándose de un curso in-
formativo, prodígense las no-
tas bibliográficas y comple-
mentarias en beneficio de los
Sres. Alumnos.

NIHIL OBSTAT
Dr. Gabriel Nava, Censor

IMPRIMATUR
Santanderii, 19 septembris, 1934.
† IOSEP, Episcopus Santanderien

D. O. M.

A

SV EXCIA. REVMA. MONS. FEDERICO TEDESCHINI
DE LA SOBERANA ORDEN DE SAN JUAN DE MALTA

ARZOBISPO DE LEPANTO

NVNICIO APOSTÓLICO DE SV SANTIDAD EN ESPAÑA

CVYAS PALABRAS DE ALIENTO

LLENAS DE NOBLEZA

VNGIDAS DE SINCERIDAD PATERNAL

HA ESCVCHADO TANTAS VECES

CON ÁNIMO AGRADECIDO

EL ANTIGVO OFICIAL DEL VICARIATO GRAL. CASTRENSE

Y HOY EL MÁS MODESTO

DE LOS SACERDOTES MALLORQVINES

D. O. C.

respetuosamente

F. S. B.

EXCELENTÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR:

Hechos políticos, que fuera doloroso recordar, apartáronme brutalmente de la senda de mi vocación, truncando quizás para siempre los gratos quehaceres ministeriales en el seno del glorioso Ejército español. Ésta es la razón porqué, dolorido y quejumbroso, hube de buscar acogimiento en la resignación, y bálsamo que restañase las heridas sangrantes de mi co-

razón de barro. En tal guisa—huélgome de poderlo confesar sinceramente—me adentré con ingenuidad en la lectura de las obras místicas de aquel santo Varón, todo él fuego y áscua, fuente y océano, fuerza y suavidad, de quien pudiera decirse con donosura, que fué

la raíz y la flor de la voluntad perfecta.

En efecto, tal fué el Beato Ramón Lull—de quien tan devoto muéstrase V. E—, en cuyos brazos me acogí confiadamente; y —¡Válgame Dios!—harto puedo agradecer a la Providencia la inmensa fineza de concederme un asilo espiritual seguro y un amigo tan acogedor y efusivo.

Anduve estudiándole por largas y difíciles carreras, pobladas de ánsias e iluminadas de amores. Vile enhiesto, varonil, apostólico, padre y hermano mayor, señalándome cristianamente con su dedo de marfil la senda áspera Y me sentí con fuerzas bastantes. Y le seguí, no sé sin con gallardía, pero sí con osadía, con tesón del alma y copiosas ambiciones. El misterio es fuente de sugestión, sobre todo el de santidad, expandiendo en torno de sí, la onda suave, fuerte y luminosa de un dinamismo vital que es extraordinaria maravilla en la mezquina historia de los hombres.

V. E. estuvo en Mallorca y pudo sentir, en el viejo palacio Sureda de la romántica Calle de Çavellá, la dulzura de un ambiente propicio a las suavidades del corazón; de una paz mallorquina que ha perdurado por rara maravilla a través de muchas centurias; remembranza débil, evocadora de lo que debió comenzar a ser nuestra Mallorca en sus dorados siglos XIII y XIV, los del Beato Ramón Lull, No muy lejos de allí, en la inmensa Iglesia ojival de San Francisco de Asís y en la parte del Evangelio—donde están los únicos grandes, que grandes fueron—, ábrese pequeña,

sombria y misteriosa la capilla de la *Puritat de Nosttra Dona Santa Maria*; y allí a la vera de la Virgen sin mancilla, bajo la gótica ojiva rasgada en el fuerte muro medieval, la macilenta luz de una lámpara votiva ilumina litúrgicamente la losa bajo la cual el cedro incorruptible ofrece, en letras de oro, aquella leyenda inmarcesible, tomada del «*Arbre de Filosofia d'Amor*»:

Yace aquí el Amigo muerto por el Amado y su amor.
Amigo humilde, paciente, leal, osado, juicioso, largo,
y lleno de todo bien;

el que ilumina a muchos amadores
en honrar y servir a su Amado y su amor.

También V. E. sentiría—como cuantos se le acercan ungidos de devoción— «el crepitar de aquellos huesos helados y los récios golpes del huracán apriisionado en el sepulcro»; el ánsia apostólica del santo Varón que perdura aún, después de siete siglos, vibrante y osada, a través de sus libros inmortales. Sobre el frio alabastro aletea la eterna Canción heroica de los elegidos; y llega a los oídos y al corazón de quien sabe escuchar, aquella estrofa decidora: «*Vosotros, los amadores, si quereis agua, venid a mis ojos desatados en llanto; y si quereis fuego, venid a mi corazón y encended vuestras linternas...*»

Yo quise darlo a conocer, más bien que por encargo, por gratitud. El bienaventurado Maestro Ramón ha sido para mí un afable Samaritano. Sus escritos fueron y son mis mejores amigos en la hora de prueba y de aislamiento; y por ello pude ser útil a la Acción Católica que, ejemplarmente vibrante de apostólicos fervores (vislumbrada ya en las páginas inmortales del «*BLANQUERNA*»), sirvióse de esa mi llamita crepitante y mezquina para recordar a los españoles

la imagen señera del Hermano primogénito que quiso y murió en «*pélag d'amor*», para que en las horas amargas que vivimos, —permitidas sabiamente por la Providencia para que acertemos a ser hombres y cristianos—, seamos seguidores de su ejemplo austero y vívido. De esta suerte, sacando fuerzas de flaqueza, divulgué con efusión del alma sus rasgos biográficos en el «Centro de Estudios Universitarios» de Madrid, estudiando luego con más frío análisis su Persona excepcional y transcendental, en los «Cursos de Verano» de Santander, y por último en la benemérita «Societat Arqueològica Luliana» de Palma de Mallorca, explicando las bases criteriológicas del pensamiento luliano.

V. E. Rdma. recibió afablemente la humilde ofrenda de mi Biografía del bienaventurado Maestro, que con noble gesto de generosidad y comprensión, quiso prologar tan sabiamente el venerable Señor Obispo de Madrid-Alcalá, Dr. Eijo y Garay; y hoy acepta V. E. con paternal afecto—al que quisiera saber corresponder plenamente—estas modestas páginas que condensan las lecciones que expliqué, ante un público cosmopolita, en los dos últimos Cursos citados.

Bien quisiera—venerable Señor—que mi ofrenda filial fuese más valiosa; por más que me sé hasta la hartura, que V. E. acepta también bondadosamente y con un mismo afecto de generosidad, así las ofrendas de valía, como las que le presentan llenos de buena voluntad los mezquinos, entre los cuales es forzoso contarme.

Besa respetuosamente el P. A. de V. E. Rdma.
F. SUREDA BLANES

Mallorca, 3 de julio de 1935, festividad del Beato Ramón Lull.

DESDE EL ATRIO

Este «*Primer Curso de Lulismo*», organizado por la Acción Católica de España, siguiendo sabias directivas, precisa que sea eminentemente constructivo. Providencialmente coincide, en días de urgentes memoranzas tradicionales, con el VII Centenario del nacimiento del bienaventurado Maestro Ramón Lull y con la eclosión ubérrima del renacimiento de los estudios lulianos en los países más cultos de Europa.

Si me propusiese hablar solamente sobre una faceta de las múltiples actividades del bienaventurado Maestro, o sobre una de sus teorías originales, sin duda mi cometido sería más académico y espectacular; pero, desde luego, menos eficaz. No he de olvidar que se inicia en España el verdadero renacimiento lulista, y que son muchos y muy discretos los deseos de iniciación y asesoramiento. De aquí que haya creído conveniente proponer las *Bases criteriológicas del Pensamiento Luliano*, haciendo hincapié en las remotas que, no por serlo, se han de presuponer, en buena filosofía de la Historia, como interesantísimas para la comprensión de Ramón Lull; porque es un hecho que las circunstancias *hacen* al hombre. Y como quiera que son bastante erróneos los juicios que suelen emitirse sobre el Medievo y aún sobre la Patria de Ramón Lull, me propongo comenzar deshaciendo minuciosamente las falsas opiniones mantenidas aún en nuestra Patria; por que época y ambiente contienen influencias decisivas en el desenvolvimiento de la personalidad genial de nuestro bienaventurado Maestro. Sobre las bases fundamentales de la vocación luliana puede desarrollarse más fácilmente la sugestiva tarea de *comprender* al Maestro, de *comentarle*

juiciosamente, y de *incorporar el fondo perdurable de sus filosofías a las corrientes reclamadas en nuestra época.*

De esta suerte expondremos someramente los *orígenes remotos y próximos, objetivos y subjetivos* del Pensamiento Luliano y el desarrollo circunstancial de este Pensamiento. Así dejaremos planteado el interesante problema de la *Revisión filosófica del Lulismo*, ofreciéndoos ocasión y modo de reflexionar serenamente sobre el fondo perdurable de la, tantas veces, incomprendida concepción científica luliana, alcanzando a concretar en efectividades científicas la aspiración de nuestro Filósofo hacia el conocimiento de la verdad y la democratización de la sabiduría; hoy, como entonces y siempre, aspiraciones vehementes de las inteligencias selectas.

I—EL LULISMO.

Tarea inoportuna y quizás inútil fuera, caer con una crítica impacable—por más merecida que parezca—sobre los escritores que han tratado de malparar la venerable Persona y las Obras del bienaventurado Maestro Ramón; porque sobre y a pesar de esa ingente labor de zapa, incansable a través de muchos siglos, durante las siete centurias transcurridas se ofrece el *Lulismo* con una insistencia harto significativa y, en buena filosofía de la Historia, lleno de sentido transcendental, como el *Platonismo*, el *Aristotelismo*, el *Neo-platonismo*, el *Tomismo*, el *Cartesianismo*, el *Hegelianismo*, el *Kantismo...*; que otra cosa no significan en la Historia de la Filosofía, que rutas más y menos acertadas, abiertas por el genio humano en su afán de sabiduría, es decir, de exploración de la Verdad y de aspiración a poseerla. De aquí el desarrollo insospechado de la intelectualidad europea, en

la que tanto influyó nuestro bienaventurado Maestro, siendo el primero que democratizó la enseñanza, usando del lenguaje vulgar y creando el primer idioma sabio de Europa.

Esa exploración de la Verdad es árdua, es difícil, y por ende reservada a las grandes mentalidades. La incesante posesión de verdades por la Humanidad nunca es bastante para llenar, ni siquiera para aquietar la noble ambición de la humana inteligencia. De aquí también el desarrollo más o menos fecundo de las intuiciones geniales de los Maestros, que engendran, a través de los tiempos, el *Sentido de Escuela*.

Maestro Ramón fué uno de esos grandes exploradores de la Verdad. La historia nos lo recuerda tan fielmente, que quizás sea difícil hallar otro ilustre Pensador del Medievo, cuya biografía pueda rehacerse tan minuciosamente como la biografía del Maestro Ramón *Barbaflorida*.

En tanto grado es conspícua su figura de gran pensador, que para hallar otra semejante, de intuición tan vasta, tan honda y totalitaria, precisaría adelantarnos hasta Hegel o retroceder hasta Platón, las dos mentalidades autodidactas que por diversa manera alcanzaron la intuición de sistemas planetarios discutibles del pensamiento humano, estimulados por el anhelo de llegar a la unificación científica de los humanos conocimientos. No en vano ha evocado el Papa Pío XI, felizmente reinante (en su Encíclica «*De rerum orientalium*») al «célebre Ramón Lull, Varón de extraordinaria piedad y erudición».

En este nuestro Curso nos compete encararnos ante la verdad histórica que nos ha de revelar la compleja personalidad del bienaventurado Maestro, señalándonos por sus libros y en su apostolado histórico, la ruta esplendorosa que acertó a abrir a los afanes indeficientes de luz de la inteligencia humana.

Sobre lo ejemplar de su figura prócer, hay su obra, el *Lulismo*. Este *Lulismo* ¿existe? En realidad no existe ninguna de aquellas famosas escuelas lulísticas que tan brillante representación tuvieron en Mallorca, Barcelona, Valencia, París, Génova, Roma, Nápoles, Sevilla, Tarazona, Alcalá de Henares, Maguncia, Salamanca... tan valientes y denodadas estas durante y después del Renacimiento y hasta entrado el siglo XIX, que perduraron en España hasta la nefasta supresión de las gloriosas Universidades, cuando se creó artificialmente el provincialismo que, por desgracia, perdura. Mas a pesar de la disolución de las escuelas lulistas, el tema luliano no ha podido agotarse; porque en las seis centurias transcurridas yace tan solamente la enjundia trabajada por sucesivas generaciones de apasionados lulistas. Pero en verdad que otra cosa no hicieron (lo digo con reserva porque permanecen inéditos los más de los comentarios de los maestros lulistas) esos incansables seguidores del Doctor Iluminado, que hilvanar una glosa suscita y más o menos acertada (he visto diferentes textos, entre otros el notable manuscrito del Maestro cisterciense, Don Miguel Quetglas, catedrático de la Universidad Luliana en 1776 de Mallorca, conteniendo la Lógica, la Física y la Metafísica) a algunas de sus obras más conocidas; y aun casi siempre el comentario anduvo condicionado a las exigencias circunstanciales. Por esto es de creer que no hubo en el *Lulismo* una verdadera ampliación, ni siquiera una adaptación temática completa, aunque sí un verdadero «*Sentido de Escuela*». Porque las circunstancias hicieron que el desarrollo de los trabajos de los *lulistas* tuviesen siempre con preferencia un carácter apologético personalista. ¿Iniciará el actual renacimiento el resurgimiento y la fundamentación racional de una *Escuela genuinamente luliana*?

Por buena suerte ya tenemos a nuestro alcance la cantera del genuino *Pensamiento Luliano*. Porque sabemos cuales son las obras auténticas del bienaventurado Maestro; y estas obras se van editando con toda fidelidad en su lengua originaria. Después de las antiguas ediciones lulianas, iniciadas en Venecia en 1480⁽¹⁾, tan abundosas durante los siglos XVI, XVII y XVIII, en el siglo XIX se inician las ediciones críticas, previo estudio y cotejo concienzudo de los códices cuatrocentistas, entre los cuales no faltan los coetáneos del bienaventurado Maestro⁽²⁾, por obra de Jerónimo Rosselló; siguiendo triunfalmente las impresiones por obra de tan competentes varones como Mateo Obrador, Miguel Ferrá y Salvador Galmés⁽³⁾, continuador estrénuo de la obra colosal, el cual acaba de publicar el volúmen XVIII. Estas obras pueden interpretarse adecuadamente, porque la crítica histórica ofrece ya bien caracterizada la Edad Media y bien delimitado el ambiente en que Ramón Lull concibió y actuó; y ya es posible penetrar en la compleja psiquis del bienaventurado Maestro; porque para este estudio psico-biográfico — indispensable para *entenderle* bien — contamos con recientes ediciones críticas de la llamada «*Vita coetánea*»⁽⁴⁾, escrita por sus discípulos, en vida del Maestro, sobre sus personales confesiones; con no pocos documentos coetáneos y cuasi-coetáneos; y, sobre todo, con los libros personalistas y las notas auto-biográficas abundantemente esparcidas en la inmensa producción científica y literaria del Maestro. A más de este ingente caudal de conocimientos fehacientes, de valor extraordinario e indiscutible, tenemos asimismo bastantes documentos indirectos que ofrecen testimonio fidedigno sobre las circunstancias excepcionales en que vivió, se ejercitó, escribió y actuó. Todo este enorme caudal asesorador — que muy difícilmente hallaremos con tanta

abundancia y fidelidad con respecto a otras grandes figuras medievales — nos descubre bajo la fronda pomposa de la leyenda, el verdadero ambiente y la psicología interesantísima del bienaventurado Maestro. Luego tenemos a nuestro alcance las más sólidas bases para poder intentar con promesa de fecundidad, una fiel y serena interpretación del «*Pensamiento Luliano*».

Al presente, como dije, no urgen aquellos afanes de vindicación de su ortodoxia ni siquiera de su santidad, como antaño urgían. De esta nadie duda. Las mismas tendencias más o menos racionalistas, urgidadas por el momento histórico en que vivió Ramón Lull, compaginanse, a la luz de una crítica severa e imparcial, con la doctrina ortodoxa de la Iglesia; no siendo otra cosa que manifestaciones necesarias de un vehemente impulso de llevar a la inteligencia de los infieles y descreídos la fuerza vital y humanísima del «*rationabile obsequium*» paulino, en días de grande escepticismo, entre las clases estudiosas; de aquí que su racionalismo sea pulcramente ortodoxo. Por lo demás ya nada pesa, venturosamente, aquella mala fe de antaño entre bandos escolares antagónicos, de cuyas luchas acerbadas fué nuestro bienaventurado Maestro la primera víctima; hoy ya nadie le tilda de heterodoxo, después de la aprobación del Culto que se le tributa y del rezo litúrgico; ni siquiera de alquimista⁽⁵⁾! Porque hoy se investiga el *Pensamiento Luliano* en el mismo abundoso acervo de las producciones auténticas. La fecundidad de esta profunda investigación resalta e imprime carácter al actual renacimiento de los estudios lulianos.

II — El Renacimiento de los Estudios Lulianos.

Este renacimiento viene caracterizado por un sereno espíritu de crítica, es decir, de revisión de valores. Los *lulistas* de antaño, no pudieron alcanzar comple-

tamente — como dijimos — esta imparcialidad; ni aún muchos de los escritores del mismo siglo XIX, (Rénan⁽⁶⁾ por ejemplo) no acertaron en señalar perfectamente la personalidad verdadera del bienaventurado Maestro, y por esto no pudieron llegar a una comprensión justa de su *pensamiento* por desconocer influencias ineludibles y su especialísima psicología. En los mismos considerables trabajos de Littré-Haurèau⁽⁷⁾, no ha sido fielmente comprendida la valoración transcendental del *Pensamiento luliano*. Pero ¿quien — después de los interesantes estudios realizados en lo que va de siglo XX, que iremos citando, y de las cuestiones consiguientemente planteadas — puede aceptar como un augurio discreto que «el *Ars Magna* ha caducado para siempre⁽⁸⁾»? En una época como la nuestra, en la que se retorna al Medievo con el corazón abierto y la mente despierta, en busca, no solamente de una fe religiosa, sino también de más fe en la razón; cuando después del desolador materialismo del siglo pasado, del mecanicismo del primer decenio del presente y del fracaso de tantos filosofantes postrenacentistas, se vive aún de las migajas del festín ateniense transmitidas por los grandes pensadores medievales; cuando el gran mundo intelectual moderno restaura ansiosamente sus fuerzas volviendo los ojos a los días juveniles de nuestra cultura y de nuestra historia europea, es decir, al Medievo, en que aparecieron y culminaron los colosos del pensamiento cristiano; en un tiempo en que la pedagogía busca afanosamente la razón en el símbolo, la parábola y la sinópsis. . . ¿No es hartó afirmar, así, rotundamente, que la restauración filosófica del *Lulismo* es «*empresa temeraria, condenada irremisiblemente al fracaso cuantas veces se intente*»? ¿Es que el estudio del *Lulismo* y las multiplicadas actividades del actual renacimiento de los estudios lulianos han de reducirse

al simple conocimiento de lo anecdótico? ¿Es que ha surgido en el horizonte un genio capaz de cerrar con doble candado la ruta abierta al pensamiento europeo y mediterráneo, por el Beato Ramón?

III—El gérmen de la vasta producción luliana.

Hállase en el «*Ars Magna*» o mejor en el «*Art d'atrobare veritat*»⁽⁹⁾. Todos los demás «*Arts*» lulianos son hijuelos o ramas frondosas y fructíferas de aquel gérmen transformado en árbol corpulento y hermoso, como el que brotó de la semilla de mostaza de la parábola evangélica. Esta es la razón porque, durante los siglos anteriores y especialmente en los XVI, XVII y XVIII, cuando el aspecto enciclopédico del saber luliano fué casi lo único importante, Ramón Llull pudo ser sencillamente el *Doctor Iluminado* del «*Ars Magna*», libro fundamental que intuyera inesperadamente en el Monte de Randa; y este libro fué tenido como guía compendiosa de hallar toda verdad. Este concepto era justo, por cuanto el «*Ars Magna*» centra toda la investigación luliana, girando siempre sobre la Suma Bondad y demás *Dignidades* divinas. Desde el «*Art d'atrobare veritat*» hasta el «*Ars generalis et ultima*»⁽¹⁰⁾, que es su complemento definitivo (con la que la imprenta inició las impresiones lulianas, en 1480), desfila la serie abundosa de otras muchas *Arts*; por ejemplo: «*Ars Amativa boni*»⁽¹¹⁾; «*Ars intellectiva veri*»⁽¹²⁾; «*Ars inveniendi particularia in universalibus*»⁽¹³⁾; «*Ars universalis*»⁽¹⁴⁾; «*Art de fer e soldre questions*»⁽¹⁵⁾...; «*Ars compendiosa medicinae*»⁽¹⁶⁾; «*Ars Iuris*»⁽¹⁷⁾; «*Ars praedicationis magnitudinis*»⁽¹⁸⁾...; «*Ars magna praedicationis*»⁽¹⁹⁾...; «*Ars demonstrativa veritatis*»⁽²⁰⁾...; «*Ars contemplationis*»⁽²¹⁾..., etra. Y entre estos artes, maravillosos estetismos filosóficos, otros muchos libros los

más variados, en que se manifiesta, o cuando menos se revela el «Ars» del Maestro Ramón. Este concepto ya se vislumbra en la primera, probablemente, de las obras de Ramón Lull, escrita en árabe y vertida por el mismo al catalán, es decir, el «*Llibre del gentil e dels Tres Savis*».

El «*Ars Magna*» y sobre todo su resúmen «*Ars brevis*»⁽²²⁾, fueron los principales y verdaderos libros de texto de las escuelas lulianas, por los que se mantuvo constante el espíritu de la filosofía del bienaventurado Maestro. De la primera existe la edición monumental de Maguncia (1721); la segunda fué reiteradamente impresa, conociéndose dos ediciones incunables (Barcelona, 1485 y 1489); una versión francesa (París, 1632); quince ediciones latinas, desde la de Aviñón, (1511), hasta la postrera (Mallorca, 1744); siendo Barcelona (1485, 1511, 1565), Roma (1513), León (1514), París (1632, 1578), Estrasburgo (1589, 1609, 1612, 1617, 1651), Tarazona (1613, 1629) y Mallorca (1669, 1844), los centros editoriales desde los cuales el sistema luliano fué divulgado por toda Europa.

La concepción de un *Arte y Ciencia general* como método de hallar y exponer verdad, expresión fecunda de un intento de unificación del saber, atrajo a Ramón *Barbefleurie* la glorificación en la Universidad de París⁽²³⁾, en los precisos días en que se plasmaba el genuino pensamiento europeo, cuando se desarrollaba el gran drama intelectual producido por el choque violento de la tradición de que Europa era poseedora, con el racionalismo averroista inoculado subrepticamente por los comentarios y doctrinarismos árabes y hebreos españoles, del acervo filosófico griego, estableciendo el divorcio y aún la contrariedad entre la verdad filosófica y la verdad teológica, entre la fe y la razón. Entonces fué Ramón Lull, al

decir de Langlois ⁽²⁴⁾: «*Le plus bizarre météore que ait décrit sa courbe a l'horizon litteraire de la France a la fin du XIII^{me}. siècle*». Por esto Rénan, historiador del *averroismo*, no titubeó en llamar al Maestro «*Héroe de la cruzada antiaverroista*» ⁽²⁵⁾. En efecto, Ramón Lull fué—nadie podrá discutirle la palma—el defensor estrénuo del pensamiento cristiano, es decir, europeo, contra un pensamiento filosófico extraño; el sostenedor indomable de la verdadera cultura filosófica europea contra la irrupciones del filosofismo exótico; el vindicador de la ortodoxia frente a la heterodoxia más o menos velada. Fué aquella una lucha terrible en defensa de la personalidad filosófica de la joven Europa; Ramón Lull, con su apostalado científico, puso de manifiesto a las faz de la historia el «*sentido vital*» de aquellos pueblos jóvenes que sentían ansiosamente la urgencia del propio crecimiento intelectual y del afianzamiento de su personalidad en el tiempo y el espacio.

Después de la muerte del Maestro comprendiose que su *Ciencia* había echado raíces profundas donde quiera se habían recibido sus enseñanzas; que fué en todos los grandes centros intelectuales. Y en todo Europa perduró su recuerdo, forjándose tempranamente su leyenda, tomando nueva vida y consistencia sus hazañas heroicas. Sus discípulos le amaron intensamente y le vindicaron con energía a través de las centurias. Al mismo prestigio de Maestro Ramón—el «*Raymundus Lullus*» del «*Ars inveniendi veritatem*»—acogiéronse los alquimistas prenenacentistas y del mismo Renacimiento, atribuyéndole obras y más obras de alquimia ⁽²⁶⁾; ni faltaron otras también atribuidas, de fuerte sabor luliano, sin ser lulianas.

Hasta el siglo XVIII no terminaron los embates de los enemigos del Maestro; ni ha faltado—para mayor gloria suya—en pleno siglo XX, algún anacrónico de-

tractor⁽²⁷⁾. Esta obra de constante arremetida, hizo que los seguidores del bienaventurado Maestro tuvieran que estar siempre a la defensiva, malográndose en buena parte el desarrollo del *Opus Iuliano* y por ende de las mismas escuelas Iulistas.

La obra nefasta, de constante y odiosa arremetida, inicióse en el mismo siglo XIV, años después de la muerte heroica del Maestro, por aquel hombre pasional llamado Eymerich⁽²⁸⁾, dos veces inquisidor y otras tantas depuesto del cargo; siguió a través de los siglos siguientes, con intervalos de tregua; reprodujose odiosamente en pleno siglo XVIII por el nefasto obispo Juan Díaz de Guerra⁽²⁹⁾ y el ilustre y ambivalente erudito P. Benito Feijoo⁽³⁰⁾, poniéndose de nuevo la pasión al servicio del encono. Pero frente a cada uno de los enemigos del venerable Maestro levantáronse incansable sus seguidores: de esta suerte, ya en pleno siglo XIV, correspondió un amor intensísimo al Maestro y una adhesión a las propagandas de Eymerich; y hallamos a un delegado pontificio, el Arzobispo de Tarragona Juan Clascar⁽³¹⁾, que recoge documentalmente en una información oficial (críticamente difícil de destruir) las armas verídicas por las cuales debían quedar disueltos los malévolos argumentos de Eymerich, llenos de odiosidad, cobardía y falsedades.—Al iniciarse el Renacimiento recrudesció de nuevo la lucha contra el Maestro; pero reanudose como siempre la gran tarea vindicadora, reanimándose las escuelas Iulianas, aumentando la solemnidad del culto al Maestro en las Iglesias y a sus venerandas reliquias, defendiéndose su santidad. Poco después comenzaba la época de los grandes apologistas del Maestro, destacándose el Padre Custurer, S. I.⁽³²⁾, de la Escuela Iulista de Mallorca; el Maestro Pedro Deguí, iniciador en Sevilla de un centro editorial Iulista de importancia⁽³³⁾; del Maestro Nicolás de Pax,

organizador de la Escuela Lulista en la recién fundada Universidad de Alcalá de Henares⁽³⁴⁾, por encargo expreso y vehemente del eximio Cardenal Cisneros; el franciscano P. Fornés, de la Escuela Lulista de Salamanca⁽³⁵⁾; el bolandista Du Sollier, en Amberes⁽³⁶⁾; Salzinger, de la Escuela Lulista de Maguncia; y más recientemente, a final del siglo XVIII y principios del XIX, el eruditísimo ex-Abad del Cister Padre Ramón Pascual, cuyas «*Vindiciae Lullianae*»⁽³⁷⁾, publicadas en Aviñón, contituyen un glorioso ejemplo de crítica razonada y sagaz, que aún no han perdido su actualidad.

Desde Adolfo Helferich⁽³⁸⁾, que inició la obra de revisión crítica, hasta el ilustre P. Longpré⁽³⁹⁾, lulista de los más ilustres entre los actuales, cuya interpretación es sin duda la más justa y la más razonada, entre las recientes revisiones personales; y Carreras y Artau⁽⁴⁰⁾, iniciador en España de la obra revisionista, son muchos los que intentan una interpretación razonada del Pensamiento filosófico de nuestro bienaventurado Maestro, ofreciendo el hermoso espectáculo de un resurgimiento fecundísimo de los estudios lulianos.

En el fondo misterioso de la triunfal energética del Medievo; en el choque de aquellas tendencias vitalísimas, sociales, políticas y personales, tantas veces contrapuestas, que hubo de sentir el Maestro; en los luminares de la tradición heredada, acogida y defendida con entusiasmo, en el impulso vital de aquel «*Convertido por amor de Dios*» que atajó todos los caminos haciendo vibrar su corazón de fuego en un anhelo infinito de apostolado, hallaremos razones abundosas para fundamentar nuestra teoría revisionista del Pensamiento filosófico luliano, que llenará la parte primera y principal del Curso; en la segunda parte, es decir en las últimas cinco lecciones, aplica-

remos la doctrina expuesta, intentando una explicación logística del Pensamiento luliano, terminándola con la revisión crítica, aunque somera del «*Libre de demostracions*», donde culmina la supervaloración de las razones lógicas, genialmente ideada por el venerable Maestro Ramón.

NOTAS

(1) El primer centro editorial luliano fué Venecia y el primer editor el famoso Felipe Petio. La primera obra impresa fué el «*Ars generalis et ultima*» (1480) editada en latín y vertida del original catalán. El segundo centro editorial fué Barcelona, iniciándose con las ediciones incunables «*Ars brevis*» (1481) y «*Arbor Scientiae*» (1482); a cuyas impresiones siguieron las de las obras del Maestro Deguí, «*Ianua Artis*» (1482) y «*Opus formalitatum seu Metaphysica*» (1491). El tercer centro editorial fué Roma, en 1485. Siguieron Sevilla (1491); Lión (1491); París (1499); etra.

Véase: ROGENT Y DURÁN, «*Bibliografía de les Impressions Lul·lianes*» (Barcelona, 1927). Esta notable Bibliografía alcanza hasta 1868 con un total de 431 referencias.

(2) Son numerosos los códices existentes esparcidos por las principales bibliotecas europeas: ni faltan los códices coetáneos; por ej. el «*Libre de Contemplació*», manuscrito, existente en la Biblioteca Ambrosiana de Milán; va fechado en 1280; es decir que fué escrito cuando Ramón Lull tenía unos 47 años. Murió el Maestro, probablemente, a los 83 años.

(3) Jerónimo Rosselló inició estas ediciones con la impresión de las «*Obres rimades*» (Mallorca, P. J. Gelabert, 1959). En el mismo siglo XIX, se había impreso en París la versión francesa de la Parte IV del «*Libre del Gentil*» (París, Silvestre, 1831) bajo el nombre de «*Livre de Loi au Sarrazin*»; lo publicaron Reinaud y Michel, sobre el códice n.º 48 de la Biblioteca Nacional (entonces Real) de París. En 1852 (Mallorca, por F. Ramis) se publicó la versión castellana del «*Desconort*», obra de Nicolás de Pax; algunas biografías, novenarios, sermones y estudios críticos de estima. A Rosselló corresponde la gloria de haber iniciado la publicación crítica de las obras originales del bienaventurado Maestro. Las publicadas hasta hoy (julio 1935) son las siguientes:

1859 Vol. I—por Jerónimo ROSSELLÓ: *Obres Rimades*.

1901 Vol. II.—por Jerónimo ROSSELLÓ: *Libre del Gentil e dels Tres Savís, Libre de la Primera e Segona Intenció i Libre de Mil Proverbis.*

1901 Vol. III.—por Jerónimo ROSSELLÓ: *Arbre de Filosofia d'Amor, Libre d'Oració, L. de Deu, L. de Conexença de Deu i L. del Es de Deu.*

1903 Vol. IV -por Mateo OBRADOR: *Felix de les Maravelles del Mon..*

Ediciones de la "Comissió Editora Luliana"

1903 Vol. I por M. OBRADOR: *Doctrina Pueril, Libre del Orde de Cavalleria i Art de Confessió.*

1906 Vol. II—por M. OBRADOR: *Libre de Contemplació* (Caps. I 59).

1906 Vol. III -por M. OBRADOR: *Libre de Contemplació* (Caps. 60 102).

1910 Vol. IV—por M. F.: *Libre de Contemplació* (Caps. 103 —168).

1911 Vol. V —por S. GALMÉS: *Libre de Contemplació* (Caps. 169—226).

1913 Vol. VI —por S. GALMÉS: *Libre de Contemplació* (Caps. 227 268).

1913 Vol. VII—por S. GALMÉS: *Libre de Contemplació* (Caps. 269—314).

1914 Vol. VIII—por S. GALMÉS: *Libre de Contemplació* (Caps. 315—366).

1934 Vol. IX—por S. GALMÉS y M. FERRÁ: *Blanquerna.*

Ediciones de Mossen Salvador Galmés

1915 Vol. X—por S. GALMÉS: *Libre de Sancta Maria, Hores de Sancta Maria i Libre de Benedicta Tu in mulieribus.*

1917 Vol. XI por S. GALMÉS: *Arbre de Sciencia* (Tomo I).

1923 Vol. XII—*Arbre de Sciencia* (Tomo II).

1926 Vol. XIII—*Arbre de Sciencia* (Tomo II).

1928 Vol. XIV—*Proverbis de Ramón, Mil Proverbis i Proverbis d'ensenyament.*

1930 Vol. XV—*Libre de Demostracions.*

1932 Vol. XVI—*Art Demostrativa, Regles Introductories i Taula General.*

1933 Vol. XVII—*Art Amativa i Arbre de Filosofia, desiderat.*

1935 Vol. XVIII—*L. d'Intenció, Arbre de F. d'Amor, Oracions i Contemplacions.*

Total: 33 obras lulianas, incluyendo el «Libre de Benedicta Tu», cuya autenticidad no acepta el Sr. Galmés, contra el sentir de otros; Contemplatio R. y Compendiosa Contemplatio.

Durante este último tiempo se han publicado también en España, entre otras, las siguientes obras:

Por la "Biblioteca de Filósofos Españoles"

1928 *Libro del Ascenso y Descenso del Entendimiento*, reimpresión de la versión castellana de 1755.

1929 *Blanquerna*, Reimpresión de la de Mallorca, 1749.

Por la "Nueva Biblioteca Fisisófica"

1933 *Libro de los Proverbios* (por F. S. B.), *Proverbios de enseñanza* (por F. S. B.) y *Libro de las Bestias* (7.^a P. del *Libre de les Maravelles*); reimpresión éste de la versión de Jerónimo Rosselló.

"Edicions Catalunya"

1904 *Libre d'Amic e Amat*, por M. Obrador.

Colección "Els nostres clàssics"

1925 *Poesies*, Notas de Alós y Moner.

1927 *Llibre d'Amic e Amat i Libre de Santa Maria*. Texto por Marçal Olivari; Notas por S. Galmés.

1931 y 1934 *Llibre de Maravelles*; Notas por S. Galmés, en 4 vols.

Otras ediciones recientes

1882 Por Menéndez y Pelayo: *Blanquerna*, Madrid.

1901 Por Menéndez y Pelayo: *Llibre del Orde de Cavalleria*

1905 *Libre de Sancta Maria*. Societat Cat. de Bibl. Villanueva y Geltrú.

—*Libro del orden de Caballeria*, Barcelona, págs, 78.

1919 Por «Editions de la Sirèn»—*Livre de l'Ami et de l'Aimé*... versión a Dr. Barrau y Max Jacob, París.

1921 Por «Le Livre Catholique»—*Livre de l'Ami et de l'Aime*, Traduit du catalan par Marius André, París.

1923 Por «S. P. C. K.»—*The Book of the Lover and the Beloved*, translated fre catalan... by E. Allison Peers, Londres, S. P. C. K.

1925 Por «Buns, Oates et Washbourne»—*Thoughts of Blested Ramon Lull*. for Every Day Compiled by E. Allison Peers, Londres.

1925 Por «S. P. C. K.»—*The Art of Contemplation*, translated... by E. Allison Peers, Londres.

1926 *Blanquerna: A thirteenth Conturb Romance*. Translated... by E. Allison Peers, Londres.

1926 Por «S. P. C. K.»—*The Tree of Love*, translated... by E. Allison Peers, Londres.

1926 Por «The Early English Text Society»—*The Book of the Ordre Chyvalry*, translated and printed by William Caxton from a French version of R. I. «Le Livre del Orde de Cavayleria», together with Adam Loutfout's Scottish transcript... edited by Alfred T. P. Byles.

1927 Por «Burns, Oates & Washbourne» *The Book of the Beats*, translated... by E. Allison Peers, Londres

1927 En «Criterion» - *Liber de Acquisitione Terrae Sanctae*, edición del P. Efrén Longpré, Barcelona, año III págs. 265-278.

1930 En «Etudes de Philosophie Médiévale»—*L'Arts Compendiosa de R. L....* par Carmelo Ottaviano, París, Librairie Philosophique.

1932 En «Estudis Universitaris Catalans»—*Ars Infusa*. Edición de Salvador Galmés, Extracto del Vol. XVIII de «E. U. C.», Barcelona.

1933 En «Collezione Mistici»—*Il Libro dell'Amico e dell'Amato*, versión... por E. Mele, Lanciano «C. M.», vol. XV.

1933 Por la Biblioteca Balmes—*L'Opuscle de S. L. sobre Lo Pecat d'Adam*, por Francesc de B. Moll, Barcelona.

1934 Por J. Taljé, Arenys de Mar—*Art Breu*, versió catalana adaptada al lector modern, per Moss. J. Avinyó, Barcelona.

(4) Cuéntase con ediciones críticas de los dos códices de la «Vita» coetánea, catalán y latino. El primero (Ms. del *British Museum*, 16432) ha sido editado recientemente por F. de B. Moll (Palma de Mallorca 1933), y el segundo (Ms. Lat. de la *Bibliothèque National* de París, 15450) por el holandista P. B. de Gaiffier (Annalecta Bolandiana, Bruselas, 1930). Ambos códices concuerdan generalmente, pero es más difuso el texto catalán. El P. CUSTURER (*Dissertaciones históricas del Culto Inmemorial del B. R. L. y de la inmunidad de censuras...* etra. Mallorca, 1700, pág. 478) se inclina a dar prioridad al códice latino; opinión que impugna el P. PASCUAL *Vindiciae Lullianae*—Aviñón, 1778, Tomo I). El Dr. RUBIO («*Revista dels Llibres*», n.º 14 y 15, pág. 91 y siguientes; «*Estudis Universitaris Catalans*», Barcelona 1917, T. XII, pág. 477) concede prioridad a la latina; y no faltan quienes las hacen gemelas (como ENTWISTLE, en «*Butletin of Spanish Studies*», Londres, T. V. págs. 90 y siguientes). Esta «*Vita Raimundi Lulli*» tiene indudablemente capital importancia, por el hecho de ser coetánea del bienaventurado Maestro, no alcanzando sino hasta 1311 (Ramón Lull murió en 1316, probablemente), y ser escrita según la narración oída de los mismos labios del Maestro. Los documentos históricos y el gran número de notas autobiográficas esparcidas en las obras de

Ramón Lull, corroboran plenamente la historicidad de la «Vita». Es conceptuada, por esto, una de las primeras y más auténticas fuentes de conocimiento histórico-luliano.

Las principales biografías impresas en lo que va de siglo XX, son las siguientes:

1900 *Le Bienhereux Raymonde Lulle*, París, Colección «Les Saints» por Marius André.

1902 *Raymund Lullus, first missionary to the Moslems*, New-York.

1903 *Raymundus Lullus*, por Barber, En la «Protestantische Realencyclopaedie», Vol. XI, págs. 706 y 716.

1904 *Raymonde Lull, the Illuminated Doctor*, por W. T. A. Barber, Londres.

1906 *Vida popular del Beato Ramón Lull*, por M. Obrador Bannasar. Permanece inédita en Mallorca.

1906 *Il Beato Raimondo Lullo*, por O. Golubovich, O. M. F. En «Bio-bibliografía della Terra Santa e dell Oriente Franciscano», Vol. I, págs. 361 y 392, Quaracchi, Italia.

1906 *Le Bienhereux Raimonde Lulle*, por el P. Michel Biel En «Etudes Franciscaines», Tomo XV, 361 y 392.

1907 *Vida del Beat Ramon Lull*, por Mn. Antonio Blanch, Barcelona.

1909 *Raymundus Lulls ind sine Stellung zur arabischen Philosophie*, por el P. Otto Keicher, O. M. F. Munster.

1912 *Ramon Lulls Kreuzzugsdeen*, por Adan Gottron, Berlin.

1912 *El Terciari francescà Beat Ramon Lull... Sa vida i l'història contemporànea*, Igualada, por Mossen Joan Avinyó.

1014 *Vida abreviada del Beat Ramon Lull*, por Mossen Antoni M.^a Alcover, Ciutat de Mallorca.

1915 Primera edición del Códice catalán de la «Vita» coetánea, en el Boletín de la R. A. de Buenas Letras, Barcelona, Tomo VIII, por Mossen Salvador Bové.

1915 Reedición de la anterior, en el «Bolletí de la Societat Arqueològica Luliana» de Mallorca, Tomo XV, números 427 y 29.

1915 *Vida Popular del Beat Ramon Lull*, por el Dr. Don Jaime Borrás Rullan, Dos ediciones el mismo año, Mallorca.

1915 *Vida compendiosa del Beat Ramon Lull*, por Mossen Salvador Galmés, Palma.

1916 *Vida i Actes del Reverend Mestre i Benaventurat Martí y Ramon Lull*, por Mn. Llorens Ribet, Ciutat de Mallorca.

1919 *Don Raymon. History of Raymon Lull*, por Elsie K. S. Smith, Londres. Muy novelesca.

1920 *Raimundus Lullus, Der Caballero espiritual*, por R. Streit. En «Zeitschrift für Missionswissenschaft», pág. 137-140. Muy superficial,

1921 *Le bienhereux Raimonde Lull*, por Maurice Beaufreton, en «Anthologie Franciscaine de Moyen-âge. Paris, páginas 227-267.

1921 *Ramon Lull und seine Schule*, Fünzen Fahre Königliche and Staatsbibliothek, págs. 36-47.

1921. *Vida abreujada del Benaventurat Mestre Ramon Lull*, por Mossen Llorens Riber, Barcelona, «Associació Protectora de l'Ensenyansa Catalana».

1922 *Raymond Lully illuminated Doctor, Alchemist and Christian Mystic*, por A. E. Waite, Londres.

1923 *Ramon Lull*, por A. K. W. Kumm.

1925 *Páginas brillantes de la historia. Raimundo Lulio. Una vida de mártir narrada a los niños*, por A. Martínez Tomás, Barcelona.

1926 *Un originale filosofo medioevale. Raimondo Lull*, por Vittorio Longo, Turín.

1926 *Ramón Lull*, por J. Rubió y Balaguer. Art. de la «Enciclopedia Universal Ilustrada» de Espasa, Vol. XLIX.

1926 *Raimundo Lulio*, por Lorenzo Riber. Barcelona, F. T. D.

1926 *Lulle, Raimonde*, por Efrén Longpré. Art. del «Dictionnaire de Theologie Catholique», Paris, Letuzey, Vol. IX, páginas 1071-1141.

1927 *A life of Ramon Lull*, by E. Allison Peers. Versión inglesa del cod. cat. de la «Vita», Londres.

1927 *De la vida del Iluminado Raymundo Lull, natural de Mallorca y de su Martyrio*, por el Dr. J. Binimelis; incluida en la «Nueva Hist. de Mallorca, escrita en 1593. Tomo V. Lib. VI, cap. I, editada, con la fecha señalada, en Palma.

1929 *Un Apôtre du XIII siècle-Le Bienhereux Raymond Lulle, Tertiaire franciscain*, par D. Choquet, Rabat.

1929 *Ramon Lull. A Biography*, by E. Allison Peers, Londres.

1930 *Vita Beati Raimundi Lulli*. Ed. crítica de la «Vita» coetánea en su texto latino, por el P. B. Gaiffier, Bruselas-Paris, Bollandistas.

1933 *Le Pécheur d'âmes (Ramon Lull)*, por Felix M. Beauchemin, O. M. F.; Cap. IV de su obra «Le Savoir au service de l'Amour», Montréal.

1933 *Vida coetanea del Reverend Mestre Ramon Lull*.

ed crítica del original catalán de la «Vita» coetánea, por F. de B. Moll. Palma.

1934 *El Beato Ramón Lull. Su época, su vida, sus obras, sus empresas*, por Francisco Sureda Blanes, Madrid, Espasa-Calpe.

1935 *Vida del B. Ramón Lull*, por L. Riber.

(5) La leyenda de *Raymundo Lulio Alquimista* se forja en el siglo XV, por acogerse a su prestigio (como al de Alberto Magno, Bacon, Santo Tomás, etra.) los alquimistas del Renacimiento. En 1514, Venecia inicia la serie de impresiones de obras de alquimia pseudolulianas, con la edición del «*Liber de secretis naturae, seu de Quinta essentia*».

R. de Luanco (*Ramón Lull considerado como alquimista*, Barcelona, 1870; *La Alquimia en España*, Barcelona, 1889-1897) inició una crítica, cuyo resultado (certificado por los autores de la *Histoire Litteraire de la France*, Vol. XXIX; Torres y Bages, *La tradició Catalana*, 3.^a ed. Barcelona, 1913, etra.) es el de que nunca fué R. L. alquimista. Los argumentos los concretan Rogent y Durán (*B. de les I. L.* pág 49) en tres: Ramón Lull en sus obras auténticas, condena la alquimia; existen catálogos contemporáneos y cuasi contemporáneos de las obras del Maestro, y en ninguno de ellos figura ninguna obra de alquimia; no se conoce ningún manuscrito de obras de alquimia, cuando superabundan los de obras auténticas. Agreguemos que en las mismas obras de alquimia atribuidas a R. L. se contienen los más crasos errores de todo orden. Por ej. en la citada, se habla del Maestro alquimista Lortelain, que vivió 50 años después del Maestro. No obstante, la espléndida edición maguntina debía ser un monumento a Ramón Lull alquimista.

(6) RENAN, *Avérores et l'Avérroisme* (Paris, 1885). Tampoco O. KEICHER en *Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters, VII, Raimondus Lolius und seine. Stellung zur Arabische Philosophie* (Munich, 1900), a pesar de reconocer (pág. 49) que Ramón Lull resume y condensa en su vida extraordinaria el carácter de su época y de su patria, no penetra completamente la psicología del Maestro, intensamente franciscana.

(7) *Histoire Litteraire de la France*, Vol. XXIX (Paris, 1885).

(8) T. CARRERAS Y ARTAU, *Revisión filosófica del Lulismo* (En «*Cruz y Raya*», Madrid, dic. 1933, 9) Pág. 69.

(9) El «*Art d'atrobare veritat*» fué llamada, desde los primeros tiempos del Lulismo, «*Ars Magna*», «*Ars Major*» y también «*Ars compendiosa inveniendi veritatem*». La escribió el Maes-

tro en Mallorca en 1272-73, inmediatamente después de la intuición de Randa.

(10) La comenzó a escribir en Lión, en 1306, y la terminó en el Monasterio de San Donnino, de Pisa, en 1308. Es el complemento natural del «*Ars Magna*», y fué la primera obra luliana divulgada en letras de molde.

(11) Desarróllase en este libro su filosofía mística de amor. Fué escrita en Montpellier, 1289-1292.

(12) Llámase también «*Ars inventiva veritatis quae est instrumentum intellectivae potentiae*». Fué acabada en Montpellier en 1289.

(13) Escrita en Montpellier, en 1293.

(14) Llámase también «*Lectura artis compendiosae inveniendi veritatem*».

(15) Escrita en Italia (Nápoles?) entre 1292-95.

(16) Escrita en Montpellier, en 1283. Adelantándose R. L. a la medicina moderna, pregona la medicina preventiva y en la enfermedad el procedimiento basado en la acción de la naturaleza.

(17) Es la obra fundamental de la concepción jurídica luliana. Escrita en Montpellier, 1283-1285.

(18) Llamada también «*De novo modo demonstrandi*». Escrita en Montpellier, 1312.

(19) Montpellier, 1305.

(20) Montpellier, 1274-75.

(21) Última parte del «*Blanquerna*», escrito en Montpellier hacia 1284.

(22) Seu *Artificium*. Escrito en Pisa, 1307-08. Es la obra que con más ediciones impresas cuenta y aún, al parecer, manuscritos. Esta profusión la explica el hecho de servir de texto en las escuelas lulianas.

(23) El testimonio fehaciente de la aprobación de la ciencia luliana por la Universidad de París, data de febrero de 1310. Lo transcribe el P. Pascual en sus «*Vindiciae Lullianae*», Tomo I (Aviñón, 1778) págs. 276-77. Señala el mismo P. Pascual la existencia de una copia autenticada de 26 de abril de 1313. Puede hallarse en Boulay, en su Historia de la Universidad de París, Cit. por Avinyó, *El Terciari Francesca B. R. L.* (Igualada, 1912) pág. 438.

(24) Ch. V. LANGLOIS, *La Vie en France au Moyen-âge. La Vie Spirituelle* (Paris, 1928) págs. XXIV-XXVI. Es mucha la erudición de Langlois; pero deforma lamentablemente la personalidad de R. L., interpretándole parcialmente, para hacer resaltar un racionalismo heterodoxo que, en realidad, no existe en nuestro bienaventurado Maestro.

(25) RÉNAN, o c. pág. 255.

(26) Véase la Nota (5) anterior.

(27) Po- ej. el dominico español P. Sabino M. Lozano. Véanse: «*Actas del Congreso Internacional de Apologética*» (Vich, 1911), Tomo I, pág. 115. Fué refutado por BOVÉ en su «*Al margen de un discurso. El Rdo. P. Sabino Lozano, O. P. en el Congreso Internacional de Apologética de Vich* (Seo de Urgel, 1912).

(28) Hombre severo y cruel, ejercitó algún tiempo una dictadura de terror, siendo por dos veces depuesto del cargo de Inquisidor y por fin expulsado de los dominios de la Corona de Aragón en 1393, como «escandaloso y funesto» Creyó ver numerosos errores en las obras de R. L. especialmente en el libro *Filosofía d'amor*, consiguiendo que Gregorio XI abriese una información por Breve de 1372, con escaso éxito. Por otro de 1374 se ordenó remitir el citado libro para su examen; pero los catalanes, heridos en su amor propio, contestaron que un libro catalán debía ser juzgado en Cataluña. Eymerich violentó las cosas hasta fingir una bula de Gregorio XI, condenando a Ramón Lull, continuando después, en Aviñón (acogido a la corte Clemente VII) en molestar a los lulistas. Estos deputaron a Antonio Riera, Maestro de la Escuela Lulista de Valencia, cuyo primer hecho fué registrar los archivos pontificios de Aviñón con objeto de ver la pretendida Bula de Gregorio XI; no habiéndose hallado ni ésta, ni siquiera referencias, se levantó acta, en 10 de julio de 1395. En 24 de marzo de 1419 se sentenció definitivamente, anulando la Bula antilulista como «falsa» u «obtenida subrepticamente». El cruel Eymerich murió en 1399 dejando en su *Directorium Inquisitorum* el texto de la falsa Bula y los más despectivos juicios contra Ramón Lull. Entre otros epítetos de mal gusto, les dirige los de «lego fantástico» y «comerciante inepto»!!!

(29) Juan Diaz de Guerra, Obispo de Mallorca, persiguió el culto tradicional que se daba al Beato. Entre otros hechos de su lamentable episcopado, cuéntanse el destierro del eximio Maestro lulista franciscano P. Fornés; mandó interrumpir la impresión de un libro titulado *Epítome de la fama y virtud del Beato Raymundo Lulio*; persiguió a la monja dominica, después Venerable Sor Ana María del Santísimo Sacramento, de santa memoria, por su lulismo y especialmente por haber compuesto un comentario deliciosísimo sobre el «*Libre d'amic e amat*» del Beato R. L. bajo el título de «*Llibre de cantichs expositats del Beato Ramón Lull* (Esta hermosa obra fué publicada posteriormente, vertida al castellano, en Mallorca, 1760), entre otras obras.

La Venerable Sor Ana María murió en 1677 en olor de santidad; y aún después de muerta fué perseguida por su *lulismo*, por el Obispo Guerra. En 1741 fué publicada su biografía, con la aprobación eclesiástica, por el Dr. Lorenzo Vallespir,

(30) Uno de los detractores anacrónicos de R. L. ha sido el P. Feijoo, célebre benedictino asturiano que tantas polémicas levantó durante su vida, hasta el punto de prohibirse que se le atacara, por Real Orden de 23 de junio de 1750, en la cual comunicó Fernando VI a su Concejo que tuviese presente que «cuando el P. M. Feijoo ha merecido a su Magestad tan noble declaración de lo que le agradan sus escritos, no ha de haber quien se atreva a impugnarlos...» (*Bibl. de Autores Españoles*, vol. 56, página XXX). En el vol. III, discurso VIII, sobre la *Piedra Filosofal*, Feijoo se ocupa incidentalmente de R. L., limitándose atinadamente a poner en duda que tuviese el secreto de la transmutación de metales; pero no así en las dos *Cartas Eruditas*, la XXII del volumen I, *Sobre el arte de Raymundo Lulio* y la XIII del volumen II, *Sobre Raymundo Lulio*. Impugnó gallardamente al P. Feijoo el ilustre Maestro de la Escuela Luliana de Salamanca, P. Fornés; y lo mismo hicieron Fray Francisco Soto y Marne en sus *Reflexiones crítico-apologéticas*, el P. Pascual, etra.

(31) El Arzobispo Clascar realizó la *Informatio* canónica, consiguientemente a lo ordenado por Gregorio XI en el Breve antecitado, siendo la primera apología del Beato Ramón, modelo de claridad y de seriedad histórica. Lleva la fecha de 15 de septiembre de 1373. Hállase el texto en las «*Vindiciae*» del P. Pascual, tomo I, págs. 383-403.

(32) El esfuerzo de la Escuela Lulista por la reivindicación de la ortodoxia luliana culmina en 1700 con la publicación de la obra del jesuita P. Jaime Custurer, «*Dissertationes del culto inmemorial del Beato Raymundo Lulio* (Mallorca, 1700)»; obra documentadísima, alentada por una crítica severa y eficaz sobre hechos y documentos, avalorada con muchísimos de estos y numerosas citas bibliográficas, de enorme valor. Estas «*Dissertationes*» fueron escritas por encargo de la Universidad Luliana de Mallorca, a la que pertenecía el P. Custurer.

(33) El Maestro Pedro Degui perteneció a la Escuela Luliana de Barcelona; fué natural de Montblanc, muriendo en Sevilla, donde inició un centro editorial luliano, siendo Capellán de los Reyes Católicos. En 1473 escribió en Barcelona el libro «*Ianua Artis Magistri R. L.*» Editado muchas veces; la primera edición es la de Barcelona, 1482. «*Formalitates*, 1.^a ed. Sevilla, 1500. *seu Metaphysica*»; «*Tractatus brevis formalitatum*»; Barcelona,

1489 y Sevilla, 1491)» y «*Tractatus de Dfferentia* (Sevilla 1500)». Fundada en Mallorca una cátedra luliana por Inés de Quint, fué llamado el Maestro Deguí para regentarla; los antilulistas le acusaron después, de haber sustentado doctrinas heréticas, y con el fin de defenderse personalmente marchó a Roma, logrando (bajo el pontificado de Sixto IV) una honrosa aprobación por parte de los censores nombrados por el Papa. Después de la muerte de Sixto IV, rebrotó la acusación, volviendo a Roma, donde fué ratificada la aprobación. El Maestro Degui fué uno de los más conspícuos representantes del *Lulismo*, acérrimo defensor del Beato Ramón.

(34) Nicolás de Pax fué llamado por el Cardenal Cisneros para que organizara la Escuela Luliana en la Universidad de Alcalá de Henares, a raíz de la fundación de ésta, siendo, al decir de Nicolás Antonio (*Bibliotheca Hispana Nova*, pág. 310), «*expressis Academiae Complutensis professoribus, Illustrissimo Ximeno admodum carus*». Prestó de Pax su colaboración a Proaza, ilustre lulista de la Escuela Luliana de Valencia. Mantuvo correspondencia con San Francisco de Borja, logrando la fundación del Colegio de Jesuitas en Mallorca; y es sabido que desde entonces fueron muchos los jesuitas que defendieron a Ramón Lull, desde Custurer, hasta San Belarmino y Du Sollier. Escribió unos «*Commentaria super artem Divi Raymundi Lulli*» y varias poesías. Inició el centro editorial luliano de Alcalá de Henares, con una introducción dialéctica a la lógica luliana, dedicada a los escolares complutenses (Alcalá, 1518) y una ferrea biografía del Doctor Iluminado (Alcalá, 1519), por indicación del Cardenal Cisneros. Tuvo también correspondencia con el lulista francés Du Bouvelles; vertió al castellano el «*Desconort*» (*Desconsuelo muy piadoso del iluminado Doctor Raymundo Lulio*, Mallorca, 1540).

(35) Nació en 1691. Después de recibir el hábito franciscano, fue a la Escuela Luliana de Maguncia, donde fué discípulo de Salzinger, publicando (Maguncia, 1740) anonimamente, su primera obra «*Dialogus inter amatorem veritatis et discipulum lullianae doctrinae*». En 1742 se imprimió en Salamanca, por iniciativa del P. Fornés, la versión castellana del libro «*Doctrina pueril*»; y en 1746, la más importante de sus obras, el «*Liber apologeticus Artis Magnae Beati Raymundi Lulli*», impugnando los desplantes del P. Feijoo. Murió en Mallorca en 1788.

(36) El ilustre bolandista P Du Sollier, publicó una vindicación documentadísima de Ramón Lull y de sus doctrinas, en el Tomo V de los «*Acta Sanctorum*» correspondientes al mes de

junio; que después publicó aparte, iluminándola con espléndidos grabados y un elocuente prólogo (*Acta Beati R. L. Doctoris Illuminati et Martyris et ab eo denominatae Lullisticae Academiae Patroni...* Amberes, 1708).

(37) El ilustre ex-Abad de Santa María de la Real de Mallorca, P. Ramón Pascual, fué el último de los grandes defensores de R. L. Su obra meritisima son las «*Vindiciae Lullianae*» (4 tomos Aviñón, 1778) modelo de crítica serena, imparcial y documentada. Escribió buen número de trabajos lulianos, cuya mayoría permanecen inéditos. En 1789 se publicó en Madrid su obra «*Descubrimiento de la aguja náutica, de la situación de América, del Arte de navegar y de un nuevo método para el adelantamiento de las Artes y ciencias. Disertación en que se manifiesta que el primer autor de lo expuesto es el Beato R. L. Mártir y Doctor Iluminado*». Se ha impreso también del P. Pascual una oración titulada «*El Milagro de la Sabiduría del B. R. L.*» (Mallorca, 1744); «*Exámen de la Crisis del P. Don Benito Gerónimo Feijoo sobre el Arte luliana*» (Primer tomo, Madrid, 1749. Volumen 2.º, Madrid, 1750) a la que contestó el P. Feijoo con una «*Carta Erudita*», publicada en Madrid en 1751; una «*Vida del Beato R. L.*» publicada en Mallorca (1890 y 1891; dos vols.) por la «*Societat Arqueològica Luliana*»; etra.

(38) A mi modo de ver el trabajo de Helferich «*Raymond Lull und die Anfänge der Catalonischen Literatur*», Berlín, 1858) inicia con base científica y moderna la crítica de Ramón Lull y de los primeros tiempos de la literatura catalana. Desde esta fecha, señalada por la impresión de su trabajo, los estudios críticos lulianos llenan ya, en mi modesto archivo, la suma de más de 50.

(39) Es sin duda uno de los lulistas contemporáneos más discretos. En su trabajo «*Lull, Raymonde*» (Artículo del «*Dictionnaire de Theologie Catholique*», de Vacant Mangenot et Aman, París, 1926, vol. IX, 1072 y 1141), el ilustre P. Longpré asienta las bases para una recta interpretación del pensamiento luliano, recordando especialmente las fuentes patrísticas del venerable Maestro.

(40) Por lo que hace a España, después de los trabajos, harto conocidos, de Menéndez y Pelayo, cabe recordar, por ej. A. Rubió y Lluch, «*Ramon Lull, Sumari d'unes llistons en els Estudis Universitaris Catalans*» (Barcelona, 1911); Borrás, «*Sistema científico luliano*» (Palma, 1914) y «*Lulismo*» (Sóller, 1918); Avinyó «*Breu exposició del sistema científic lul·lià*» (Barcelona, «*Criterion*», 1926, págs. 169 y 184), «*Moderna visió del Lul·lisme*

segons la ideologia dels neolul·listes hodierns» (Barcelona, 1929), en que expone el sistema de Bové (autor de muchos trabajos lulianos, entre otros «*El sistema científico Luliano*»); los estudios de Cassadesús, P. Andreu de Palma, Fray José Pou, Rubió y Balañuer (especialmente su artículo publicado en el vol. XLIX de la *Enciclopedia Espasa*); Carreras y Artau, Don Tomás (en su citado estudio «*Revisión filosófica y espíritu del Lulisme*» y en su «*Historia del Pensament Filosófic a Catalunya*», Barcelona, 1931) etra. etra. Los estudios de los extranjeros (Bernhardt, Dalton Desdevises du Dezert, Dusan, Gottron, Guibert, Haebler, Kumm, Longo, Newmann, Peers, Probst, Reichmann, Speer, Streit. Waite, Weitbrecht, Wohlhaupter, Wulf, etra. etra.) son abundantísimos en estos últimos años, estudiando bajo todos los puntos de vista la figura insigne y el pensamiento de nuestro Maestro.

El lector hallará la nota bibliográfica de las obras de todos estos autores en mi trabajo: El Beato Ramón Lull. Su época, su vida, sus obras, sus empresas (Espasa - Calpe, S. A. 1934).

PRIMERA PARTE

El ambiente.-Antecedentes históricos
y eclosión del pensamiento
filosófico Iuliano

LA ÉPOCA DEL BEATO RAMÓN LULL

SUMARIO:

I— Valoración puramente filológica del concepto «Medieval». II— La época de R. L. coincide con la construcción de Europa y con la formación de su propia cultura. III— El moderno progreso se origina en la Edad Media. IV— La rémora del Renacimiento. V— Sabia defensa de la naciente cultura europea. VI— Las campañas anti-racionalistas. VII— La actividad filosófica de los siglos XIII y XIV respondía admirablemente a motivos y urgencias pragmáticas. VIII— La fuerza del Pensamiento Filosófico medieval y los fundamentos de las ciencias experimentales.

I—Ramón Lull nació entre 1232 y 1235, y murió trágicamente, muy probablemente en 1316; por lo tanto su vida se desenvuelve entre los siglos XIII y XIV, y en los días precisos que señalan el tránsito de la vida guerrera a la vida cortesana, de las costumbres bélicas a las costumbres caballerescas, de la vida temerosa y agitada de la contienda por la libertad del terruño y de la sangre, a los anhelos de grandeza y de gloria nacionales. Para la Patria de Ramón Lull y para todo Europa, fué aquella una época juvenil, osada, pletórica de vitalidad y de nobles ambiciones. Ramón Lull sintió el influjo de todas aquellas circunstancias que caracterizan al siglo de oro de la Edad Media y fué—como veremos—su más conspicuo representante.

Los historiógrafos repudian de lleno el falso concepto que se ha tenido y se tiene aún del Medievo, según el cual la Edad Media pudo ser considerada como una etapa intermedia y sombría entre las dos grandes culturas que el mundo ha conocido: la *antigua* o greco-romana, caracterizada por la unidad del Mundo bajo las garras del Águila capitolina, y la *moderna*, con la florecencia maravillosa de las manifestaciones culturales; o, mejor dicho, como una zona de tinieblas—*Tiempos de hierro*—que separan el gran día pagano del gran día del Renacimiento. En tal sentido prevaleció el concepto anticientífico de la «*Noche de mil años*». Advirtamos en obsequio a la verdad histórica, que los autores más serios y más nobles usaron con mucho racelo de esta categoría depresiva; de tal manera que, para hallar, por ejemplo, aquella que fué después definición usual de la Edad

Media, en el Diccionario de la Academia de Francia, precisa llegar a la edición de 1835 ⁽¹⁾.

Para comprender bien a Ramón Lull es preciso darse perfecta cuenta de lo que fué en realidad el Medievo; y para llegar a entender el valor transcendental del siglo XIII con relación a la filosofía luliana y en general a la cultura europea, precisa que cedamos la palabra a la filosofía de la historia.

En un hecho que la verdadera historia, es decir, la historia científica, es una ciencia relativamente moderna; porque hasta muy recientemente no alcanzó su propia metodología ni logró desvincularse de la filología. Por esto mismo no ha de causar maravilla que los historiadores, que vinieron después de los filólogos, tomasen de éstos la terminología, transportando a sus dominios vocablos y categorías que en realidad perdían su significado transponiendo las propias lindes lógicas. Los filólogos, estudiando el desarrollo de la lengua latina y subordinándole la narración histórica, constataron la existencia de tres fases rigurosamente filológicas: la del *latín clásico*, cuando Roma imponía su lengua a los pueblos sojuzgados; la del *latín bárbaro* o extranjerizo, cuando perecía la cultura romana y los pueblos sojuzgados alteraban el antiguo verbo, iniciando de esta suerte los nuevos idiomas o *romances*, mientras el latín, barbaramente alterado, se recluía en los libros de los doctos y en la documentación oficial; y la del *renacimiento*, cuando en un alarde póstumo y tardío, se intentaba por los doctos el rejuvenecimiento del latín clásico y aún del griego, que privaran en los días de opulencia de Roma. La primera fase abarcaba desde los orígenes del estado romano hasta la muerte de Constantino *el Magno*; la segunda hasta Carlomagno en algunas partes, y en la mayoría hasta el último término del siglo XIV; la tercera hasta la constitución de

los estados modernos. Durante la segunda de estas fases comenzó a escribirse el lenguaje neo-latino literario⁽²⁾, cuando los romances iban perfilando su propia fisonomía, alcanzada ya por el catalán, precisamente por Ramón Lull, en el mismo XIII, con unos años de anticipación a la magnífica eclosión de la «*Divina Comedia*» del Dante⁽³⁾, y cuando el heroico lenguaje de Castilla comenzaba a performarse en labios de Alfonso *el Sabio*. Estas tres edades filológicas fueron llamadas *Antigua*, *Media* y *Moderna*, correspondiendo a las edades del *Latín clásico*, del *Latín bárbaro* y del *Latín redivivo*, o Renacimiento. Bajo este punto de vista filológico, pudo ser lógicamente considerada la Edad Media como la época agonizante entre la exuberante vitalidad del latín clásico y la artificiosa exuberancia del Renacimiento.

Así se explica que, para hallar el absurdo concepto de la Edad Media que priva aún en no pocos de nuestros libros de texto, precisa remontarse al siglo XVII, es decir a Rausin⁽⁴⁾; categoría inexplicable de que se culpa⁽⁵⁾ a los preceptores, inducidos por el afán pedagógico de establecer categorías. Por esto fué también un preceptor,⁽⁶⁾ Cellarius, quien usó por vez primera del actual sentido *medieval* en los manuales escolares; y otro profesor, Loecher⁽⁷⁾, quien lo introdujo en Alemania, tierra abonada para las sistematizaciones pedagógicas.

Esta definición tenebrosa de la Edad Media debe rechazarse. Para entender que esto es lo procedente, bastará perfilar la silueta y hacer resultar las características de aquella época que tanto influyeron en Ramón Lull.

II—Con la historia en la mano es imposible afirmar que la llamada Edad Media es un periodo inco-

loro, sombrío, una noche de tinieblas entre la civilización antigua que muere y el renacimiento que amanece porque fué la verdadera alborada de los tiempos nuevos, cuando hundidos Roma y el paganismo, el Evangelio asentaba sobre bases nuevas el porvenir de la cultura europea y con ello el porvenir cultural del mundo.

En realidad la *Edad Moderna* no es otra cosa sino la misma *Edad Media* juvenil, osada, llegada a su madurez. Los hechos, en efecto, afirman que el Medievo es nuestra juventud histórica con todos sus vicios y todas sus virtudes, su osadía, sus grandes esperanzas e inexperiencias, y sus fracasos; porque cuanto de duradero y fecundo tiene hoy el mundo emerge precisamente de esos siglos de cristianismo; largo y secular laborio que deshizo, anillo tras anillo, la mohosa cadena de los siglos de paganía, controvertiendo las bases de la tradición pagana y el viejo orden social, con la imposición de la moral evangélica, y con ella la preconización de la igualdad de los hombres ante Dios, la abolición de la esclavitud, etc. Cuando los pueblos lleguen a ser verdaderamente democráticos; cuando la sinceridad reine en el mundo inspirando los códigos nacionales e internacionales, y la solidaridad humana abaje los muros de las fronteras estableciendo el derecho universal a la fraternidad, entonces el ideal cristiano, socialmente hablando, habrá llegado a su éxito definitivo.

III—El Medievo rompió para siempre la unidad imperial, haciendo posible la libertad de los pueblos y la organización de las varias nacionalidades; de modo que después, todo intento de imperialismo europeo y dominador ha quedado frustrado. Creó las lenguas modernas, adquiriendo con la suma variedad

del lenguaje una transcendencia de orden intelectual inagotable y fecundísima. Inauguró la distinción entre lo temporal y lo eterno, apoyándose en el ideal evangélico; haciendo posible con ello la convivencia entre los hombres más distanciados en ideas; y únicamente fué retardado el éxito de esta fecunda distinción por las monarquías absolutas, creación lamentable del Renacimiento.

A la sombra de las públicas libertades, garantizadas por un pacto sincero y humanísimo entre los príncipes y sus pueblos—aquellos príncipes medievales a quienes, antes de ser coronados, se les recordaba los deberes a cumplir y se les exigía un juramento de fidelidad a las públicas libertades—, la Edad Media logró que florecieran todas las formas posibles de asociación desconocidas en la antigüedad, desde las comunas democráticas hasta los gremios de artesanos, transmitiéndonos unos modelos que han triunfado a través de todas las inestabilidades políticas, las dictaduras y los absurdos monopolios estatales de hoy, semblanzas anacrónicas del absolutismo renacentista, de sabor antievangélico y de inspiración netamente pagana.

La Edad Media ha fundado los gobiernos constitucionales y representativos, desconocidos también en la antigüedad, cuando rigieron los destinos de los pueblos las aristocracias, teocracias y autocracias. Nuestras ideas políticas de libertad, igualdad y fraternidad son genuinamente cristianas y echaron su raigambre en el mundo precisamente durante la Edad Media.

Nuestros idiomas, tan plásticos, tan aptos para el desarrollo de las dotes intelectuales y sobre todo para la democratización de la sabiduría y en general de toda cultura; nuestra estética, inspirada en ideales de superación terrena; y hasta nuestra ciencia positi-

va—porque sin los tanteos, estudios, investigaciones e intuiciones de los grandes pensadores medievales no hubiese llegado la ciencia al estado de hoy—, originarse radicalmente en la Edad Media.

El arte del Medievo—bizantino, románico, gótico...—tan desechado durante y después del Renacimiento, hizo que éste mismo Renacimiento fuese posible, y constituye el orgullo de nuestra prosapia, porque es nuestro arte propio.

En cuanto a la poesía medieval, ya Littré se encargó de demostrar a Boileau la injusticia con que ha sido tenida; y hoy se recurre a ella como a modelo el más ejemplar de ingenuidad y fuente fresca e inagotable de inspiración impoluta. Cuando acertemos a crear algo más ideal, más decidor e intachable que el *Pórtico de la Gloria* de Santiago de Compostela; cuando se logre algo más sutil e inspirado que la *Adorazione dell Agnello*, cuando se escriba algo más sincero, más humano y al mismo tiempo más divino que el magno «*Libre de Contemplació*» o el «*Libre d'Amic e Amat*» de Ramón Lull, o un poema más poderoso que la «*Divina Comedia*» del Dante; o existan hombres tan comprensivos como San Ramón de Penyafort o tan divinamente humanos como San Francisco de Asís; y genios tan levantados como nuestro bienaventurado Maestro, Santo Tomás de Aquino, Alberto Magno, Pedro Lombardo...; y aún tan inmensas utopías como las del *Blanquerna*...; solo entonces podremos afirmar razonablemente que el siglo XX manifiesta semejante plétora de ideal y de humanismo.

La Edad Media, con su rosada claridad de aurora, con el sello de fervorosa ingenuidad, con su grandiosa concepción de la idea divina y del porvenir de los pueblos; con sus triunfos—que son triunfos de juventud y de ardimiento—posee un valor inaprecia-

ble en la historia del pensamiento europeo. Esta es sin duda la razón porque hoy se vuelven afanosamente los ojos, hacia el Medievo, edad dorada de las promesas, de las osadías y de las leyendas; y es que la triste realidad del actual cristianismo pagano o paganismo cristiano que ha medrado estos dos últimos siglos, nos hace meditar sobre las embriagueces anormales del Renacimiento, que truncó la ruta triunfal; y hoy cosechamos decepciones abundosas, en un terreno que creímos de redención y bienandanza. Por esto también «tenemos que envidiar en los pensadores medievales, no solamente la fe religiosa, sino principalmente su fe en la razón. Ellos fueron jóvenes; nosotros somos viejos. Por muchos conceptos nuestra civilización es caduca, nuestra cultura ofrece síntomas de agotamiento y de cansancio espiritual. En verdad que nos hallamos ante una nueva naturaleza más rica, inmensamente más rica que la que pudieron contemplar y comprender aquellos; más la vemos con los ojos codiciosos del negociante, como podríamos contemplar el fondo osucuro de una mina; no cual ellos, como la obra de Dios, donde se reflejaban sus innúmeras perfecciones y su mágico poder creador. Nuestra imaginación, cansada ya, no sabe poetizar la vida con los encantos de la leyenda. En cierto sentido hemos empequeñecido al mundo. Nuestra avidez de comodidades materiales, nuestras necesidades imperiosas, nos hacen temer que se agoten las posibilidades... Como nunca nos hallamos confinados en la contingencia ⁽⁸⁾».

IV—Si alguna edad puede llamarse *medieval* es sin duda el Renacimiento, padre natural de los modernos errores de todo orden, cuyos ídolos yacen destrozados y aún alejados de nuestras convicciones

colectivas. Porque hoy, quiérase o no confesarlo, se retorna decididamente a la ruta de salvación de la llamada Edad Media; porque los ojos se vuelvan espontáneamente a los días risueños de nuestra juventud histórica, como quien recuerda tiempos más dichosos, con el pesar de haber abandonado desventuradamente las más bellas sugerencias de la vida. Hoy repudiamos de lleno el principio jurídico del siglo XVI, «*Cuius regio, ejus religio*», que señalaba un evidente retroceso, llevándonos nada menos que al oráculo pagano y esclavizador de Ulpiano: «*Quod principi placuit legis habet valorem*». Nietzsche, hablando del Renacimiento, afirmó que «la Reforma fué una protesta de espíritus rezagados», y el mismo Renacimiento «una racha de *dilettantismo* literario y filosófico». Por lo que respecta a la filosofía, abandonando o renunciando locamente las bases de la criteriología medieval, es hoy tan amarga e infecunda en buenos frutos, como harto lo manifiestan, por ejemplo, el criticismo agnóstico de Koenigsberg, el pesimismo de Francfort, la chanza pesimista de Wells o las infecundas filosofías de Keyserling. En vista de estas y de otras tendencias filosóficas, realmente inestables por lo corregidas, y sobre todo de los exclusivismos dogmáticos que han podido medrar, vale la pena de absolver a la Edad Media de sus extravagancias dialécticas. Estas tenían entonces razón de ser; porque en la Edad Media hallaron éco todas las escuelas y tuvieron en aquella época su representación, con frecuencia genialísima, como el platonismo y el peripatetismo. «La especulación que en Grecia fué un episodio, una orgía intelectual de aristócratas, sin verdadera influencia en la marcha general de los sucesos, fué en la Edad Media una palanca gigantesca generadora de un poder espiritual que enfrena y dirige la anarquía del feudalismo. Y si es verdad que hoy

vivimos de las migajas del festín ateniense, no lo es menos que, cuando queremos restaurar nuestras fuerzas espirituales, nos acercamos al humilde convivio de Jesús de Nazaret ⁽⁹⁾», como hicieron nuestros padres en la Edad Media.

En materia de arte y literatura nos hemos apartado del Renacimiento, desechando el preciosismo y sobre todo el culturismo pedantesco, buscando una mayor ingenuidad, retornando con los ojos abiertos y el corazón abierto a las fuentes claras de la inspiración natural y sencilla. Más aún: el estetismo de hoy, nuestro arte, con sus líneas suaves, claras, sencillas, es un retorno a la inspiración ingénuo. También repudiamos, lo que ya es evidente, aquel paganismo evocado y perseguido en los mismos días en que Erasmo de Rotterdam se veía en el caso de tejer su «*Elogio de su Locura*»; porque es cierto y notorio que el mundo actual repudia de lleno los dos polos de la concepción pagana de la vida: la voluptuosidad y la gloria; porque en realidad nos hallamos en una época en que, social y psicológicamente hablando, solamente promueven los esfuerzos individuales y colectivos el sentimiento de la solidaridad humana y el amor desinteresado al progreso social. Con esto tenemos la vista por sobre el Renacimiento, a nuestros tiempos de juventud, es decir a la llamada Edad Media, y tornamos a los senderos de que el Renacimiento nos apartara con el loco afán de resucitar lo muerto y enterrado.

No está en mi ánimo disminuir ni en un ápice, las verdaderas glorias del Renacimiento, que no son pocas y dan amplio crédito a la fecundidad de nuestra estirpe europea y principalmente de nuestra gloriosa raza mediterránea; no siendo pequeño el impulso a la superación artística y literaria del mundo pagano, soñada por el Renacimiento. Pero es cosa cierta,

harto fácilmente demostrable, que cuanto hallamos de original en el Renacimiento emerge de las raíces de la inspiración cristiana medieval. De esta suerte la Edad Moderna debe a la Edad Media cuanto tiene de grande, de fecundo y de ideal.

V—Constituye también un hecho histórico, muy interesante y fácilmente constatable, que durante la Edad Media, dando correspondencia a un inmenso deseo de vindicación y de superación científica, la filosofía abandonó sus viejas modalidades, tomando otras nuevas que la superaron. La apología y aún la teología, la hermenéutica y las ciencias positivas se apoyaron en la verdad *objetiva* de los hechos experimentales, sobreponiéndose y superando a la pura metafísica platoniana. Este hecho histórico corona la soberbia vindicación de la libertad de Europa iniciada con las guerras de reconquista y las cruzadas, cuando nuestros abuelos defendieron con tenacidad heroica el terruño, haciendo posible el triunfo de una civilización genuinamente europea, capaz de imponerse a todo el mundo. Y se ha impuesto; porque al presente aún las más apartadas naciones asiáticas sacuden sus culturas milenarias, saliendo del oscuro nirvana al conjuro de doctrinas cuando menos fundamentalmente cristianas, como de su salvajismo las islas perdidas del Oceano, las misteriosas selvas del Centro de Africa y las heladas regiones de los polos. Hoy todo el mundo despierta al conjuro del ideal de libertad, fraternidad y progreso.

Los Santos Padres recogieron cuidadosamente buena parte de la tradición helénica utilizándola, en cuanto fué posible, en sus exposiciones dogmáticas. En los días de hierro, durante las penosas guerras de la reconquista o de la defensa del terruño, cuando

se jugaba la libertad y el porvenir de Europa, la ciencia y todo el acervo de la cultura antigua fueron salvaguardados entre los muros de los monasterios; y así los monjes fueron preparando la eclosión del pensamiento filosófico, que no podía surgir en los días de prueba, sino en el momento en que el empuje de la contradicción sobreviniese la duda y la crítica, es decir, la gallarda revisión de los propios valores tradicionales.

VI—Desde luego Europa constituyó desde la caída del paganismo, una cierta unidad de cultura, sobre todo cuando fueron cristianizadas las naciones norteamericanas; es decir que en Europa existió una conciencia colectiva y un ideal común. Entonces la juventud de nuestro viejo Continente y de las islas mediterráneas puso de manifiesto de una manera esplendorosa un conjunto inmenso de aptitudes desarrolladas las unas, latentes las otras, esperando el momento de manifestarse a la urgencia de las circunstancias, porque a estas corresponden las filosofías. Así por ejemplo, las luchas entre el Imperio y el Papado, en el orden general de la Cristiandad, es decir, de Europa, y de la monarquía y el feudalismo, y de éste y los municipios, no fueron otra cosa que una lucha ardiente en pro del ideal de libertad y de paz. En medio de estas luchas comienza manifestarse la actividad intelectual o mejor, la vocación filosófica de Europa, dando origen a una fecunda filosofía política, cuya preocupación constante fué la de hallar la fórmula adecuada a las relaciones a los diversos poderes en pugna y entre los diversos estamentos, dejando salvaguardada la paz y la libertad que necesitaba Europa para el progreso, bajo un concepto evangélicamente igualitario en lo posible.

Bajo este punto de vista Ramón Lull⁽¹⁰⁾, después de las concepciones estatales de San Ramón de Penyafort, fué el primero que expuso en las naciones levantinas de España y en París, de una manera sabia, el vasto panorama del derecho civil, político, procesal, mercantil y aún internacional, extendiéndose en la demostración y aún en la pedagogía del derecho. Después de él y en su misma patria hallamos toda una fecunda literatura filosófico-jurídica, en la que destacan las obras del Infante Pedro de Aragón⁽¹¹⁾, Francisco de Eiximenis⁽¹²⁾ y Nicolás Eymerich⁽¹³⁾. Para entender el Medioevo histórico no es posible desentenderse de estas actividades filosófico-catalanas.

A la etapa principalmente sentimental, consuetudinaria, en la cual Europa logró su libertad cultural y política, siguió aquella otra en que la parte selecta de la sociedad, formando conciencia de sí misma, revisó e intentó valorar los productos tradicionales, siendo desde luego objeto de una exégesis y más tarde de una demostración racional o al menos de una explicación razonable, los dogmas y creencias religiosas. Porque puestos ya en la corriente filosófica, los doctos exploraron el mundo interior de la conciencia, las leyes de la naturaleza, el origen y el destino humano... Sobrevino lógicamente el choque de ideas contrapuestas y pronto quedó performado el pensamiento filosófico, que alcanzó un grandioso desarrollo avanzando en la rebusca de un sistema unitario de la sabiduría. Con esto se creó también, paso a paso, el lenguaje filosófico, y nacieron las escuelas filosóficas y engendrose, al ritmo del pensamiento de los grandes maestros, la tradición y el sentido de escuela.

Para entender a Ramón Lull es fuerza seguir con la mente y el corazón abierto este ritmo, reconstruyendo la génesis del pensamiento filosófico en Europa y principalmente en nuestra Patria; bien entendi-

do que este pensamiento no es sino una forma especial del contenido en la conciencia colectiva, discurriendo triunfalmente en el ámbito de la cultura peculiar de Europa y de la época medieval.

El siglo XIII, es decir el siglo de Ramón Lull, se aparta subitamente de la época en que la veracidad de una doctrina pretendía demostrarse por la razón del más fuerte. Ya no se teme a la cimitarra. Moros, judíos y cristianos, gracias a las sabias leyes de la Casa Real Catalana, conviven amistosamente, porque ya no se tienen por irreconciliables. Pero esta convivencia origina el gran drama intelectual, el choque de ideas y sentimientos. El espíritu aflojado, transigente sin ponderación, excesivamente tolerante y amigo por lo tanto de las discusiones, es muy propio de aquellos tiempos; dando paso al escepticismo y a una activa propaganda del averroismo francamente racionalista. En efecto, el siglo XIII señala la entrada de la tradición clásica en Europa a través de los comentarios aristotélicos árabes y judíos, y aún de las versiones de los tratados filosóficos de Grecia a través de los idiomas árabe y hebreo. Estos comentarios peripatético—islamitas y judíos podrían clasificarse en dos grandes categorías: en la primera figurarían los comentarios de los fautores de la mal llamada orientación averroista, que representaba una verdadera renovación de la filosofía aristotélica sobre el neo-platonismo patrístico, revistiendo nuevas modalidades; y en la segunda la verdadera orientación averroista, racionalista en el sentido más crudo de la palabra, inclinada al escepticismo transcendental y con ello al menosprecio de los dogmas religiosos que constituían, para moros, judíos y cristianos, el verdadero *substratum* de sus respectivas culturas. Era lógico que España y Europa se aprestasen a la defensa.

VII—La tradición aristotélica, aún llevada a Europa por las escuelas musulmanas, no podía morir, porque suponía toda una superioridad intelectual de trascendencia notoria. Ahora bien: este legado recibido por las generaciones cristianas planteaba en el siglo XIII un dilema intersantísimo: o el mundo cristiano—que en realidad iniciaba su formación filosófica—, interpretaba por su cuenta la filosofía del *Stagirita* utilizando cuando viese de aceptable para tejer la apología de su fe; o bien se dejaba invadir—cediendo el terreno que la tradición cristiana le confiara—por los comentarios orientales que engendraban cuando menos la duda y conducían de plano al menosprecio de la religión, por la que habían luchado los pueblos, la que inspiraba toda la epopeya e informaba toda la legislación y las mismas relaciones internacionales. El problema, como se vé, era muy árduo; porque se trataba nada menos que de repudiar una interpretación heterodosa de la filosofía griega, para armonizar sabiamente el dogma religioso con la alta especulación metafísica, cohonestando los fundamentos de una cultura verdaderamente europea.

Al decir del ilustre orientalista Langlois⁽¹⁴⁾, fué Ramón Lull el primero que tuvo la osadía de plantear ante el público laico, por vez primera, este problema de la armonía entre la fe y la razón, entre la filosofía y la teología. Y él fué también quien tuvo el ardimiento de llegarse hasta el trono de Papas y Reyes de un modo incansable, en nombre de la ciencia cristiana, es decir europea, para reclamar el derecho de defensa; para la cual compuso la *Ciencia y Arte General*, que representa sin duda el proyecto más original y quizás más razonable de defensa contra el racionalismo averroísta invasor. Este drama intelectual se desarrolló en todas las esferas sociales, como lo demuestran las públicas controversias habidas, de que

hablaremos luego. Recordemos de momento que no se libraron de tomar parte en la defensa de la cultura cristiana de Europa, ni aún los círculos de damas; como revelan las valiosas miniaturas del códice de Karlsruhe⁽¹⁵⁾, en que se representa al Maestro Ramón ofreciendo por su discípulo Tomás Le Miesiér la compilación de sus doctrinas a la Reina de Francia y Navarra, rodeada de damas de alcúrnica, como las nobles hijas de las Casas de Artois y de Dreuence, predilectas de la gentil esposa de Felipe *el Bello*.

San Ramón de Penyafort fué a su vez uno de los primeros, si no el primero, que se percató de la suma importancia de la inoculación averroísta; porque él fué quien por vez primera dispuso sabias reglas para la discreta convivencia de los cristianos con los moros y judíos que importaban las novedades demoleadoras⁽¹⁶⁾; y él fué quien despertó y estimuló a los dos grandes genios contemporáneos de nuestro bienaventurado Maestro, Ramón Martí y Santo Tomás de Aquino, para que emprendiesen la tarea de la defensa racional y objetiva del dogma. Y por cierto que fué también San Ramón de Penyafort quien indujo a Ramón Lull a que no fuese inmediatamente a la Sorbona, como tenía en proyecto, sino que se redujese a su hogar de Mallorca para dedicarse particularmente al estudio que debía llevarle raudamente a la cúspide de la ciencia de su siglo.

Esta penetración averroísta fué lenta, casi imperceptible; así se explica que Averroes pudo ser considerado como uno de los más grandes sabios que han existido y desde luego como el más feliz de los comentaristas de Aristóteles. Así fué su prestigio; lo que explica a su vez el gran respecto como le trataron los filósofos y teólogos cristianos, comenzando por Santo Tomás de Aquino⁽¹⁷⁾. El mismo Dante, aún colocando a Averroes en el Infierno, lo hace en el lugar

distiñguido de los grandes hombres vtrtuosos del paganismo⁽¹⁸⁾:

*Euclide geometra e Tolomeo,
Ippocrate, Aviccenna e Galieno;
Averrois, che'l gran comento feo...*

Ram3n Lull se form3 en este ambiente polemista. Su filosofa lo reveler3

El pensamiento filos3fico surge de la misma naturaleza pensante, cuando sobreviene la duda o la contradicci3n sobre los propios valores tradicionales. La contradicci3n y la duda engendran la critica y la pol3mica; discurrir es dialogar, y dialogar es *filosofar*. Cr3tica, di3logo y filosofa, que ponen de manifiesto el fen3meno objetivo, social, de un grado superior de cultura, y el fen3meno subjetivo, ps3quico, personal, de la agudeza cultivada por la penetraci3n, y la eficiencia de la raz3n humana hacia su objeto que es la verdad. El deseo noble y human3simo de sabidur3a urge esta eficiencia racional; la contradicci3n la fecunda; la cr3tica actúa considerablemente sobre la duda establecida o posible, originando la soluci3n del verdadero pensamiento filos3fico. Planteando, en efecto, el problema de la verdad, se inicia el di3logo, y se manifiesta el fil3sofo, es decir, el «*Amador de la Sabidur3a*». La revisi3n de los propios valores tradicionales, el choque de ideas y filosofas antag3nicas o contradictorias, los doctrinarismos ex3ticos abrieron para Europa de par en par las puertas de la filosofa; y suyo fu3 el campo. Los grandes fil3sofos de aquellos d3as atendieron a las circunstancias hist3ricas del momento y a la urgencia de la defensa, e imprimieron un fecundo sentido dinámico a la vida juvenil y esperanzada de nuestra Europa y especialmente de las naciones latinas, dando una mayor participaci3n de la voluntad y de la inteligencia humanas en el desarrollo intelectual de nuestros pa3ses.

VIII—Es indudable que los fundamentos de la psicología colectiva, y por ende de la creación de una valiosa teoría genética de la cultura, corresponden a las investigaciones de la llamada *Escuela histórica*; pero esta teoría, que hoy cuenta con tantos fautores, no se ofrece completamente conforme con los hechos experimentales; de aquí que precisa una revisión de sus valores. En efecto, no es posible olvidar que esta Escuela supone indiscretamente que los grandes productos intelectuales de los pueblos—lenguaje, creencias, arte, ciencia, filosofía, política, derecho, etra.—, se va formando en el seno de los pueblos de una manera lenta, casi imperceptiblemente, tal como se desarrolla el gérmen de una planta, echando las ténues raíces que se irán endureciendo, levantando un tallito que se convertirá en tronco formidable, extendiendo ramas que crecerán cubiertas de fronda, de flores y de frutos. Porque así sucede verdaderamente en la naturaleza inferior, donde no vige una ley moral, sino tan solamente una ley física; pero tratándose de pueblos, es decir, de la misma vitalidad humana superior en sus manifestaciones colectivas, de su desarrollo social, existen históricamente hablando, innumerables urgencias que van imprimiendo una participación siempre mayor de la voluntad en el desarrollo intelectual, es decir, un fecundo sentido dinámico. Esto es cuanto vienen a significar, por ejemplo, la doctrina romántica de los «*Héroes*» de Carlyle, y de los «*hombres representativos*» de Emerson, la «*lucha de clases*» de Carlos Marx, la «*lucha por el derecho*» de Yering, la teoría de los «*mitos sociales*» de Sorel, los «*optimismos*» de Vells y de Spengler, las «*veleidades*» de Keyserling. Por esto—siguiendo al docto catedrático Carre-

ras y Artau⁽¹⁹⁾—hemos de decir que sería menos exacto representar la ruta ideal de un pueblo por una línea regular, no ya recta, pero ni aún parabólica; porque la actividad filosófica supone—aparecerá muy claro en la obra de Ramón Lull—la urgencia de un pragmatismo incidental, muy reformable. No intento, desde luego, ni mucho menos, la defensa de un mecanicismo histórico, es decir, no defendiendo una concepción materialista de la historia; pero aquello de que «al hombre lo hacen las circunstancias», siendo un dicho vulgar, envuelve honda sabiduría en cuanto que estas circunstancias despiertan, fomentan y urgen las más varias actividades. Por esto el pensamiento filosófico, como todos los grandes productos de la cultura superior, necesita de estímulos vitales y pragmáticos para su desarrollo; cuando alcanza una sistematización adecuada, llega también a consagrar escolásticamente el *sentido de la vida* en una determinada época histórica. De esta suerte, por ejemplo, la «*República*» de Platón y la «*Ética*» y la «*Política*» de Aristóteles, que son las obras maestras y paralelas del pensamiento helénico, representan el principio de absorción del individuo por el estado y demás preocupaciones urgentes de la cultura helénica; las doctrinas racionalistas de Avempace, no fueron sino argumentos de la reacción filosófica contra las tendencias escépticas y místicas de *El-Gazzalí*; las de Averroes representaron el escepticismo demoledor, es decir, la desilusión de toda una raza que iba perdiendo su hegemonía, reaccionando racionalísticamente. Las doctrinas sobre la juricidad de Francisco de Vitoria, son contestaciones reclamadas con urgencia por la conciencia moral de su Patria alarmada por la constitución del inmenso imperio colonial de España durante el siglo XVI. Las doctrinas de la separación de la moral del derecho, iniciadas por Thomasius y com-

pletadas por Kant, con todas sus arbitrarias y convencionales distinciones, no son más que una solución pragmática, destinada a consagrar jurídicamente la llamada la libertad de conciencia. El *positivismo* de Augusto Comte, fué una revancha y una rectificación de las ideologías demagógicas sobre la razón pura que legislaba apriorísticamente, que urgía, después de los grandes horrores, verse substituída por la observación de los hechos; y para ello recogió la aspiración optimista de la enciclopedia. La discusión de principios de este siglo sobre la noción de filosofía y de ciencia y las actuales corrientes espiritualistas europeas, no son más que una reacción enérgica contra la concepción mecanicista de la vida y el desolador materialismo del siglo XIX, engendrado utópicamente sobre los grandes progresos materiales. La actual *filosofía de los valores* es consecuencia lógica del vehemente deseo de acercar más y más el saber a la vida, atendiendo a las eternas aspiraciones del espíritu. Por último, el actual neo-kantismo agnóstico, señala claramente el paso obligado del kantismo puro y del positivismo, correspondiendo al deseo innato del conocimiento sabio de un «*Más allá*»...

La filosofía de Ramón Lull no pudo ser excepción de esta regla de urgencia circunstancial. Su genio filosófico despertó al influjo de las circunstancias históricas. Sus ansias vehementes de conquista espiritual del mundo, reflejan a la par el misterioso influjo de la Providencia y el anhelo proselitista de la Europa cristiana, persuadida de la posesión de la verdad religiosa. Su «*Ciencia y Arte General*», toda su inmensa producción científica y literaria, eminentemente apologetica, ortodoxa a pesar de las incursiones atrevidas en el campo racionalista, siempre animada por un deseo ferviente de **dar a conocer una verdad única e insubstituible, responden a un momento histórico**

bien determinado. Y por esto pudo ser considerado nuestro bienaventurado Maestro, como un genuino representante de su siglo.

Era un siglo, el suyo—XIII-XIV—, cuya fuerza pensadora no ha sido ciertamente superada en los siglos posteriores.

Ningún pensador, después de Ramón—y no es aventurada esta afirmación porque es fácilmente demostrable—ha llenado una obra poligráfica y democratizadora más considerable. Su pensamiento racionaliza la escolástica medieval, abriendo los caminos a la comprensión moderna. Su enciclopedia, abundosa y fecundísima, atesora todos los conocimientos de la época; y sus doctrinas e investigaciones positivas humanizaron y ensancharon más y más la senda abierta por las ciencias experimentales, que han llevado a los grandes descubrimientos de estos últimos tiempos.

Erróneamente sin duda—porque muchas manifestaciones intelectuales no caben bajo este vocablo—se ha dicho que la Escolástica da fisonomía a la Edad Media. Trátase de un concepto que corresponde a un nombre completamente fortuito, derivándose de las *escuelas* fundadas por Carlomagno bajo la dirección de Alcuino, en las que la actividad docente no se reducía al estudio de la filosofía, sino que abarcaba todos los conocimientos gerárquicamente catalogados en el *Trivium* y en el *Quadrivium*. El rasgo común que enlaza la filosofía europea desde Filón, contemporáneo de Cristo e ignorante de su existencia histórica, hasta Strauss y Harnack, es en realidad una exégesis en sentido ortodoxo o racionalista de los textos cristianos; porque tampoco la época moderna ha podido desentenderse *de ese cristianismo que es el verdadero substratum* de toda la actividad intelectual europea (harto fácil es descubrir un fondo de

cristianismo aún en las doctrinas políticas más alejadas); ni se da filosofía alguna que no sienta la urgencia del estudio de los problemas religiosos propuestos al individuo y a la conciencia pública. El materialismo positivista del siglo pasado, así como los grandes contrastes polémicos del Renacimiento, engendraron un aparente descrédito de la escolástica medieval, en cuanto representaba las escuelas filosóficas y teológicas del medievo. Pero los espíritus modernos —no hablo de los anacrónicos profesores que siguen aún las turbias corrientes del siglo XIX— ya no participan de aquel desprecio tradicional a la filosofía escolástica, en la que hay que catalogar la filosofía propia del *Doctor iluminado*. El racionalista Harnack, por ejemplo, admiró en la escolástica «la fuerza del pensamiento y una energía ináudita hasta el siglo XIII, aplicada a la intelectualización de lo real». Seeberg afirma que la escolástica logró el objeto más elevado del humano conocimiento, poniendo en un anhelo inconmensurable de saber todas sus prodigiosas energías. Eucken uno de los filósofos contemporáneos más serios y más nobles —también acatólico— envidia el valor de la escolástica como síntesis vital y disciplina del espíritu. Paulsen dice que los sabios escolásticos alcanzaron un noble y elevado virtuosismo de que hoy se carece. Pudiéramos seguir las referencias. Ya Hursell, a final del siglo pasado, afirmó rotundamente que el menosprecio en que se ha tenido por algunos al escolasticismo «bien parece un injustificado eco del humor renacentista, cuyos intereses ya no nos afectan». Esta filosofía escolástica, que parecía tan alejada de la investigación positiva y de las ciencias experimentales, no solo no carecía de espíritu científico, sino que fué también su propulsor. Alberto Magno, Witel, Bacón, nuestro Ramón Lull, etc., demuestran la actividad de las ciencias experi-

mentales y su perfecta armonización con la alta especulación metafísica. Hijos del escolasticismo medieval fueron, por ejemplo, los investigadores Buridán, Alberto de Sajonia, Nicolás de Oresme, Alfonso *el Sabio* ⁽²⁰⁾, y otros muchos que, como nuestro bienaventurado Maestro, fueron grandes observadores y propulsores del progreso de las ciencias experimentales.

Nada, pues, más falso que la idea de un Medioevo uniforme e intranscendente, de una monótona e infecunda vida intelectual. La gran variedad de los pensadores medievales, las dispares teorías que surgieron, la enorme producción literaria, verdaderamente enciclopédica, las contrapuestas direcciones filosóficas, etc., etc., son el antecedente de las directivas posteriores. No hubiese logrado el progreso de todo orden, que hoy admiramos y es nuestro legítimo orgullo, si entonces no se hubiesen puesto los fundamentos, y siempre será un hecho digno de consideración el de que, si nos enorgullece hoy la democratización de la enseñanza, fué Ramón Lull el gran propulsor de la democratización de la sabiduría y el primero que, a tal finalidad, usó del lenguaje vulgar, relegando el latín. Hoy día las disciplinas filosóficas son patrimonio de pocos, por la absorción que el desarrollo de las ciencias experimentales ejerce sobre las inteligencias. Pero entonces el pensamiento filosófico constituía la principal ocupación de los sabios, repercutiendo de una manera fuerte y vigorosa en las actividades colectivas y en las mismas instituciones sociales. «Síntomas—al decir de Ovejero⁽²¹⁾—del apasionamiento de los espíritus por las cuestiones más elevadas y puras que pueden agitar la inteligencia y el corazón de los hombres, fueron las guerras, los anatemas y las persecuciones.»

Hoy, ya muy lejos de aquellos días de juventud, el pensador ha de recluirse también

lejos del mundanal ruido.

De otra suerte es arrastrado por el pragmatismo materialista de la época, cuyos ojos deslumbrados y sin penetración no reflejan ya, ni pueden reflejar, aquellos grandiosos ideales que abismaban las pupilas inmensas de los grandes pensadores del siglo XIII.

NOTAS

(1) 6.^a edición; París, 1835. En las ediciones anteriores no consta.

(2) En el *Juramento de Estrasburgo*, año 845, obsérvase ya —quizás por vez primera— el uso oficial del idioma del vulgo. Es un hecho que el catalán es la lengua romance primogénita del idioma latino; hay que observar que desde el siglo IX se nos ofrecen ya ejemplares literarios en catalán, aún en formación (por ejemplo, el famoso epitafio del Conde Bernardo, «*Assi jay lo Comte Bernat*»; el «Compromiso» de Luis el Germánico, «*Si com hom per dreit som fradre salvar dis*», etra.). Entonces, precisamente, Alvaro de Córdoba se lamentaba de que, aún relegando el latín, dábanse los jóvenes de su tierra a arabizarlo todo, luciendo el *arábico eloquio*. Esta influencia es tan grande, que hasta el s. XIII no tuvo el romance castellano verdadera literatura, lográndola por el poema heroico del Cid, escrito por los monjes del Convento de Cardeña y cuando Alfonso el Sabio alcanzó a ser el fundador y preceptor de la verdadera prosa española. En Cataluña, sobre los documentos que se suceden abundantes desde el citado siglo IX, el reinado de Jaime el Conquistador marca el apogeo del género histórico en la literatura catalana, que llega a insospechado esplendor en días de Pedro III el Grande. Jaime I se esforzó para crear una lengua y una literatura nacionales, y para ello cultivó ejemplarmente los tres géneros histórico, didáctico y jurídico, dejándonos en su *Chronica* y en su *Llibre de la Saviesa*, dos tesoros que bastan y sobran para fundamentar la reputación de una literatura. El primer poeta y el

primer genio que logra la performación del idioma catalán científico, es Ramón Lull, durante el mismo reinado de Jaime I. Ramón Lull, con su «*Llibre de Contemplació*», abre la serie de los místicos peninsulares; enorme enciclopedia ascética que, por su lenguaje y por su asunto, su carácter sintético y popular y su rica nomenclatura filosófica (que él mismo crea, ofreciendo las primicias del lenguaje filosófico y científico entre los romances), se convierte en un verdadero *Corpus* que durante más de seis siglos alimentará las generaciones venideras.

(3) Ramón Lull (1233-1316) publicó su «*Llibre de Contemplació*» en 1272; y el Dante Alighieri (1265-1321), escribió su «*Divina Comedia*» en 1292.

(4) En su «*Leodíum*», pág. 103 (Cit. por Kurt, en «*Qu'est-ce que la Moyen-âge*», pág. 36).

(5) KURT, o. c. (6.^a edición, París, 1919). Véase también su obra, «*Les origines de la civilization moderne*» (6.^a edición, París, 1912); y la de CHESTERTON, «*San Francisco de Asís*» (Vertida por Manent, Barcelona, 1926) cáps. II y IV.

(6) Chr. CELLARIUS, *Historia Medii Aevi a temporibus Constantini Magni ad Constantinopolim a Turcis captam...* (Jena, 1688).

(7) V. E. LOESCHERN, *Die Hist. der Mittelereen Zeiten, als ein Licht aus der Finsterniss vorgestellt* (Leipzig, 1725). Sobre esta terminología consúltese LORENZ, *Die Geschichtswissenschaft in ihren Hauptrichtungen und Aufgaben kritisch erörtert* (Berlín, 1886).

(8) E. OVEJERO Y MAURI, Introducción al «*Libro de Ascenso y Descenso del Entendimiento*» (Madrid, 1927), págs. VI y VII.

(9) Id. id. pág. VII.

(10) Parte de la inmensa enciclopedia luliana, y no la menos importante sin duda, es la dedicada a la ciencia del derecho. Expone R. L. su sistema jurídico en *Liber principiorum Iuris* (escrito en 1172-73); *Ars Iuris* (1283); *Ars Iuris naturalis* (1304) y *Ars brevis Iuris Civilis* (1308). Sus sistemas jurídicos especiales hállanse en *Abre de Ciencia* (1308), en su parte séptima «*Arbre Imperial*», y parte octava, «*Arbre Apostolical*»; y en *Liber de Fine* (1305). La pedagogía jurídica luliana expónese en *Aplicació del Art general* (1300); *De modo applicandi Logicam ad scientiam Iuribus et Medicinae* (1304). Aplicaciones especiales del Derecho Civil, Político, Procesal y Mercantil, en *Libre del Orde de Cavallería* (1276); *Libre de Contemplació* (1373), capítulos 38, 110, 111, 112, 114, 116, 122, 188, 204, 211, 297, 298, 304 y 346; en

Doctrina Pueril (1275) caps. 68, 76, 80, 81, 82, 83 y 93; en *Blanquerna*, con frecuencia, especialmente en los libros 2.º, 3.º y 4.º; en el libro hoy perdido *Doctrina de Princep* (1282); *Libre de Primera e Segona Entenció* (1283). En toda la Séptima parte (*Libre de les besties*) del libro *Felix de las Maravillas del Mundo* (1288); *Libre de Santa Maria* (1290); *Libre del M. Proverbis* (1302), caps. 2, 2, 3, 4, 11, 12, 38, 49 y 50; *Phantasticus* (1811); etra. En todos estos libros pónese de manifiesto la urgencia de afianzar el derecho tradicional cristiano y de perfeccionarlo. Actualmente son muchos los eruditos que estudian este aspecto de la ciencia luliana; por ejemplo, véase: P. ANDRES DE PALMA, *La doctrina jurídica i el sistema de Dret Internacional*, en «*Miscelanea Patxot*», (1931), págs. 407-432. Estos estudios a que nos referimos, vindican a R. L. como verdadero padre del Derecho Internacional, puesto que fué revelando sus fundamentos.

(11) «*De regimine principum*», escrito en 1355 y 1358.

(12) «*Regiment de la Cosa Pública*», escrito en 1383.

(13) «*Directorium Inquisitorum*». Esta obra escrita, en buena parte, contra el Beato Ramón Lull, por el terrible ex-inquisidor, contiene en su segunda parte una curiosa teoría política de las dos potestades.

(14) O. o. pág. xxiv.

(15) J. RUBIÓ, «*El Breviculum i les miniatures de la vida d'en R. L. de la Bib. de Karlsruhe*» (Butletí de la Bib. de Catalunya, 1916, pág. 73-88). SUREDA BLANES, «*El Beato R. L. Su época, su vida, sus obras, sus empresas* (Mallorca-Madrid, 1934)».

(16) Stí. RAYMUNDI DE PENNAFORT, *Summa L. 1.º* Tit. IV «*Circa eos (sarracenos y judios) quomodo debent se habere christiani* (Ed. Verona, 1744, pág. 25)».

(17) *Passim*. Por ejemplo en «*Summa contra gentes*», capítulos LIV y LXXVI.

(18) «*Divina Comedia*», «*Inferno*», canto IV, vers. 142-144.

(19) CARRERAS I ARTAU, D. Tomás. «*Introducció l'Historia del Pensament Filosófic a Catalunya* (Barcelona, 1931)», págs. 30 y siguientes. Obra muy recomendable para mis discípulos.

(20) Destácase Alfonso el Sabio por haber dado gran impulso a las ciencias y a las artes. Hombre de grandes conocimientos y siempre de grandes esperanzas, desarrolló un plan verdaderamente enciclopédico; fué historiador, moralista, legislador, filósofo, naturalista, astrónomo y poeta, autor de las *Tablas Alfonsies* y de los libros *del Saber de Astronomía*, las *Cântigas*, etra.

(21) L. citado.

LOS LARES DEL BEATO RAMÓN

SUMARIO:

I — En plena grandeza de su Patria. II — Plétora de vitalidad bajo la égida del Rey Conquistador. III — Ansias de cultura. Las controversias religiosas. IV — El Beato Ramón representa el carácter de su época y de su Patria.

I—*Ramón Lull* abrió los ojos a la luz de la vida en la Ciudad de Mallorca, hijo de Ramón Lull e Isabel d'Erill, ambos de ilustres Casas nobles catalanas. Juan I, «*Amador de Gentileza*», exaltaba en 8 de junio de 1388, la nobleza de la cuna del bienaventurado Maestro, escribiendo al Papa Clemente, entre otras, estas palabras; «...*satis clara fulgent prosapia...*». Hijo de señores y descendientes de porcioneros del Rey *Conquistador*, las glorias y prejuicios de la estirpe constituyeron un cúlmen de circunstancias históricas interesantes, que influirían en él, dando a su figura, a sus gestos y a sus sentimientos, una cierta elegancia de que nunca abdicará a través de su larga vida. Siendo Ramón hijo único ⁽¹⁾ y heredero de quienes tiñeron en sangre agarena sus tizonas de conquistadores del terruño para afirmar su leyenda de almogávar en los precisos días de la apopeya catalana, era lógico que fuese, durante su juventud, ardiente, atrevido y orgulloso, en aquellos días de promesa, cuando el amor nacional florecía en Mallorca, su Patria, como los almendros florecen preludiando la primavera de las estaciones.

Nos hallamos en pleno siglo de oro de la grandeza catalana. La vida y hechos de Ramón Lull señalan el poderoso avance de su Patria; un avance juvenil, audaz, atrevido, desinteresado y rico en ilusiones y en gloria legítima. La gran ilusión del Rey *Conquistador* fué la de hacer de Mallorca un Reino modélico, en qué pudieran mirarse las demás constituciones europeas. «Tomada la ciudad morisca de Mallorca, comenzó el *Conquistador* su obra de legislador, tan gloriosa como la militar, para que espigase sobre las

ruínas de una civilización definitivamente abatida, el nuevo orden jurídico de las cosas. Todos los amores del Rey son para la suerte futura del Reino que conquistara a costa de tantos afanes... Todo su cuidado tendía a fundar un pueblo modelo. Estando la Isla «*toda ella poblada de catalanes*», como anota el Cronista, por la Carta-puebla de 1230 ⁽²⁾ esbozó muy discretamente las reglas generales del nuevo estado, el cual, con el tiempo, irá definiendo su propia personalidad entre las naciones históricas. Entre tanto bajaban de la Autoridad real, de acuerdo con las necesidades más perentorias y de conformidad con el carácter y la situación de los pobladores, una serie de liberalidades que forman un cuerpo de legislación que define elocuentemente el espíritu fino y comprensivo de nuestro Rey. Para la parte criminal, ciertamente no la menos importante de la vida jurídica, ordena seguidamente que sean guardados como norma supletoria los *Usatges i les Ordinacions de Catalunya*: «*En pleits a'injuries, en dans e nafres fetes, sia enantant segons los usatges de Barcelona*». El *Veguer*. era el jurado o administrador de justicia. Las Cortes moderaban el poder real y componíanse de delegados de todos los estamentos ⁽³⁾. El régimen municipal de la Capital ejercía una cierta hegemonía sobre los distritos rurales, teniendo en su Consejo miembros representantes de estos. Pocos años después, es decir, en 1273, ya aparece la primera compilación de las franquezas mallorquinas. Estas, es decir, la constitución jurídica de Mallorca, es mucho más amplia, más liberal, más humana y equitativa que la famosa *Carta Real* inglesa. El Cronista Muntaner, pudo según esto dejar escrito: que Jaime I, después de haber conquistado Mallorca «*la enriquehi ab majors franqueses e llibertats que Ciutat sia en el mon*» ⁽⁴⁾. Eran innumerables las familias

nobles establecidas en Mallorca, aún en las más lejanas villas, donde constituyeron un gobierno patriarcal; se reedificaron las destruidas y se fundaron otras nuevas; de modo que durante la niñez de Ramón Lull, el Reino de Mallorca, en plena y ardorosa vitalidad, organizaba su legislación, creaba su marina, organizaba su industria y aún establecía relaciones mercantiles con los reinos islamitas del Norte de Africa, como confirman las bulas de Gregorio VIII (1241) e Inocencio IV (1247) ⁽⁵⁾. Sus atarazanas rivalizaban con las de Barcelona, Tarragona y Salou y con las nacientes de Italia. Los restos de castillos, antiguas defensas y torres-atalayas esparcidos por todo Mallorca, testifican los evidentes progresos de las milicias mallorquinas en poliorcética y fortificación. La hermosura de la herencia románica y gótico-mediteránea—que ha de adquirir en Mallorca un carácter peculiar—revelan a su vez la corriente artística de los pobladores. La marina, aumentando considerablemente, comenzó a llevar los productos mallorquines a lejanas riberas, pronosticando la gloria futura, cuando bajo el Pabellón nacional cruzarían sus navíos por todos los mares conocidos. Ballesteros ⁽⁶⁾ dice que desde un principio «*El Reino de Mallorca alcanzó una riqueza agrícola y una prosperidad comercial imponderables*». Y, en efecto, el cultivo de la tierra, rica en toda clase de frutos, y el comercio, eran ya cosas tradicionales en la Isla desde los tiempos más lejanos. Los cristianos recogieron la gloriosa tradición y la perfeccionaron; y al saber de los marinos isleños, que de piratas convirtiéronse en corsarios y comerciantes, aunose el saber de los marinos catalanes; de tal manera que desde los primeros años el Reino de Mallorca llevó sus navíos hasta Italia, Rodas, Egipto, Asia Menor, Berberia... En el siglo XIV, en cuya segunda década murió Ramón Lull,

llegaron a Inglaterra y Flandes y, luego por el Atlántico, hasta Río de Oro. Un dato de este poderío marítimo del Reino de Mallorca, lo constituye la historia — todavía muy incompleta — de la Cartografía mallorquina, que comenzó a crecer extraordinariamente durante la primera mitad del siglo XIV ⁽⁷⁾; aquella Náutica isleña que ya florecía en 1286, en que comenzaron a divulgarse las famosas cartas de marear de los mallorquines, en las marinas de España, Francia e Italia. Los marinos mallorquines no tardaron en ser buscados como maestros por los reyes más lejanos, como marinos los más experimentados. Recordemos entre otros a Jaime Ribes, llamado a Portugal para fundar la famosa Escuela náutica de Segres.

II—Esta grandeza corría a la par de la grandeza de Cataluña y Aragón, bajo las directivas del gran Rey. Para comprender bien este poderío y la influencia enorme que Jaime I ejercía en el mundo del siglo XIII, sea suficiente recordar las alianzas de sangre de la Casa Real Catalana, buscada por todas las demás familias reinantes, tanto era el prestigio del *Conquistador*. Este, siendo aún muy niño, fué providencialmente arrebatado por Inocencio III de manos de su enemigo Simón de Montfort, y muy jovencito fué proclamado Conde de Barcelona y Rey de Aragón, en las Cortes de Monzón, en 1217. En 1221 contrajo matrimonio con la Infanta Doña Leonor, hija del Rey de Castilla; matrimonio de gran conveniencia para los planes de Alfonso VIII. No obstante, este matrimonio, realizado muy aprisa, fué anulado por falta de dispensa de parentesco en un concilio reunido en Tarragona bajo la presidencia de un Legado Pontificio. De este precoz matrimonio tuvo Jaime I un hijo, al

que llamó Alfonso, que hizo legitimar y jurar como heredero de la Corona de Castilla. Casó luego con Violante, hija del Rey de Hungría. Hijos de Jaime I y Violante fueron, Pedro, Rey de Aragón, Jaime, Rey de Mallorca, Violante, Reina de Castilla, Constanza, Reina de Portugal, Isabel, Reina de Francia, Ferrando que murió muy joven y Sancho que siguió su vocación eclesiástica, siendo Arzobispo de Toledo. De esta suerte la Corte de Jaime I llegó con su influjo a las principales cortes extranjeras. Pero el prestigio del Rey *Conquistador* se fundamentaba principalmente en su sabiduría y en su discreción, en la prosperidad inaudita de sus Estados, en la grandeza de su marina, respetada y temida de todas las naciones, en la fortaleza bien probada de sus mesnadas de almogávares y sobre todo en la cultura sobresaliente de su Corte, que debía señalar la pauta a las después florecientes cortes de Italia.

Una gran libertad y una suprema tolerancia animaba las leyes y educaba las costumbres. Los judíos y los moros eran considerados como ciudadanos y hombres libres y aún algunos escalaron elevados cargos y oficios públicos, aún cortesanos.

En un anhelo vehemente de grandeza y de expansión, florecieron la industria y el comercio; y ya en 1270 ⁽⁸⁾ se iniciaban los tratados de paz y comercio que habían de ser tan fructíferos.

Una pléyade de trovadores, de cronistas y de juristas, sobresalieron durante aquel siglo verdaderamente de oro. Recordemos solamente los nombres de Vidal de Canyelles y San Ramón de Penyafort, los cuales con Jaime I, cronista fidelísimo, trovador y jurista excepcional, y luego Jaime II de Mallorca, el buen Rey de las Leyes patriarcales, y Pedro IV, realizaron una portentosa obra jurídica asentada en el derecho romano y conciliar, modelo de amplitud y

tolerancia, no alcanzado por ninguna de las constituciones democráticas modernas. Las célebres franquizas y privilegios ciudadanos, que datan de 1 de marzo de 1230, las discretísimas leyes comunales, ratificadas en Lérida en 22 de marzo de 1233 y más tarde en Alcañiz en 8 de febrero de 1257, y las franquizas mallorquinas a que antes nos hemos referido, constituyen un monumento perenne, no alcanzado nunca más, de humana comprensión y de cristiana y verdadera libertad. Con la introducción de las relaciones internacionales, principalmente mercantiles, nacieron los primeros códigos internacionales que registra Europa, en forma de tratados y reglas de comercio; y más tarde, por natural desenvolvimiento, la discretísima legislación de los *Consulados de Mar*, organizaciones imponderables a las cuales tanto debe el progreso y la pacífica convivencia internacional. El hecho histórico de que la legislación catalana se impusiera desde el Báltico hasta las riberas de Constantinopla, harto elocuentemente certifica el prestigio y el poderío de los estados catalanes del siglo XIII. Fué aquella una plétora de la juventud nacional; la que hizo posible el auge siempre creciente de las viejas industrias y la creación de otras nuevas, el insospechado florecimiento de las manufacturas, el tráfico mundial y el intercambio intelectual de las tres culturas predominantes en aquella época: la cristiana, la musulmana y la hebrea, tan distintas y aún contradictorias. Y con todo ello la eclosión ubérrima de todas las artes y de todas las ciencias, cuya sistematización genial y cuya democratización, bajo una mirada de águila audaz que abarcaría todo el universo de los seres y de las cosas, debía realizar muy pronto el bienaventurado Maestro Ramón Lull.

Este poderío de todo orden resume las circunstancias históricas que debían influir en la formación per-

sonal y filosófica de Ramón Lull; y sobre todo sirvieron para moldear su carácter las manifestaciones culturales y el intercambio intelectual.

III—En la lección anterior hemos indicado que el siglo XIII señala la entrada de la tradición clásica en Europa, a través, principalmente, de los comentarios de los islamitas y hebreos españoles. Ramón Lull, de la misma manera que antes de su conversión recogió, mantuvo y exaltó por propio impulso en la Corte del Monarca, la tradición trovadoresca; después de su conversión, teniendo una visión perfecta del mundo que le rodeaba, fué un apóstol; pero no un apóstol plebeyo, rudo, hijo del corazón más que de la mente, sino un apóstol consciente de las exigencias de la gran cultura filosófica del momento; un apóstol de las inteligencias de sus coetáneos, más que de su corazón, que esgrimirá, fina y aristocráticamente, las armas del sentimiento, pero ungiéndolas antes de sabiduría. Es que es muy hijo de su Patria y de su ambiente.

El espíritu transigente de su época, excesivamente tolerante y fino, era muy dado a las discusiones religiosas; sobre todo cuando pudo realizarse una viva propaganda averroista por parte de los moros y de los judíos que moraban de buen grado en Mallorca, Cataluña y los demás estados españoles, acogidos a las sabias leyes del *Conquistador*. Aun más; el prestigio intelectual de que gozaban los islamitas y judíos, perseguidos por su ciencia en sus propias tierras, les habilitaba para los cargos más delicados. El tráfico incabable y las relaciones políticas facilitaron la entrada de las doctrinas averroistas y las versiones y comentarios de los tratados del *Stagirita*. Prodigábanse las copias de los escritos de Avicena, médico ilustre y filósofo, que difundían un panteísmo emanatista y el

monopsiquismo; los de Avempace, que representaban una reacción filosófico-racionalista contra las tendencias, también difundidas, escépticas y místicas de El Gazzalí; los de Avicebron, de Jehuda-ben-Levi y del famoso Toledano autor de la «*Fe Sublime*», libro tan extendido, donde vibra un esfuerzo considerable por rehabilitar la filosofía pura de Aristóteles; de Maymónides y de aquel famoso judío llamado Samuel-ben-Tibón, que había desatado una verdadera tempestad en las sinagogas de los estados catalanes y mallorquines de la Provenza y del Languedoc, Montpellier, Narbona, Luciers, Marsella ..; que luego fueron focos de cultura aristotélico-averroista ⁽⁹⁾. Y, naturalmente, debía sobrevenir el gran drama intelectual, el choque entre la creencia dogmática de la tradición cristiana y el filosofismo racionalista invasor; y a consecuencia de este choque, la observación, la crítica personal, el diálogo, la polémica. Ramón Lull formóse en ese ambiente; y así, cuando después de la conversión se despierta su vocación de apóstol, habrá de combatir la cultura anticristiana en sus baluartes más poderosos, habrá de ser uno de los más ilustres protagonistas del gran drama que se desarrollaba en sus mismos lares y en el seno de Europa.

Escenas de este drama, que demuestran el espíritu eminentemente polemista de la época, son las controversias religiosas habidas publicamente y desarrolladas en un plano superior—inconcebible en nuestros días de apasionamiento y antihumanismo—en su misma Patria. San Ramón de Penyafort dióse perfecta cuenta del preciso momento histórico y acertó en dar reglas para una convivencia humanísima, cristiana y discreta. En cuanto a las controversias, hechos interesantes del siglo de Ramón Lull, recordamos las que tuvieron lugar, por ejemplo, en 1263 y 1265, es decir en los mismos días de la conversión de Ramón Lull,

en la ciudad de Barcelona, entre Rabbí—Mosé—Ben—Najman, Rabbí—Ben—Astruch y Fray Pablo Cristiano; controversias que el mismo *Conquistador* autorizaba con su presencia personal. Ramón Lull discutirá también, no con los humildes, con los incultos, sino con los sabios de todos los países, cristianos, y no cristianos, sobre la verdad de su Fe. París, Montpellier, Génova, Nápoles, Viena, Chipre, Famagosta, las tierras del Gran Kan de Tartaria, los países africanos sujetos al Islam... Mallorca, Pisa.. serán arena de sus nobles batallas y testimonios de sus triunfos intelectuales. A través de su doctrina controversista aletea el ejemplo vivido de aquella suprema tolerancia y discreta amabilidad que transporta en alas del deseo vehemente de llegar al corazón y a la inteligencia de los hombres, el evangélico *bonus odor Christi*, haciendo amigos a aquellos mismos que antes se tenían por irreconciliables. Y es que el siglo XIII, históricamente hablando, se aparta súbitamente de la época en que la veracidad de una doctrina pretendía demostrarse por la razón del más fuerte; porque en el siglo XIII los hombres ya no se tienen por irreconciliables. Más aún, en el curso de estas lecciones observaremos a través de las obras del *Doctor Iluminado*, que con el trato social exigido por las circunstancias del momento, nacieron, no solamente entre los hombres cultos de los países cristianos y los intelectuales advenedizos, sino aún en medio de los infieles—como sucedió, por ejemplo, en Túnez y Bugía entre Ramón Lull y los *ulemas*—espontáneas y amables simpatías.

El éxito intelectual de este intercambio y de este choque de ideas, no se manifestó seguidamente; al contrario, el inmediato de las públicas controversias era muchas veces escaso y a veces nulo. Recordamos, en efecto, aquella ingénua anécdota de un rey sarraceno

«*gran amigo de la sabiduría*», el cual disputando con un cristiano alcanzó a quedar plenamente convencido de la falsedad de la secta de Mahoma, pero no de la verdad del Cristianismo; por lo cual echó airado de sus estados al cristiano que le había hecho perder su fé, sin haber logrado infundirle otra nueva, cuando el corazón humano exige tan perentoriamente una creencia, y la inteligencia siente tan vehementes anhelos de verdad. Esta escena recordada por Ramón Lull, nos descubre otro influjo circunstancial por el cual constituyó en Ramón Lull una verdadera obsesión encontrar argumentos tan sólidos y razonables que no solamente destruyan una fé falsa, sino que logren también infundir una fé verdadera.

En el «*Libre del Gentil e dels Tres Savis*», entre otros libros, alude y se vale Ramón Lull de esa costumbre controvertista. Aparece, en el citado Libro, un gentil *muy docto en filosofía*, que no alcanzaba el conocimiento de Dios, ni a creer en la resurrección. Este *sabio gentil* abandonó su país, encaminándose a tierras extrañas, con el fin de distraer sus penas y buscar remedio a sus angustias intelectuales. Largo tiempo anduvo errante por una selva cercana a un deleitoso prado, donde acertaron a entrar otros tres sabios que habían salido de cierta ciudad, el uno sarraceno, el otro judío y el tercero cristiano, con el fin de distraerse. Encuéntranse los tres sabios y después de saludarse cortesmente, comienzan a hablar de sus creencias particulares y de la ciencia que cada uno de ellos enseñaba a sus escolares; y hablando de esta suerte en un tono siempre amistoso, llegan a una hermosa fuente que regaba cinco árboles—que después serán símbolo de sabiduría—, en cuya corriente cristalina abrevaba su palafren una agraciada doncella. Esta no es otra que *Dama Inteligencia*. Enterados los sabios de su nombre y calidad, la ruegan que

les explique la naturaleza y propiedades de aquellos cinco árboles simbólicos, en los cuales viene representado el objeto de las discusiones; y *Dama Inteligencia* accede con el mayor gusto. Y cuando ella acaba de iluminarles, siguen discutiendo los tres sabios, ya bajo un criterio más lógico; estando en esta discusión, se acerca el *Sabio Gentil*; se saludan y sigue entre los cuatros la controversia sabia, suavemente. El *Sabio Gentil* pronto queda persuadido de la existencia de Dios y de la vida futura; más no quedan completamente persuadidos de la falsedad de su fé ni el moro ni el judío; no obstante el Cristiano, es decir, Ramón Lull, deja definitivamente propuesta la cuestión en términos tan claros que ya «*quien los lea sabrá escoger la Ley que a Dios ha de ser más agradable*». Los tres sabios se despiden con delicada cortesía y aún mutuamente se piden perdón, el uno al otro, por si hubiese escapado «*nuyla paraula vilana*»; y se perdonan generosamente. Rasgó ejemplar de noble tolerancia y mútuo respeto que, en medio de la orgía mitinesca y pseudo intelectual de hoy, no hallaremos ciertamente.

IV—Razonablemente ha escrito Otto Keichner⁽¹⁰⁾ que Ramón Lull resume y condensa en su vida extraordinaria el carácter de su tiempo y de su patria; y Rénan afirma que fué Héroe de la cruzada antia-verroista en Europa; cruzada apostólica, eminentemente intelectual, que no fué sino una lucha denodada en defensa de la Fé cristiana, contra los errores de los infieles y aún contra el escepticismo y la indiferencia religiosa que surgían a medida que Mallorca, Cataluña y Europa alcanzaban los fastigios de su gloria, al soberbio empuje de su sangre juvenil y de su osadía.

Y en efecto, Ramón Lull, criado en medio de la opulencia primaveral de Mallorca, en medio de la Ciudad que resurgía ubérrima y fecunda en todas las manifestaciones vitales, oyendo el estruendo de los astilleros, donde los gruesos troncos de las encinas milenarias y de los pinos mediterráneos se convertían por arte de humanidad en navíos portadores de cultura; entre la gente de armas curtida en los combates gloriosos, de cuyos labios surgía fuerte y alentador el ejemplo de la apopeya almogávar; entre un pueblo polícromo, hablador de todas las lenguas mediterráneas; escuchando sobre las rodillas de su padre el recuento de las glorias de su estirpe; viendo surgir los grandiosos alcázares, castillos, iglesias y monasterios donde florecía, vital y triunfador, el arte del Pirineo y el arte del Mar de las civilizaciones. Viendo plasmar la gloria futura y asomarse en el fondo del Mar latino la alborada de aquellos días en que «no nadaría un pez en sus aguas sin llevar sobre sus plateadas escamas las cuatro barras sangrientas del Rey». Viviendo en la Corte de Jaime I el *Conquistador* o siguiéndole «*por llanos y montañas, por desiertos y poblados, por aguas dulces y saladas*»; compañero y amigo de los infantes; caballero después y cortesano enamorado, despreocupado y pasional, trovador incansable y triunfador en las dulces lides, bienquisto de las damas, amado los Reyes, fué durante su juventud el prototipo del gentil caballero del siglo XIII, con todos sus vicios y a pesar de sus vicios, con todas sus virtudes caballerescas y su honradez. Dotado de una cierta cultura, como revelan las aficiones literarias desarrolladas en su misma adolescencia en la Corte del gran Rey, y de un singular ingenio, representa Ramón Lull en su mocedad la cultura mundana del siglo XIII entre las clases más elevadas. Después de su conversión será con su vida austera y trabajosa, el

San Francisco de nuestra Patria y con sus estudios y sus libros, tan innumerables como sus deseos, será Ramón Lull el hombre—cúspide de la cultura filosófica y crítica, el gran apologista occidental, el verdadero Genio de su estirpe y de su época; porque solamente él alcanzará a abarcar audazmente con mirada de águila al mundo entero y a apreciar las necesidades urgentes en el mundo entero, alcanzando aquella prodigiosa intuición metafísica y universal que define su pensamiento filosófico. Hombre vidente, *iluminado por la realidad*, querrá desarrollar osadamente un vasto plan de conquista universal, la regeneración cristiana de la Humanidad, sin distinción de raza ni de lengua, la expansión de la cultura europea y la hegemonía intelectual de la ciencia cristiana sobre todas las naciones y razas, cobijadas para siempre bajo los brazos de la Cruz. Y en esta empresa colosal, demostrará el tesón, la gallardía y el temple indonable de aquellos férreos caballeros del ideal, que siempre señalará la historia del Medievo, como el ejemplo histórico más firme y vital de la hidalguía y de la fortaleza humanas.

NOTAS

(1) Ramón Lull nombra frecuentemente a sus padres, a su esposa y sus hijos Domingo y Magdalena; pero nunca alude a hermanos. Los documentos (Véase mi obra «*El Beato Ramón Lull*» pág. 32) referentes a sus bienes patrimoniales, corroboran que fué hijo único y por ende heredero universal de los patrimonios paterno y materno. Negativamente comprueba aquella afirmación la falta absoluta de referencias histórico-documentales a supuestos hermanos suyos.

(2) Véase: Mossen Antoni PONS, «*Constitucions e Ordinacions del Regne de Mallorca*» Vol 1.º (Mallorca, 1932), páginas V y VI

(3) En las gloriosas Cortes Catalano-aragonesas, desde las de Monzón, los enviados de Cataluña sentábanse frente al Rey; a la

izquierda de éste los representantes de Mallorca y a su derecha los de Aragón y Valencia. El discurso, naturalmente, se pronunciaba en idioma catalán. Las primeras Cortes Generales tuvieron lugar en 1289. En 1248 hizo el Rey Jaime I su testamento, declarando la independencia del Reino de Mallorca juntamente con el Principado de Cataluña, que dejaba a su hijo Pedro. En las Cortes de Alcañiz (1250) se reformó el testamento, mejorando la suerte del Infante Alfonso, otorgándole Valencia, además de Aragón. En 1258, logró la plena independencia de Cataluña (la cual ya, de hecho, gozaba) por el tratado de *Corbeille*, por el cual el Rey de Francia renunciaba el feudo que pretendía como heredado de los Carolingios. El Infante Alfonso murió en 1260, y dos años después tuvo lugar la tercera repartición de los Estados catalano-aragoneses y mallorquines, dando estos últimos reinos de *les Mallorques* al Infante Jaime, del cual fué senescal Ramón Lull. Jaime II de Mallorca comenzó seguidamente, aun en vida de su padre, pero con la asistencia y el consejo de éste, el gobierno del ejemplar reino de Mallorca.

(4) Véase la «*Chronica*» de Muntaner, que constituye la verdadera epopeya de la Casa Real Catalana. Ha sido publicada diferentes veces. Ediciones de fácil hallazgo son: la de Barcelona, 1860, con prólogo y notas de Antonio de Bofarull; la de Barcelona, 1886, por «*La Renaixensa*», con prefacio de Coroleu y la reciente del *Institut d'Estudis Catalans*, a cargo de Rubió y Lluch.

(5) Ambos documentos van insertos en el «*Bolleti de la Societat Arqueològica Luliana*» de Palma de Mallorca, Tomo VI, 1895, págs. 129-130.

(6) En «*Historia de España y su influencia en la Historia universal*» (Madrid, 1918).

(7) El reino de Mallorca envió, desde su misma fundación, sus navíos (prodigiosamente aumentados en años sucesivos) a los principales puertos mediterráneos. La fama de los marinos mallorquines muy pronto se impuso por doquiera. Testimonio de la grandeza náutica de Mallorca lo ofrece elocuentemente la historia cartográfica. No se ha escrito aún la historia de la cartografía mallorquina; pero es un hecho que, juntamente con la catalana, llena el ancho panorama de las ciencias cartográficas mediterráneas durante los siglos XIV y XV. La inmensa mayoría de cartas de marear del siglo XIV hoy conocidas, son mallorquinas o catalanas, superabundando las primeras (Véase, BLAZQUEZ, «*Cartografía española en la Edad Media*», Madrid, 1906; CAPMANY, «*Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes*

de la antigua ciudad de Barcelona» (Madrid, 1779) Tomo I; LA RONCIÉRE, «*La découverte de l'Afrique du Moyen âge*» (Paris 1925); GONZALO DE REPARAZ (hijo) «*Estudis Universitaris Catalans*» Vol. XIII, págs. 56 y 57). BLAZQUEZ en «*Descripción de la España del Edrissi*» (Madrid, 1901), ha demostrado que la carta más antigua que se conoce es la «*Mogrebina*», cuyo autor —dice— es español; y Nordenskiöld y Wagner aseguran que fué catalán. Entre las cartas notables mallorquinas que se conservan, son, por ejemplo: la de Valseca (1439); el «*Portulano*» de Prunes (1492) y tres de Jaime Ferrer (siglo XV); denotando el auge de la náutica mallorquina iniciada con auspicios prometedores a final del siglo XIII; del siglo XIV se conservan la de Dolcet (1386). También es muy notable la de Jafuda Cresques, datada en 1439. Este perfecto conocimiento no se improvisa; antes hubo una época histórica de experimentación náutica, que se inicia en los mismos días de la infancia de Ramón Lull.

(8) Con el tratado de paz y comercio firmado por Jaime el Conquistador y el Emir de Túnez, en 14 de febrero de 1270 (Vide: GEBBART «*Historia General de España*, 5.^a edición, Vol. XIII, págs. 223-227). Este tratado fué renovado en días gloriosos por el Rey de Mallorca Jaime II y el sucesor del Emir.

(9) RÉNAN, «*Avérroes et l'Avérroïsme*», pág. 184.

(10) RÉNAN, obra citada, pág. 49.

EL RAMÓN LULL HISTÓRICO

SUMARIO:

I—Los legendarios «Raimundo Lulio». II—Fisonomía moral y física del bienaventurado Maestro. III—Su formación. Su vida cortesana. Su conversión. Eclosión de su vocación filosófica. IV—Su inmensa producción literaria. Vicisitudes de su larga vida. Su santa muerte.

I—La abundosa producción de trabajos lulianos aparecidos en España desde mediados del siglo pasado, señala el interés creciente que despierta la venerable figura del Beato Ramón. Más es forzoso convenir que este interés es patrimonio de los selectos, hasta tal punto que si hablamos de Ramón Lull a ese conglomerado heterogéneo que forma la clase pedante de los que se llaman así mismos *intelectuales*, no será extraño que oigamos estas o semejantes palabras: «¿Ramón Lull? ¡Ah!.. Sí! ¡*Raimundo Lulio, el alquimista!*». Y si insistís algo más, os dirán que fué un gran hombre medieval y, a través del poema de Nuñez de Arce, conocido a la ligera, agregarán que Ramón Lull fué el *Don Juan* medieval, que entró a caballo persiguiendo a Ambrosía de Castelló, la hermosa dama de la leyenda que, para librarse de él le descubrió el pecho carcomido por una llaga cancerosa, causando su conversión. Este pseudo—Ramón Lull es generalmente hablando el «*Raimundo Lulio*» más conocido. Los más eruditos quizás hayan visto en los escaparates de las librerías de lance las ediciones de Ovejero y Maurí, «*Blanquerna* ⁽¹⁾»—en cuya portada, sin duda para hacerlo más vendible, se añade el vocablo «Novela»—y el «*Libro de Ascenso y Descenso del Entendimiento* ⁽²⁾». Ciñéndome al Prólogo de esta última obra, el mismo Ovejero—con ser quien es—no acierta completamente a presentar el venerable Maestro, y aún afirma que «La vida de Raimundo Lulio pertenece a la leyenda; reintegrarla a la historia sería profanarla». Otros volúmenes han sido editados recientemente, huyendo de la verdadera visión histórica del Maestro *Barbaflorida*. Citemos, por ejemplo.

el lamentable libro «*Raimundo Lulio. Filosofía Moral*»⁽³⁾ recientemente publicado, donde se recojen absurdamente multitud de textos, al parecer cogidos al azar y de segunda mano y muchos juicios aventurados de autores que no conocieron realmente la figura histórica del Maestro, y con ello los más lamentables errores históricos y doctrinales; casi linda con el sarcasmo esa caricatura insolvente; ni tengo porqué recordar ciertos artículos recientemente aparecidos en revistas y periódicos. Así que no es de extrañar que en la Cátedra luliana que regenté este año en «Centro de Estudios Universitarios» de Madrid, hubiese de limitarme a una divulgación biográfica, como fundamento para otros estudios. Ni tampoco lo es que casi la mitad de mis alumnos fuesen extranjeros y que fuesen *tan pocos* los españoles que se interesaron. Menos mal que fueron excelentes compañeros y discípulos cuantos asistieron a mis explicaciones, de los que he de conservar el más grato recuerdo.

La razón de cuanto dijimos consiste en que Ramón Lull ha pagado el privilegio de ultrapasarse las medidas vulgares, viéndose objeto de toda clase de interpretaciones; hasta tal punto que con frecuencia su figura histórica fué incomprendible para sus mismos admiradores y deformada por sus panegiristas. Como escribe con fina intuición Miguel Ferrá⁽⁴⁾: el duro escolasticismo del siglo XVIII, el dilectantismo chapucero y estrafalario del siglo XIX, la vanidad oratoria y amiga de la pompa de jabón, el localismo rancio y sin horizontes, todo se unió para darnos un Ramón Lull en litografía o al óleo con abundancia de negro; un Ramón Lull vertido al latín escolástico o al castellano teatral de Nuñez de Arce, que no se parece nada al Ramón Lull histórico y verdadero. De esta suerte solo pudo hacerse de él un «*Don Juan*» desengañado, un filósofo raro, un teólogo *sui generis*, un

visionario, un químico, un cabalista, un matemático, un músico, un nauta...; todo menos lo que es en realidad; un místico excelso de alma enardecida y, precisamente por serlo, un idealista inconmensurable, un utopista generoso y transcendental. Viendo este afán, que ha perdurado hasta el presente, de recortar en pequeños trocitos su figura gigantesca, esencializando las accidentes más insignificantes y aún comentando los fingidos, diríase que el Maestro no cabe en las retinas hechas solamente para ser objeto de menudencias. Y no obstante anteriormente se había comprendido bastante bien a Ramón Lull y lo prueba el hecho de haber sido amado intensamente.

La leyenda de Ramón Lull es multiforme y dispar, haciendo del «*Juglar de Valor*» un ser ideal que vivió en el corazón de sus contemporáneos y en la imaginación de la posteridad. la que aureoló con nuevos elementos su fama de apóstol, de sabio y santo, fecundizando los elementos remánticos y místicos que integran su vida, haciendo de él un emblema de su siglo, precisamente porque su existencia extraordinaria, cuajada en la plenitud del pensamiento y de la acción, hizo de Ramón Lull una figura representativa e inmortal. Tal había sido a su vez el otro *Juglar* cristiano, el «*Joculator Christi*» San Francisco de Asís, cuya actividad apostólica y proselitista caminó a la par de la de Ramón Lull, aunque por senda distinta.

Con ser Ramón Lull el pensador más formidable de su siglo, no se había formado en las escuelas, ni conocía la disciplina escolar; vivió en contacto con la naturaleza, y sacó de ella como de su genio extraordinario la substancia multiforme y fecunda de sus obras. Este genio, hecho para la vida y la vida intensa, le empujó incesantemente a empresas y aventuras las más arriesgadas y dificultosas. Sus escritos,

con ser tan divinos y tan originales, tienen siempre un saber fuertemente humano; por ellos logró infundir nueva savia juvenil y enardecida a la filosofía cristiana que debía sufrir, tan en breve, la crisis tremenda del Renacimiento; y esta savia fecunda no se agotó, sino que perduró a través de escritores los más contrapuestos. El Ramón Lull de la leyenda popular, psicológicamente hablando, es precisamente este Beato Ramón Lull histórico, el del amor intenso, el de las grandes osadías. Cuantos cataron la fecunda sabiduría que escanció en sus obras, penetraron insensiblemente hasta lo hondo de su compleja psique y le amaron y le siguieron y lucharon por vindicarlo contra la enemiga de sus odiosos detractores. Y es que cuantos se acercan al Maestro, llegan a conocerlo; y cuantos le conocen, le aman; y cuantos le aman le siguen sin pestañear. Este es precisamente el rasgo cordial, sincero, desinteresado, que brota a la sugestión misterioso de sus escritos. Es todo un corazón y apóstol de la sinceridad.

II—Sobre las díscola humanidad del siglo XIII, sobre las oleadas de sangre joven y osada, hirguióse Ramón Lull como un héroe legendario, esgrimiendo la espada auctóctona de la Verdad, plasmando de un modo originalísimo el incipiente pensamiento filosófico de Europa, acuñando a su Patria con el relieve de su figura. Ramón Lull es, en efecto, quien usando de la leyenda mitológica acertó a consagrar sus primicias a Thémis, madre de las Horas, conquistando la inmortalidad de los ojos verdes de Palas Atenea; ojos de esmeralda, color y emblema de esperanzas, que son fecundidad. Quien haya acertado a fijar sus ojos inteligentes en la selva frondosa de su inmensa producción literaria y científica, selva de árboles corpu-

lentos, en cuya fronda anidan trinos y gorgéos; árboles que cantan como los robles virgilianos, catará sibaríticamente los panales de Himeto y sentirá las fuertes y suaves cadenas del amor. No por acaso dijo San Agustín que «los escritos son vasos preciosos y exquisitos».

Como el sol derrama su gloria líquida y brillante sobre la plata de los olivos mediterráneos, de esta suerte la leyenda auténtica de Ramón *Barbaflorida*, derramó su luz triunfal sobre el Olivo octogenario que quiso significar en los primeros años del siglo XIV lo escrituraria «*Pulchritudo Pacis*». El anheló y buscó la paz bajo la universal paternidad de Dios, no usando de otras armas que del rayo sutil que esclarece las inteligencias y caldea los corazones. Tal fué su vida: rectilínea; caminó sin descanso en pos de un ideal universalizador y apostólico bien definido; y por esto fué su divisa una balanza en su fiel. Hombre de actividad formidable, viajó constantemente por todo el mundo conocido; discutió, predicó, enseñó, escribió, causando la admiración en los grandes centros intelectuales. Importunó a Papas y Reyes a favor del «*Gran negocio*» de la conversión de los infieles; fustigó duramente todos los vicios de su siglo, sin acepción de personas; discutió con los infieles y les adocrinó; y aún tuvo tiempo para hacer vida ermitaña. Cuando por primera vez explicó su sistema en la Soborna, los sabios de todo el mundo allí congregados quedaron sorprendidos; y fué tan violento el choque de su «*Arte y Ciencia General*» con los métodos de enseñanza a la sazón en boga, que removió todas las pasiones; fué severamente discutido, desencadenándose contra él una furiosa galerna. Y entonces pudo ser motejado, por los *sabios* incomprensibles, de loco y visionario, para ser más tarde glorificado en vida en la misma Universidad de París.

Difícilmente registra la historia un ejemplo más vigoroso de hombre de combate contra el medio ambiente, ni una generosidad más inagotable. Sufrió multiplicados desengaños de todo orden; sufrió hondas crisis morales; fué hombre que lloró sobre su desgracia y más aún de sus fracasos; y no obstante cuantos desengaños hubo de sufrir, no alcanzaron otra cosa que dar mayor bravura a la fuerza formidable de su espíritu excepcional.

Confiado siempre en la solidez y energía de su pensamiento, no temió nunca a las violencias; mejor aún, ansió derramar su sangre bullente, y la derramó abundosa en confirmación de la verdad. La fina sensibilidad demostrada en su vida anecdótica y en sus obras, especialmente místicas, ascéticas y novelescas, nos dicen cuan tierno era su corazón, con ser tan bravío; como lloraban aquellos sus ojos por su Amado en medio del drama de la vida y de la inacabable tragedia de su corazón.

En cuanto a su naturaleza física, precisaría el buril de Donatello o el sutilísimo pincel de Fra Angélico para evocarla. Según los rasgos que señalan la historia, la tradición, las miniaturas cuatrocentistas y el examen médico de sus restos, la persona de Ramón Lull físicamente hablando debió ser el preludio perfecto de su vida. Figura venerable sin ser demasiada alta, con la cabeza erguida, perfecta, rutilante, homérica, sobre unos hombros que la senectud no acertó a doblar, y un semblante de patriarca o profeta, con una barba fina, suave, abundosa y blanca. Y en sus manos, duras como sarmientos, el infolio y la pluma. Y a sus pies de apóstol, avezados a todos los caminos del mundo, polvo de todos los caminos, y fólios y más infólios. Este es el Ramón *Barbefleurie* de los escolares parisienses; tal nos lo ofrecen los más antiguos retablos y xilografías; tal nos lo pinta la tradi-

ción y así se describe en el código de Karslsruhe, coetáneo del bienaventurado Maestro.

Confieso a mis oyentes que, ante esta inmensa figura histórica, tan compleja, tan sugestiva, tan extraordinaria, hállome en terrible aprieto al tener que presentárosla siquiera sea en silueta. Y hartó me temo no acertar debidamente, Me reduciré a un rápido desfile de los principales momentos de su vida ⁽⁵⁾,

III—Hijo único y por tanto heredero del patrimonio familiar y de las glorias de su estirpe, recibió Ramón Lull y Erill la crianza propia de un caballero del siglo XIII destinado a la profesión de las armas. En cuanto a la disciplina escolar, fué díscolo y reácio al trabajo, de modo que, «*no le valieron golpes, ni castigos, ni premios, ni adulaciones, ni ejemplos* ⁽⁶⁾», creciendo *il'literat*, es decir, hombre poco aficionado a los estudios. No obstante se sintió sugestionado desde muy niño por las lides trovadorescas, y amó y cultivó con pasión el arte de trovar desde su adolescencia y sobre todo durante su esperanzada juventud ⁽⁷⁾. Recibió un baño de cultura general que, juntamente con la mundología aprendida fácilmente en medio de sus relaciones cortesanas, satisfacía suficientemente a las necesidades de su elevada categoría social.

A sus catorce años Jaime I *el Conquistador* lo tomó a su servicio personal en calidad de paje ⁽⁸⁾. La hegemonía de la Corte del Alto Rey y su poderosa influencia en las demás cortes europeas, puso a Ramón Lull en certera ocasión de conocer el gran mundo de su siglo y penetrar las intimidades de la vida cortesana, política y diplomática, adquiriendo amistosas relaciones con muchos príncipes, de cuya amistad debía valerse más tarde, durante su apostolado. La vida

de aquella Corte opulenta le saturó de ambiciones y gallardía. Fué un caballero gentil, amado de los Reyes, trovador bienquisto de las damas y uno de los hombres en quien más confió el gran Rey; de manera que cuando tuvo que pensar en la necesidad de poner casa a su hijo el futuro Jaime II de Mallorca, escogió a Ramón Lull, nombrándole Senescal y ayo de éste, cuando apenas el bienaventurado Maestro había cumplido sus veinticuatro años. Y es harto sabida la gran discreción del Monarca en la elección de cargos. Este nombramiento de confianza y político al mismo tiempo, le puso en ocasión de intervenir más o menos en la gobernación del joven Reino de Mallorca, su Patria nativa ⁽⁹⁾.

Hombre de mundo, sensual, envanecido de su alta posición y de sus riquezas, dejó Ramón el campo abierto a todas las pasiones que se desbordaron como un torrente de muchas aguas, que no logró o quiso contener ni aún después de su casamiento con la noble dama Blanca Picany y de tener de ella dos hijos, Domingo, continuador de su estirpe a quien dedicó varios libros, y Magdalena, que casó en su día con el noble Pedro de Sentmenat.

Cuando había cumplido los treinta años, estando en su celda, en su casa solariega de Mallorca, componiendo «*vana cançó a sua enamorada*», tuvo cinco visiones del Crucificado ⁽¹⁰⁾ que determinaron su conversión y con ella la ruta indefectible que había de seguir durante su larga vida. Este hecho rigurosamente histórico, de que luego hablaré, señala la concepción de los tres grandes proyectos de apostolado, a que dedicó todas sus actividades. Después de tres meses de ascetismo más o menos constante, oyendo el panegírico de San Francisco que pronunciaba el Obispo de Mallorca, en la Iglesia de Menores Franciscanos el día de la fiesta del glorioso Patriarca, Ra-

món pidió y obtuvo el hábito de penitencia; dispuso de sus bienes, y comenzó una larga peregrinación, visitando Rocamador, Santiago de Compostela y demás Santos Lugares. Disciplinado su cuerpo, pudo su alma emprender largo vuelo envuelta en un ascetismo fecundo, agitada por aquel extraordinario espíritu místico que más tarde había de florecer tan donosamente en el incomparable «*Libre d'Amic e Amat*». De vuelta de su romería acudió en Barcelona al gran consejero San Ramón de Penyafort para manifestarle sus vehementes deseos de estudiar en París con el fin de hacer fecundo su apostolado; pero San Ramón de Penyafort le aconsejó que fuese a Mallorca para dedicarse allí a la contemplación y al estudio, como hizo seguidamente, viendo en este consejo que sus amigos compartían, bien expresa la voluntad de Dios.

Tendría Ramón 32 o 33 años cuando se presentó en su ciudad natal para sufrir por de pronto las burlas de los que antes fueron sus camaradas disolutos. Burlado y escarnecido sintió en sí mismo el antes altanero Senescal todo el oprobio que sabe lanzar la infamia⁽¹¹⁾. Sufrió considerablemente, pero, sabiendo resistir a la terrible prueba, dedicóse austeramente a la piedad y al estudio. Y como en sus planes⁽¹²⁾ estaba el «*escribir libros, los unos buenos y otros mejores*» contra los errores y en defensa de la Fe, compró un esclavo árabe con objeto de aprender la lengua morisca. Este esclavo trató de asesinarle en 1271 hiriéndole en el vientre aunque no de gravedad⁽¹³⁾. Después de este suceso estuvo Ramón tres días en el retiro de la Abadía de Santa María de la Real, meditando ante Dios lo que debía hacerse para con aquel esclavo, al que quería librar de la muerte por deberle el aprendizaje del árabe⁽¹⁴⁾. No habiendo deliberado al final del tercer día y queriendo visitar en la cárcel

al esclavo, halló que éste se había ahorcado; y dió gracias a Dios por haberle librado del conflicto manteniendo puras sus manos; y continuó dedicado a la oración y a los trabajos intelectuales.

IV—Diez años después de su conversión, a los 39 o 40 de su vida, adiestrado ya, habiendo obtenido un profundo conocimiento de los antiguos filósofos y de los Santos Padres, escribió sus primeras obras; el «*Libre del Gentil e dels III Savis*»; el inmenso panorama del magno «*Libre de Contemplació*», y el «*Art abreujada d'atrobar veritat*»⁽¹⁵⁾.

Teniendo el apostolado de Ramón un ideal de universalidad, de catolicismo, en el más extenso e intenso sentido de la palabra, desde el primer momento rechazó el latín, usando de las grandes lenguas del siglo XIII, el árabe, que era la lengua intelectual, y el catalán, que era la lengua comercial y diplomática, hablada o conocida en todos los puertos mediterráneos. Para ello tuvo Ramón que performar literariamente la lengua de su tierra, haciéndolo con unos años de anticipación al Dante, que con su «*Divina Comedia*» performó el toscano, cuando la heroica lengua de Castilla comenzaba a fluir de la pluma de Alfonso *el Sabio*.

La escritura de la tercera de las citadas obras donde toma base su vasto y profundo sistema filosófico, está intimamente ligada con un hecho extraordinario, es a saber, la *iluminación* de Randa, en cuyas alturas solitarias se había reducido como para prepararse, sin saberlo, para el gran fenómeno intelectual de la intuición inesperada. Dedicando allí a la oración, a la meditación y a la penitencia, intuyó inesperadamente el vasto sistema planetario de su pensamiento filosófico. Sin prejuizar la sobrenatura-

lidad del hecho histórico, lo cierto es que por aquella maravillosa intuición—que Ramón atribuyó siempre a Dios—subió en vuelo audaz hasta las más serenas regiones de la ciencia, colocándose en la categoría de primer sabio y maestro altísimo de su tiempo sin haber sido nunca escolar. Aquel «*Art*» llamado también «*Ars Major*» y más comunmente «*Ars Magna*», es un tronco corpulento de que son ramas frondosos los demás libros, fecundos en flores y en frutos.

Con aquellos sus primeros libros cundió la fama de Ramón, llegando hasta la corte de Jaime II de Mallorca, a la sazón en sus posesiones de Montpellier llamado por su antiguo Señor, fueron examinados estos libros y aprobados⁽¹⁶⁾. Estando en Montpellier (1274-1275), escribió; «*Lectura del Art General*»⁽¹⁷⁾ y el «*Art Demostrativa*»⁽¹⁸⁾. Su obra poligráfica comienza en estos tiempos a manifestarse exuberante y magnífica, iniciándose con cuatro tratados introductorios al estudio de la teología, filosofía, derecho y medicina⁽¹⁹⁾, y los siguientes libros «*De Spiritu Sancto*», «*D'oracions e contemplacions*», «*De Angelis*», «*De Chaos*»⁽²⁰⁾. «*De definitionibus*», «*Dels XIV Articles de la Fe*»⁽²¹⁾, «*Doctrina pueril*», libro enciclopédico y moralizador dedicado con efusión a su hijo Domingo⁽²²⁾; el sugestivo tratado «*Libre de Cavalleria*»⁽²³⁾. «*Logica en ritms*»⁽²⁴⁾ y probablemente en Miramar, el «*Libro de Amigo y Amado*» que luego incluye en el «*Blanquerna*». Todos estos libros entre 1275 y 1276.

Durante la visita a Jaime II y gracias a la grata acogida por parte del buen Rey, pudo Ramón poner los fundamentos de la «Congregación de Propaganda Fide», con la fundación del Colegio orientalista y misional de Miramar (Mallorca), con tres siglos de antelación a la constitución canónica de aquella Congregación en Roma⁽²⁵⁾.

Al año siguiente (1277) procuró personalmente en

Roma la fundación de colegios semejantes; y esta procuración siguió constante toda su vida. Dos años antes (1275), totalmente dedicado a la vida contemplativa, el estudio y a la organización de sus vastos proyectos, la Autoridad designó, a instancias de Blanca esposa de Ramón, un curador de sus bienes patrimoniales, por «haberse vuelto tan contemplativo que los tiene abandonados» quedando reducido de esta suerte a la condición de muerto civilmente para adquirir plena ciudadanía espiritual⁽²⁶⁾. Su estancia en Miramar (*entre a vinya i el fonollar*) fué de calma espiritual propicia a los grandes vuelos de la mística, brotando de su alma enamorada los incomparables versículos del *Libro de Amigo y Amado*. «Vela de armas — dice Galmés — del doncel que se prepara para ser armado caballero y entrar en combate a la mañana siguiente». Efectivamente desde allí, en 1278, emprende Ramón, con temple de águila, el vuelo definitivo desde los roquizaes de Mallorca, estremecido por eternas inquietudes, «para procurar la gloria de su Amado y evitar sus deshones». Por espacio de 22 años, con superabundante fervor de enamorado consciente, nuestro venerable Maestro anduvo por el mundo en apostólico nomadismo. En 1277 parte para Roma con el fin de conseguir la fundación de colegios misionales como el de Miramar; y esta procuración en la Corte de «Su apostolica Señoría», inicia la odisea que le ha de llevar por casi todos los países de Europa, Oriente y Africa.

En 1282 visita a Jaime II, que a la sazón residía con su corte en Perpiñán, escribiendo en esta Villa muy probablemente el libro «*Lo peccat d'Adam*»⁽²⁷⁾. Desde 1283 a 1285 reside Montpellier, iniciando su apostolado universitario. En esta ciudad mallorquina escribe: «*D'entenció*», el hermosísimo «*Blanquerana*»⁽²⁸⁾, «*De figura elementari*», «*Ars Iuris*»⁽²⁹⁾, etra.

En 1285 logra entusiasmar al Papa Honorio IV, quien realizó algunas tentativas en el sentido que pedía aquel «extraño Peregrino de amor»; y, al parecer, la envió a París, recomendándolo al Canciller de su Universidad, con objeto de que en ella pudiese explicar su «Arte».

Están fechadas en Roma las siguientes obras: Los «*Cent Noms de Deu*»⁽³⁰⁾, de franco sabor orientalista y escrita en verso; y el «*Liber super Psalmum Quicumque*»⁽³²⁾.

El mismo año asistió en Bolonia a un Capítulo de Dominicos, con los cuales ya se había relacionado de antiguo, y recientemente en el anterior Capítulo habido en Montpellier. en 1283. En 1286 explicó públicamente su filosofía en la Universidad de París y en la cátedra de Brithauld de Saint Denis, futuro Canciller. Desde entonces se llama a sí mismo y es comunmente llamado Maestro Ramón. Los estudiantes parisienses comenzaron a llamarle Maestro Ramón *Barbefleurie*. Estando en París explicó sus proyectos a Felipe el Hermoso, hijo de la Infanta Isabel de Mallorca, encontrado acogida afectuosa más para con su persona que para con sus proyectos. Escribió en París: «*Disputatio fidelis et infidelis*»⁽³²⁾; y las dos considerables enciclopédias denominadas «*De plasent visió*» hoy perdida, pero cuyo contenido se conoce por el mismo Ramón Lull; y el *Felix de les Maravelles del Mon*⁽³³⁾. Estos libros fueron escritos entre 1286 y 1289. En 1286 asiste a un Capítulo de Dominicos en París y en 1287 a otro de Frailes Menores en Montpellier. Después el General de Menores concede Cartas Comendaticias a favor de su Persona y doctrinas. Al año siguiente procura la evangelización de los infieles ante el Papa Nicolás IV, insistiendo en la fundación de colegios misionales y en la unificación de las Ordenes Militares en vistas a la ocupación de Tierra Santa.

De Roma pasa a Génova con el fin de transfretar a Berbería para predicar a los moros. En Génova fué recibido triunfalmente; el pueblo esperaba que hiciera milagros, tan extendida se hablaba la fama de su santidad y sobre todo de la ciencia que se tenía como recibida de Dios por el santo Varón. Estando en Génova sufrió penosa enfermedad y una gravísima crisis moral, de que curó saltando osadamente a la nave y emprendiendo el viaje aún enfermo.

Desde 1289 a 1292, hallámosle, infatigable como siempre, escribiendo libros y más libros en las posadas, en los caminos y en medio del mar durante la navegación. Pertenecen a la época indicada los libros siguientes: *Ars inventiva veritatis* ⁽³⁴⁾; *Questiones super artem demonstrativam seu inventivam solubiles* ⁽³⁵⁾, *Fons Paradissi Originalis*; *Ars amativa boni* ⁽³⁶⁾; el hermosísimo libro *De Santa Maria* ⁽³⁷⁾; el *Arbre de Filosofia desitjada* ⁽³⁸⁾; el libro *Contra l'Antichrist* y las *Quaestiones quas quaesivit quidam frater minor*.

En 1292 llega a Túnez, comenzando seguidamente la obra misional que se malogra cuando comenzaba a dar sus frutos, siendo encarcelado y después expulsado. Es embarcado en un navío que parte para Nápoles.

Estando en alta mar comienza a escribir la «*Taula General*», que termina en la Ciudad Partenopea en la octava de Epifania de 1294.

Permanece en Nápoles y otras partes de Italia central, desde 1292 hasta 1295, predicando, enseñando su *Ciencia* y escribiendo a petición de los médicos el interesante libro *De leugeria e ponderositat dels elements*. Escribió asimismo los siguientes libros: *Lectura Compendiosa* ⁽³⁹⁾; *Art de fer e soldre questions* ⁽⁴⁰⁾; *Liber Affatus*, interesantísimo y sumamente original, donde expone su teoría sobre el Sexto sentido humano; *Flors d'amor e intelligencia* ⁽⁴¹⁾; *Petitio*

Raimundi pro infidelium conversione, dedicado y ofrecido al Papa Celestino V, en quien tantas esperanzas había puesto nuestro bienaventurado Maestro; y la delicada *Disputatio V Sapientum*⁽⁴²⁾.

Camino de Roma le sorprende la abdicación del Papa Celestino V y la elección y acelerada coronación de Bonifacio VIII, al cual sigue de ciudad en ciudad, sin lograr poderle hablar personalmente.

Durante este tiempo—1295—1296—escribe le ingente enciclopedia *Arbre de Ciencia*⁽⁴³⁾, donde se condensa todo el saber de su tiempo; el *Desconort*⁽⁴⁴⁾, canto del alma dolorida, ungado de tristeza suavísima ante el poco fruto que de sus trabajos conseguía, *Liber de Anima rationali* y *Proverbis de Ramon*⁽⁴⁵⁾. En Anagni termina—1296—el *Libre de Articles*⁽⁴⁶⁾.

Pasa luego a Génova a Montpellier donde se entrevista con el Rey Jaime II de Mallorca, saliendo luego para París en cuya Universidad explicó desde 1297 hasta 1299. La asidua asistencia a la cátedra alternó con la asidua escritura de nuevas obras. Estas fueron: *X maneras de contemplar a Deu*; *Liber de Astronomia*; *Arbre de Filosofia d'Amor*⁽⁴⁷⁾; *Liber de Quadratura et triangulatura circuli*; *Brevis practica Tabulae Generalis*; *Quaestiones atrebatenses*⁽⁴⁸⁾ y *De nova geometria*.

Toda la literatura de esta época está ungada de pesimismo a causa de los desengaños sufridos; en el *Apostrophe*⁽⁵⁰⁾, ruega con la mayor humildad a la Santa Sede que atienda a las necesidades de la época, especialmente a la reforma de costumbres y misiones; y el fragantísimo *Cant de Ramon*⁽⁵¹⁾, recordando rápidamente su vida y hechos, rompe en llanto doloroso por el poco fruto conseguido después de recorrer todo el mundo y de acudir tantas veces a Papas y a Reyes, sin encontrar nunca verdadera ayuda para la «gran tarea» que se había impuesto.

De paso, en Barcelona, a instancias del Rey de Aragón y de su esposa Doña Blanca, escribió un hermoso «*Libre d'oracions*». Jaime II de Aragón, día 30 de Octubre de 1299, le otorga privilegio perpétuo para que pueda predicar en todas las mezquitas y sinagogas de sus dominios.

Abatido por la tristeza recógese en la paz familiar de su querida Mallorca, hacia el 1300, después veintidos largos años de ausencia, de angustia y desconsuelo que iban consumiendo su alma en un martirio lento, doloroso, inacabable.

Tenía a la sazón 67 años.

En Mallorca no decrece su prodigiosa actividad; pues predica, enseña y escribe sin descanso. Entre 1300 y 1303 deben colocarse las siguientes obras; *Començaments de Filosofia*; *Medicina de Pecat*⁽⁵²⁾; *Libre del Es de Deu*⁽⁵³⁾; *Libre de Deu e Jesucrist*; *Libre del Home*⁽⁵⁴⁾ y *Aplicació del Art General*⁽⁵⁵⁾.

Habiendo cundido la nueva de que el Gran Kan de la Tartaría había logrado apoderarse de Siria, y recordando nuestro bienaventurado Maestro lo propicios que eran los tártaros a recibir la Fe; a pesar de ser ya septuagenario, embarca en Mallorca en una nave que zarpaba para Chipre, con el fin de pasar desde allí a tierras de infieles. Llegado a la Isla de Chipre sufre en nuevo desencanto al percatarse que las noticias recibidas en Mallorca y esparcidas por toda la Cristiandad habían sido extremadamente exageradas.

No se desanimó en Chipre, sino que ocupó el tiempo predicando y convirtiendo a hereges y cismáticos; llegóse al Rey para proponerle sus planes de conquista espiritual del Mundo; mas el Rey, aún acogiéndole respetuosamente, no puso gran cuidado en las recomendaciones del Maestro Ramón.

Estando en la misma isla de Chipre cayó grave-

mente enfermo; durante esta enfermedad fué envenenado por un clérigo y un esclavo que le servían. Pudo librarse angustiosamente de la muerte, contentándose con dejar a sus servidores, sin denunciar el caso ni causarles mal alguno. Convaleciente aún se refugió en Famagosta, donde fué acogido reverentemente por el Maestre de los Caballeros Templarios, con cuyos cuidados logró recobrar la perdida salud. Recobrada ya, viajó incansablemente por Armenia, volviendo luego a Chipre, Rodas y Malta, llegando a Mallorca, su Patria, de nuevo, en 1302.

Durante este tiempo no dejó en paz a su pluma infatigable, escribiendo: en Chipre, la *Rethorica nova*⁽⁵⁶⁾; en Famagosta, el *Liber de Natura*⁽⁵⁷⁾; en Armenia *De çó que hom deu creure de Deu*; y en Alleas el *Libre dels M. Proverbis*⁽⁵⁸⁾.

Durante los dos años siguientes le hallamos residiendo en Montpellier, enseñando y escribiendo. Dattados en esta fecha son los libros que siguen: *Disputatio fidei et intellectus*⁽⁵⁹⁾; *Liber de Lumine*⁽⁶⁰⁾; *Libre de regions de sanitat e malaltia*; *Art de Dret natural*; tres interesantes folletos titulados: *De enteniment*; *De Memoria* y *De voluntat*,

En 1303 publica en la ciudad de Génova: *Logica nova*⁽⁶¹⁾; termina la *Brevis practica Tabulae generalis*; *Liber ad probandum aliquos articulos fidei per sillogisticas rationes*.

Desde marzo de 1305, hallándose en Montpellier, escribe: *Ars magna praedicationis*: el interesantísimo *Libro del Ascenso y Descenso del Entendimiento*⁽⁶²⁾; la *Demonstratio por aequiparantiam* y el sugestivo librito *De Fine*⁽⁶³⁾ dirigido al Papa y a los Príncipes cristianos con miras prácticas a la concordia, donde expone su vasto pensamiento político con una intuición genial y maravillosa, de que forma parte una expansión europeo—cristiana, en nombre de

su Patria, extendida por el Norte de Africa; esta expansión se conseguiría mediante la fundación de colegios misionales en ciertos puntos extratéticos desde Andalucía hasta el Bósforo, en todas las avanzadas cristianas, como base de operaciones para la penetración pacífica.

Escribió además el *Liber de praedestinatione et libero arbitrio*; el *Ars generalis ad omnes scientias*⁽⁶⁴⁾ y tres opúsculos filosóficos.

Esta época de su estancia en la ciudad de Montpellier coincide Ramón Lull con la conferencia que hubieron en esta ciudad el Papa Clemente V, recién elegido (1305) y Jaime II de Mallorca; creyendo el Maestro hallar bien dispuesto a Clemente V a favor de sus proyectos, después de una corta estancia en Barcelona, donde escribió el «*Liber de erroribus in-daeorum*», siguió a la Corte Pontificia hasta Lión; mas viendo que ni el Papa ni los cardenales tomaban muy a pecho la cosa, después de haber comenzado la escritura del «*Ars generalis et ultima*», en que condensa su *Arte y Ciencia General*, fuese a París para reanudar seguidamente la enseñanza, hasta que, atraído por un deseo ferviente de transfretar a Berbería, marchó a la ciudad de Pisa, con el fin de buscar navío que le transportase; pero no le halló; por lo cual resolvió el retorno a Mallorca, efectuándolo seguidamente (año de 1307). Tendría a la sazón unos 74 años. Pasó por fin a Berbería, reanundando fecundamente el apostolado y multiplicando al mismo tiempo sus libros. El Cadí y los ulemas, aun contradiciendo su doctrina, quedaron admirados de su ciencia; y gracias al primero que deseaba oírle, fué cierto día librado del furor de la plebe que se había apoderado de su persona, haciendo recluirle en la cárcel, no sin que antes hubiese sufrido las iras del populacho. En la cárcel fué tentado de diversas maneras con

el fin de hacerle pasar a la fe de Mahoma, más él se mantuvo firme en la fe cristiana. Los ulemas concurrían asiduamente a la prisión para escucharle y discutir con él y hasta uno de ellos llamado Hamar, aceptó escribir un libro exponiendo las doctrinas del Profeta del verde albornoz, mientras Ramón Lull componía otro exponiendo las bases de la doctrina cristiana, a fin de que después un tribunal de doctos independientes se pronunciase de parte de quien de los dos estaba la razón. De esta suerte escribió el Maestro Ramón en árabe la hermosa apología *Disputatio Raimundi cum Hamar sarraceno* ⁽⁶⁵⁾, que no pudo terminar en Berbería, porque a los seis meses de prisión fué desterrado por el Sultán—entonces residente en Constantina—, bajo pena de muerte si volvía; seguidamente fué embarcado en una nave de genoveses con la consigna de que no se dejaría descargar al navío cristiano que volviese a traer al bienaventurado Maestro, El navío naufragó en medio de los horrores de una tempestad, salvándose el Maestro con varios marineros a la vista de las costas genovesas, cogidos de unos maderos. Pero perdió todos sus libros en el naufragio.

Desde Génova, donde fué acogido reverentemente, pasó a la República de Pisa, donde volvió a escribir de memoria la *Disputatio cum Hamar sarraceno*, vertiéndola al vulgar; terminó el *Ars generalis et ultima* ⁽⁶⁶⁾ y escribió el *Ars brevis* ⁽⁶⁷⁾—libro de texto durante muchos años en todas las escuelas lulianas—; *Liber ad memoriam confirmandam* y *Liber clericorum* ⁽⁶⁸⁾.

La estancia del Maestro en Génova y Pisa (1307-1308) fué de gran consolación para su alma, por haber hallado éco en aquellas florecientes municipalidades, que tomaron acuerdos para la futura cruzada, recibiendo grandes subsidios de parte de las damas de ambas repúblicas a tal fin.

Al año siguiente pasa a Montpellier, donde escribe — causa vértigo recordar su inmensa producción literaria — hasta quince tratados filosóficos diversos y de índole social; entre los cuales hemos de recordar el llamado «*Liber de acquisitione Terrae Sanctae*» donde expone todo un plan técnico y extratécnico de conquista, que él mismo presentó personalmente al Papa Clemente V, el cual a la sazón tenía su corte en Aviñón.

Desde 1309 a 1311 la actividad del bienaventurado Maestro es asombrosa. Residiendo en París, el Rey de Francia le otorga letras comendaticias para toda la Cristiandad. En 1311 la Universidad, donde enseñaba de nuevo, examina sus libros, aprobándolos y declarando que les anima «un celo ferviente y una rectitud de intención para promover la Fe cristiana». Aprobada su doctrina por 40 profesores, estos pasaron a comunicarle la buena nueva a la casita que habitaba el Maestro en el típico barrio de la *Bouchérie*, cuando las campanas alegraban las fiestas de Navidad. Esta declaración consagró a Ramón *Barbefleurie*, como Maestro universal, como en adelante se le designó.

En este mismo tiempo es Ramón Lull al apostol imperturbable de la cruzada contra el averroísmo racionalista. En menos de dos años escribió hasta veinticuatro opúsculos y libros diversos contra el averroísmo, algunos de ellos notabilísimos por todos conceptos, exponiendo su pensamiento filosófico y tratando de doctrina trinitaria.

Libros de esta fecha son: *Ars mixtiva theologiae et philosophiae*; *Nova Metaphysica*; *Liber Novus Physicorum*; *De praedestinatione et praescientiae*; *De efficienti et effectu*; *De naturali modo intelligendi*; *De venatione medii inter praedicatum et subjectum*; *Liber reprobationis aliquorum errorum*

Averrois; De possibili et impossibili; De fallaciis quas non credunt facere aliqui philosophantes; Disputatio Raimundi et Averroistae; De correlativis innatis; Lamentatio Philosophiae; De Deo ignoto et de mundo ignoto; De quaestione valde alta et profunda; etra.

Durante las fiestas de Navidad de 1311 compuso el fragante *Liber de Natali*⁽⁶⁹⁾. En este mismo tiempo con el consentimiento del bienaventurado Maestro, su discípulo predilecto Tomás Le Miésier, canónigo de Arrás, compiló sus doctrinas en tres volúmenes (*Breviculum promissum, Electorium medium y Primum Electorium*) ofreciéndolos a la Reina de Francia con estas sentidas palabras:

*Exiguum munus quod dat tibi pauper amicus,
Recipiat placide tua benigna Maiestas.*

En 1311 sale para Viena de Francia con el fin de tomar parte en el Concilio General. Durante el camino escribe el delicioso librito *Phantasticus*⁽⁷⁰⁾ y en Viena. *De Concilio y Petitio Raimundi in Concilio Generali*. Los Padres conciliares aceptaron algunos de los capítulos propuestos por el Maestro Ramón y legislaron providencias de contormidad con sus vehementes deseos. Con respecto al averroismo, cuya obra nefasta denunciaba el Maestro, nada fué determinado en concreto. No obstante el Papa (véanse las *Clementinas*) legisló mucho coincidiendo con las propuestas de Ramón Lull. Mas hubieron de pasar hasta doscientos años (hasta 1512), para que se tuviese buena cuenta de lo pedido por Ramón; en el Concilio de Letrán se hizo justicia a la evidencia del Maestro, cuando el racionalismo renacentista invadía la Cristiandad. En el Concilio de Trento—valga la digresión—fueron aprobados sus libros, por una comisión nombrada al efecto.

Terminado el Concilio pasó a Montpellier y de Montpellier a Mallorca, fundándose la segunda escuela lulliana.

Durante su breve estancia en Montpellier, donde estuvo enfermo, escribió (*iacens in lecto suo*) el deseado libro *De locatione angelorum*, en que se debatía una tesis puesta a la sazón en boga en las escuelas, y el *Ars Magna praedicationis*. Y ya en Mallorca el *Ars brevis praedicationis*.

Cumplidos los ochenta años redacta el bienaventurado Maestro su testamento, preocupándose muchos de la suerte de sus libros, dejando legados de los mismos y sus escasos bienes—aparte del patrimonio familiar de sus hijos—para que se hiciesen copias de sus escritos y fuesen colocadas con cadena en ciertas iglesias, para uso de cuantos quisieren leerlos.

Este hecho del testamento señala que Ramón Lull ha entendido que ya puede dar por cumplida su misión en el mundo y que ya no le queda por hacer sino derramar su sangre en confirmación de la verdad de su fe.

Por esto se despide para siempre de Mallorca, no pensando volver a su querida Patria, embarcando en una galera que partía para Mesina, donde pensaba encontrar navío para transfretar a Berberia. Hizo este viaje en mayo de 1313. Estando navegando en alta mar, comienza a escribir el «*Liber compendiosae contemplationis*».

Llega a Mesina, y esperando la buena oportunidad de alguna nave que hiciese el viaje al Africa, escribe su último libro personalis'a, llamado «*Consolació d'Ermitá*» y termina el comenzado «*Liber Compendiosae contemplationis*». Como si esto fuese poco, compone aceleradamente hasta veinticuatro opúsculos diversos en solo diez meses (hasta agosto de 1314) en Mesina y Mallorca

Ningún navío se apresta a partir y por esto retorna a Mallorca de nuevo, pensando que desde allí le va ser posible lograr sus deseos, aportando a sus lares en abril de 1314. Halla por fin una nave que parte para Berberia y Ramón no deja perder esta ocasión. Le despiden desde la ribera con lágrimas en los ojos, después de haberse hecho lo posible por parte de deudos, amigos y autoridades, para que desistiese de su partida.

Tenia a la sazón unos 82 años!

Llega a la ciudad de Bugía y desde allí pasa a Túnez, comenzando seguidamente sus sabias controversias con los ulemas de la medarsa y otros doctos, y vierte al árabe varias de las obras que había escrito en vulgar, para ayudarse en su apostolado.

El Rey de Aragón Jaime II le recomienda el turcomán y al Rajá tunecino; pero es tanto el trabajo que pesa sobre el bienaventurado Maestro Ramón, que se ve precisado a escribir de nuevo al Rey de Aragón pidiendo que, como auxiliares, le fuesen enviados algunos de los frailes menores discípulos suyos predilectos, para que viertan sus obras y le ayuden a escribir otras nuevas. Y en efecto pasan algunos a ayudarle.

La actividad del Beato Ramón no decrece; pues van fechadas en Túnez, además del libro titulado «*Ars Consilii*», unos treinta opúsculos de controversia, escritos o transcritos en árabe, uno de ellos dedicado con palabras efusivas al Mufti de la Ciudad.

Se ha dicho que murió este año, pero, precisamente por sus obras pruébase que no fué así y que aún vivió hasta principios del siguiente año, 1316. En efecto las últimas obras llevan la fecha de 1315, mes de diciembre.

La última obra escrita por bienaventurado Maestro Ramón lleva, por cierto un título muy decidor: «*Liber de maiore fine intellectus, amoris et hono-*

rís»; con esta obra sella con oro purísimo todo su largo apostolado científico y misional, que fué, todo él, como hemos visto aunque someramente, un apostolado de la razón, del amor a Dios y del honor que le es debido a la Suma Verdad y Sumo Bien.

El año 1316 amanece trágico para el anciano Maestro

Un día — no se sabe que día, ni es preciso saberlo — el populacho se levanta contra él agitado por todas las fúrias y, guiado por fanáticos, le persigue, se aporrea de él y le apedrea.

La tardía presentación de las autoridades que, por indicación del poderoso Rey de Aragón, con el que convenía tener buenas relaciones al sultanado berberisco, aún logrando arrebatarse el cuerpo ensangrentado del bienaventurado Maestro de las iras populares de aquella población fanática, no pudieron evitar que fuese herido de muerte.

Temerosas sin duda, recogen cuidadosamente el cuerpo maltrecho del Beato Ramón y, entre la vida y la muerte, es llevado a una nave de genoveses próxima a partir para tierras de cristianos.

Hízanse las velas y parte el navío.

Y allá, en medio del mar, a la vista de su Patria, murió Ramón Lull como había querido, cubierto de púrpura, «*en un piélagos de amor*», legando su alma a Dios, su cuerpo a la Patria y su ciencia y el ejemplo de su vida a la Humanidad.

NOTAS

- (1) Madrid 1929.
- (2) Madrid, 1928, Pág. XXXVII.
- (3) Nueva Biblioteca Filosófica, Vol. LVI, Madrid, 1932.
- (4) Ferrá, *Ramón Lull, Valor Universal* (Palma, 1915) páginas 6-8.

(5) La biografía extensa y documentada va en vol. aparte, *El Beato Ramón Lull. Su época. Su vida. Sus obras. Sus empresas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934.

(6) *L. de Contemplació*, Cap. 109. n.º 14.

(7) Bellísimas producciones literarias sobre estas artes fueron, por ej., el *Libre de Cavalleria* y las numerosas obras rimadas.

(8) «*Qui prius fuit ephebus Dni Regis Iacobi senioris Maioricarum acquisiteoris*», de la *Informatio* del Arzobispo Clascar, Pascual, *Vindiciae lullianae*, T. I. pág. 21.

(9) Refiérese en la citada «*Informatio*» y en la «*Vita*» coetánea (Ed. Moll, pág. 9).

(10) *Vita* coetánea, códice del British Museum, fol. 24 v.º. Ed. Moll, pág. 9.

(11) *L. de Contemplació*, Cap. 10. n.º 15 y Cap. 126, n.º 25.

(12) *Vita* coetánea, Ed. Moll, pág. 11.

(13) Id. id. pág. 14.

(14) Id. id. pág. 14.

(15) Las más corrientes ediciones son: del *Llibre del Gentil e dels tres savis*, Palma de Mallorca, 1903, por Jerónimo Roselló, Prólogo y Glosario de M. Obrador; *Libre de Contemplació*, texto original catalán, en 6 tomos, por Mateo Obrador, M. Ferrá y Salvador Galmés, Palma de Mallorca, 1906-1914; versión latina, en 19 tomos, Palma de Mallorca (siglo XVIII).

(16) *Vita* c. e. c. pág. 16.

(17) Llamada *Ars universalis*, impresa en Maguncia, en 1721.

(18) Ed. latinas, París 1509(?) y Maguncia, 1722. Texto original catalán, Mallorca, 1932.

(19) Textos latinos, Maguncia, 1721.

(20) Texto lat. Maguncia, 1722.

(21) Texto lat. Maguncia, 1722.

(22) Texto lat. Mallorca, 1736. Texto catalán, Mallorca, 1906. Versión castellana, Salamanca, 1742.

(23) Texto original catalán, Mallorca, 1906. Versión francesa (siglo XV), Mallorca, 1906. Versión sueca, en prensa. Inglesa, 1926.

(24) RUBIO Y LLUCH *La lógica de Gazzali posada en rims per en R. L.* (Barcelona, 1914).

(25) Jaime II subvencionó el Colegio con 500 florines oro anuales, El Colegio, fundado en Miramar obtuvo la aprobación del Papa Juan XXII en 1276. *Pascual*, T. I, pág. 117.

(26) P. Pascual, id., págs. 114 y 115.

(27) Mallorca, 1859, en verso. Versión castellana en la misma ed.

- (28) Versión valenciana, Valencia, 1521; versión castellana. Mallorca, 1749. Texto catalán original, Mallorca, 1914 Reedición de la vers. cast. Madrid, 1882 y 1929.
- (29) Roma, 1516; Mallorca, 1745.
- (30) Mallorca, 1859, con la versión castellana.
- (31) Llamado también *Liber Tartari et christiani*. Texto latín Maguncia 1729.
- (32) Texto lat. Maguncia, 1729.
- (33) Versión cast., Mallorca, 1750. Texto catalán. Mallorca, 1903 y Barcelona, 1933-34.
- (34) Llamada también *Ars intellectiva veri*. Texto lat. Valencia, 1515 y Maguncia, 1729
- (35) Texto lat. Maguncia, 1729.
- (36) Maguncia, 1737. Mallorca, 1933.
- (37) Ed. lat., París, 1499; texto original cat Mallorca, 1915; vers. cast. Mallorca, 1755. Ed. cat.: Villanueva y Geltrú, 1925; Barcelona, 1927.
- (38) Ed. lat. Maguncia, 1737. Mallorca, 1933.
- (39) Ed. lat. Maguncia, 1729.
- (40) *Lectura super artem inventivam et tabulam general em*. Maguncia, 1729 y Valencia, 1515
- (41) Lat. Maguncia, 1737.
- (42) Valencia, 1510; Maguncia, 1722.
- (43) Texto lat. Barcelona, 1482 y 1505; Lion, 1515, 1605, 1635 y 1637; Texto original catalán, Mallorca, 1917, 1923 y 1926, los tomo I, II y III respectivamente. Versión castellana. Bruselas, 1663 y 1664.
- (44) Ed. cat. Mallorca, 1850; versión cast. Mallorca, 1540, 1606, 1852 y 1859.
- (45) Ed. original cat. Mallorca, 1746 y 1928. Vers. lat., Barcelona, 1493; Venecia, 1507; Valencia, 1510; París, 1516; Maguncia, 1737; Mallorca, 1735 y 1738. Vers. castellanas, Madrid, 1932.
- (46) Ed. lat., Barcelona, 1504; Colonia, 1509; París, 1578 y 1598; Estrasburgo, 1609, 1617 y 1651; Mallorca, 1688 y 1689; Maguncia, 1729 y 1935.
- (47) Texto lat., París, 1516 y Maguncia, 1737. Texto original. Mallorca, 1901.
- (48) Lion, 1491; Venecia, 1507; Mallorca, 1746.
- (49) Se trata del «*Liber articulorum fidei*».
- (50) Ed. cat. y versión castellana, Mallorca, 1859.
- (51) Ed. cat. y vers. Mallorca, 1859.
- (52) Ed. cat. y vers. cast. Mallorca, 1859.
- (53) Ed. cat. Mallorca, 1901.

- (54) Ed. lat. Maguncia, 1737.
- (55) Ed. cat. y cast. Mallorca, 1859.
- (56) Ed. lat. París, 1638.
- (57) Ed. lat. Mallorca, 1744.
- (58) Ed. cat. y lat. Mallorca, 1746; ed. cast. Madrid, 1932.
- (59) Barcelona, 1512 y Maguncia, 1729.
- (60) Mallorca, 1752.
- (61) Valencia, 1512 y Mallorca, 1744.
- (62) Ed. lat. Valencia, 1512 y Mallorca, 1744. Ed cast. Mallorca, 1753 y Madrid, 1928.
- (63) Mallorca, 1665.
- (64) París, 1548; (?) 1617 y Mallorca, 1645.
- (65) Valencia, 1510 y Maguncia, 1729.
- (66) Venecia, 1480; Barcelona, 1051; Francfort, 1596; Estrasburgo, 1598, 1609 y 1651; Mallorca, 1646; vers. francesa, París, 1634.
- (67) J. Avinyó acaba de publicar (Barcelona, 4 octubre de 1934) la versión catalana explicada y adaptada al lector moderno.
- (68) Texto lat. París, 1499 (dos ediciones).
- (69) París, 1499.
- (70) París, 1499.

IV

EL AMBIENTE FILOSÓFICO

SUMARIO:

I — El Pensamiento Cristiano en Europa; Los Apologistas y los Santos Padres; el Neo-platonismo patrístico. II — Peripatetismo cristiano. Los helenistas españoles. III — Anteriormente a Ramón Lull no existió ninguna escuela filosófica genuinamente española. IV — El gran drama intelectual del siglo XIII. Las controversias religiosas. V — ¿Constituye el Lulismo una verdadera Escuela Filosófica Nacional?



I—Cuando planteemos la cuestión de la filiación de las ideas lulianas, entonces será ocasión de hablar de la influencia arábiga, desde luego mucho menor que la influencia patrística y escolástica, en las obras del venerable Maestro Ramón

El *Pensamiento luliano* es netamente cristiano en sus orígenes y en su desarrollo; y el pensamiento cristiano es tan antiguo en Europa y en España como el Cristianismo; y tanto como éste es la influencia del platonismo griego en Europa.

El *Pensamiento filosófico europeo* sufrió diversas influencias y tomó peculiares y decisivas modalidades especialmente en el siglo XIII y primeros años del siglo XIV; pero a través de estas modalidades surge siempre con fuerza e ímpetu soberano el ideal autóctono de la sabiduría cristiano-europea, cuya cuna se mece al agonizar el paganismo, ya con personalidad propia e imperturbable. Convendrá retroceder algo a fin de señalar, siquiera sea somerísimamente, la historia de este *Pensamiento filosófico cristiano* a través de las centurias, que había de moldear y hacer suyo el Beato Ramón Lull, performándolo a su manera, según las intuiciones geniales de su comprensión privilegiada y autóctona.

Críticamente hablando no es posible olvidar que la filosofía medieval no se limitó a una perezosa filosofía de conceptos, a un esquematismo conceptual aplicado a la investigación científica, a sutilezas de un análisis más bien subjetivo, a la ausencia del sentido crítico. Porque es un hecho que la escolástica — que constituye la verdadera filosofía del Cristianismo — inició la crítica más severa; y que la Edad Media no

desdeñó ni de mucho la investigación de los hechos experimentales. Sea suficiente recordar los nombres decidores de Alberto Magno ⁽¹⁾, Rogerio Bacón ⁽²⁾, Witelio ⁽³⁾, etra. y de entre los nuestros, los de Ramón Lull, Alfonso *el Sabio*, Arnaldo de Vilanova ⁽⁴⁾, etra. etra. El entenado intelectual de Bacón, Pedro Peregrinus, no en balde pudo ser llamado «*Experimentador fidelis*» y también «*Dominus experimentatorum*». Nicolás de Oresme ⁽⁵⁾, Alberto de Sajonia ⁽⁶⁾ y muchos más, fueron en la Edad Media hábiles experimentadores.

Esta experimentación, desde luego no se hallaba alejada de la filosofía cristiana. Los experimentadores sentían también, y sobre todo, urgente necesidad de una investigación transcendental. Recordemos aquel caso de Ramón Lull en Nápoles, rodeado de médicos y experimentadores que le rogaban les dilucidara cuestiones médicas interesantísimas, haciendo la crítica de la razón teórica sobre la crítica de los hechos investigados. Atendiendo a los deseos de esos sabios compuso Ramón Lull el célebre libro «*De la ligereza y ponderosidad de los elementos*», siendo el primero que llegó a la tésis — hoy, en pleno siglo XX, seguida por todos — de la unidad de materia ⁽⁷⁾. Porque existía en el Medievo un gran intelectualismo; pero este intelectualismo corría a la par de la experimentación lleno de esperanzas, animado por un impetuoso deseo de investigación de la naturaleza; y he aquí el empuje soberano de la crítica medieval, del análisis concienzudo; lo que no manifiesta otra cosa sino un deseo inmenso de hallar verdad donde quiera se halla. De aquí también la caótica variedad de opiniones, de tendencias dispares, de escuelas y de teorías entre los intelectuales de los siglos XIII y XIV y los advenedizos de otras razas; es decir: la más fecunda intensidad de un verdadero *Pensamiento filosófico* incipiente.

Observemos que el Cristianismo hallábase con el inmenso prestigio intelectual de la filosofía griega y con toda una tradición recogida en parte por los Santos Padres, de valor indudable, que no podía ser rechazada. Algunos de los primeros apologistas — Tertuliano, por ejemplo — hubieron de mirar con cierto recelo, cuando no con displicencia, este legado valioso de la cultura filosófica griega, no precisamente por ella misma, sino por la multitud de cuestiones transcendentales que ofrecía como resueltas en pugna abierta con la dogmatología cristiana. Pero frente a estos recelosos, muy contados por cierto, otros muchos, como San Justino, Orígenes, San Agustín, etra. no solo no demostraron repugnancia contra Platón y Aristóteles, sino que les tuvieron como grandes maestros, aceptando buen caudal de sus doctrinas filosóficas.

Este legado de la cultura filosófica griega planteaba desde luego — como hemos dicho — gran número de cuestiones interesantísimas con relación a los dogmas cristianos o íntimamente ligadas con estos. Y por esto hubo de ser objeto de una revisión discreta desde el siglo III y sobre todo desde el siglo IV (principalmente por Arnobio y Lactancio) y después, de una crítica enérgica y racional, porque así lo exigía la defensa de los mismos fundamentos doctrinarios de la cultura cristiana que iba a imponerse en todo el mundo conocido. Tesis objeto de revisión fueron, por ejemplo, las del monoteísmo, del libre albedrío humano, inmortalidad del alma, valoración eterna de la moral, etra. etra.; postulados que no aceptaba la tradición pagana. De aquí que la postura del Cristianismo frente al Paganismo, no fué ciertamente la de una continuación, sino de una verdadera oposición doctrinal, por más que se aceptase cuanto razonablemente con relación a los dogmas cristianos podía aceptarse.

Esta situación no supone que el espíritu de la cultura cristiana fuese el de repugnancia en la aceptación del legado helénico, porque fué aceptado en cuanto pudo ser armonizado con los dogmas.

Sobre estos conflictos intelectuales con la tradición filosófica pagana, hubo también de luchar la Iglesia contra las heregías, fruto generalmente de una mala interpretación o de un exégesis falsa de los textos escriturarios, y aún del influjo de las innumerables sectas que surgieron cuando el mundo se hallaba en honda crisis, con doctrinas las más diversas malamente amalgamadas. Con esto surgían nuevos choques y establecíanse nuevas cuestiones transcendentales que era preciso y urgente resolver. La resolución performaría filosóficamente hablando, el *Pensamiento filosófico cristiano* de Europa. Pero no fué preciso que los apologistas y Santos Padres prescindieran del legado helénico y menos que pudieran desentenderse de la filosofía. Clemente de Alejandría, por ejemplo, entre otros muchos, le rindió homenaje, considerándola como el medio más útil para ascender y para vindicar los derechos de las verdades contenidas en la divina revelación. Es un hecho también que la inmensa mayoría de los Santos Padres se adhirieron a la filosofía platónica, en la que principalmente veían una cierta preparación, un atavismo congruente, propicio a la aceptación de las doctrinas cristianas; de esta suerte pudo escribirse que así como la Ley hebrea previno la eclosión cristiana, la filosofía griega preparó entre los paganos el camino de la filosofía cristiana. Así el *Logos* fué el *Paidogogos eis Xriston*. Por esto constata la historia de la filosofía desde los primeros tiempos del Cristianismo (especialmente en San Basilio, San Gregorio Niceno y San Gregorio Nazianceno, de la Iglesia de Capadocia, y San Agustín de la Iglesia africana) una determinada

tendencia a aliar ortodoxamente la fe y la razón, es decir, a harmonizar sabiamente las dos ciencias que podrían parecer distantes: la teología con la filosofía.

Los apologistas fueron en realidad los primeros grandes críticos del Cristianismo y los Santos Padres fueron sus primeros grandes pensadores. En Ramón Lull vemos aunados los esfuerzos de todos, heredero como fué de la crítica enardecida de aquellos y del pensamiento de éstos, especialmente de San Agustín, San Ambrosio y San Anselmo ⁽⁸⁾.

San Agustín, cohonestando su platonismo, escribió que «*Platón es el filósofo que más se acerca al Cristianismo* ⁽⁹⁾»; y dijo también: «*Si Platón y sus discípulos resucitasen, no tendrían que cambiar sino muy poco sus conceptos y opiniones para ser cristianos*» ⁽¹⁰⁾. Para San Agustín el *autoconocimiento* es la base criteriológica del buen pensar. Según él la «*ratio antecedit fidem*» si bien «*credimus ut cognoscamus*». El libro «*De demonstrations*» de nuestro bienaventurado Maestro no es sino un comentario práctico a estas máximas agustinianas, aplicadas a la apología de la verdad dogmática. Aún antes de San Agustín otros Santos Padres — San Justino. Orígenes, etra. — aceptaron buen caudal de la doctrina platónica y aún se observa que no rechazaban las doctrinas aristotélicas.

II — Boécio — en 525 — es llamado justamente el primer peripatético cristiano, en cuanto adelantó en Europa el verdadero conocimiento de las doctrinas de Aristóteles ⁽¹¹⁾. Para Boécio fué Aristóteles el «*Soler-tissimus Philosophus omnium rerum*». Por la obra de Boécio la filosofía cristiana adquirió, a principios del siglo IV, una valoración muy apreciable con la in-

troducción del peripatetismo, que al poco tiempo logró entronizarse definitivamente en gran número de escuelas cristianas; logrado ya en 804, apareció una nueva sistematización por obra principalmente de Escoto Eriúgena⁽¹²⁾, cuya es aquella frase enérgica: *la verdadera filosofía es religión; y la verdadera religión es filosofía*».

San Anselmo siguió la misma ruta; pero es mejor un ontólogo, un neoplatónico, aún intentando con soberano esfuerzo fundamentar en la razón y por deducciones netamente aristotélicas, la exposición y defensa del dogma.

El conflicto entre el peripatetismo cristiano y el neo-platonismo tenía que venir, y vino con el planteamiento, o mejor dicho, con la resurrección del antiguo problema lógico — metafísico de los *universales*.

Los *universales* ¿son puras síntesis mentales, sin transcendencia extrínseca en lo real y objetivo, o tienen una cierta realidad en si mismos? ¿Hállase lo real en las ideas — como quiso Platón — o en las cosas individuales — como quería el Filósofo de Stagira?

San Anselmo y los *realistas*, con su escuela, concedían realidad a las ideas de la mente humana; mientras que los *nominalistas* con Roscellinus, defendían que los conceptos no eran otra cosa que *flatus vocis*, meras palabras sin transcendencia real y verdadera. Esta sentencia, con respecto al dogma trinitario, conducía directamente al *triteísmo*; pero los *realistas* estaban a su vez en peligro de caer en los errores del *panteísmo*. Pedro Abelardo sujetó a una honda crítica personal la cuestión de los *universales*, reconociendo en ellos una cierta realidad en la mente, iniciando así la escuela *conceptualista*.

Esta situación interesantísima de la filosofía, que había de influir necesariamente en Ramón Lull, — verdadero sincretista, como veremos en su lugar — inicia

la cuestión modernamente planteada de la génesis y de la crítica del conocimiento humano.

El *nominalismo* sentó—en efecto—las bases del positivismo moderno; el *realismo radical* fué preparando la evolución filosófica hacia los diversos *panteismos transcendentales*; el *conceptualismo* puro degeneraría en el *kantismo* formal; y al *realismo moderado* sucedería la armonización de lo ideal científico con la objetividad real.

Ramón Lull cita en sus escritos a muchos de los nombrados, unas veces con sus nombres propios y en otras, estos nombres se entreven a través de su crítica y de sus exposiciones. Mas parece que el bienaventurado Maestro debió conocer bien el *neo-platonismo* y el *aristotelismo* a través de los Santos Padres y de los grandes pensadores hispanos.

III—Estos fueron muchos e interesantísimos en la historia de la filosofía, desde los tiempos más antiguos. El gran Osio (256-357), Obispo de Córdoba, fué un helenista. Gracias a su influencia y atendiendo a sus vehementes deseos, Calcidio (mediados del siglo IV) vertió al latín el «*Timeo*» de Platón y lo comentó discretamente, introduciendo en España el conocimiento preciso del gran Filósofo de las ideas. Paulo Orosio (principios del siglo V) siguió decididamente el *neo-platonismo agustiniano*. El mismo San Isidoro de Sevilla (560-636), con ser el más independiente de los antiguos intelectuales españoles, autor fecundísimo y enciclopédico, deja entrever a través sus consideraciones filosóficas, unas veces la influencia de los clásicos griegos y otras las de otros autores paganos, Plinio segundo entre ellos. Conspicuos representantes de su escuela fueron, entre otros, San Braulio (muerto en 646), San Ildefonso (m. en 667) y Teodulfo,

Obispo de Orleans (760-821). El insigne Tajón (siglo VII) fué discípulo de San Braulio; en la dedicatoria de su «*Libro de sentencias*» señala, entre otras fuentes, las patrísticas, y especialmente a San Gregorio Magno. El ilustre arzobispo de Toledo Don Raymundo se aprovechó de las versiones de la filosofía griega hechas por los filósofos árabes y encargó diligentemente la versión latina. Insignes traductores de la escuela toledana fueron, por ejemplo, Domingo Gundisalvo (siglo XII), Gerardo de Cremona (1114-1187), Miguel Escoto, Herman Alemán, etra.; por cuya obra muy principalmente pudo ser posible el conocimiento íntegro de las doctrinas aristotélicas en la España cristiana de los siglos XII y XIII. Desde entonces las escuelas fijan sus ojos en Aristóteles, creyendo ver en él al Filósofo que necesitaban.

Como era de pensar, desde un principio no se adaptaron las filosofías del Hijo de Stagira a la apología del dogma, por lo que sus obras levantaron grandes recelos. Prueba de ello es que, en 1215, hubieron de ser prohibidas en París, las obras aristotélicas. Pero apenas habían pasado quince años, cuando el papa, a la sazón Gregorio IX, ordena examinarlas con toda detención y terminó autorizando su estudio.

La filosofía peripatética había caído en terreno abonado y propicio, y debía florecer seguidamente. Y floreció gracias a las incitaciones de nuestro San Ramón de Penyafort y por obra de Ramón Martí y otros; y en Europa por Santo Tomás de Aquino.

No puede decirse que España, según lo dicho, fué un pueblo desprovisto de filosofía en la antigüedad y durante la Edad Media, pues tuvo grandes pensadores. Mas si no está desprovista de filosofía, sí lo está de escuela nacional, por cuanto el proceso de continuidad truncóse infinitas veces por sucesivas incorporaciones de corrientes filosóficas exóticas y aún—

sin duda alguna la única excepción de independencia fundamental la ofrece el sistema luliano—y principalmente por no haber logrado una completa independencia.

En efecto, hablando con sinceridad, habremos de convenir en que no bastan unos trazos más o menos fuertes, reveladores de una cierta personalidad filosófica, para poder afirmar la existencia de una *Filosofía nacional*, como se puede hablar de un filosofía griega, inglesa o alemana. Porque una filosofía nacional no puede improvisarse, siendo fruto de un íntegro desarrollo intelectual de los pueblos cultos; desarrollo en el cual se recorren diversos periodos evolutivos, iniciados en la etapa sentimental en que fulgura lo espontáneo, y sigue creciendo hasta llegar al periodo de la reflexión y de la crítica, bajo los estímulos de la contrariedad y de la duda sobre la valoración objetiva del contenido en la tradición popular. Bajo el estímulo de la contrariedad, al choque de doctrinas opuestas, sobreviene la atención, y la crítica. Durante ésta se explora filosóficamente el mundo interior y en un anhelo intenso de sabiduría, se investigan los grandes enigmas que trascienden a la experimentación sensible. En este último periodo es cuando nace en realidad el *pensamiento filosófico*, muchas veces confundido con el pensamiento científico, pero siempre con una marcada tendencia a superarlo.

Esta es la evolución que sigue un pueblo en la ruta de las grandes conquistas intelectuales; y esta evolución señala en buena psicología colectiva la *vocación filosófica de un pueblo*; supuesta la cual—Grecia la tuvo intensamente—hay que convenir que la filosofía viene a corresponder siempre a una verdadera y urgente necesidad interior del crecimiento espiritual de los grandes pueblos.

¿Sintió la Patria de Ramón Lull esta necesidad

urgente? Sin duda alguna; y la correspondencia con-
creció maravillosamente en el genio y en las obra del
Doctor Iluminado.

IV—Hemos aludido en otra parte al florecimiento
literario en la opulento Corte y en los jóvenes pueblos
de Jaime *el Conquistador*. Volvamos a este punto de
partida.

Es un hecho que el pueblo musulmán ha sido el
más grande enemigo que han podido tener los filóso-
fos⁽¹³⁾. Su venida no representa en España y Europa
sino la irrupción de los bárbaros del Sur, con su es-
píritu oriental y fastuoso, sobre el decaído espíritu de
las naciones especialmente latinas, amortiguado du-
rante y después de las primeras irrupciones de los
bárbaros del Norte.

Los árabes tuvieron en España sus grandes filóso-
fos, a pesar del modo de ser de su pueblo, *los que
recogieron y comentaron* el legado de Aristóteles;
pero sus trabajos fueron reprobados por sus pueblos
y después perseguidos encarnizadamente y aún que-
mados los libros; sencillamente porque era imposible
extraer del alma del pueblo musulmán el fanatismo
ahincado por toda una tradición religiosa y bárbara.
Pero no hemos de confundir la auténtica tradición
islamita, su teología especial y sus enseñanzas, con
estos poseedores eventuales de la tradición helénica.
Aquella, la genuina tradición islámica, no pudo incor-
porarse a Europa poseída por ellos; considerando sus
poseedores—desde luego selectísimos—que debía per-
derse ya la esperanza de incorporar al pueblo musul-
mán a la marcha intelectual, huyeron, acogiéndose a
los países dominados por los cristianos. Y España y
Europa hubieron por ellos una nueva y poderosa ino-
culación de helenismo.

En el reinado de Hikem II y durante una fecunda trégua en la vida guerrera, tuvo lugar la verdadera época dorada de la intelectualidad del pueblo islámico español, cuando un deseo insaciable de sabiduría en contacto con el legado de Grecia, se apoderó de las mentalidades más sagaces. Fué entonces cuando las mezquitas cordobesas se convirtieron en *medarsas* famosas, a las que concurrieron abundantamente escolares desde todas partes. Ibn-el-Abbar⁽²⁴⁾ nos dejó consignada la noticia de que el catálogo de la biblioteca de Hikem II era tan caudaloso, que llenaba hasta cuarenta y cuatro volúmenes, recogiendo las obras más interesantes de Alejandría, Damasco, Bagdad y El Cairo⁽¹⁵⁾. Una exquisita tolerancia reunía a la vez a las mentalidades más doctas, sin distinción de creencias; de modo que alternaban en los estudios filosóficos, sabios cristianos y judíos con los sabios musulmanes.

Pero se trataba sencillamente de una aristocracia, y por ende de una verdadera selección; de manera que el pueblo reaccionó prontamente contra aquella esperanzadora situación, llevado de su fanatismo el más intolerante, al considerar no solamente que cuando la salvación y la fe de los islamitas se hallaban fijas, no importaba meterse en estudios transcendentales, sino de un modo principal, viendo como por el nuevo intelectualismo eran atacados sus dogmas fundamentales.

En efecto, el pueblo musulmán, monoteísta en grado indiscutible⁽¹⁶⁾, aferrado a sus prácticas tradicionales, mitad religiosas mitad guerreras, todo él fanatismo y acción, enemigo por instinto atávico del racionalismo y por ende de toda peligrosa controversia, y enemigo a la vez de la introspección, debía mostrarse y ser contrario a las sutiles disquisiciones informadas en el filosofismo aristotélico y desde lue-

go a sus manifestaciones panteísticas sobre la eternidad de la materia y teorías demoleadoras del intelecto, profundamente racionalistas y por ende enemigas de cualquier dogma religioso y de todo *apriorismo*, estableciendo una distinción convencional entre la verdad teológica y la verdad filosófica y echando consiguientemente un gérmen de muerte en todo criterio religioso sobre la certeza absoluta.

Así las cosas era lógico que sobrevinieran, y de hecho sobrevinieron muy pronto, las turbulencias populares bajo la instigación y el impulso pasional de los más fanáticos; turbulencias y rencores que adquirieron tal vastitud e intensidad, que cuando Almanzor usurpó el trono de Hikem III, con el fin de asegurarse la confianza popular, hubo de publicar el célebre edicto⁽¹⁷⁾ por el que se mandaba recoger y quemar, en auto de fe, en medio de los zocos, todas las obras de filosofía y aún cuantas de ciencias naturales se hallasen.

Poco después, ya en pleno siglo XII, hombres tan eminentes como Abulfeda y el Makrizi manifestaban públicamente su aversión a la filosofía.

Aben-bajá, maestro de Averroes, expió en dura prisión sus indirectos ataques a la ortodoxia islámica; Aben-Tofail fué acerbamente perseguido como herege manifiesto; Averroes y Maymónides fueron declarados maestros de la impiedad. Y no obstante Averroes—y otros muchos—había hecho esfuerzos colosales para conciliar la religión con la filosofía; y por este hecho merecieron alto aprecio de los escolásticos ortodoxos del siglo XIII y XIV⁽¹⁸⁾.

La posición del pueblo musulmán era ciertamente lógica, frente a las doctrinas aristotélicas que acababan de introducirse. En efecto, el esplendor de Alá quedaba aniquilado ante la inmensidad imponente de la Materia eterna; y se esfumaban, ante lo implacable

de la teoría peripatética del intelecto, los ensueños populares sobre la vida del «*Más allá*». De aquí que se aceptó como un dogma la incompatibilidad de Aristóteles y Mahoma y los filósofos de los buenos creyentes en el pueblo musulmán.

Y he aquí la razón lógica de la huída y del éxodo de los sabios musulmanes y judíos a los países cristianos de que hemos hablado.

Por aquel entonces les bastaba el solo prestigio de intelectuales para hallar en las florecientes cortes de los monarcas y potentados de los países cristianos españoles, acogida cordial, asistencia y aún protección decidida.

V—Al influjo—desde luego muy poderoso—de esos intelectuales advenedizos en la intelectualidad virgen de los países cristianos, unióse el de gran número de árabes y rabinos que moraban de buen grado en los países de la Corona de Aragón y en Castilla, acogidos a las leyes hospitalarias y generosas de sus reyes y sobre todo a las discretísimas de Jaime I el *Conquistador*.

De esta suerte, mientras se iniciaba un racionalismo transigente y contemporizador entre las clases cultas, en el seno de los pueblos cristianos españoles sobrevenía el choque dramático entre creencias tan opuestas entre sí: la cristiana, la islamita y la hebrea.

Es interesante en grado sumo la situación de aquel grande hombre, vidente y sabio, San Ramón de Peñatort, «*confesor de Papas y de Reyes*», jurista y genio político de su siglo. Aún dando aquellas normas de que hemos hablado en otro lugar, sobre las relaciones que lícitamente pueden tener los cristianos con los musulmanes y judíos, es decir, con los *infieles*, les coloca a estos en una situación de respeto

porque vé en unos y en otros, seres morales susceptibles de conversión al cristianismo.

He aquí la norma evangélica de San Ramón de Penyafort: «*No se debe provocar a los judíos y sarracenos a que entren en el cristianismo con asperidades, porque los servicios de la coacción no son agradables a Dios; sino más bien con argumentos de autoridad, razones y medios persuasivos*» ⁽¹⁹⁾. Era lógico que el diálogo se estableciera entre los mismos hijos del pueblo, exponiendo y defendiendo cada cual sus respectivas creencias; el choque y la discusión eran cosas inevitables. Estas discusiones o diálogos son crítica, por su misma razón de ser; y criticar es filosofar. Ya tenemos el fundamento o mejor el despertar de una vocación filosófico-popular. Surgieron después aquellas clamorosas controversias públicas entre los más doctos, públicamente autorizadas con la asistencia del Rey *Conquistador* y sus grandes dignatarios, y entre estos, sin duda, nuestro Ramón Lull. De esta suerte el diálogo popular se hizo sabio y tomó una directiva transcendental. Presto surgiría el *Pensamiento filosófico*, concrecionando la teoría apologética.

Si penetramos más hondamente en este interesantísimo fenómeno social del siglo XIII en la Patria de nuestro bienaventurado Maestro y durante su juventud, no tardaremos en percatarnos de como debió surgir en la conciencia de aquellos hombres que formaban la juventud de nuestra Patria, almogávares curtidos quizás por el sol de las batallas, menestrales afanosamente dedicados a las nuevas industrias y a las renacidas, marineros cuya vida se ponía tantas veces en contacto con pueblos de doctrinas y creencias muy distanciadas, nobles ociosos que llenaban cortes y castillos, etra., el estímulo vehemente de sujetar a una crítica severa y personal el alcance, la ver-

dadera valoración racional de aquellas creencias que constituían el *substratum* de toda su cultura, informando todas las manifestaciones sociales, antagónicas a las doctrinas importadas por árabes y sabios rabinos.

Por esto mismo no es de extrañar el gran interés que el pueblo se tomaba en las controversias principalmente públicas —verdaderos concursos de filosofía— y como cada parte de este pueblo, los cristianos, los moros y los judíos, alentaban con entusiasmo y emoción a los defensores de sus respectivas creencias, ante las razones no menos urgentes de los defensores de las creencias opuestas.

VI—Hay que observar que en estas controversias populares había siempre un punto de coincidencia, y era la aceptación de ciertos dogmas comunes (monoteísmo, vida futura, etra.) y por otra parte la valoración criteriológica de los argumentos de autoridad. Los musulmanes ponían la suprema autoridad en el «*Alcorán*», pero no rechazaban completamente el Antiguo Testamento; y éste a su vez representaba el contenido dogmático inalienable de los pueblos hebreo y cristiano. Luego las discusiones podían sobrellevarse partiendo de sólidas bases más o menos comunes. Y sobre estas bases se desarrollaron las públicas controversias—que señalan el *Tipo elemental*—de que es ejemplo vivo y decidor la que tuvo lugar en Barcelona en presencia del Rey *Conquistador*, entre Mosé-ben-Najman y Fray Pablo cristiano, día 20 del mes de julio de 1263, año de la conversión de Ramón Lull.

San Ramón de Penyafort—como hemos visto—inició la conveniencia de ir en pos de la convicción «*por razones y medios persuasivos*», De esta suerte inicia el *pensamiento filosófico* en su *Tipo complejo*.

Usa ya de él nuestro Fray Ramón Martí⁽²⁰⁾. Esta filosofía de *Tipo complejo* ya no es oral sino escrita y el método no es precisamente el empleado en las discusiones orales; porque la exégesis, en que se argumentará con la fuerza de las autoridades, la autenticidad en cierto modo y sobre todo la interpretación de los textos sagrados con relación a los grandes dogmas religiosos (Trinidad, mesianidad de Cristo, encarnación del Hijo de Dios, redención, etc.), no rehuye sino que se acoge con frecuencia a los argumentos de razón y de persuasión («*rationibus et blandimentis*»). San Ramón de Penyafort—según se dice—había impulsado a Fray Ramón Martí, O. P., a la gran tarea en nuestros lares; y él fué también quien impulsó a Santo Tomás de Aquino allende nuestros lares, porque veía y pesaba sabiamente las necesidades y urgencias del medio ambiente de España y de Europa. Y nadie mejor que Ramón Martí para iniciar este apostolado como hombre sabio, discreto y virtuoso que era, y sobre serlo erudito en grado sumo, conocedor del latín, del árabe, del caldeo y de hebreo y de toda la ciencia arábiga y rabínica, representante conspicuo de las escuelas orientalistas de Játiva, Túnez y Murcia. Sus obras fueron: «*Explanatio Symboli Apostolorum*»⁽²¹⁾, escrita alrededor del año de 1257, y el célebre «*Pugio fidei adversus mauros et judaeos*»⁽²²⁾, escrita en 1276-1277.

Es conveniente examinar—siquiera someramente—estas dos obras, verdaderos antecedentes de las de Ramón Lull.

Anotemos desde un principio que hay ciertos dogmas cristianos que pueden demostrarse por medios de razones de congruencia. con el fin de llevar al ánimo la persuasión lógica; pero que existen otros, para los cuales los verdaderos argumentos son los de autoridad. Por ejemplo: el dogma de la Trinidad era

ciertamente el distintivo y fundamental de la creencia cristiana, sin el cual los dogmas de la mesianidad, de la encarnación y de la divinidad de Jesucristo se esfuman, De aquí que las controversias más enardecidas versaban siempre sobre el dogma de la Trinidad en el cual, moros y judíos veían la más seria dificultad para la aceptación del dogma fundamental mono-teísta.

Una añeja tradición afirmaba que cada uno de los postulados del *Símbolo* había sido formulado por cada uno de los Apóstoles. Por esto Fray Ramón Martí distribuye el contenido dogmático del *Credo* en doce capítulos, que explana recurriendo preferentemente a los argumentos de autoridad, sin que por ello desdeñe los argumentos de razón, a los que recurre de vez en cuando, pudiéndose entrever a través de estos una determinada influencia helénica. No obstante afirma que «*los argumentos de autoridad en esta materia* (habla del dogma de la Trinidad) *son para los fieles más ciertos. Después—añade—como se pueda, por razones y semejanzas*». De aquí que, según Ramón Martí, «para los fieles» obtienen una cierta primacía los argumentos de autoridad. Pero no así podrá ser «para los infieles». Y esta verdad constituirá la gran preocupación de nuestro Ramón Lull.

Años después—hacia el 1278—, cuando Ramón Lull había ya comenzado su apostolado científico multiplicando sus producciones literarias, tres años después de haber escrito el imponderable «*Libre de demostracions*», en el cual pretende explicar el contenido dogmático y especialmente trinitario «*per raons necessaries*», «*per necessaries demostracions*» y «*per raons veres*», Fray Ramón Martí escribe su obra «*Pugio fidei adversus mauros et judaeos*» que no es en realidad más que una explicación docta y más difusa de su obra apologética anterior, de la cual

ésta viene a ser un prólogo. ¿Conocería Fray Ramón Martí la obra del Beato Ramón Lull? Una cosa es indudable, y es que, sin prescindir ni alterar sus convicciones propias con respecto a la valoración criteriológica de los argumentos de autoridad, amplia considerablemente los argumentos de razón, incluyendo en el desarrollo de la obra buen número de cuestiones filosóficas que a la sazón comenzaban a discutirse en las escuelas, que fueron planteadas y resueltas por Santo Tomás de Aquino y sirven hoy de base en las universidades católicas, para la exposición de los llamados «*Lugares teológicos*» y también «*Preambula fidei*».

La gran erudición de Fray Ramón Martí ríndese majestuosamente ante la importancia de la obra emprendida, comenzando con una exposición histórico-filosófica de los pueblos infieles, que le ofrecen motivo para el planteamiento de los grandes problemas transcendentales (existencia de Dios, divina providencia, espiritualidad e inmortalidad del alma, eternidad, creación del mundo *ex-nihilo sui et subjecti*, conocimiento de las operaciones intrínsecas de la Divinidad, Trinidad de Personas divinas, encarnación, redención, etra.) que resuelve con argumentos razonables especialmente autoritativos.

La gestión de San Ramón de Penyafort no se redujo a influir en Fray Ramón Martí. Su clara visión del momento histórico le hizo mirar, con mirada de águila, allende nuestras fronteras, posándose sobre París, donde la inoculación del averroísmo racionalista y las doctrinas aristotélicas estaban en auge con motivo de la difusión de los comentarios peripatéticos musulmanes y judíos que antes habían traspuesto nuestras fronteras, a pesar de la enérgica prohibición del célebre arzobispo de París Tempier. Y fijóse en su otro hermano de religión Fray Tomás de Aquino,

cuyo ingenio daba muestra gallarda de un valer excepcional. Y he aquí que a la par de Fray Ramón Martí, Santo Tomás de Aquino compone su insuperable «*Summa contra gentes*», que tantos puntos de contacto y de concordancia tiene con las exposiciones apoloéticas del primero.

Ni en el uno ni el otro notaremos la díscola intolerancia que abre abismos en lugar de abrir caminos a la comprensión, ante los que discuten, sino una amable sinceridad y sobre todo un deseo vehemente de luz y de verdad. Por esto no es de extrañar el gran respecto con que tratan a los mismos adversarios. Santo Tomás, por ejemplo, — como luego nuestro Ramón Lull — habla de Averroes con suma discreción y cortesía, por ejemplo cuando discute sus teorías sobre la materia eterna, el intelecto, la imposibilidad de la creación *ex-nihilo sui et subjeti*, la negación de la Providencia divina, etra. ⁽²³⁾.

A pesar de estos esfuerzos, a los que se sumaron los de otros sabios vigilantes, las doctrinas demolidoras del racionalismo iban ganando terreno pausada y escondidamente; hasta tal punto que al hacerse manifiestos los estragos no solamente entre los doctos, sino aún en buena parte del pueblo fiel, hubo de reconocerse la importancia que merecía el mal difundido. Y a evitarlo dedicó el Beato Ramón Lull gran parte de sus prodigiosas actividades.

Esta empresa de nuestro bienaventurado Maestro inicia, a final del siglo XIII, creó el tercer tipo de controversia — *Tipo de superación logical* — obligado y urgido por las circunstancias históricas, entre las que debía desenvolverse su actividad.

Ramón Martí ya hubo de intentar la demostración de muchas verdades religiosas «*per demonstrativas et irrefragabiles rationes*» aún declarado que «*los artículos de la Fe no pueden probarse por demostra-*

ción»⁽²⁴⁾. El intento de demostrarlos por vía de demostración en sentido ortodoxo pertenece a nuestro bienaventurado Maestro y constituye el plan y el método del *Lulismo* verdadero; en él, algunas veces hallamos un determinado racionalismo; pero un racionalismo circunstancial, perfectamente concordable con la ortodoxia más pura.

VII— Desde luego Ramón Lull, creando un sistema filosófico, creó también una *escuela filosófica*. En efecto, *escuela* filosófica es sinónimo de sistema, credo o conjunto de principios, procedimientos, etra. con unidad de acción para la investigación científica en el terreno de la filosofía. El fundador del sistema es el *Maestro*; porque a él se debe el sistema filosófico, y por lo tanto se le reconoce por sus seguidores un cierto *magisterio*. Se había dado por antonomasia el de *escolástica* al conjunto de sistemas filosóficos que, desde el siglo V, prevalecieron en el estudio de la filosofía; y el de *corriente escolástica* al hecho de seguir a aquélla, cuando menos en sus posiciones fundamentales. Estas *escuelas* revisten a veces el carácter de *nacionales* (como cuando se habla de la *filosofía griega*, de la *filosofía inglesa*, de la *filosofía alemana*, etra.), cuando en realidad representan un verdadero sentir nacional. Es indudable que Ramón Lull representa a su época y a su patria; porque él acertó a concretar el pensamiento filosófico con originalidad, atendiendo a las dotes urgidas y perfeccionadas por las circunstancias, controversias, etra. Pero no logró fundar una verdadera escuela nacional, aún cuando plasmó en un sistema el anhelo general de salir al paso de una cultura filosófica exótica, que malparaba las viejas tradiciones de la estirpe, ponía discrimen entre la ciencia y la fe y abría paso al es-

cepticismo y a la incredulidad. Fueron muchas las influencias, harto lejanas de Cataluña, que recibió antes de formular su sistema y cuando lo explanó en su *Opus* considerable; ni tuvo su *escuela* la razón de continuidad precisa para imponerse en la conciencia filosófica nacional, ni menos la de informar la mayoría de las actividades intelectuales de nuestros antepasados. Por lo demás no existían fronteras para aquel Ramón Lull que se forjó la utopía grandiosa de un solo pueblo en la humanidad, «con una fe sola, una sola lengua y un solo Papa». Por esto su filosofía — como todas las grandes filosofías — tiene un carácter universal y universalizador. Algunas de éstas (como el *helenismo* en general) respondían a necesidades intelectuales sentidas por determinados pueblos; pero para llegar al carácter de *filosofía nacional*, precisa la existencia de una conciencia colectiva más o menos vigorosa y un ideal común, a más de un conjunto de actividades desarrolladas en diversos grados las unas, y esperando las otras el momento oportuno en que las circunstancias se muestren favorables a la acción y a la actividad pensadora.

España, desde luego, a pesar de haber tenido tantos y tan grandes pensadores, está desprovista hablando en propiedad, de una filosofía nacional; aún cuando ciertas modalidades de la filosofía (por ej. la concepción jurídica de Francisco de Victoria, que respondía a un momento de ansiedad ante el inmenso imperio que poseía la España de su tiempo) se manifiestan con caracteres verdaderamente nacionales.

La continuidad de la escuela filosófica luliana se manifestó solamente en determinados centros de enseñanza, sin lograr nunca hacerse sentir *nacionalmente*, por más que muchas veces un *sentir* romántico, afectivo e intenso y desinteresado, llevase a la defensa de la obra y de la persona del bienaventurado Maestro.

El *pensamiento filosófico*, mediante un largo proceso de continuidad, toma una estructura especial dentro del pensamiento general de la colectividad, manifestando una tendencia a hacerse profesional. La Patria de Ramón Lull—pueblo joven, recién formado—no tenía tradición filosófica alguna; y, como pueblo catalán, joven también y pletórico de vida, afirmaba por aquel entonces su cultura y abría sus puertas a los pensadores extranjeros en una ansia suprema de formación. Pero hay que decir que por Ramón Lull, llegó el pensamiento filosófico catalán a hacerse *profesional*, creándose las escuelas lulianas de Mallorca, Cataluña, Valencia y Aragón, al mismo tiempo que cundía por Europa el *pensamiento filosófico* del Maestro. Y por Ramón Lull también tuvo Cataluña, por vez primera un *lenguaje filosófico*. del cual fué él, su creador. Él intentó además, escribiendo en su lengua nativa, democratizar la sabiduría, extendiendo el ámbito de la filosofía ampliamente, hasta hacerla popular. Pero, este lenguaje filosófico que él creó ¿logró extenderse tanto que fuese prenda segura de la vocación filosófica de su pueblo? Para el coronamiento del esfuerzo luliano, precisaba todo un proceso secular que faltó por causa de las incidencias de los poderosos enemigos del Maestro, quedando casi aisladas las escuelas lulianas de Mallorca, Barcelona, Valencia, Cervera, Tarazona, Sevilla, Alcalá de Henares, Valladolid, Salamanca .. No era posible llegar al cultivo general de la profesionalidad filosófico-luliana, porque éste suponía una difusión más intensa y más extensa, siendo efecto de la división del trabajo inherente a toda organización humana. Todo pueblo es una unidad de cultura. Ramón Lull personificó esta cultura y amplió extraordinariamente sus horizontes; y de esta manera pudo fundamentar una verdadera filosofía nacional, molográndose su intento.

El pensamiento filosófico de un pueblo no es fruto de caprichos ni consiste en una modalidad puramente extrínseca, sino que es algo inmanente, elaborado en las entrañas de la sociedad, respondiendo a una necesidad interior de crecimiento espiritual. De aquí que, fundamentalmente, la filosofía luliana manifestando extrínsecamente esta necesidad interior, correspondía a las ansias de un crecimiento espiritual común e histórico. El ilustre Dr. Don Tomás Carreras y Artau, iniciando el estudio de esta cuestión⁽²⁵⁾, va más allá, demostrando la virtud generadora del pensamiento filosófico luliano, señalando las siguientes direcciones:

a) *Dirección polémico-racionalista* (Sabiuda, Fray Anselmo de Turmeda., Montaigne, Pascal.).

b) *Dirección lógico-enciclopédica* (Giordano Bruno... Nicolás de Cusa, Leibnitz).

c) *Dirección mística.*

El problema del *Lulismo* bajo el punto de vista puramente histórico, es harto complejo. Para dilucidarlo, tendríanse que dilucidar multitud de cuestiones históricas, a fin de buscar en ellas la razón por qué el nombre del bienaventurado Maestro fué tan intensamente perseguido; la razón de esa zaña inaudita, perdurable durante largas centurias, que se usó contra su nombre venerable y sus libros; los hechos históricos que paulatinamente hicieron perder su personalidad a Mallorca y Cataluña; el hecho de la difusión de sistemas filosóficos de origen no español ciertamente, de su prevalencia y de su absorción definitiva. Y sobre esto, la investigación verdadera de la supuesta vocación filosófica del pueblo español.

NOTAS

(1) ALBERTO MAGNO (1193-1280), natural de Suabia, dominico, estudió en París, Padua y Bolonia, familiarizándose con

las doctrinas aristotélicas. París ostenta la Plaza Maubert—abreviatura de *Magister Albert*—donde él tuvo que explicar (1245-1246), tan ingente era el número de discípulos. Llamósele «*Mag-nus in magia, maior in philosophia, maximus in theologia*». Sus escritos fueron recogidos por Pedro Jammy (Lyon, 1651) en 21 volúmenes, de materias las más diversas; este saber enorme le hizo pasar por mago sin serlo, antes todo al contrario, escribió sobre física, astronomía, zoología, botánica, etra además de filosofía, teología y escriturística. Apoyándose en argumentos de autoridad, dice (y son las mismas palabras que hallaremos en Ramón Lull): «*Tratándose de las cosas de Dios, la fe va delante de la inteligencia, las autoridades antes que el razonamiento*». Por vez primera vindicó, no obstante, la esfera de la razón natural para todos los conocimientos con excepción de los de las cosas reveladas. Pero, aun sin rebasar los límites de la ortodoxia, pagó su tributo a la cábala y a la alquimia. Spēncer dice de él que, de haber vivido hoy, sería uno de nuestros grandes inventores. Atacó a Averroes. Se le adjudicaron—como a Ramón Lull—algunas obras de alquimia que hoy se han demostrado plenamente apócrifas. Es conceptuado como uno de los padres de la demostración experimental.

(2) ROGERIO BACÓN (1214-1294), franciscano, estudiante en Oxford y París. En Oxford alcanzó el título de «Doctor maravilloso» (*Doctor mirabilis*). Mejor que un filósofo es asceta y naturalista. Estima en mucho a Aristóteles, pero le corrige en muchas partes. Donde brilla con inusitado esplendor es en sus alardes por conciliar la dificultad de las abstracciones metafísicas con la experimentación científica. Su *Opus Majus* es sin duda la obra más científica del Medievo, ofreciendo gran número de experimentos y observaciones. No se reduce su observación a la experiencia sensible, sino aún a la interna, a la que da gran valor; y aun en su doctrina filosófica le da por base la valoración filológica y naturalista.

(3) WITELIO (Erasmo Ciolek) (1210-1285), gran físico y matemático. Sus «*Vitellionis Perspectivae*» constituyen una enciclopedia asombrosa, fundada principalmente en los axiomas e hipótesis de Euclides, Ptolomeo, Apolonio, Teodosio... Ibn-Alhaitan, etra. Escribió asimismo otros trabajos de filosofía y astronomía. Witelio estudió por primera vez la refracción de la luz, demostrándola en el Arco Iris.

(4) ARNALDO DE VILANOVA. Célebre médico catalán (1240-1311). Su formación era vastísima, cultivando el griego, el árabe, la filosofía, la física y la alquimia, atribuyéndosele diversos descubrimientos. Quizás trató, en Nápoles, con Ramón Lull.

(5) NICOLAS DE ORESME (m. en 1382). Quizás haya de ponerse a este ilustre hombre de ciencia entre los primeros pensadores que recibieron la influencia de Ramón Lull. Fué un poderoso economista, matemático y físico, adelantándose a Descartes (al que señala la crítica recibiendo también poderosa influencia de la ciencia luliana), en la invención de la geometría analítica, dando la ecuación de la línea recta, y concibió la idea de las coordenadas rectangulares. En sus obras de física (*Traité de la Sphère*, impreso en París, en 1508; y *Traité du Ciel et du Monde*, no impreso, compuesto en 1377) estudia los más interesantes problemas de la estática y de la dinámica, aludiendo a trabajos de maestros anteriores, y expone una teoría original sobre la gravitación de los cuerpos y movimiento de la tierra, que luego sustentan Copérnico y sus seguidores, entre ellos Giordano Bruno, uno de los que también recibieron la influencia del lulismo.

(6) ALBERTO DE SAJONIA, (m. en 1390), agustino, profesor en París y Viena, defensor intrépido de la Inmaculada Concepción, tan experimentado en ciencias físicas que se dice de él que logró fabricar una paloma que volaba ella sola. La importancia de sus investigaciones científicas, como precursor de la ciencia moderna ha sido puesta de relieve por el célebre físico y erudito moderno Duhem en su obra «*Leonard de Vinci. Ceux qu'il a lu, ceux qui l'ont lu*» (París, 1906).

(7) La escuela de medicina aparece en Nápoles ya en 1224, creada por Federico II; y aun que trasladada en 1231 a Salerno, fué restaurada en Nápoles en 1258. Ramón Lull permaneció en Nápoles y centro de Italia desde 1292 a 1295, en cuya fecha explicó varias veces en Nápoles, causando sensación sus doctrinas, médicas y especialmente la original sobre la unidad de materia.

(8) Véase Longpré, *Lull Raymonde*, en el *Diction. de Theol. Cath.* t. c. C. OTTAVIANO, *L'Ars compendiosa de R. L. avec un Etude sur la Bibliographie et el fond Ambrosien de Lull* (En «*Etudes de Philosophie Médiévale*, París, 1930, XII).

(9) «*De Civitate Dei*», Cap. VIII, 5.

(10) «*De Vera Religione*», 7

(11) Vertió al latín los «*Commentaria*» de Porfirio al libro de las *Categorías* de Aristóteles, dando lugar al nuevo planteamiento de la vieja cuestión de los universales. En su libro «*De consolatione Philosophiae*» predominan los elementos del neoplatonismo y de la ética estoica.

(12) Llamado por Carlos el Calvo, dirigió la escuela palatina y vertió la obra del pseudo-Dionisio (Dionisio el Areopagita) utilizando un códice enviado a Ludovico Pío en 827, por el Emperador de Constantinopla. Su obra principal es «*De divisione natu-*

rae» que comprende una colección de escritos que corrían en 500 con el nombre de Dionisio Areopagita. En su tratado «*De praedestinatione*» dice que «la verdadera filosofía es la verdadera religión y la verdadera religión, verdadera filosofía». Sus obras tienen un sabor panteísta.

(13) Véase el caudaloso estudio de Pascual de Gayangos, «*The History of the Mohammedan dynasties in Spain, from the text of Al-Makkari* (Londres, 1840)».

(14) Citado por Dozy en su obra «*Notices sur quelques manuscrits arabes*», pag. 103.

(15) Pascual de Gayangos, o. c. T. I. ap. a la pág. XL y siguientes; T. II, pág. 168 y siguientes.

(16) El pueblo se mantenía fiel a la fe de Mahoma; pero el mismo esplendor había preparado una cierta corriente racionalista primero, y después una manifiesta incredulidad entre las partes más selectas de la sociedad musulmana.

(17) Pascual de Gayangos, obra y lugar citados, donde aduce el testimonio del ilustre historiador Said de Toledo.

(18) Véanse a este propósito: L. Gauthier, *La Théorie d'Ibn Rochd (Averroés) sur les rapports de la Religion et de la Philosophie* (París, 1999), y M. Asín, «*El averroísmo teológico de Santo Tomás de Aquino*, en *Homenaje a Don Francisco Codera* (Zaragoza, 1904)».

(19) o. c. L. I, Tit. IV, 1.

(20) Marcilio Ficino hace de Ramón Martí el siguiente elogio: «*Multum sufficiens in latino fuit; philosophus in arabigo; magnus rabinus in hebraeo; et in lingua chaldaica multum doctus*».

(24) Publicada en el «*Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*» (1908, págs. 443-496) con una introducción del jesuita P. José M.^a March.

(22) Ed. en Leipzig, 1687.

(23) Llámale comúnmente el «*Commentator*». Véase: «*Summa Theologica*», 1.^a, c. 66, a. 2, «*Summa contra gentes*», L. I. c. 50; etra.

(24) En «*Pugio Fidei*», parte 1.^a. El «*Pugio*» fué escrito entre 1276-1278. Hallado un manuscrito por Escalígero, fué impresa en Leipzig, en 1667; fué escrito en latín y hebreo. Su otra obra, a que más arriba hicimos referencia, es decir, la «*Explanatio Symboli Apostolorum*», hallada por Doniflé y Chatelait (fué escrita hacia el 1256) entre los códices de la Catedral de Tortosa, permaneció inédita mucho tiempo (Vide: J. M. March, en «*Anuari del Institut d'Estudis Catalans*, año 1908), hasta que fué publicada en Barcelona, 1908.

(25) o. c.

SEGUNDA PARTE

EL LULISMO

LA FILOSOFÍA LULIANA

SUMARIO:

I—La Vocación filosófica del Maestro. II—Su argumentación tiene un sentido vital y totalitario con respecto al ejercicio de las diversas facultades humanas. III—La filosofía luliano es apologetica y circunstancial. IV—Las demostraciones lulianas de los Artículos de la Fe. V—El racionalismo ortodoxo del Maestro. Ramón Lull tenía una profunda fe religiosa y una fe profunda en la eficiencia de la razón. VI—¿Que entiende Ramón Lull por Demostración? VII—Tres grados de demostración luliana. VIII—La demostración luliana de los dogmas supone la la revelación divina y la fe transcendental. IX—Tales demostraciones no son apodícticas. X—Demostraciones apoyadas en motivos extrínsecos. XI—La lógica luliana es eminentemente formal, metafísica y sintética. XII—El he-lenismo luliano.

I—Hemos aducido buen número de datos históricos que ponen de manifiesto la interesante psicología colectiva en la época del Beato Ramón Lull, es decir, que revelan las circunstancias que influyeron en la formación de su carácter y urgieron, en su compleja psique personal, la vocación filosófica. Esta vocación filosófica se despierta en Ramón Lull, no como un fin profesional de la vida, sino como una aptitud para llegar a donde los grandes impulsos vitales, íntimos, dominadores, le han de llevar indefectiblemente a través de su larga vida. Porque el bienaventurado Maestro no fué ni pudo ser, por urgencia de aquellos impulsos vehementes, un filósofo como los demás; haciendo de la filosofía una profesión; Ramón Lull profesó un apostolado y le fué necesaria la filosofía; y se habilitó, consiguiéndola y sistematizándola originalmente. Ahora nos cabe penetrar el sentido íntimo de esa filosofía luliana, tan vehemente y tan serena, tan utópica y tan fecunda, que informó todos sus escritos, aún los literarios, infundiéndoles un sentido francamente pragmático y humanísimo.

Para interpretarla, y sobre todo para interpretar el dinamismo intenso del bienaventurado Maestro consiguiendo a su conversión religiosa, no es suficiente el estudio de su persona; hay que penetrar también su peculiar *personalidad*.

Al hablar de la *personalidad*, no pretendo interpretar el significado que, apoyándose en un punto de vista teológico y metafísico, le dan los neo-escolásticos y los escolásticos puros. Acepto en nuestro caso concreto la definición reciente, por cuanto por ella puedo expresar bien mi modo de ver, dándome base

para el estudio que intento ofrecer a vuestra consideración. Con la voz *personalidad* se significa hoy la misma persona, pero revestida de una categoría especial, ostentando una distintiva representación. Ramón Lull, como veremos, define esta *personalidad* suya propia, llamándose a si mismo «*Procurador de infieles*» y también «*Juglar de valor*». Estas dos auto-definiciones son bien dignas de un estudio psicológico harto interesante. Observemos que expresan de una manera vivida y elocuente su vocación al apostolado y un temperamento sencillamente evangélico.

La conversión no añade nada al Ramón pecador convertido, es decir a su «Yo» ontológico; sino que, al contrario, reintegrando el orden en la persona, le aparta de cuanto obstaculizaba el seguimiento de la ruta señalada por Dios, que lleva a un destino sobrenatural. Si estudiamos no obstante a Ramón en ese «Yo» psicológico o fenoménico, antes y después de la conversión, notaremos que se ha realizado en él un cambio profundo; su fenomenología ha cambiado por completo y ahora su conciencia resulta antagónica a la que antes se había formado. Este nuevo «Yo» psicológico actual se engendró en el mismo acto de la conversión, como un acto de conciencia determinado; y si se le observa como apareciendo en una serie de actos en continuidad—serie constante, indefectible a pesar de los azares de la vida—se ofrecerá a nuestra consideración el «Yo» psicológico histórico, objeto de nuestra exploración. El *cambio* fenoménico obrado en Ramón Lull por la Divina Gracia, debe atribuirse objetivamente a un esclarecimiento de su conciencia, sereno y rectilíneo. Entonces Ramón comprendió su verdadera situación en medio del mundo, sus destinos ultraterrenos, la realidad de la vida que pasa urgida por la mortalidad ineludible, peregrinando hacia un porvenir eterno; comprende que todo ha sido

hecho por Dios por obra de amor, y que él mismo es fruto del amor y destinado a un amor eterno, único capaz de hartura. Y al amor plenamente conocido sigue correspondencia y gratitud. He aquí en pocas palabras la serie de fenómenos eminentemente intelectuales que tuvieron lugar, con más o menos complejidad, en la conciencia de Ramón.

Es muy interesante la narración de la *Vita* coetánea, sobre todo la concisa de códice de París: «... y entrando en el lecho estuvo pensando toda la noche consigo mismo, tratando de indagar cual era el significado de aquellas apariciones repetidas tantas veces. Unas veces la conciencia la indicaba que con aquellas apariciones no se pretendía otra cosa sino que abandonase seguidamente el mundo, a fin de servir desde luego e íntegramente a Cristo; así que, ora discutiendo consigo mismo, ora suplicando muy atentamente a Dios, perduró el insomnio toda aquella noche laboriosa. Por último, por la gracia del Padre de las luces consideró Ramón la mansedumbre de Cristo, la paciencia y la misericordia que tuvo y tiene para cualesquiera pecadores; entendiéndolo con esto *ciertísimamente* que la voluntad de Dios no era sino que Ramón dejase el mundo para servir desde entonces e íntegramente a Dios⁽¹⁾». «Comenzó, pues, a pensar consigo mismo qué servicio sería más agradable a Dios; y entendió que no podía hacer nada mejor ni prestar un servicio mayor a Cristo que dando su vida y su alma por su amor y su honor; y esto convirtiéndolo a su culto y servicio a los sarracenos que, en gran multitud, rodean a los cristianos. Mas reflexionando consigo mismo entendió también que para tan gran negocio no era poseedor de ciencia alguna; pues ni aún de gramática sabía gran cosa. Y de esta suerte muy apenado con sus propios pensamientos comenzó a dolerse mucho⁽²⁾». «Pero mientras que con la men-

te oscurecida, daba vuelta a estas cosas, he aquí que él, no sabe como pero Dios lo sabe, entró en su corazón, llenándolo todo, una vehemente intuición de la razón, según la cual más tarde compondría un libro, el mejor del mundo, contra los errores de los infieles; mas como para semejante obra no atinase ni en la forma ni en el modo, se maravillaba mucho; y cuantas más veces y mayormente se hallaba en ello, mayormente crecía en su interior aquel impetu o intuición de escribir el predicho libro⁽³⁾». «Mas considerando de nuevo que aún cuando el Señor Dios le daría en el decurso del tiempo su gracia para poder escribir el predicho libro, no obstante, poco o nada podría hacer al presente, puesto que ignoraba la lengua arábica propia de los sarracenos. Con esto ocurriósele que acudiría al Papa y también a los Reyes y príncipes de la Cristiandad con el fin de excitarles y de rogarles que instuyesen en los diversos reinos y provincias aptas para ello, unos monasterios en los cuales personas religiosas elegidas y otras que fuesen idóneas a tal fin, estudiasen las lenguas de los sarracenos y las de los demás infieles para que, una vez instruídas y siempre expeditas, pudiesen ser designadas y enviadas a predicar y manifestar a los predichos sarracenos y demás infieles, la piadosa verdad de la fe católica que está en Cristo⁽⁴⁾» «Con aquellos tres propósitos antedichos, ya concebidos firmemente en su interior, es a saber: tolerar la muerte por Cristo convirtiendo a los infieles; escribir el libro predicho si Dios le concedía la ayuda de su gracia; a impetrar la fundación de monasterios para enseñanza de los diversos lenguajes, con más arriba queda manifestado; en cuanto amaneció fuese a la iglesia, que no se hallaba muy distante de allí, donde llorando largamente suplicó a Cristo que se dignase llevar a feliz término aquellos tres propósitos. . .⁽⁵⁾».

Todavía durante tres meses después de estos hechos anduvo Ramón harto remiso y tibio en aquellos tres negocios preconcebidos, hasta la fiesta de San Francisco de Asís ⁽⁶⁾, en la cual, después de oír el panegírico del Santo Patriarca, recibió el hábito de penitencia y comenzó de veras la ruta que había de seguir indefectiblemente todos los días de su larga vida.

II—Ya tenemos de esta suerte la nueva *personalidad* de Ramón. Ya es y será siempre el «*Procurador de infieles*» y el «*Juglar de Valor*» que, con espíritu sugestivamente franciscano, cantará las excelencias del amor divino y del amor a los hombres sin distinción de sangre ni de raza. Mas para escribir fructuosamente deberá instruirse, hacerse *filósofo*; y se hará filósofo.

Estudiando el sentido íntimo de esta actitud tan definida y de esta profesión filosófica que exige su apostolado, entenderemos como nuestro bienaventurado Maestro, entrando de buen grado en los planes de la Divina Providencia, apreció muy justamente el preciso momento histórico en que el mundo latino abría sus puertas a la cultura transcendental; y obró de acuerdo con sus vastos planes de conquista espiritual del mundo.

Por esta apreciación serena y fecunda dió a sus escritos, aún literarios, un sentido eminentemente filosófico y humano, que no es posible dejarse de tener en cuenta.

El nervio vital de su *filosofía* no ha de ser otro que aquel vehementísimo deseo de llevar a los hombres a su Dios y Señor. Por esto su filosofía deberá ser «*una filosofía de conversión*». De esta suerte no fué ni pudo ser la suya una filosofía fría, como las de Platón y

Aristóteles y ní aún como la de Santo Tomás. Estos, en efecto, *demuestran*, o intentan demostrar, a la razón. Ramón Lull *demuestra* no solamente a la razón, de un modo teórico, sino y sobre todo al corazón humano, de un modo práctico. Las razones peripatéticas y escolásticas son unas razones sencillamente intelectuales, por más que se basen más o menos lejanamente en verdades objetivas y experimentadas. Los argumentos necesarios de Santo Tomás *demuestran*, y por ellos la humana razón queda satisfecha; pero es preciso en el apostolado, en la «*filosofía de conversión*», además de *demostrar*, *persuadir*; y los argumentos de Ramón Lull tenderán a lograr esta *persuasión*, es decir unos fines prácticos. No es lo mismo convencer que persuadir; y por esto *demonstración pura* no equivale a *persuasión*, aún cuando ésta la suponga. Persuadir es lo que pretendía Ramón Lull; y por lo mismo, más que de argumentos puramente racionales, intelectualmente irreprochables en la defensa o para el establecimiento razonable de las verdades religiosas, usó de *argumentos vitales*, en los que la voluntad toma parte principalísima; y por esto, aún muchos argumentos puramente intelectuales, examinándolos bien, hallaremos que tienen la lógica irreprochable de un fundamento moral. Y es que la obra científica y literaria del bienaventurado Maestro tenía una finalidad eminentemente y aún exclusivamente proselitista. En una palabra, nunca el Beato Ramón se propuso atraerse el simple juicio teórico de la razón, sino más bien el juicio práctico que determina al humano albedrío a la acción. Y en esto reside la *vitalidad* de la argumentación luliana; en qué, si es preciso, el mismo corazón acierta a suplir los defectos de la inteligencia, y en que toda una gestión integral de las humanas facultades, todas ellas en actividad, humaniza considerablemente los argu-

mentos que otra suerte quedarían en el campo teórico. De esta suerte la filosofía de Ramón esclarecía al entendimiento, pero sobre todo aquietaba al corazón humano. Y con ser *vitales*, son por esto mismo *totalitarios*, y por ende muy humanos; porque el hombre no es únicamente razón.

De aquí que los argumentos lulianos de congruencia constituyen verdaderas «*raons necesaries*»; porque aún no siendo apodícticos, siempre son *persuasibles*; es decir, se hacen creer en fuerza de las razones o bases morales en que se apoyan, correspondiendo a verdaderos instintos psíquicos normales.

Esta doctrina ya se halla expuesta en parte en una carta-prólogo dirigida al Dux Gradenigo de Venecia, existente en un interesante códice luliano cuatrocenista de la Biblioteca Marciana de Venecia, donde se lee que los argumentos que constan en el libro «*non sunt demonstrationes, sed persuassibiles rationes*». Esta carta va firmada con los nombres de Ramón Lull y ha sido tenida como autógrafa del venerable Maestro; pero quizás fué escrita por alguno de sus discípulos. Lo que demuestra que ya entonces se apreció la consistencia vital de los argumentos de congruencia de nuestro bienaventurado Maestro.

III—Por cuanto hemos dicho, la filosofía luliana es eminentemente apologética y circunstancial.

Ramón Lull, en efecto, no busca la ciencia por la ciencia, ni siente interés alguno en difundirla, sino en cuanto puede ser y es instrumento apto y valioso para el apostolado. Nunca tratará de hacer sabios para que sean Maestros de sabiduría, ni filósofos, ni teólogos; sino sencillamente intenta hacer buenos creyentes, razonables y sinceros. Para ello trata de convencerles y usa de cuantos argumentos intuye.

Por esto también, al interpretar la filosofía lulia-
na, no es posible dejar en olvido que va principalmen-
te dirigida a la inteligencia y al corazón de los infie-
les y descreídos, precisamente para hacer del infiel y
del descreído unos *creyentes razonables y prácticos*.
Así su afán coincide con el ideal del «*rationabile ob-
sequium*» del Apostol de las Gentes. Era justa su po-
sición, sobre todo en aquel siglo inexperto, lleno de
osadía juvenil y de nobles ambiciones culturales,
cuando el prestigio de la razón salía por sus fueros,
la intelectualidad se imponía y surgían inesperados
contradictores, abiertos o velados, audacias y recelos
contra la Fe de Cristo.

Comienza Ramón su inmensa obra poligráfica con
el libro «*Del Gentil e dels tres Savis*», escrito en
árabe, modelo de controversia sagaz, razonable y
afectuosa. Sigue el «*Ars Major*» o «*Ars Magna*»,
verdadero «*Arte de hallar verdad*» (tal es su desig-
nación original), donde ordena y sistematiza genial-
mente la actividad intelectual; y el inmenso «*Libro
de Contemplación*», donde, a cada paso, se pone
de manifiesto su gran pensamiento de apologista
sincero, juicioso y cordial. El sistema filosófico lulia-
do se halla en el «*Ars Magna*»; su doctrina, práctica
en el «*Libre de Contemplació*». Todos sus demás li-
bros son consiguientes a estas tendencias.

Prestó Ramón Lull un servicio inestimable a la
cultura europea, con la *democratización de la filoso-
fía*, usando del lenguaje vulgar y relegando al latín,
poniendo dique a las influencias nefastas de las clases
doctas, racionalistas y escépticas; y poniendo al al-
cance de todos la sabiduría. Y este fué su afán inago-
table: «*compilar muchos libros adaptados a la capa-
cidad de los hombres de pocas letras*» (7).

En los libros destinados a la difusión popular de
la sabiduría, y en muchos de los demás, Ramón Lull

intenta demostrar las verdades de la Fe con una audacia tal, que se sobrepone al mismo Fray Ramón Martí y a Santo Tomás de Aquino, supervalorizando las razones lógicas. Por esto precisamente llamó tan poderosamente la atención en la Universidad de París, donde acudieron a sus explicaciones «no solamente escolares, sino también una gran multitud de maestros; los cuales—a pesar de aquello—llegaron a afirmar que «no tan solamente, su santa doctrina y ciencia eran corroboradas por razones de filosofía, sino también por reglas de santa teología; puesto que algunos habían dicho que la Fe católica no se podía demostrar, contra la opinión de éstos el reverendo Maestro compuso diferentes libros y tratados ⁽⁸⁾».

En el mes de marzo de 1309 cuarenta maestros de la Universidad de París aprobaron su *Ciencia general*, después de jurar que daban la sentencia «no inducidos por dolor, miedo, ni fraude; sino por voluntad espontánea...»; y declaraban que la *Ciencia* del Maestro Ramón es «*bona, utilis, necessaria... et quod in ea nihil es contra catholicam fidem, seu etiam dictae fidei repugantia; multa autem, ad substantiationem dictae fidei, et pro ipsa facientia, in dicta scientia seu arte, poterant inveniri*» ⁽⁹⁾. No podía ser más elocuente la aprobacion.

IV—Por los escritos auténticos de Ramón Lull y por los referidos hechos históricos y otros que pudiéramos recordar, dedúcese: lo primero, que Ramón Lull entendió que la fé *podía probarse*; segundo, que había cundido la opinión contraria, es decir, que la Fe no podía ser demostrada; y tercero, que Ramón Lull, para demostrarla, ortodoxamente «escribió diversos libros y tratados».

¿Que significaba la aludida demostración de la Fe?
¿Como la entendió Ramón Lull?

He aquí un problema interesante, de cuya solución depende poder afirmar la ortodoxia irreprochable del bienaventurado Maestro.

Bastantes de los autores recientes tienen a Ramón Lull como racionalista más o menos radical; ni falta quien le atribuya un verdadero «*furor demonstrandi*». No obstante, después de la discreta vindicación crítica del Padre Ramón Pascual, no deja de extrañar que sea posible atribuirle un racionalismo tan radical en materia dogmática, que le situaría en plena heterodoxia. Y más de extrañar es, todavía, cuando hoy, además de las atinadas vindicaciones de los lulistas de los siglos anteriores, con facilidad puede estudiarse el pensamiento de Ramón, teniendo a nuestro alcance las ediciones críticas de una parte muy respetable de sus obras, cuya posesión aleja el peligro de realizar una obra exegética improcedente del *Pensamiento luliano*. Con estos sus libros auténticos y capitales, en las circunstancias históricas que determinaron su vocación filosófica y en las notas autobiográficas tan abundantemente esparcidos en aquellos, es donde únicamente se puede interpretar el alcance de los términos que usa, de las tesis que defiende y de los argumentos con que las defiende.

En realidad no existía en Ramón Lull aquel supuesto «*Furor demonstrandi*», sino un vehementísimo deseo, un anhelo inagotable de proselitismo religioso, es decir, una vocación apostólica tan intensa, que hace que se considere a sí mismo como verdadero caudillo en defensa de la Fe, atacando a sus enemigos en sus múltiples reductos y esgrimiendo para ello todas las armas espirituales y sobre todo la más poderosa de ellas, es decir, la humana razón.

Que en el uso de esta arma fué muy audaz, es cier-

to. Por ello ya hubo de ser tachado de herege por Eymerich ⁽¹⁰⁾. El maestro Dr. Carreras y Artau, de la Universidad de Barcelona, cuyos estudios lulistas son de tan gran valor, define ese racionalismo de Ramón Lull («tendencia netamente racionalista»), como una situación provisional, «un racionalismo de combate, que corresponde a necesidades peremptorias de la época».

V—La *tendencia racionalista* del Beato Ramón es netamente ortodoxa y harto explicable. Porque el verdadero racionalismo (no entendido este vocablo en el sentido en que hoy se toma) de Ramón Lull, no se halla precisamente en las demostraciones de los misterios de la Fe, sino en la totalidad de su sistema filosófico, puesto que es base y prenotando de todo él, el gran valor que daba a la razón humana. Afianzado en esta seguridad de la razón y actuando sobre su objeto adecuado, ponía siempre una gran fe en las argumentaciones. Porque en Ramón Lull hallamos además de una gran fe religiosa, una fe profunda en la razón. En el *substratum* de su personalidad, en su intensidad psíquica, subjetiva, personalísima, late (y manifiéstase en aquellas congruencias argumentales e intentos audaces de persuasión lógica, por ejemplo del «*Libro de las demostraciones*») la convicción de aquella fe profunda en la razón, llegando por mil caminos a su objeto que es la Verdad.

Este racionalismo—a veces, es cierto, lleno de audacia—perfectamente coordinable con la ortodoxia, dista infinito de aquel racionalismo *a ultranza* que se le atribuyó desde Rénan a Langlois ⁽¹¹⁾. Porque el racionalismo práctico de Ramón Lull no alcanza ni supone un deseo de llegar a la demostración apodíc-

tica de los dogmas (nos lo dicen infinidad de textos); porque siempre las demostraciones racionales de los artículos de la fe comprendidas en sus libros—demostraciones mejor que *racionales*, *razonables*—suponen una *revelación divina* y una *tradición* recibida, cuyo conocimiento científico se basa en argumentos de autoridad, que engendran certeza. No por esto las razones lógicas, las congruencias criteriológicas de la filosofía luliana como demostraciones del dogma, están vacías de contenido lógico, siendo medio interesantísimos y poderosos de *persuasión*; como lo son las razones verdaderas de armonía en las cuales preferentemente suelen basarse.

Ramón Lull reclama insistentemente la necesidad de la *divina gracia* para la obtención de la fe; no pretende infundirla con sus obras y doctrinas; su cometido es sencillamente el del adoctrinador consciente del mandato evangélico: «*Id, y enseñad a todas las gentes*» Tenemos de ésto numerosas pruebas; él mismo nos lo dice en sus libros y lo manifestó así a sus discípulos, los cuales lo dejaron consignado en la «*Vita*» coetánea: «Porque el dicho reverendo Maestro, servidor de nuestro Señor y *manifestador de la verdad* para honor de la Trinidad Santísima, ha compuesto ciento y veintitrés libros y más; porque cuarenta años ha que todo su corazón y toda su alma tiene puestos en nuestro Señor; y por esto podía decir este santo hombre las palabras que dijo David: *Eructavit cor meum verbum bonum, lingua mea calamus scribe*, porque en verdad su lengua ha sido pluma del Espíritu Santo,..⁽¹²⁾.

¿Como pudo escribir un hombre tan erudito como Agustín Calvet que «el error fundamental de Raimundo Lulio, causa del fracaso de su generoso y extraordinario proyecto, fué su creencia de poder infundir racionalmente la fe»⁽¹³⁾.

Intentaremos demostrar que esta asersión no es de ningún modo aceptable.

Vimos antes que el aristotelismo a través de los comentaristas árabes y judíos, estableció entre la teología y la filosofía musulmanes, entra el sentimiento tradicional musulmán y el pensamiento de los filósofos, el más profundo divorcio. Los pensadores europeos, hallando que la tradición clásica de Grecia era en muchos puntos inexpugnable, saliendo por los fueros de la razón, tocaron enseguida las consecuencias que se irían manifestando cada día con mayor ímpetu, a medida que se difundían los comentarios islámicos y judíos. Y he aquí como la Europa cristiana de los siglos XIII y XIV acertó a reaccionar sabiamente por obra de sus grandes pensadores. Su esfuerzo colosal fué coronado por el éxito más rotundo. Europa no solo no desechó, sino que se asimiló el espíritu filosófico del mundo griego, salvando su cristianismo; el milagro estaba hecho; la tradición y el sentimiento popular quedaban salvos; Europa seguiría la ruta civilizadora iniciada por el Cristianismo sobre las ruinas del paganismo; la teología cristiana armonizó con la filosofía, el dogma con la razón. De esta suerte la tradición aristotélica, que tanta confusión y ruina había causado entre los musulmanes, fué maravillosamente encauzada por los pensadores en la corriente cristiana de Europa, y el averroísmo perdió poco a poco la representación del peripatetismo griego que hasta entonces había usufructuado. El hecho de que Ramón Lull juzgase imprescindible reducir a fórmulas lógicas los principios de la fe como medio de persuasión indispensable en aquellos tiempos, pone elocuentemente de manifiesto las profundas raíces que el racionalismo había echado en Europa. Por esto intentó demostrar con «razones verdaderas», necesarias, que la verdad es solamente una y

además inmutable y que la fe es la única salvación en Dios. Más pesaba tanto sobre su ardiente corazón de apóstol el racionalismo de su siglo, que se adelantó a Ramón Martí y aún a Santo Tomás de Aquino en muchas cuestiones, proponiéndose encerrar los sutiles misterios del dogma en la estrecha objetividad de los conceptos, para salvar por medio de la razón a los infieles y salvar la fe en las conciencias doctas de su siglo. Porque la fe sincera declinaba y prueba de ello son las muchas discusiones desarrolladas en el seno de las grandes universidades y los escritos verdaderamente heréticos⁽¹⁴⁾ que se divulgaron copiosamente por el sur de Europa.

Hemos dicho que Ramón Lull tenía una fe profunda en la razón. En todos sus escritos alienta practicamente el influjo de esta persuasión; él escribe, y pretende decir y manifestar siempre *la verdad*; entiende que su misión es la de persuadir; y para facilitar el hallazgo de la verdad, piensa mucho como y dande hallará un instrumento, un método de hacer fácil la adquisición y llega a la intuición de su *Ciencia y Arte General*, de un método artificioso que unificará la ciencia y desarrollará el saber, adiestrando el entendimiento. Los textos referentes a esta fe en la razón con relación a su objeto que es la verdad, hállanse con profusión en sus obras; más aún en todas ellas o la expresa o la da por supuesta.

En el «*Arbre de Ciencia*» estableciendo y razonando la teoría filosófica del concimiento, escribe: «*La plenitud (lo ple) del entendimiento está en su intelectivo, inteligible y entender; y es el fin porque es. Su falta (el seu buit) es cuando no avanza hacia su fin para que fué creado... En el entendimiento está naturaleza, por la cual naturalmente entiende; y de la naturaleza nace la semblanza que es entender...*»⁽¹⁵⁾. En el «*Fèlix de les Marevelles del Món*»

recalca muchas veces la efectividad de la razón; dice por ejemplo: «... poco valdría el entendimiento sin el entender... el entendimiento siendo bien ordenado, sigue el fin para que fué creado...»⁽¹⁶⁾. «Entendimiento y luz de sabiduría convienen entre sí en entender», dice en el «Libre de demostracions»⁽¹⁴⁾. Cuando se llega al conocimiento de las perfecciones sumas, que la razón investiga en Dios, este conocimiento no será como el conocimiento de las cosas percibidas por los sentidos, «por el cual coronase la filosofa con corona de plata»; sino que al llegar al conocimiento de las sumas perfecciones, la razón adelantará, y podrá decir la Filosofía: «Yo soy doblemente Filosofía; primero, cuando, por los sentidos y la imaginación mi entendimiento causa ciencia; más después, con las doce Emperatrices, que son: Divina Bondad, Grandeza, Eternidad, Potestad, Sabiduría, Voluntad, Virtud, Verdad, Gloria, Perfección, Justicia y Misericordia. Pues con estas soy superior y tengo corona de oro; y con el sentido y la imaginación son inferior, y tengo corona de plata». De esta suerte habla en el libro «Lamentationis Philosophiae». Todas las cosas que son, son verdad y reflejos de las verdaderas perfecciones de Dios que creó por su entendimiento (*Omnia in Ipso sunt*, en el Verbo de Dios, *et sine ipso nihil factum est quod factum est*); y por ser verdad todas las cosas son conocibles, porque la verdad es de suyo conocible por la razón. «Intellectus— escribe en el «Liber correlativorum»⁽²⁹⁾— est per quem omnia scibilia sunt». Y siendo verdad los artículos de la fe, son también de alguna manera inteligibles; por esto, principalmente en su «Liber demonstrationis»—de que hablaremos particularmente— aplica con toda fe el impulso de la razón en la investigación de esta verdad contenida en los misterios del dogma.

VII—Pero esto no supone en manera alguna un racionalismo radical. En la introducción al «*Ars Magna*»⁽²⁰⁾ escribe el bienaventurado Maestro: «*Demonstratio est necessaria manifestatio ignoti per notum, vel minus noti per magis notum*»; necesidad de conexión, en la que reside la manifestación de la verdad oculta. Ramón Lull entiende de esta suerte la verdad, tal como la entendía Santo Tomás (*Adequatio rei et intellectus*) como correspondencia fiel del entendimiento a la objetividad de la cosa; de cuya correspondencia no puede sustraerse la razón al llegar a su objeto; pues necesidad «*es illud ens, quod aliter se habere non potest*»⁽²¹⁾. Por esto dice muy atinadamente el P. Pascual: «según la mente del mismo, lo que necesariamente está en conexión con otro puede ser demostrado, mientras aquello y su conexión son cosas notas»⁽²²⁾. Este conocimiento obtenido por la demostración se llama «inteligencia del objeto demostrado»; pues (consta por muchos textos del «*Libre de demostracions*») el Maestro llama *entender*, al *conocer por demostración*.

Según Ramón Lull se dan tres clases de demostración: Por *equiparancia, propter quid* y *per quia*. El Maestro las explica en varias de sus obras; por ejemplo en el «*Art demostrativa*»⁽²³⁾: «*Existen—escribe—tres especies de demostración; la primera es por equiparancia, es a saber, así como demostrar que Dios no puede pecar, porque su poder es una misma esencia con su voluntad que no quiere pecar; y la voluntad es una misma esencia con la justicia que es contra pecado que con injuria se conviene; y como son iguales en esencia y naturaleza las dignidades de Dios, por esto puede el hombre demostrar en Dios por equiparancia. Segunda especie: cuando el hombre prueba el efecto por la causa, así como si hay sol conviene que sea de día. Tercera*

especie es cuando por el efecto se demuestra la causa; así como, si es de día conviene que sea el sol».

Advierte el Maestro que la demostración *propter quid*, es decir, por la causa, no tiene lugar en Dios, porque no tiene causa sobre sí mismo, por la cual pudieran demostrarse sus perfecciones.

VII—Existen también tres grados de demostración; y los expone detalladamente en el jugoso «*Libre de demostracions*» (24). Comienza afirmando que sentimos *sensualmente* y entendemos *intelectualmente* que la demostración necesaria es buena. Porque si fuese un mal seguiríase que «las cosas que dan demostración de verdad y el entendimiento que recibe aquella ostentación, serían un mal; y en cambio el error y la ignorancia constituirían un bien; lo cual es imposible».

Por esto mismo, puesto que la demostración constituye un bien, «nosotros buscamos la demostración más necesaria para que por ella sea demostrable a nuestra razón el Soberano Bien»,

Dice después que son tres los grados de la demostración: *demostración sensual, demostración intelectual de cosa finita y demostración intelectual de cosa infinita*. Y agrega que el segundo modo es de mayor necesidad que el primero y el tercero que el segundo.

El grado de *demostración intelectual de cosa finita* es «*axí com la totalitat de l'ànima*», que es más que el todo sensual, que es más que su parte; y la razón de esto es porque el alma no tiene partes de sí misma ni le es necesario tenerlas, y es más noble que el cuerpo; y como la verdad y la demostración convienen mejor en lo intelectual que en lo sensual, por esto mismo la demostración intelectual es de mayor

necesidad que la sensual. Pero como la *demonstración sensual* es más fácil que la *demonstración intelectual*—porque tiene lugar en los mismos sentidos sin necesidad de medio—la *demonstración intelectual* se desarrolla con mayor oscuridad, porque se hace *por medios*, esto es, por las cosas sensualmente experimentadas; por esto se observa en la fantasía que la demostración sensual es de menor necesidad que la intelectual; y por esto los hombres que carecen de inteligencia sutil, aman mejor las demostraciones que tienen lugar mediante las cosas sensibles, que las demostraciones apoyadas en las cosas intelectuales; y por esto también más fácilmente pueden engañarse que los que aman las demostraciones intelectuales. El alma humana usa de lo sensual y de lo intelectual; y el mundo, en cuanto es sensual, no puede usar de lo intelectual.

La demostración necesaria viene mejor por la intelectualidad que por la experiencia sensible; si no hubiese intelectualidad sería en realidad imposible la demostración verdadera, porque no habría sujeto que la recibiese.

De esta suerte convienen mejor verdad y demostración en lo intelectual que en lo sensual; y por esto la demostración intelectual es de mayor necesidad.

Tercer grado de demostración: Lo finito es de menor necesidad que el todo infinito; para demostrarlo conviene que haya algo intelectualmente infinito, para dar lugar a las demostraciones de cosas infinitas. Según Ramón Lull, las cosas *ostentan* su propia verdad y por esto *demuestran*; los sentidos perciben esta verdad de las cosas sensibles; el entendimiento *demuestra* sobre la persuasión de la verdad experimental; y en su vida intelectual pura, también las cosas intelectuales *demuestran* su verdad. Y la verdad se demuestra porque es.

Cuando se asciende por tercer grado de inteligencia a la llamada «*demostración suprema*»—que es el Sumo Bien—dice el Maestro que le conviene afirmar «una mayor necesidad de demostración». «*A la manera del hombre que se mira en un espejo curvo, el espejo le muestra sensiblemente a la vista que las facciones de la cara son curvas; y la remembranza de la memoria, recuerda al entendimiento que sus facciones son de otra suerte; la demostración que da la memoria al entendimiento que entiende, es de necesidad, y no lo es aquella del espejo curvo...; así y mucho más aún sin comparación es mejor la demostración que se hace de cosa infinita en bondad, grandeza, poder, ctra., la cual se demuestra por sí misma... que la demostración que la memoria, basada en la experiencia sensible, ofrece al entendimiento. Y la razón de esto es porque la memoria no demuestra al entendimiento si no es por cosas finitas; y una cosa infinita en bondad, poder, grandeza, etra., que tiene una verdad infinita, se demuestra por sí misma y por otra infinita en bondad, grandeza, poder, etra.....,».*

Desde luego mayor trabajo requiere la pura demostración intelectual por exigencias de su mismo ámbito infinito y profundo.

VIII—Según Ramón Lull los misterios de la Fe pueden demostrarse racionalmente; pero esto solo cuando se suponen la fe y la divina revelación.

Claramente lo expone en multitud de lugares; y de un modo concreto es propuesta especialmente la tesis. Recordemos, por ejemplo el libro «*Disputatio fidelis et infidelis*»⁽²⁵⁾, donde establece la tesis preguntando: «*Ultrum articuli fidei possint probari vel non?*». Y contesta seguidamente: «De nuevo dice el

Entendimiento: También Isaias dice, «si no creyéreis no entenderéis»; y así resulta que tu—¡Oh, Fe!—eres disposición y preparación por lo cual yo me hallo dispuesto por Dios para cosas altas. Por que en esto que yo por tí supongo he de creer, por la cual puedo ascender, tomo hábito de tí; y tu estás en mí y yo estoy en tí; y cuando asciendo al grado que tu estás entendiendo, tu asciendes creyendo, a un grado superior al mio; como el aceite fluctúa sobre el agua, en tal guisa tu siempre estás sobre mí; y la razón de esto es que tú, con lo supuesto, tienes creyendo más fuerza que yo cuando subo entendiendo y entonces con trabajo».

Pero una vez conseguida la fe y con ella las verdades transcendentales, entonces la razón humana puede indagarlas y conseguir sabiduría, por la que el hombre se acerca más y más a Dios, Suma Verdad.

«Aun cuando se dice que apoyarse en razones deroga la fe o el mérito de los fieles que no quieren entender para creer, decimos que si no creyésemos no entenderíamos y que, abrazando simple y constantísimamente la fe, por virtud de esta misma pueden elevarse a tal sublimación de la inteligencia, que la misma fe, que es pábulo, vida y nutrimento de la voluntad de los que firmemente la poseen, le suministrará los fundamentos en que apoyarse, esto es, las razones necesarias que sean confortativo, ilustrativo, espejo y objeto del entendimiento...; porque la fe fundamentando en sí misma al entendimiento, le acompaña, le conforta en su investigación, le levanta sobre sus propias fuerzas y su potencia... para que la fe sea enaltecida y el mérito de los fieles ampliado».

El entendimiento humano no podría ascender por sí mismo al verdadero conocimiento de Dios, sin la fe. Y por esto dice en el libro «*De convenientia quam habent fides et intellectus in objecto*»⁽²⁵⁾ que el mis-

mo Dios «*habitúa por la fe, para que, mediante la fe, pueda ascender a entender a Dios, sobre sí mismo; de la misma manera que la voluntad no puede ascender a amar, sobrenaturalmente (sobre sí), a Dios, si no es por medio de la caridad, que es su hábito, virtud sobrenatural como la fe, para que ascienda a amar a Dios sobre sus solas fuerzas naturales*».

Esta suposición de la fe para poder demostrar el contenido dogmático, viene expresado detalladamente en el libro «*Dels XIV Articles*» con las siguientes palabras⁽²⁷⁾: «*Puesto que la fe ilumina al entendimiento, por esto mismo el principio de este libro hemos de dar por supuesto que por medio de la fe los XIV artículos son probables y se pueden probar; para que después inquiramos con todo nuestro poder las razones necesarias por las cuales los artículos puedan ser probados*»

Practicamente habla de esta suposición, de un modo expreso, o cuando menos la da por sentada en todas sus demostraciones de cosas transcendentales. Así por ejemplo en el citado *Libre de demostracions*, cuando trata de demostrar el misterio de la encarnación del Verbo, expone los oportunos prenotandos, el tercero de los cuales suena así: «*La tercera condición es que el hombre haga libre a su entendimiento para que entienda, en primer lugar iluminándolo con la luz de la fe y aceptando como posible la encarnación del Hijo de Dios*».

Pudiéramos seguir indefinidamente la serie de textos lulianos escogidos en los libros de Ramón Lull escritos en diversas épocas de su vida. Pero creemos que son suficientes los aducidos para demostrar que nuestro bienaventurado Maestro, contra lo que que han dicho distintos autores, «no intentó audazmente aplicar aquellas razones necesarias, demonstra-

tivas o lógicas únicamente a los *Preambula fidei*, sino también a los mismos *Artículos de la fe*».

El intento de Ramón Lull, de buscar una explicación lógica al contenido dogmático, supuesto siempre el conocimiento facilitado por la fe, no dista mucho del intento del mismo Santo Tomás de Aquino. Los métodos serán y son muchas veces completamente distintos; y aún Ramón Lull agudizará su ingenio buscando nuevas razones con el fin de persuadir mejor; pero el ámbito del noble intento de uno y otro late entre las mismas lindes. Ramón Lull anduvo en la tarea quizás con demasiada audacia; pero nunca fué el frenético racionalista de cuyo supuesto «*furor demonstrandi*», se ha hablado. Porque siempre le guió la más pura de las ortodoxias. Compárense sus obras con la «*Summa contra gentes*» de Sto. Tomás.

IX—Las demostraciones lulianas de los misterios de la fé. no son, ni fueron consideradas nunca por él, como apodícticas.

Cuando el bienaventurado Maestro quiere demostrar los dogmas de la Fe, no intenta hacerlos tan perceptibles y evidentes, es decir, *tan necesarios*, como lo son, por ejemplo, los teoremas de las ciencias exactas. El mismo lo expone con toda claridad, por ejemplo, en el «*Libre dels V Savis*»⁽²⁸⁾, donde, dirigiéndose al sabio sarraceno, le dice: «Entre la verdad y la falsedad hay contrariedad; y la verdad tiene concordancia con el ser y con la claridad; pero la falsedad la tiene con la privación, las tinieblas y el no ser. Por esto Dios ordenó y quiso que la verdad hubiese luz y prerrogativas sobre la falsedad, la cual es contraria a la verdad. Y por esto mismo, si Dios no hubiese ordenado que la verdad se sobrepusiera a la falsedad y diere luz—por la cual el humano entendimiento fuese iluminado para conocer las verdades de las cosas y

conozca la falsedad que es contraria a la verdad—, convendría que la verdad y la falsedad fuesen igualmente creídas, y peligraría el humano entendimiento entre las tinieblas o estaría ocioso; pero esto no es conveniente en la Divina Sabiduría, que ordenó todo el mundo para que en el mundo fuese Dios conocido y amado».

«—Ni creas—amigo—que pueda darse una demostración propter quid, ni una demostración palpable de la Fe de los cristianos, como se da de las cosas sensuales (experimentales) o como sucede en la ciencia de la geometría; siendo Dios invisible, la fe de las cosas experimentales no puede tenerse por fe de Dios; no obstante se te darán tales razones per equiparantiam y un cierto método recién encontrado (se refiere al sistema filosófico suyo, intuido en la cumbre de Randa), que por ellas se fortificará mucho tu razón para que conozca la verdad de nuestra Fe y los errores que los infieles oponen contra los cristianos».

Pero donde aparece más claramente el verdadero alcance del racionalismo luliano y su sentido francamente ortodoxo, es cuando pregunta si la teología es propiamente ciencia⁽²⁹⁾. A la pregunta contesta afirmativamente; y al resolver cierta objección que el Ermitaño le propone (objección 6.^a), contesta: *«La razón humana puede llegar a su objeto de dos maneras; es a saber: subitamente y sucesivamente. Subitamente, cuando toca que un triángulo tiene tres ángulos—y esto porque viene certificado por la potencia sensitiva y la imaginativa. Yo no digo que por este o semejante modo es demostrable la Santísima Trinidad, no siendo sensible ni imaginable; sino según el modo discursivo es unicamente demostrable la Santísima Trinidad—modo que tiene la razón, no propter quid, sino por equiparancia...»*

Después de enseñar la manera de demostración *por equiparancia* y de manifestar la distinción *pro- ducentis et producti* en Dios, sigue diciendo seguidamente: «*La certeza que adquiere el entendimiento de la supredicha distinción, es más cierta que cuando entiendo que un triángulo tiene tres ángulos*». Y bien lo explica: «*y la razón de esto es, porque lle- go a la predicha distinción por las infinitas razones (las perfecciones divinas) de Dios; y llego a la afir- mación de los tres ángulos del triángulo por la sensitiva y la imaginativa, que no son cosas fini- tas*». He aquí, pues, como supervaloriza las razones lógicas, sobre el conocimiento de la existencia de Dios y las perfecciones ineludibles del Sumo Bien.

Según la doctrina luliana las demostraciones de la fe basadas en las infinitas perfecciones de Dios y en la fuerza natural de las razones lógicas, se mantie- nen firmes a pesar de las objeciones que puedan hacerse; porque la hilación y deducción son cosas ló- gicas y engendran certeza.

En el citado libro «*Dels V savis*»⁽³⁰⁾, hablando con el Sarraceno le dice que, con el auxilio de Dios, disputarán ambos; y que él—el Sarraceno—debe poner cuanta fuerza pueda en las razones que dan los sabios de su raza; estando Ramón completamente persuadido que, con la gracia de Dios, podrá destruir todas sus razones y resolverle cuantas objeciones le haga, dándole finalmente argumentos en defensa de la santa Fe Católica, *tan firmes*, que «lógicamente» no podrán ser destruidos, y serán suficientes para llevar la paz y la consolación a su conciencia. Y siendo los fundamentos de la Fe Católica tan firmes, como basa- dos en la verdad, siempre contraria al error, a pesar de que el sarraceno objete, la firmeza de la creencia cristiana se mantendrá inconvencible. Lo mismo ase- gura en la cuestión primera, n.º 32.

Ramón trataba de llevar la persuasión lógica al ánimo de los infieles y descreídos—repitamos que la filosofía luliana en *una filosofía de conversión*—; por lo tanto le servirán aún las razones de congruencia, supuesto el hecho de que esta congruencia ha de ser impecablemente lógica y al servicio de la verdad.

Si a estas demostraciones congruentes las llama *razones necesarias*, no es porque sean de consecuencia urgente, sino porque necesitan de la inteligencia veraz y de la lógica impecable para llegar al sentido de la conclusión. Y esto es lo que explica detalladamente en el prólogo del libro «*De principis Theologiae*». Estas «*razones necesarias*» de la ciencia luliana se mantienen firmes, porque son razones que surgen naturalmente cuando la inteligencia actúa e investiga sobre bases de indudable certeza, prestadas bien por la Fe, bien por principios teológicos. Por esto, dándoles una grande importancia, se atreve a llamarlas también «*razones evidentes*»; no ciertamente porque sean razones «*per se notae*»—él lo explica—sino por que engendra certeza criteriológica el nexo lógico que las une o hace derivar de otras verdades conocidas. Y, en realidad, según su modo de ver, si no fuesen de algún modo evidentes (valga la palabra en sentido ámplio, en el cual lo usa el Maestro), es decir, si no causasen una evidencia relativa, no serían verdaderas demostraciones.

Más aún: la necesidad del objeto demostrado y de la conexión lógica entre el antecedente o antecedentes y el consiguiente—por cuya necesidad llama Ramón Lull «*razones necesarias*» a sus demostraciones transcendentales, es «*quoad Deum ad intra*» necesidad natural y «*quoad Deum ad extra*», necesidad tan solamente moral o, según sus mismas palabras, «*quoad bene esse*». De aquí también que Ramón Lull haga o conceda tanta fuerza a las razones de conveniencia y disconveniencia.

En el libro «*Disputatio fidelis et infidelis*»⁽³¹⁾, dice el Entendimiento humano: «*La necesidad de la prueba es doble: La primera es por ligamen y naturaleza existente entre el sujeto y el predicado... — la segunda es de dos maneras, es a saber, por causa y efecto, y por causa causante de sí misma*». Tanto la necesidad *por ligamen y naturaleza* existente entre el sujeto y el predicado, esencia, como entre efecto y causa natural, se llama necesidad natural e inevitable; pero la necesidad de la causa libre causante de sí misma, es decir, por su propia perfección obligante e inducente — valga la palabra — a obrar en sí misma según las perfecciones que le son propias, se llama moral y de «*bene esse*»; la que solamente se da en las operaciones de Dios «*ad extra*». Esto es muy interesante para interpretar bien el pensamiento de Ramón Lull, porque usa con gran frecuencia de estos términos. Debe interpretarse su *modo* de hablar.

Corroborando lo que llevamos dicho, recordemos que en el libro «*Disputationis cum Hamar sarraceno*»⁽³²⁾, demuestra la necesidad relativa de la encarnación, explicando como sigue, cual sea o en qué consiste esta necesidad: «*Non dico — escribe — quod necessitas incarnationis fuisset naturalis; sed quoad bene esse et moraliter et libere intellecta et considerata; sicut agens qui libere et ad placitum causat suum effectum*». Tal es la demostración que suele desarrollar al tratar de los misterios *ad extra*. De aquí también que el sentido luliano de la *necesidad*, es de dos clases: la una natural y física, y la otra moral y «*de bene esse*». La primera de estas dos *necesidades*, es aquella por la cual físicamente la cosa no puede ser de otra suerte; la segunda es aquella en la cual, si bien puede ser de otra suerte, no obstante, conforme a la determinada perfección del sujeto, «*decenter ac bene*» no debe ser de otra suerte.

Por la primera *necesidad* es necesaria la Santísima Trinidad y las otras verdades de Dios «*ad intra*». Por la segunda es necesaria la encarnación del Verbo divino y demás operaciones de Dios «*ad extra*»; aun cuando Dios, de hecho, pudiese no obrarlas. Pero en atención a la suma Bondad, Grandeza, Poder, Caridad, Misericordia, Justicia, y demás divinas perfecciones infinitas, aquellas operaciones divinas «*ad extra*» son convenientes.

Esto equivale a decir que el bienaventurado Maestro distingue en Dios una doble potestad, *absoluta* y *ordenada*. Y en esto no hace sino seguir el pensamiento de San Agustín y de otros Santos Padres, principalmente San Anselmo, cuyas mismas palabras usa el venerable Maestro algunas veces⁽³³⁾.

X—Según el Maestro Ramón Lull, además de las demostraciones tomadas de la misma naturaleza de las cosas, se dan también otras demostraciones que se apoyan y se deducen lógicamente de motivos extrínsecos, tales como, por ejemplo, los milagros, etra.; por los cuales el humano entendimiento logra también conseguir una certeza verdaderamente criteriológica.

Y he aquí una de tantas cosas como hallamos en el bienaventurado Maestro, expuestas tal y como las exponen los modernos apologistas de nuestra religión, en nuestro mismo siglo; como el modo de exponer de una manera científica los argumentos basados en hechos históricos y experimentales.

Con ellos sí que realmente triunfa la fuerza de la razón engendrando certeza, por la fuerza de una lógica de enorme vitalidad.

En el primer libro «*De demostracions*»⁽³⁴⁾, estudia el Maestro el hecho histórico y transcendental de la aparición de Jesús en el Cenáculo de los Apóstoles

después de su resurrección, y la incredulidad de Santo Tomás, usando de una crítica tan justa y convincente que arranca la admiración; deduciendo breve y sagazmente, la verdad de la humanidad y de la divinidad de Cristo, del hecho histórico de la aparición de la comida y concluyendo con aquella hermosa confesión del Apóstol Santo Tomás: «*Dominus meus et Deus meus!*»

No hemos hallado una exégesis tan rápidamente hecha, y no por ello menos perfecta, y tan persuasiva, en los autores modernos como Billot, Fonck, etra. que exponen la misma cuestión con amplios pliegues de elocuencia. Los grandes exegetas y teólogos contemporáneos no han podido hacer más que lo que hizo, en muy pocas líneas. el *Doctor iluminado*.

La verdad histórica, filosófica, teológica y relativa de los hechos histórico-milagrosos, como el comentado, resaltan hermosamente de vez en cuando en los escritos del bienaventurado Maestro. Es muy lógica y persuasiva aquella su conclusión: «*También entendemos que en los milagros que obró Nuestro Señor Jesucristo u obraron los Apóstoles y los Santos, es significado que la razón puede entender naturalmente (ha natura com pusca entendre) por razones necesarias los artículos (de la fe); porque los milagros son demostraciones necesarias para la inteligencia*».

Concluamos este ya difuso capítulo, refiriendo la demostración luliana de la necesidad de la Fe católica, según aparece en «*Apostrophe*». Dice así: «*Pues ordenando la Fe católica amar a Dios sobre todas las cosas, poniendo las perfecciones divinas en el grado superlativo de la perfección, y extirpando los vicios e infundiendo virtudes en el más alto grado de perfección que pueda darse, y por consiguiente, siendo buena y óptima, procediendo todo bien de*

Dios, como del Bien supremo, necesariamente se sigue que es de Dios: Luego es necesaria» ⁽³⁵⁾.

XI—Spinoza en su «*Ontología*» tomó de Ramón Lull que «lo congruente es necesario»; pero según lo que hemos expuesto anteriormente, la congruencia luliana es más bien necesaria en orden a la persuasión o apoyándose en determinados y ciertos antecedentes criteriológicos.

La lógica de Ramón Lull es una lógica eminentemente formal, si bien no manifiesta un carácter propedéutico y directivo de los humanos conocimientos; porque se trata en la filosofía luliana, de una ciencia racional que causa y engendra sabiduría; y por esto mismo diríamos que es mejor una lógica sintética.

Lo mismo que dijimos antes podría decirse sobre el alcance de la frase «lo ideal es real», bajo la cual algunos autores han querido interpretar la filosofía luliana; sin que aquella frase figure en ninguno de los libros lulianos, ni aún haya sido acogida por los lulistas de escuela. Pero hay que decir que para Ramón Lull «lo ideal—demostrado—es real», en cuanto que para el Maestro, los conceptos no son independientes de ser de las cosas, los cuales corresponden o mejor, son correspondientes a las objetividades de las cosas... Quinientos años después de Ramón Lull, aquella frase ha sido el eje del sistema hegeliano. De aquí que la lógica de Ramón Lull es a la vez metafísica, pero fundamentada en la lección dogmática de la Fe.

Todo el sistema luliano se apoya en la argumentación necesaria de la existencia de Dios y en la verdad de los Santos Evangelios, especialmente—como veremos—del Evangelio de San Juan. Su apologética deduce las verdades o, cuando menos, las explica sobre

esta base. Su sistema metódico, no es otra cosa que un arte de facilitar la rebusca de la verdad, haciéndola fructuosa y fecunda. Solamente así pudo considerar el bienaventurado Maestro las razones eternas, «*emperatrices divinas*», atributos de la Divinidad, como fuentes abundosas e inagotables de toda realidad y por ende de todo conocimiento y sabiduría verdadera, con fundamento metafísico y dogmático.

Intuyendo en la soledad del monte de Randa, la idea de la realidad de las participaciones creadas de la Suma Perfección—que es cuanto es fuera de Dios—dió con el «*Arte y Ciencia General*», un sistema filosófico capaz de resolver pronta y estéticamente los problemas más áridos de la ciencia humana. Tal es el verdadero origen del «*Art d'atrobare veritat*» o «*Ars Magna*», concepción verdaderamente genial que únicamente a los que no la estudiaron o no la conocieron bien pudo parecer (como al P. Feijoo) embrollada y fantástica.

XII—Ramón Lull aceptó del *aristotelismo* la lógica del ascenso; pero es genuinamente luliana la lógica la del descenso del entendimiento. La aristotélica sube, es de ascenso; la luliana, baja; aquella es deductiva; esta es principalmente—aunque no exclusivamente—inductiva. El método luliano de argumentar no es precisamente el racionamiento racionante, sino con mucha frecuencia el racionamiento vital. La lógica luliana no excluye el razonamiento apodíctico (lo usa con frecuencia); por siempre es su filosofía una filosofía urgente, una filosofía de conversión, usando preferentemente del razonamiento de congruencia, inquiriendo de un ser aquello que más armoniza con sus cualidades intrínsecas o esenciales y con las sumas perfecciones del Creador.

Y es claro que esto es buena lógica y una supervalorización discreta y práctica de la lógica.

¡Cuántas veces el bienaventurado Maestro llamaba a su favor en sus argumentaciones los buenos instintos del corazón humano! ¿Quién no adivina aquellas experiencias íntimas, aquellas necesidades vagas y profundas del espíritu. aquella especie de revelaciones inmanentes en nosotros mismos, ante la profundidad del misterio y los anhelos infinitos del alma? Kant en su «*Crítica de la Razón Práctica*» se acogerá, como a una tabla de salvación en medio del naufragio, a la realidad de estas urgencias y necesidades del alma; el moderno *agnosticismo* querrá cohonestar esas tendencias instintivas del espíritu; pero a través de los escritos del Beato Ramón, todos ellos páginas de sinceridad, no hallaremos espacios donde no hallaría sostén el pié, las grandes lagunas infranqueables que hallamos en aquellos; y si la base criteriológica de una lógica vehemente si quereis, pero llena de sinceridad; y con ella una doctrina de salvación.

La lógica kantiana de la *razón pura* llevó directamente al fracaso estruendoso de las antinómias de la razón y dejó el corazón lleno de ansiedades y el alma llena de sombras; la síntesis kantiana de la *razón práctica*, surgió por la necesidad de mostrarse más humanos y sinceros y por ende menos ilógicos. La lógica del Filósofo de Koenisberg fué formal; la del Beato Ramón, es formal también, pero diría mejor sintética; y es buena lógica una vez demostrada o supuesta la existencia de Dios y divinas perfecciones resultantes de la misma razón de la divinidad; de las cuales la esencia de las cosas no es sino la resultante, la participación creada. De esta suerte la síntesis lógica del bienaventurado Maestro, es también real, porque se fundamenta en el Ser realísimo.

Esta lógica luliana consiste en una peculiar espe-

cíe de reconstrucción artificiosa, estética y sugestiva, de la realidad conceptual de las esencias particulares: en la esencia divina.

Solo su genio despertado por la gracia puedo realizar una empresa tan formidable como la que realizó; la filosofía informa toda la vastitud de su inmensa obra poligráfica. Y es admirable esta filosofía, surgida casi espontáneamente de su talento excepcional; y es admirable su inmensa obra poligráfica. Porque Ramón Lull no se formó en las escuelas, ni quiso depender nunca de una escuela determinada. Las conoció a todas; se asimiló cuanto pudo ser útil para sus empresas literarias y cuando lo creyó oportuno prescindió de ellas, y aspiró gallardamente a superarlas. Y porque recogió del acervo intelectual heredado cuanto convenía, por esto mismo es también Ramón Lull algo sincretista, aun sin pensar serlo. Su vida no es la del Maestro teórico; vivió para su Dios y trabajó para su Dios con todas las veras de su alma, y estuvo siempre en contacto con la naturaleza; y del concepto de Dios y de la misma naturaleza, como de su propio genio, sacó Ramón Lull, como precisaba, su *Pensamiento filosófico*.

NOTAS

(1) Fol. 4 del Ms. n.º 15450, de la Biblioteca Nacional de París.

(2) Fol. 5 de id. id.

(3) Fol. 6 de id. id.

(4) Fol. 7 de id. id.

(5) Fol. 8 de id. id.

(6) Fol. 9 de id. id.

(7) «*Vita B. R. L.*» coetánea, ed. Moll, 1933, pág. 15.

(8) Id. id., pág. 31.

(9) Reproducen e historian este interesante documento el P. Ramón PASCUAL, en sus «*Vindiciae Lullianae*», Tomo I, págs. 276 y siguientes; y recientemente AVINYO, «*El Terciari*

Francescã... Beat Ramõn Lull» (Igualada, 1912) págs. 436-438.

(10) Así lo exponía el terrible ex-Inquisidor: «*Quod omnes articuli fidei et Ecclesiae sacramenta et potestas Papae possunt probari et probantur per rationes necessarias, demonstrativas et evidentes*» («*Directorium Inquisitorum*») Parte II, cuestión 9.^a, art. 96.

(11) LANGLOIS, «*La vie en France au Moyen-Âge. La vie spirituelle*» (París, 1928) pág. XXIII y siguientes, deforma la verdadera personalidad de Ramón Lull, por no haber penetrado el sentido íntimo del pensamiento luliano; y lo mismo y con menos verosimilitud RENAN, en su citado trabajo «*Avérroes et l'Averroïsme*». Sobre el racionalismo luliano véase la interesante obra del Dr. Tomás CARRERAS Y ARTAU (que recomiendo eficazmente a mis alumnos) «*Introducciõ al Pensament Filosófic a Catalunya*» (Barcelona, 1931) págs. 15-98, con cuyo pensamiento hemos concordado no pocas veces.

(12) «*Vita B. R. L.*» ed. Moll, pág. 15.

(13) A. Calvet, «*Fray Anselmo de Turmeda, heterodoxo español*» (Barcelona, 1914), pág. 123. El P. Fray Sabino Lozano, O. P., por no conocer a Ramón Lull, por atribuirle libros que no existen, por haberse valido de referencias, dijo en el Congreso Internacional de Apologética de Vich (*Actas del Congreso I. de A., Vich, 1911*) estas lamentables palabras: «*Por el arte maravilloso que él (Ramón Lull) enseña, en un mes y sin trabajo tota fides catholica infallibiliter cognoscitur. La Sagrada Escritura apenas le hace falta; cuanto en ella se dice y se manda, por la ciencia que él representaba, infallibiliter también cum magna certitudine, omni dubitatione postposita, puede ser conocido. No era posible decir más!*» Efectivamente el P. Sabino Lozano no pudo decir más contra la verdad histórica. Dice que lo ha leído en el Prólogo de la obra (?) de Raimundo Lulio «*De homine et de natura ejus*». Este libro no ha existido más que en la fantasía del P. Sabino. Existen en realidad dos libros, uno titulado «*De Homine*» y otro titulado «*De Natura*», que no tienen relación mútua. En ninguno de los prólogos de estos dos libros figura lo dicho por el P. Sabino. Luego, no lo vió, como descubrió el ilustre lulista Bové («*Al margen de un discurso*», Seo de Urgel, 1912, págs. 45 y 46) que aquellas palabras, con poca diferencia, pertenecen a la obra de Ramón Sibiuda «*Thesaurus divinarum considerationum ex Naturae fontibus haustarum, tum Theologicis, tum Philosophicis, etra. profuturus*».

(14) Antes de que por el Papa fuesen estudiados y permitidos los libros aristotélicos, la doctrina aristotélica transmitida por los

comentaristas árabes, fué prohibida diversas veces Guillermo de Auvernia, Obispo de París, hubo de censurar, en 1240, varias proposiciones averroistas; y en diciembre de 1269, el Obispo Tempier, después de reunir un consejo de teólogos eminentes, condenó otras tres proposiciones; condena que fué reproducida en 1277 (Keicher, «*Raimundus Lullius und seine Stellung...*» pág. 49) No obstante el racionalismo se desató, propagándose en libros muy difundidos, como los «*Impossibilia*» de Siger de Bante (Keicher, o. c. pág. 4); «*Hist. Lit. de la France*», Tomo XXI, págs. 121-122), de carácter tan francamente incrédulo y demoleedor, que Rénan (O. c. pág. 233) creyó casi imposible que se atreviera alguien a reproducirlas en la Sorbona de su tiempo.

- (15) Ed. Mallorca, 1917, Toma 1.º págs. 187 y 19.
- (16) Ed. Mallorca, 1903, II, pág. 39.
- (17) Ed. Mallorca, 1930, pág. 7.
- (18) Ed. Mallorca, 1745, pág. 3. Suele llamarse también «*De principiis Philosophiae*».
- (19) Ed. Mallorca, 1744 pág. 20.
- (20) Tit. *De C formis*.
- (21) A. M. lugar citado.
- (22) «*Vindiciae Lullianae*», Tomo II, pág. 674.
- (23) Ed. Mallorca, 1932, pág. 4.
- (24) Ed. Mallorca, 1930, págs. 92-97.
- (25) Parte 1.ª «*Utrum articuli fidei possint probari vel non?*», n.º 2. (P. Pascual, T. II, pág. 677).
- (26) Título «*De fine hujus tractatus*», n.º 3.
- (27) En el *Prólec.* L. III, Ed. Mallorca, 1930, pág. 412.
- (28) *Prólec.*
- (29) «*Lib-Sentent*», cuestión 1.ª (Cit. por el P. Pascual, Tomo II, págs. 686-687).
- (30) *Prólogo, Multum...*
- (31) «*Disp. Fidei et Intellectus*». Parte V, «*De resurrectione*».
- (32) Parte 2.ª, cap. 1.º, n.º 3.
- (33) Vide: Iarditus, «*Com. in S. Anselmum*», Tract. II, dub. I, 1.
- (34) Ed. c. pág. 18
- (35) En la *Introduct.* n.º 2.
- (36) Además de las citadas demostraciones, Lull entiende y usa con frecuencia de la demostración *similitudinaria*, por semejanza, es decir, por ejemplos y metáforas, tanto en la proposición como en su opuesto; demostraciones que llevan también al ánimo una persuasión viva.

NEO-PLATONISMO Y ARISTOTELISMO LULIANO

SUMARIO:

I—Estudios realizados por Ramón Lull después de su conversión. II—La Ciencia unitarista de Ramón Lull. III—El transcendentalismo luliano. IV—La terminología filosófico-luliana es eminentemente escolástica. V—La lógica característica de R. L. es la del descenso. VI—Ramón Lull no intentó expresamente harmonizar la inducción platónica con la deducción aristotélica. VII—El «Libro del Ascenso y Descenso del Entendimiento». VIII — Trilogía del «Art» luliano.

I—Durante los diez años que siguieron a su conversión religiosa, dedicose con todo empeño nuestro bienaventurado Maestro, al estudio de las obras de los Santos Padres, especialmente escriturísticas, de las de los filósofos griegos y de los comentaristas árabes. El perfecto conocimiento que demuestra tener de los mismo harto elocuentemente se manifiesta en sus obras, y no hay porque atribuirle una ciencia infusa.

En el «*Libre del Gentil e dels III Savis*», probablemente el primero que salió de su pluma, ya expone con perfecto conocimiento de causa los errores de los paganos, de los judíos y de los mahometanos; y en los otros dos libros coetáneos del citado, esto es, en el «*Art d'atropar veritat*» y en el «*Libre de Contemplació*», las referencias son abundosísimas. En el primero de estos dos libros refleja el bienaventurado Maestro un perfecto conocimiento de las filosofías de Platón y de Aristóteles⁽¹⁾, al cual llama por autonomasia «*el Philosoph*»⁽²⁾, citando taxativamente sus obras y con su propio nombre la «*De coelo et mundo*», que se le atribuía. En este mismo libro pone de manifiesto el perfecto conocimiento que tenía de las normas exegéticas patrísticas, hablando de los diversos sentidos que tiene la Sagrada Escritura; y bien claro se ve que debía conocer a San Agustín, a San Jerónimo y a San Anselmo⁽³⁾.

No se detiene solamente en la exégesis cristiana; conoce también, y perfectísimamente, la hermenéutica árabe, aduciendo como los árabes comentaban exegeticamente los textos coránicos en las medarsas, diciendo que lo hacían por *analogies* y *ananogies*.

Cita expresamente a Aristóteles en muchas partes, como hemos dicho⁽⁴⁾, a Platón⁽⁵⁾, Platario⁽⁶⁾, Constan-
cio⁽⁷⁾, el Corán⁽⁸⁾, Avicena⁽⁹⁾ y otros filósofos árabes,
entre ellos muy principalmente a Averroes⁽¹⁰⁾, al cual
se vió obligado a combatir con tanto denuedo.

Muchos Santos Padres y pensadores vienen inspi-
rando textos lulianos, citando principalmente a San
Agustín⁽¹¹⁾, Dionisio Areopagita⁽¹²⁾, San Anselmo⁽¹³⁾,
Ricardo de San Víctor⁽¹⁴⁾, Justiniano⁽¹⁵⁾..., los talmu-
distas⁽¹⁶⁾, etra. Ni le faltó el conocimiento perfecto de
los grandes teólogos contemporáneos, citando expre-
samente al Maestro Tomás de Aquino⁽¹⁷⁾.

De todos habla y todo lo comenta; luego tenía de
aquellos y de su doctrina un perfecto conocimiento.

II—Hemos afirmado un cierto sincretismo auto-
mático en Ramón. Pero ¿fué en realidad un sincretis-
ta? Es un hecho que comenta ciertas doctrinas, acep-
ta algunas, corrige a otras o las pospone a las suyas
propias. ¿Basta esto para ser sincretista?

El lulista contemporáneo Mossen Avinyó⁽¹⁸⁾, resu-
miendo la teoría del malogrado Mossen Salvador Bo-
vé⁽¹⁹⁾, escribe, sin desear desde luego menguar la ori-
ginalidad en el bienaventurado Maestro: «La doctrina
luliana es, pues, un sincretismo conciliador entre lo
real y lo ideal, entre la fe y la ciencia, entre las dos
corrientes aparentemente opuestas y respectivamente
interpretadas por los dos grandes genios de la filoso-
fía griega, Platón y Aristóteles».

Ya mucho atrás hubo otros más audaces que ta-
charon a Ramón Lull de sincretista cristiano—mahota-
no (!). Uno de estos fué Bzovius⁽²⁰⁾, al que tan
sagazmente refutó el P. Ramón Pascual⁽²¹⁾.

La tesis de Bové y Aviñó tiene su fundamento.
Toda la ciencia luliana—aún bajo el punto de vista

enciclopédico—está marcada con un sello indudable de unidad; unidad en la naturaleza y en la ciencia; síntesis maravillosa que resalta desde un principio (1272; «*Ars Magna*») y se mantiene hasta la última de las obras del bienaventurado Maestro (1315) con el imperio de una idea capital. Síntesis que, siendo puramente teórica (en 1272), cristaliza después en todos y cada uno de los tratados filosóficos e informa las mismas obras literarias; sobre todo, entre aquellos el «*Libro de Ascenso y Descenso del Entendimiento*» (1305). Verdaderamente Ramón Lull es el filósofo de la unidad. En filosofía profesa el Maestro un realismo constante (véase, por ejemplo, el «*Liber de Chaos*» el «*De homine*», etra.) realizando la unión radical de la física con la metafísica. Como hemos dicho, su lógica es formal; pero por raro acuerdo es sintética y realísima. Aunó pues cuanto pudo. Sincretizaba,

Las cosas, antes de que fueron hechas, fueron— como posibles y a realizar—en Dios. Dios creó por su inteligencia. Todo estaba antes de ser hecho en el Verbo divino—*Sapientia Dei*—; y cuanto creó es representación y participación de las divinas perfecciones. De esta suerte, en las perfecciones sumas de Dios (*Emperatrices divinas*), hállase la suprema ciencia de las cosas; porque todas las cosas son en cuanto fueron preconcebidas divinamente. En el libro «*De XII principiis Philosophiae*» escribe: Dice la Razón (*Intellectus*): *Yo entiendo y levanto el palacio de la ciencia mediante la idea de Dios y de sus divinos atributos...* Mi ciencia no es sino la fuerza resultante de participaciones finitas en los atributos de Dios; por la Divina Bondad, soy bueno; por la Divina Grandeza, soy grande; por la Eternidad divina, soy durable, etra. Y en virtud de mi esencia formo las ideas universales, por ejemplo, las de género y especie; mi esencia es constituida por esencias particula-

res, Y en virtud de esta esencia conozco mi fin, que está en los atributos divinos; porque procedo de Dios y voy a Dios. Las ideas (*archetypos*) son los modelos ejemplares de las cosas, y con respecto al hombre son objeto del entendimiento. La idea pues, es la esencia de todos los seres creados⁽²²⁾.

Según Santo Tomás de Aquino la *materia prima* es un ser indeterminado y confuso, sin forma substancial alguna; un sujeto capaz de recibir todas las formas substanciales. El principio de individuación es la *materia* cuantificada. Ramón Lull⁽²³⁾ dice: la materia es aquello de que se hace algo; un principio al que corresponde la pasión, que no puede subsistir sin la forma; es, por ende, un especie de apetito de formas. Luego concuerda con Aristóteles y con Santo Tomás; pero a diferencia de estos, adelanta más—y valga la digresión—Ramón Lull de conformidad con los resultados de las ciencias experimentales modernas derivada del análisis espectral y ya defendía contra la opinión de Aristóteles y de Santo Tomás, que establecían diferencia entre la materia celeste y la terrestre, la unidad de materia. Lo dice expresamente en el citado «*Liber de XII principiis Philosophiae*», donde se lee⁽²⁵⁾: «*Ait Materia: et ex-omnibus passionibus... sum composita et per totum coelum et etiam per omnia elementa et elementata sum extensa atque mota*»; y más adelante: «*Rursus dixit Materia: Situota sum in circulo, in coelis, in elementis. in elementatis...*» Y en el libro «*De Doctrina pueril*», escribe: «*La primera materia es en potencia en general a totes formes...*»⁽²⁵⁾.

La forma es lo que da el ser a la cosas; y el alma es la forma del hombre, dando forma al cuerpo humano⁽²⁶⁾.

Pero siendo también la materia algo esencial; aún siendo la forma el principio de la conservación del

ser, también la materia concurre a esta conservación. Pero la actualidad depende de la forma y no de la materia. La forma es el principio de acción; y sin forma no puede existir acción alguna⁽²⁷⁾. Y esto es así, porque es el principio esencial que determina lo particular y la acción⁽²⁸⁾. El fin es algo también esencial; porque todo ser lleva en sí mismo la orientación definida de la idea arquetípica; es decir, que cuanto es creado va esencialmente orientado a su propio fin. Por esto dice la *Forma*: «*Yo soy el principio de la finalidad intrínseca de las substancias; y soy verdadera y propiamente fin*⁽²⁹⁾».

La substancia y la forma constituyen un principio intrínseco en los seres individuales; y el compuesto substancial es la forma resultante de la unión de la *materia* con la *forma*.

No entra en mis propósitos señalar las coincidencias de estas ideas con otras de Platón y de Aristóteles, ni la armonización práctica de ambos pensadores en Ramón Lull. Mi cometido es solo de iniciación; recordando los grandes clásicos griegos, es fácil percatarse de que existe en efecto un éco maravilloso de los mismos en Ramón Lull, y en el pensamiento luliano una cierta armonización práctica de sus doctrinas.

Donde mejor resalta esta influencia de la filosofía griega en la filosofía luliana, es en la tesis del conocimiento. Bueno será recordar las coincidencias.

Según Platón, el punto inicial de la ciencia es la *idea*. Según Aristóteles son los *sentidos*, es decir, la experimentación sensible. Estando ambos de acuerdo en que la ciencia ha de comenzar por lo más conocido, Platón entiende que la *idea*, impresa en el alma, es lo más conocido.

El de Stagira sostiene en cambio que el hombre ha de adquirir ciencia por medio de los sentidos, porque su

inteligencia es «*tamquam tabula rasa*» en la cual nada hay escrito. Aristóteles dice que la *idea* es inmanente en las cosas; Platón separa la *idea* de las cosas y las da una propia existencia.

Según Ramón Lull la ciencia comienza en la experimentación sensible. Así escribe: «*El primer peldaño por el cual el entendimiento comienza su ascensión, es en las cosas sensibles (sensuales)*»⁽³⁰⁾, Luego el principio del conocimiento se halla en los sentidos⁽³¹⁾. Por la imaginación el entendimiento se procura las especies sensibles; la memoria las recibe de la imaginación y las devuelve al entendimiento; luego el entendimiento elabora especies más nobles que pone fuera de la imaginación. Viene luego a considerar con estas especies más nobles las cosas espirituales en su inteligible propio poniendo el entendimiento *agente* en actividad al entendimiento *posible*⁽³²⁾. De modo que el primer escalón para la inteligencia humana de las cosas, son las mismas cosas sensibles percibidas; el segundo, los sentidos perceptores; el tercero el entendimiento (*agente y posible*). En este llega el hombre a las concepciones de lo universal (*género, especie...*).

III—Con Santo Tomás entiende Ramón Lull que la idea universal ha de ser concebida en vistas a las cosas singulares; y que las ideas universales son el principio de la ciencia, es decir, que la ciencia es solo de universales.

Las ideas universales son de cuanto es creado (la idea *hombre*, es universal, *etra.*); las universalísimas, lo increado (la idea *ser*, es universalísima). La razón no descansa cuando ha hallado las ideas universales, sino que, después de analizar y comparar estas ideas y los objetos que representan, con otras ideas y obje-

tos, desarrolla su actividad, alcanzando por razones superiores y fines diversos, las ideas universalísimas.

La idea de Dios va comprendida en las universalísimas; porque estas ideas son inmutables y necesarias; lo que no sucede con las ideas simplemente universales, porque no comprenden más que lo infinito.

Estas relaciones son suficientes para comprender que se trata de una teoría *transcendental*, llamada por Bové «*Teoría de los puntos transcendentales*»; porque la formación de las ideas consiste en una verdadera transcendencia del entendimiento humano sobre sí mismo.

Un notable ejemplo de la doctrina luliana es el de la piedra. El sentido de la vista solo percibe los accidentes externos de la piedra; el tacto percibe la forma externa, el frío y el calor de la piedra, el peso, etra. El entendimiento humano, unido como está con las potencias exteriores, se inclina por de pronto a juzgar según los datos facilitados por las impresiones sensibles; mas por medio de lo que se llama *punto transcendente* — por el que excede a las aportaciones de la experiencia sensible — llega a conocer que no puede haber accidente sin substancia que lo reciba, un todo compuesto sin el ajuste de sus partes, etra. Luego discurre y juzga sobre lo que no percibió la experiencia sensible. Y aun sube más sobre la base incommovible de las ideas universalísimas. Por las ideas de *causa, necesario, orden, motor, primero, bueno, mejor...* y *efecto, contingente*, etra., llega la razón humana al conocimiento de la existencia de Dios. Las ideas de *bondad, mérito, deber...* le llevan a la concepción de un objetivo espiritual y necesario, la vida futura. Etra.

Esta experimentación íntima, tan honda y fecunda, sigue en su labor de conquista de ideas en un mundo completamente transcendental. Sabe, no obstante,

que su manera de entender está ligado con los sentidos y que no es posible discurrir si no es sucesivamente por medio de la imaginativa; porque sabe que el hombre es un compuesto, y es esta su propia esfera de acción. Pero también es propio del humano entendimiento la reflexión; y reflexiona que su espíritu está desligado de la materia y por ende que debe haber otro modo de intelección, como es la del ángel, espíritu puro. «*Angel es ajustat de tres esencies: rocolencia, intelligencia e volentat*⁽³³⁾»... «*Recontes qu'angel entén per volentat e volentat. E volentat vol per enteniment; car amant angel Deu, entén Deu...*⁽³⁴⁾». El hombre es más complejo en sus facultades, como menos perfecto. En lo más profundo de la inteligencia humana la razón analiza, compara y combina las ideas universalísimas, formando los axiomas o principios científicos, que resultan unas verdades tan claras y evidentes, que en ellas se han de apoyar lógicamente las demostraciones y las pruebas.

IV—Este procedimiento analítico, *ascensional*, es en realidad el de Aristóteles. En cuanto a la terminología luliana es a su vez peripatética. He aquí una série de vocablos: *Término, proposición, argumento*, (si la cosa es, ¿Qué es?, ¿De qué es? ¿Porqué es? ¿Cuanta es? ¿Cual es? ¿Donde es? ¿De que manera es? ¿Con quien es?); *hombre, animal, cuerpo...*; *substancia, ente*; Cinco predicables: *género, especie, diferencia, propio, accidente*; Diez predicamentos, (*substancia, cantidad, calidad, relación, pasión, habitud, situación, tiempo, lugar*); sentidos externos⁽³⁴⁾; sentidos internos. Potencias (*elementativa, vegetativa, sensitiva, imaginativa, intelectiva, volitiva*). Cosa, vegetativo, animal, hombre, angel, cielo, Dios).

En el tratado «*Super quaestiones libri sententiarum*» expone y resuelve la cuestión de si es necesario admitir un entendimiento *agente*, que se diferencie del entendimiento *posible*. Refiriendo las operaciones del entendimiento—a qué hace constante referencia en el «*Libro del Ascenso y Descenso del entendimiento*»—las describe minuciosamente; y son: la *potencia* considerada en sí misma; el *objeto* en que se ejerce, y el *acto* de ejercitarla. Por ejemplo, en la voluntad la facultad de querer (*volitivo*); el objeto sobre qué se ejerce (*volible*) y el acto de querer (*velle*). Y de la misma manera con respecto a las demás potencias. Por ejemplo, en la potencia *vegetativa* son necesarios tres *concretos*: *proprium vegetativum* (una actividad vegetativa propia). *proprium vegetabile* (un objeto asimilable propio) y *proprium vegetare* (acto propio de vegetar). De donde deduce que para el acto de vegetar es necesario un agente vegetante que convierta el asimilable remoto en asimilable próximo y próximo suyo; de otra suerte aquel no podría transmutarse por sí solo, pues no tiene cualidades vegetativas. Pasando de la vida vegetativa a la vida intelectual, el entendimiento *posible* no lograría entender cosa alguna si no es por medio del entendimiento *agente*, por el cual reciben un carácter de inteligibilidad las especies adquiridas.

En la cumbre de la escala luliana ascensional aparecen los grandes principios transcendentales: el *de contradicción*, el *de causalidad*, el *de identidad*; y por ellos comienza el descenso luliano. Formáanse mediante la combinación de los atributos de la Esencia divina o *Emperatrices* (Bondad, Grandeza, Duración, Poder, Sabiduría, Voluntad, Virtud, Verdad, Gloria, Diferencia, Concordancia, Principio, Medio, Fin, Igualdad). De la combinación de los divinos atributos salen los llamados *principios lulianos* aplicables a todas las

ciencias, las *definiciones* (conceptos), las *condiciones* (juicios) y las *reglas* (razonamientos),

V—Hemos dicho que la lógica del *descenso* es característicamente luliana. La lógica del *ascenso* o aristotélica, sube; la luliana del *descenso*, baja; o más propiamente, esta es *inductiva*; aquella es *deductiva*.

Pero el modo de argumentar no es idéntico. Porque Ramón Lull, además de la argumentación apodictica (por ejemplo: hay un efecto, luego hay causa), usa constantemente como dijimos, de argumentos de *congruencia*, que consisten en inferir de un ser aquello que mejor armoniza con sus cualidades intrínsecas o esenciales y con las perfecciones de Dios. Así de Dios siempre se ha de concluir aquello por lo cual se manifiesta ser sumo y una mayor nobleza en sus perfecciones, en ser y en obrar.

La lógica del ascenso luliana, no es precisamente idéntica a la del formalismo aristotélico, fría y con frecuencia ciega a las exigencias del sentimiento y del pensamiento integral humano. Bové, en su «*Sistema científico luliano*», la define de esta suerte: «Consiste en un discurso sencillo y como instintivo, fundado en experiencias íntimas, en necesidades vagas y profundas; en las revelaciones que nos hace la vida del corazón». En realidad de verdad, por aquello de Santo Tomás de Aquino, «*Prius vita quam doctrina; vita enim ducit ad scientiam veritatis*», la lógica vital es anterior a la lógica racionante; y esta es artificial, basándose en un arte dialéctico y siguiendo sus pasos (que Aristóteles nos dió a conocer al formular sus leyes del silogismo); en cambio la lógica vital luliana es natural, consistiendo en un procedimiento ideológico, lógico y criteriológico, basado en un instinto na-

tural irresistible; tiene por tanto un desarrollo espontáneo. La lógica raciocrinante solo analógicamente recibe un aspecto, a veces incompleto, de las realidades lógicas. En cambio el desarrollo vital es siempre lógico, porque la vida no yerra en sus deducciones y manifestaciones espontáneas.

Las razones eternas, arquetípicas, lulianas, por modo absoluto existentes en Dios, son en realidad los *archetypos* patrocinados por Platón y cristianizados por San Agustín. Pero estas ideas arquetípicas no serán entendidas en la ciencia luliana como innatas en nosotros mismos, contra el sentir del Filósofo de la Academia; sino adquiridas originalmente por la experimentación sensible; porque—siguiendo a Aristóteles—«*nada hay en el entendimiento que antes no haya sido en los sentidos*».

VI—Larga sería en demasía la exposición completa del sistema típicamente luliano. No lo consiente el ámbito de estas lecciones iniciadoras del estudio del *opus* luliano, ni hay necesidad de ello.

Es un hecho que Ramón Lull usó en sus procedimientos lógicos de un *ascenso* y de un *descenso* del entendimiento. Su pensamiento sobre las ideas arquetípica recuerda los *archetypos* de Platón. Pero si entre éste y Ramón Lull hay razones de armonía, prácticamente hay mucha discordancia criteriológica. Ramón Lull—como dijimos—conocía bien las doctrinas de Platón y las del neo-platonismo, especialmente por San Agustín, San Ambrosio y San Anselmo; como conocía las doctrinas peripatéticas y la interpretación musulmana y hebrea de Aristóteles. No obstante se muestra originalísimo en su sistema o «*Art*»—de gran sentido pedagógico—y sobre todo en el modo de concebir y explicar la filosofía del conoci-

miento humano. Su gran esfuerzo consistió en unificar la ciencia, y para esto escribió el «*Ars Magna*», aplicándola luego a todas sus obras, en mayor o menor grado. Usó de la *inducción* y la *deducción*, sin que nunca concibiera el deseo de lograr una armonización teórica platónico-aristotélica, porque la ciencia y la filosofía puramente teóricas no entraban en sus planes, que no tendían sino a enseñar la verdad y combatir el error. Si resulta esta conciliación, él no la había intentado de propósito. Surgiría espontáneamente, porque su lógica personal le obligó a ser de algún modo sincretista.

VII—Como nos hemos referido con frecuencia al «*Libro del Ascenso y del Descenso del Entendimiento*», y siendo tan interesante este libro en los estudios lulianos, vamos a dar del mismo ligera noticia, bien entendido que su importancia capital es notoria, por ser un modelo original de vulgarización filosófica y de aplicación del método luliano, y uno de los libros en que la filosofía más elevada se pone al alcance de la inteligencia del vulgo⁽³⁶⁾.

En el Prólogo se pone de manifiesto el alcance de este libro⁽³⁷⁾: «Habiendo muchos hombres laicos que deseando adquirir las ciencias no pueden conseguirlo porque, desde su juventud, no las estudiaron, ni aprendieron los términos que le son propios y los principios; deseando en cuanto nos es posible satisfacer y facilitar este deseo, componemos el presente libro o arte, observando el método de nuestro *Arte General*, en el cual ponemos los términos propios de las ciencias y damos doctrina y modo de como se ha de usar del entendimiento, ascendiendo primero a las cosas superiores y descendiendo después a las inferiores; de forma que este ascenso y descenso es la mate-

ria de este arte; pero respecto de ser necesario en él hablar y tratar de Dios, por esto si en algo sucediere errar contra la fe católica, decimos y confesamos que lo haremos por ignorancia y no a ciencia; y lo sujetamos a la corrección de la Sacrosanta Iglesia Romana como fiel y católico cristiano».

El libro se halla dividido en diez distinciones que corresponden a la escala del entendimiento: *Piedra, llama, planta, bruto, hombre, cielo, angel, Dios* y cuestiones referentes a la Divinidad (entidad, trinidad, etra.) Trátase de una verdadera enciclopedia popular, donde la filosofía se pone al alcance de todos. Para la obtención de cada uno de los conocimientos aplica su teoría del ascenso y del descenso, de una manera constante. Por ejemplo: «...de nuevo vuelve el entendimiento a ascender inquiriendo si el accidente es ser o esencia. Y descendiendo al tacto que percibe la frialdad, y a la vista que percibe el color, conoce que lo frio es ser habituado a la frialdad y lo colorado el ser habituado al color; y que el accidente por sí no tiene ser, porque es una esencia abstracta que solo tiene existencia en el sujeto en el cual se sustenta⁽³⁸⁾».

VIII—Desde el «*Ars Magna*» hasta el «*Ars generalis et ultima*», que constituye la compilación cabal y definitiva de las doctrinas lulianas, el *Doctor Iluminado* escribió una série de «*Arts*» donde se aplica especializada o aplicada su teoría filosófica y crítica.

La enorme labor enciclopédica del venerable Maestro es de difícil catalogación; pero quizás sea posible una sistematización bibliográfica de los referidos «*Artes*» en orden a su contenido peculiar, teniendo en cuenta la idea trinitaria del Maestro—de que hablaremos luego—que informa casi todos sus libros y pone

en evidencia su ideal unitarista y de instrucción y de perfección de la humana criatura en orden a sus eternos destinos.

Tres son las facultades del hombre: memoria, entendimiento y voluntad. Ejercitando la primera desarrolla el ascenso del entendimiento; por la segunda el descenso; por la tercera entra en actividad psíquica y ad extra. De esta suerte, bajo el «*Ars Magna*» y como derivados de la misma, en los que la aplicación de su sistema es concreta y autónoma, los diversos «*Artes*» pudieran reducirse a tres principales, de modo que, tomando el símil luliano del árbol, las raíces serían los fundamentos doctrinales, el tronco corpulento, el «*Arte de hallar la verdad*», las ramas, los tres «*Artes*» que sistematizamos a continuación; y todos los demás «*Artes*» y libros lulianos, brotes frondosos de alguna de aquellas tres ramas principales. De esta suerte los capítulos básicos de la producción luliana, podrían reducirse del siguiente modo:

A) «*Ars demonstrativa veritatis*», en que actúa especialmente la razón por la memoria, decretando las reglas de la deducción luliana.

B) «*Ars intentiva veritatis*», donde la razón actúa transcendentamente, decretándose las reglas de la inducción luliana.

C) «*Ars amativa boni*», donde la razón actúa e impulsa a la voluntad, iluminándola y determinándola a obrar de acuerdo con las exigencias y conveniencias exigidas de orden moral.

Ramón Lull era un adoctrinador y un educador. Este fué su destino. Y lo hace iluminando y elevando las potencias. La imagen de la Santísima Trinidad hállase en el hombre como algo intrínseco, esencial, inalienable; y la idea de esta verdad, siempre se mantiene viva en Ramón Lull. Cuanta más perfección alcancen estas nuestras potencias, más claramente se

reflejará en nosotros la perfección suma de Dios y más nos acercaremos a Dios. Y esto constituía precisamente el gran deseo del venerable Maestro: *que seamos perfectos, como es perfecto nuestro Padre celestial*, a mayor honra y gloria suya.

NOTAS

(1) Por ejemplo Cap. 151, n.º 25 (Ed citada pág. 309 del T. III).

(2) Cap. 331, n.º 30 (Ed. c. Tomo VII pág. 205).

(3) Desde el cap. 352 (Tomo VII, pág. 446, especialmente).

(4) *L. de C.* caps. 151 y 331 (Tomo III, pág. 309 y T. III, pág. 446). En el «*Libre de Doctrina Pueril*» se aprovecha de la doctrina aristotélica (Cap. 73 y siguientes, Ed. Mallorca, 1906, pág. 130 y siguientes) y de todo el saber de su siglo.

(5) Por ej. en «*Doctrina Pueril*» lugar citado; y en el libro «*De principiis Philosophiae*».

(6) En el tratado «*De principiis et gradibus medicinae*», Dist. 5.^a cap. 14.

(7) En «*De principiis et gradibus medicinae*», Dist. 5.^a, cap. 14.

(8) En muchos libros; detalladamente en el Prólogo del tratado «*Super psalmum Quicumque*».

(9) En muchas partes, por ej. en el tratado «*De principiis et gradibus medicinae*», Dist. 1.^a, caps. 13 y 14.

(10) Pasan de 20 los libros dedicados a refutar sus errores y los de sus secuaces.

(11) *Passim*; indirectamente por ej. «*De convenientia fidei et intellectus*», parte 1.^a, n.º 3. Todo el tratado «*De Trinitate*» está basado en San Agustín.

(12) En el libro «*De quadratura et triangulatura circuli*».

(13) En el libro «*De demostracións*».

(14) En el mismo libro.

(15) En el «*Apostrophe*», Art. 13.

(16) «*Libre de Demostracións*».

(17) «*De convenientia fidei et intellectus*», parte 1.^a n.º 4.

(18) *Moderna visió del Lulisme segons l'ideologia dels neo-lulistes hodierns*. (Barcelona. 1929, pág. 28).

(19) El autor de esta teoría sincretista fué el conocido lulista Salvador Bové. Sus obras más interesantes son: «*El sistema*

científico Luliano (Seo de Urgel, 1908) en la que defiende ese sincretismo luliano; *Santo Tomás de Aquino y el descenso del entendimiento* (Mallorca, 1911); *Cosmologie Lullienne ou Psychologie des être, minéraux* (*Cours supérieur de Philosophie Lullienne*, Vol. 1.º, Lovaina).

(20) *Anales Eccles.* Tomo 14, sub. an. 1312.

(21) *Vindiciae Lullianae*, Tomo II, pág. 796 y siguientes.

(22) En «*XII Philosophiae Principia*». Cap. X (ed. Mallorca, 1745, págs. 75-62).

(23) En id. Cap. II (Ed. citada, págs. 15-21).

(24) Cap. XII (ed. citada, págs. 16).

(25) Cap. 77, n.º 6 (ed. Mallorca, 1906, pág. 137).

(26) *Doctrina Pueril*, Cap. 85 (E. c. pág. 161).

(27) «*Lógica nova*», Dist. LV, cap. «*De C formis*».

(28) En el Prólogo del «*Art d'atrobare veritat*»

(29) *Principia Philos.* cap. 1.º. *Libre dels Proverbis*, II, 18.

(30) *L. de G.* Todo el tomo III (de la ed. Mallorca, 1910) manifiesta esta doctrina, especialmente la Distinción XXVIII.

(31) *L. de C.* lugar cit. Véase: *Taula general*, Dist. VIII. *De les questions de los beynicions*, 9, cuest. f (Ed. Mallorca, 1932, pág. 472-73). Dice así: «¿Cuales son los instrumentos del humano entendimiento, por los cuales alcanza la verdad? Los instrumentos del humano entendimiento son los V sentidos corporales, los cuales mueven a sentir las sensibilidades que son inteligibles luego que son sentidas. Hay otro instrumento que en la imaginación, el cual mueve el entendimiento a imaginar para que con él imagine las cosas imaginables, las cuales son inteligibles luego que son imaginadas; y en este instrumento el entendimiento multiplica las especies de las cosas sensibles y las encomienda a la memoria, que es instrumento conservativo de membrar, el cual rinde al entendimiento las especies encomendadas; y aquellas especies multiplicadas en la imaginación y conservadas en la memoria y retornadas objetivamente al entendimiento, son instrumento de las cuales entendimiento saca otras especies más arriba, y échalas fuera la imaginación, y con aquellas contempla las cosas espirituales en su propio inteligible, el cual mueve a entender... y este entender es sujeto al hábito de ciencia».

(32) *Taula general*, Dist. cit.; *Quaestiones per Artem demonstrativam solubiles*, etra.

(33) *Felix de les Marevelles del Mon*, Tomo I, parte II, capítulo 1.º (Ed. Mallorca, 1903, pág. 86)

(34) id. id. cap. 2.º (e. c. pág. 91).

(35) La psicología luliana admite un sexto sentido humano, el *Affatus*, a cuyo estudio dedica un tratado especial.

(36) Es sin duda uno de los más típicos del bienaventurado Maestro, ya registrado en el catálogo de sus obras de 1311; fué acabado de escribir en Montpellier en el mes de marzo de 1304. Fué editado por primera vez por Proaza, en Valencia 1512, juntamente con la «*Logica Nova*» y el libro «*Correlativorum innatorum*». Fué reeditado en Mallorca, en 1744; y, vertido al castellano, fué editado en Mallorca, en 1753 y reproducida la edición por Ovejero y Maruri, en Madrid 1928, con una erudita introducción. Existen numerosos códices de este libro, que señalan la difusión que tuvo en la segunda mitad del siglo XIV y durante el siglo XV.

(37) En la ed. de Mallorca, 1744, fols. 1. Ed. Ovejero, pág. 1.

(38) Ed. Ovejero, pág. 95 n.º 6,

FILIACIÓN DE LAS IDEAS LULIANAS

SUMARIO:

I—Sobre los orígenes del Lulismo. II—Tesis de los maestros Ribera y Asin Palacios. III—Hipótesis menos ciertas de estas teorías. IV—Tesis del Dr. Eijo Garay. Su correspondencia a la realidad de los hechos. El tecnicismo luliano. La exégesis. La mística de Ramón Lull no tiene nada que ver con el misticismo arábigo. V—Tesis del Dr. Tomás Carreras y Artau, y de Tusquets. VI—Los orígenes doctrinales del Lulismo, filosófico y teológico, hay que buscarlos en la patrística y en la escolástica. Tesis de Longpré, Carmelo Ottaviano. Otto Keicher, Prantl y Probst. La concienzuda labor del P. Ramón Pascual. VII—Más sobre el sincretismo luliano.

I—Una de las cuestiones que con más interés se debaten en la actualidad, es la de los orígenes del *Lulismo*.

Toda concepción filosófica tiene siempre su prehistoria ¿Es ya posible establecer la verdadera filiación de las ideas lulianas?

Especialmente desde Littré-Haureau ⁽¹⁾ hasta los escritores lulistas de nuestros días, son muchos los escritores que han dedicado sus afanes al estudio del contenido de la ciencia y de la mística luliana, buscando nuevos datos, comparaciones y coincidencias que puedan fundamentar discretamente la verdadera tésis de la filiación de las ideas lulianas.

Otto Keicher ⁽²⁾, J. H. Probst ⁽³⁾, Benhardt ⁽⁴⁾, el P. Efren Longpré ⁽⁵⁾, Desdevices du Dezert ⁽⁶⁾, Guibert ⁽⁷⁾, Haebler ⁽⁸⁾, Vittorio Longo ⁽⁹⁾, Wulf ⁽¹⁰⁾, Carmelo Otaviano ⁽¹¹⁾, Langlois ⁽¹²⁾, Wohlhaupter ⁽¹³⁾, etra., etra. entre los extranjeros, han intensificado el estudio buscando razones íntimas, que puedan explicar un origen, una coincidencia, una hilación de ideas extrañas con las ideas lulianas, inquiriendo, en una palabra, bajo los más distintos aspectos, que significa el *substratum* ideológico del «*Art i Ciencia General*» de Ramón Lull y de su mística. Entre los españoles este trabajo de investigación ha sido también fecundo.

Ya Menendez y Pelayo ⁽¹⁴⁾, el Obispo Maura ⁽¹⁵⁾ y otros grandes intelectuales del siglo pasado echaron en surco abonado los prenotandos históricos y aún doctrinales a la solusión del problema.

El primer trabajo directo de honda crítica, lo inició Don Juan Ribera ⁽¹⁶⁾ al hacer la semblanza biográ-

fica del filósofo murciano Mohidín Abenarabi, en la cual uso en parangón el carácter místico de éste, sus aspiraciones y aún sus empresas ascéticas, con el carácter personal y de las obras del *Doctor Iluminado*, como determinando antecedentes doctrinales de formas expositivas, etc. El maestro Ribera no quiso, no obstante, definir la tesis, a pesar de poner como cosa patente la deducción de que fué muy grande la influencia de Mohidín Abenarabi en Ramón Lull. Más «en esta empresa—escribe—no me reservo otros oficios que el de mero excursionista o el de corredor en las avanzadas; para llevarla feliz cumplimiento no me creo con la suficiente preparación; lo encomiendo muy gustosamente a mi amigo el Doctor Asín, que lo hará mejor que yo sabría hacerlo...⁽¹⁷⁾». Y he aquí la obra del Doctor Asín Palacios, tan benemérito de la cultura

El Doctor Asín es, sin duda alguna, uno de los más grandes orientalistas contemporáneos, llevando estudiada la filosofía oriental cuyo representante es aquí Agazél; la filosofía hispano-musulmana, con Abenmasarra, Mohidín y Abenhazám, en su dirección mística, y Avempace, Abentofail y Abetumlús, en su dirección peripatética; amén de otros estudios interesantísimos de las escuelas arábigo-españolas y sus conspicuos representantes. Sobre el caudal, verdaderamente asombroso, recogido en la investigación del Dr. Asín, pudo levantar una tesis original sobre las influencias de la filosofía hispano-musulmana, comparando a Santo Tomás con Averroes, y a Ramón Lull con Mohidín⁽¹⁸⁾. Es preciso, pues, hablar de la ingente labor del maestro Asín en lo referente a nuestro bienaventurado Maestro.

Como señalando antecedentes del caso de la influencia musulmana en la filosofía cristiana, el Dr. Asín se esfuerza en demostrar que cierta modalidad

de la filosofía medieval (especialmente en la Escuela de Chartres, San Buenaventura, Duns Scoto, Rogerio Bacón, etra.), no obedece únicamente al desarrollo de los gérmenes neo-platónicos transmitidos por las obras de San Agustín y del Pseudo-Dionisio, porque hay abundantes precedentes y semejanzas con los sistemas neo-platónicos y místicos de los filósofos árabes. Así dice—por ejemplo—que el «*Opus Majus*» de Bacón «en sus líneas generales y en el criterio que lo inspira, tiene su modelo y ejemplar en los sistemas de los *sufíes* e *ixraquies*. El mismo Autor, es decir, Bacón, parece que se empeña en proclamarlo, citando a cada página nombres de filósofos y teólogos musulmanes y predicando la necesidad indeclinable de estudiar las doctrinas de estos en sus mismas fuentes». Acepta «una imitación completa» en Ramón Lull respecto al murciano Mohidín Abenarabi, porque —a su modo de ver—ya no se trata de una idea fundamental o de un método de exposición, que otros tuvieron la fortuna de descubrir, sino que nos hallamos en presencia de un caso de adaptación pura y simple de las doctrinas y procedimientos sufíes a las exigencias de la mística y teología cristianas. Desde luego no considera a nuestro bienaventurado Maestro como un vulgar plagiario, porque aún defendiendo la tesis de la imitación, exalta su labor personal y la—dice—«originalísima». Las principales coincidencias son: el uso de la palabra «*Dignidades*», para designar los atributos y perfecciones de la Divinidad, que corresponden a la voz «*hadra*» de Abenarabí y de los sufíes místicos. En el libro «*Los Cent Noms de Deu*» de Ramón Lull, la teoría sobre los nombres divinos coincide con la de Abenarabí. Dice que en Lull se hallan pasajes que son casi copia literal de textos árabes de Abenarabí. Que Lull acude al simbolismo, como Abenarabí; el emblema del árbol, tan usado por Ramón

Lull para hacer ver la unidad de la ciencia y la derivación de las cosas de un solo principio, es también un símbolo de Abenarabí. Etra.

III—Según los datos históricos, incontrovertibles, ofrecidos anteriormente (que con más abundancia y detalle ofrecemos en nuestro modesto trabajo «*Ramón Lull. Su época, su vida, sus obras, sus empresas*»⁽¹⁹⁾), facilitados por la investigación histórica de su época y de su patria, de sus mismas obras, de sus notas autobiográficas y de los documentos coetáneos y cuasi-coetáneos, resulta menos cierta la idea de los ilustres orientalistas Ribera y Asín Palacios, de que Ramón Lull «no había podido estudiar más que en libros arábigos». Pudo antes parecer así; pero analizados los documentos ofrecidos ya al amanecer del pasado siglo por el P. Pascual y hallados otros muchos, esta tesis no pudo sostenerse. La única razón que dan es «porque no conocía el latín». Prescindiendo de la cuestión hoy debatida sobre la lengua original de algunas de sus obras, que alguien supone fueron escritas en latín, los estudios que realizó el bienaventurado Maestro después de su conversión, especialmente durante los diez primeros años que la siguieron, exigían el conocimiento perfecto del idioma del Lácio, porque era el lenguaje con que escribieron los Santos Padres, los escrituristas, los teólogos, etra., que Ramón Lull conoció perfectísimamente. Además de este hecho cierto, indudable, Ramón Lull no solo debía conocer el latín, sino también hablarlo; porque explicó en los principales centros culturales, especialmente en Montpellier, Nápoles y París, cuya lengua oficial para los estudiantes de toda raza y lengua que a ellos acudían, era el latín. Por último, cuando siguiendo el ideal unitario, propone en el libro «*De fine*» la unifi-

cación del lenguaje en todo el mundo, a pesar de haber escrito en árabe y en catalán la inmensa mayoría al menos, de sus obras, propone que la lengua universal debe ser el latín, por ser la hablada por los intelectuales y ser el lenguaje propio de la iglesia.

Tampoco hoy puede tenerse como cierto lo que antaño pudo afirmar el Sr. Ribera, que «no es de presumir tradición de estudios cristianos en la Isla (de Mallorca), ni escuelas bien organizadas en las que se pudiera aprender filosofía» ⁽²⁰⁾. Pudo creerse esto cuando no se podía tener el conocimiento fiel de las obras de Ramón Lull más personalistas, ni las ediciones críticas, ni se había estudiado tan intensamente como en estos últimos años la época y el ambiente en que se formó. Hubo escuelas en Mallorca; los franciscanos establecidos en Mallorca antes de 1238, los dominicos en 1231, los cistercienses en 1233, etra. establecieron seguidamente sus escuelas. Larga sería la referencia de documentos. Recordemos tan solo que por ordenación del capítulo general que tuvieron los dominicos en Toledo, en 1240 (Diago, Lib. II, cap, II), ya fueron aumentadas las cátedras que se leían en su convento de Mallorca, desde 1230, (tres años antes del nacimiento de Ramón Lull), ordenando una clase de árabe, y designando para ello a Fray Pedro de Salvatella; poco después explicaba el hebreo en el mismo convento, Fray Romeu de Burguera, el mismo que, llamado por Ramón Martí, pasó en 1313 a explicar árabe y hebreo en la escuela orientalista de Játiva. Los franciscanos no tardarían mucho en abrir las escuelas, que ya vemos en auge considerable a final del siglo XIV, manteniendo viva toda una tradición escolar y adoptando el escotismo y las doctrinas de Ramón Lull. En cuanto a los cistercienses de la Abadía de La Real, recordemos cuantas veces en la *Vita* coetánea y en otros documentos se pone de manifies-

to que allí se recluía el Maestro «para dedicarse a la piedad y al estudio». No se redujo Ramón Lull al estudio de los Santos Padres, filósofos antiguos y teólogos cristianos, porque su apostolado exigía de él, el conocimiento de las obras de los árabes; y para practicar el árabe y poder escribir en esta lengua los libros destinados a los sarracenos, compró un esclavo moro; y aún apreció algunos de los libros más piadosos, despertándole la idea de hacer otros semejantes, pero en sentido cristiano; y de esta suerte salieron el incomparable «*Libre d'Amic e Amat*» y el «*Dels Cent Noms de Deu*», en que comenta cristianamente las jaculatorias del rosario islamita. Aunque una cosa es que la lectura de un libro árabe le inspire la idea de hacer uno semejante en cristiano, y otra cosa es que se proponga un plagio; que al cabo y al fin plagio hubiera sido «copia casi literal».

Dice el Dr. Asín que Ramón Lull en su obra «*Disputatio Raimundi com Hamar sarraceno*» pone en labios de Hamar los mismos predicados o categorías ontológicas que «luego consignó Lulio en su «*Ars*» y que son como el quicio de todas sus originalísimas lucubraciones; *Bonitas, magnitudo, potestas, etra.*». Y añade: «Lulio admite expresamente esta doctrina de Hamar... La imitación, después de esto es innegable⁽²¹⁾. Por de pronto el «*Ars*» luliana fué escrita en 1272 y la «*Disputatio Raimundi com Hamar sarraceno*», fué escrita en 1308, después y a consecuencia de unas discusiones habidas en Túnez, en uno de los viajes misionales estando en la cárcel, para contestar a Hamar que, con otros sabios, acudía para controvertir con Ramón. Arguyamos también que Ramón Lull, tratándose de una polémica determinada, tuvo necesidad de recoger la doctrina arábiga para refutar los errores que contenía; y los refuta. Una cosa es recogerla y aún adaptarla en lo aceptable a su propia

doctrina, y otra cosa el filiar a ésta en aquella. Aún el tecnicismo verbal que—algunas veces, no siempre ni de mucho—coincide con el usado por los árabes, no es, al fin y al cabo, más que un ropaje que envuelve la sabia doctrina que Ramón intenta inculcar en los sarracenos; pero el contenido filosófico luliano es muy otro del contenido filosófico-arábigo. En los libros lulianos el *substratum*, fondo y alma de la doctrina, está constituido por la idea capital del apostolado a que se sentía llamado el bienaventurado Maestro. Lo cual no implica que si Ramón Lull conceptuó algo aceptable en la filosofía árabe, no lo pudiese aceptar.

Sobre la base indudable de los estudios realizados por Ramón Lull, no es posible tampoco conceder la exclusividad de origen del neo-platonismo luliano a la filosofía arábigo; sencillamente porque se trata de una doctrina que comenzaría a aprender aún antes de aprender el árabe del esclavo sarraceno comprado a tal fin; porque era doctrina que prevalecía en las Iglesias y escuelas de Europa y Africa desde los primeros siglos del cristianismo, y porque era la tradicional que informaba el *trivium* y el *quatrivium*. San Agustín, San Anselmo y tantos más que llevamos citados, fueron conocidos, estudiados y aún comentados por Ramón Lull. Las nomenclaturas tradicionales en el cristianismo (*distinciones*, etra.) hállanse en los escolásticos que antecedieron a Ramón Lull o fueron sus coetáneos, conocidos por él, como Santo Tomás de Aquino. Sus conceptos (*ente, entidad, acto, potencia, acción, pasión, materia, forma, substancia, accidente, naturaleza y operaciones; géneros, especies, individuos; principio de individuación, cuantidad, calidad...; simplicidad, compuesto y composición... etra.*) hállanse en toda la escolástica, aún antes de la influencia de los comentaristas árabes. La im-

portancia de la tesis luliana sobre el sexto sentido o *affatus*, en la teoría del conocimiento, como otras tesis, son peculiares de Ramón Lull; y no se hallará en los árabes, cuando menos con la importancia que éste le da. La teoría del conocimiento es eminentemente aristotélica y es la vulgar entre los escolásticos. Aristóteles era conocido desde mucho antes de la inoculación de los comentarios arábigos. La razón formal de la ciencia luliana, eminentemente unitarista, concreta en un simplicismo constructivo y en una concepción trinitaria, antitética a la concepción musulmana. Esta razón formal da unidad a la física, a la lógica y a la metafísica. Nunca ve Ramón Lull la ciencia como un fin, sino como un medio para esculpir fácilmente la verdad cristiana razonablemente probada. Todo lo contrario al *iluminismo* izraquí. Los *ables*, *ivos* y *ares*, tan usados por Ramón Lull, dan la misma idea de la razón conceptual trinitaria.

Esto no quiere decir que debemos rechazar toda influencia de los autores árabes en Ramón Lull; porque se valía con frecuencia de las mismas razones del islamismo para refutarlo; pero considerando el fin y el fondo doctrinal y aún la exposición de conceptos, tomados quizás de los árabes, y el uso de otros muchos incontables, que no se hallan y aún contradicen a la filosofía y a la exposición arábica, entiendo con el Dr. Eijo que Ramón Lull, en cuanto a su platonismo, recibió una mayor influencia de la filosofía netamente cristiana.

IV—El ámbito de estas charlas impide extenderme en el estudio minuicioso de los argumentos que favorecen la tesis del Dr. Asín y de cuantos le han seguido hasta hoy, que no son pocos. El ilustre académico Dr. Eijo Garay, Obispo de Madrid-Alcalá ha sido

el primero en nuestros lares que sujeta a una crítica severa, discreta y llena de erudición, los antecedentes y la tesis del ilustre Dr. Asín, propugnando, en buena parte de acuerdo con Longpré, Probst y otros, la tesis de la filiación patrística y escolástica de la filosofía luliana. «Ver en sus doctrinas—escribe, refiriéndose a Ramón Lull—un predominante influjo masarri, aún que con la depuración doctrinal que exigía la ortodoxia, me parece una exageración cuando menos rayana en error. Para acariciar el apostólico ideal de convencer de las verdades de la fe a los infieles por *razones necesarias*; para adoptar un sincretismo platónico-aristotélico con predominio del elemento neo-platonizante ⁽²²⁾; para sostener a la par que indubitable reconocimiento de la fuerza racional humana en orden a la investigación de la verdad, una especie de tradicionalismo que le lleva hasta constituir la enseñanza ajena en fuente de conocimiento propio, no meramente extrínseca, sino hasta cierto punto intrínseca, por el nuevo sentido del *affatus* (con lo cual si bien eleva a muy alto ese tradicionalismo reconoce el rengó superior de la sensibilidad como fuente primera de nuestros conocimientos discursivos); para defender la necesidad y la existencia de una cierta iluminación divina en los actos de nuestra razón, no le fué necesario *entrar de lleno en el grupo de los pensadores musulmanes que se llaman por lo mismo ixraquies o iluministas* ⁽²³⁾; le basta, por ejemplo, estar formado en las doctrinas de San Anselmo ⁽²⁴⁾.. ., Cotejadas las doctrinas de unos y otros (musulmanes y Padres y Doctores de la Iglesia), Lulio no es ni más ni menos masarri que Alejandro de Alés, San Anselmo, Alberto Magno, San Buenaventura, Santo Tomás y Enrique de Gante: en una palabra, que todos los grandes filósofos y teólogos de esos tiempos ⁽²⁵⁾.

Agrega el Dr. Asín que «el sistema de Lulio, parti-

cipando de last eorias comunes a otros sistemas, se individualiza por razón de los teoremas peculiares del Pseudo-Empédocles de Abenarabi» y «su filiación inmediata de fuentes arábicas⁽²⁶⁾». Para esto el Dr. Asín estudia la doctrina del teósofo murciano (Dios, suspiro, *hálito*—nube o niebla, polvo atómico—, esfera—*perla negra*—) en que aparecen las formas de los seres a modo de imágenes. Sobre la *primera materia* proyecta Dios las irradiaciones de su luz, principio de cuanto en los seres significa acto, realidad y perfección, recibiendo realidad objetiva los seres contingentes (espíritus y cuerpos). Esa *materia universal* que recibe las formas de todos los seres, se divide en cinco especies: *Materia espiritual, intelecto, alma, naturaleza y materia corpórea*, coincidiendo con las del Pseudo-Empédocles. Tal es la teoría de Mohidín, masarrí; teoría que—al decir de Asín—invade con ímpetu excepcional los campos de la escolástica cristiana desde principios del siglo XII. Efectivamente, cundió principalmente por obra de Domingo Gundisalvo y su escuela, la de Toledo. Pero la tesis, por lo mismo que es demasiado intensa y extensa, sin contar con datos suficientes, no es probable. Por ejemplo, la doctrina de la materia y de la forma es más antigua que el neoplatonismo, y ha existido siempre en la filosofía y teología cristianas; de esta tradición y no de Abenmasarra la tomó la escolástica medieval. La doctrina de la *materia primordial*, de la *materia infinita*, no es del Pseudo-Empédocles; es una vieja doctrina socrática; y el concepto de *infinito*, como amorfo, hállase en Platón y Aristóteles y lo aceptaron los Santos Padres. Bien lo expresó por ejemplo, San Hilario: «*Omne quod creatum est, in aliquo sit necesse est*»⁽²⁷⁾. San Agustín habla también de la *materia informe* y de la *materia informada*⁽²⁸⁾; doctrina aplicada a los ángeles en un sentido especial y

«desde luego alejado de la materialidad propia de los cuerpos. Esta doctrina patristica es la de Ramón Lull. «*En la esencia del ángel, bonificar, magnificar, possificar, etra., son actos simples, que no lo pueden ser más en un sujeto creado, y de todos ellos resulta un acto común o una unión en que se unen una materia y la forma del ángel* ⁽²⁹⁾». Pero lo peculiar del Pseudo-Empédocles no es esa *materia*, sino la *materia universal*, o sea lo primero que emana de la Divinidad; y solamente hallaremos un masarrí genuíno, cuando hallemos la afirmación de esa emanación de Dios antes de todo otro ser. La *materia* no está tomada en Lull en el mismo sentido, ni mucho menos, ni siquiera el concepto de la *materia*, o pasiva aptitud, para la existencia del ser angélico; en la materia de los seres corpóreos tiene un sentido de potencia pasiva capaz de reducirse a acto substancial o accidental. Por lo tanto no es Ramón Lull masarrí.

En cuanto al tecnicismo de las *dignidades* lulianas, dice Asín que es una de las claves indiscutibles de la filiación sufí de las ideas de Ramón Lull. Pero el «*hadra*» tiene en los sufíes un sentido de presentación o intuición divina; y en Lull tiene un sentido de perfección intrínseca. Por lo tanto la «*Dignidad*» en Lull no puede ser traducción del «*hadra*».

En cuanto a ciertos textos aducidos por Asín, no siempre pertenecen a las ediciones críticas, y aún algunos no están, al parecer, bien interpretados, principalmente algunos tomados del «*Libro de Amigo y Amado*». La tesis de estos textos debe hacerse en consonancia con las ideas lulianas, la finalidad de su doctrina y los decires del contexto y lugares paralelos de otros textos. Haciéndolo de esta suerte, ciertamente no hallaremos en Ramón Lull «conceptos de sabor panteísta o quietista». Nada más alejado de su doctrina.

La mística de Ramón es netamente cristiana y ar-
tística, como veremos, a la de los árabes. Puede to-
mar figuras, podrá gustarle el sugestivo modo del
decir oriental... Pero esto señalaría solamente una
pura influencia literaria, no una influencia doctrinal.
Mas aún; recuérdese que el *opus* luliano tiene s empre
un sentido netamente cristiano y ortodoxo; el deseo
más vehemente de Ramón Lull fué el de combatir los
errores de la filosofía y aún de la mística musulma-
na. La semejanza de textos lulianos con Abenarabi
consistirá en palabras de suyo intranscendentes, de
imágenes quizás; pero el sentido íntimo y verdadero
le es antagónico. El amor en Ramón Lull, o sea la
teoría mística de la caridad, se desenvuelve serena-
mente hasta las más sublimes concepciones de la
unión con Dios; modelos de esto son muchos, casi
todos los versículos del «*Libro de Amigo y Amado*».
Como dice el Dr. Eijo muy acertadamente, este libro
incomparable «es de pura cepa bíblica». Ramón, co-
nocía las Sagradas Escrituras; se podría decir que al
escribir el citado libro recordaba el libro de la «*Sabi-
duría*», el «*Cantar de los cantares*», y los «*Salmos*»
de David. No obstante no puede negarse que Ramón
Lull se sintió alguna vez cautivado por la literatura
musulmana, por el hondo sentido musical y estético
de los orientalismos, como lo comprueba la historia
de los dos libros anteriormente citados (*Amic e
Amat y Los Cent Noms de Deu*); pero en el grado
que distan la teología y la filosofía luliana de la teolo-
gía y de la filosofía arábicas, de tal modo dista la
mística pura y elevadísima de Ramón Lull, de la mis-
tica quietista y panteística de Abenarabi.

Ramón Lull, ama y obra, porque el amor cristiano
es activo: «*Dime, Fátuo, ¿qué es amor? Respondió:
una concordancia de teoría y práctica, o un fin al
cual se mueve el complemento de la voluntad del*

amigo, para que obligue a las gentes a que honren y sirvan al Amado» (vers. 30).

V—Tenía además Ramón Lull como idea directora la unificación del saber; hasta tal punto que intenta equiparar la filosofía y la teología, haciendo una reducción de todas las ciencias a ésta; y es bien suya aquella dirección gerárquica y ontológica, en la cual con frecuencia se confunde lo ideal con lo real, la lógica y la metafísica. Precisamente por esto ha podido compararse a Hegel con Ramón Lull. Esta consideración lleva a Carreras y Artau⁽³⁰⁾ a afirmar que «la Filosofía luliana representa uno de los momentos culminantes del platonismo medieval». Y en realidad convenimos en que este rasgo de platonismo luliano se traduce en una fuerte pasión intelectual hacia la unidad, que, al llegar prácticamente a la reforma social («*un lenguatje, una creensa, una fe* y por consiguiente *un Papa*»)⁽³¹⁾ llega a la utopía y arranca conclusiones paradójales, al menos a primera vista.

Con lo anteriormente dicho, creemos también refutada, al menos indirectamente la tesis de Tusquets⁽³²⁾ sobre la filiación arábica que entronca con los Mustahallims. Tusquets defiende en general un ascendencia luliana arábica, como un número de españoles que han seguido las huellas iniciadas por Ribera y señaladas por el eminente orientalista Dr. Asín.

VI—Larga sería la presente recensión, si nos entretuviésemos en citar y comentar las citas que los Santos Padres (*nominatim* o no), de Platón, Aristóteles y filósofos árabes, que hallamos en los textos de Ramón, comparando minuciosamente—como el caso requiere—las doctrinas de estos con la peculiar doctri-

na de Ramón Lull. Según estos datos indestructibles y necesitados de perfecta interpretación, demostraríamos sin duda que los orígenes de la filosofía y de la teología luliana han de buscarse principalmente en la patrística y en la escolástica. «En cuanto a las *dignidades* divinas, fundamento de toda la obra luliana — como acertadamente dice Longpré⁽³³⁾ — es inexacto sostener que Ramón Lull la deriva de la escuela de Mohidin como quieren Ribera y Asín, o del *Mutuhalim*, como ha sugerido Tusquets. Es cierto que en la «*Disputatio Raimundi cum Hamar sarraceno*»⁽³⁴⁾ éste dice de sí mismo (y contrariamente a Probst, en «*Caractère et origine des idées du B. Raymond Lull*», me es imposible ver un precedente literario). «Nosotros atribuimos a Dios once cualidades que son las siguientes: es a saber, bondad, etra.»⁽³⁵⁾ Pero según un texto de Ramón Lull hasta ahora desconocido aquel filósofo estuvo tan rudimentario en lo concerniente a la existencia de las *dignidades* divinas, que el deber del apologista fué antes que nada, de instruir a los árabes». El texto dice: «Hay algunos sarracenos bien letrados en filosofía y hombres bien razonables; más de la esencia de Dios y de sus dignidades poco conocen, de manera que el católico les dispone en la controversia para que entiendan a Dios y los actos intrínsecos de sus dignidades... Y este modo de controvertir yo tenía, cuando hablaba con ellos en la cárcel de Bugía»⁽³⁶⁾. Y añade el P. Longpré: «C'est en fontion, en effet, de la théorie et de l'analogie universelle que R. Lull élabore le système du grand Art, et un mode nouveau d'argumentation». Sin duda mejor que en los árabes, hallaremos que la actividad inmanente de las *dignidades* divinas (desconocida en realidad entre los árabes) habremos de buscarla en el «*Monologium*» de San Anselmo.

No queremos cerrar esta relación sin citar el nom-

bre de Carmelo Ottaviano, a quien se debe el primer estudio serio sobre el fondo ambrosiano en Ramón Lull.

Bové, en las obras citadas, Aviñó⁽³⁷⁾, y otros autores contemporáneos, explican también el origen de las ideas lulianas, señalando la influencia de la patristica. El Padre Pascual⁽³⁸⁾ ofrece abundantes textos de los Santos Padres, comparando eficazmente la doctrina de éstos con la de Ramón Lull; hoy estos estudios del P. Pascual tienen especial importancia y eficacia.

VII—Nosotros entendemos que Ramón Lull no fué sincretista por sistema; contra la tésis supuesta por Aviñó, apoyada en los trabajos de Bové; sencillamente porque, aunque adoptó vocablos, conceptos y aún ideas aprovechables, fué no obstante—y esto está fuera de duda—extremadamente original. Recibió influencias de los Santos Padres y doctores de la Iglesia, por lo mismo que hubo de estudiar bien la religión, como reclamaba su apostolado; y las recibió igualmente, aunque en mucho menor grado, de los árabes, cuyas doctrinas, para refutarlas—también por reclamarlo su apostolado—hubo de sujetar a una crítica severa. Y siempre es y se manifiesta autodidacto y original⁽³⁹⁾,

Otto Keicher⁽⁴⁰⁾ anteriormente citado, hace con respecto al objeto de la filosofía luliana, entre otras, dos afirmaciones interesantes; la primera indudablemente verdadera y la segunda evidentemente falsa; es a saber, que el Maestro, obrando de un modo original, se esforzó en estructurar en un todo orgánico la filosofía y la teología, contra el propósito de los averroistas de separar la ciencia de dogma; y que para salir al encuentro del espíritu arábico, se valió de una teoría supranaturalista, mezcla de misticismo y

de teosofismo (!). No vale la pena de refutar tamaña afirmación. Solo procuró evitar el divorcio entre la filosofía y la teología.

Prantl⁽⁴¹⁾ cree ver en el «*Ars Magna*» una práctica combinatoria, reveladora de una influencia decisiva de la Cábala; si bien acierta en afirmar que no se trata precisamente de algo cabalístico, sino de una simple mecanización o simplicación de los métodos de argumentar. Esto último es cierto. Ya Littré había dicho que esta simplificación metódica, eminentemente pedagógica, de Ramón Lull, no es, a la postre, más que el silogismo escolástico representado sugestivamente por diagramas.

Otro ilustre investigador lulista, J. H. Probst, autor de varios estudios interesantes de crítica lulista, en su obra «*Character et origine des idées de Raymond Lull*»⁽⁴²⁾, inició en Francia una nueva corriente revisionista del *Lulismo*

Probst, en la citada obra (que ciertamente no llena las esperanzas que el título hace concebir, porque su trabajo es de pura iniciación, con los defectos consiguientes a una información poco depurada y defectuosa) afirma que no puede excluirse completamente la influencia arábiga en los libros del bienaventurado Maestro. Pero cree—con la inmensa mayoría de los lulistas contemporáneos—que debe mucho más a San Agustín, a San Anselmo y en general a las ideas franciscanas, que a la filosofía y a la mística arábicas. Defiende por tanto, un predominio de la inspiración netamente cristiana.

NOTAS

(1) *Histoire Litteraire de la France*, Vol. XXIX, París, 1885.

(2) *Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters*, VII—Raimundus Lullius und seine. Stellung zur Arabischen Philosophie (Munich, 1909).

(3) *Ramon Lull, p'hiilosophie populaire et franciscain*. La philosophie de l'unité; la hierarchie chez Lull; le mysticisme de Lull; Lull et la pratique (En «*Criterion*» II, 1926, págs. 387-406; III, 1927, 182-210). *L'Amour mystique dans l'«Amic e Amat»* de Ramón Lull, Son caracter anormal (En «*Arxius de l'Institut de Ciencies*», Barcelona, 1917, año IV, n.º 7). *La mystique de Raymonde Lulle* (París, 1914, con que inició sus estudios lulianos).

(4) *Die Philosophische Mystik des Mittelalters...* (Munich, 1922, págs. 157-162).

(5) *Lulle, Raymond* (Art. del *Dictionnaire de Théologie Catholique*, de Vacant, Mangenot y Amann, París, 1926, Tomo IX, 1072-1141).

(6) *Caractères et origine des idées du Bienhereux Raymond Lulle* (Probst aió una reseña bibliográfico crítica en «*Révue Hispanique*», Tomo XXXIII, 1915, págs. 285-295).

(7) *La Méthode des trois puissances et l'Art de Contemplation de Raymonde Lulle* (En «*Révue d'Ascetique et de Mystique*», 1925, Págs. 367-218).

(8) *Ramon Lull und seine Schule* (Fünfzehn Jahre Königlische and Staatsbibliothek. Dem scheidenden generaldirektor Ecz. A. v. Harnack überreicht von den Wissenschaftlichen Beamten der Preussischen Staatsbibliothek. 1921, pág. 36 y siguientes).

(9) *Un originale filosofo medievale. Raimondo Lullo* («*Matelda*» y «*Ars Italica*», 1926).

(10) *Histoire de Philosophie médiévale* (París-Lovaina, 5.^a ed. 1925, Tomo II).

(11) *L'Ars Compendiosa de R. Lull avec un Etude sur la Bibliographie et el Fond Ambrosien de Lull* (París, 1930; «*Etudes de Philosophie Médiévale*. XII).

(12) *La vie en France au Moyen-âge. La vie spirituelle* (París, 1928).

(13) *Ramon Lull und die Rechtswissenschaft* («*Sonderdruck ans der Ernst Mayer-Festschrift*» 22 de enero, de 1932, págs. 179-202).

(14) Son muchas las producciones del eminente Polígrafo español que tratan del bienaventurado Maestro. *Historia de los Heterodoxos españoles* (1887) Tomo I. Cap. V. «*Teodicea luliana. Vindicación de R. L.*». Discurso sobre los místicos españoles (De ingreso en la R. A.); *Prólogo al Blanquerna* (Ed. Madrid, 1881); *His. de las ideas estéticas en España* (Madrid 1883); *Ramón Lull, Disc. leído en 1 de mayo de 1884 en el Instituto de Baleares* (Palma, 1884); *Ensayo de Crítica filosófica*. Empieza

con un discurso sobre las *Vicisitudes de la Filosofía platónica en España, Orígenes de la Movela* (1905); etra.

(15) *Estudios filosóficos sobre el verbo*. Mas sobre el verbo. Tiempos; apuntes filosóficos. Duda metódica de Deseartes y la belleza (En «*Museo Balear*», 1874); Ensayos sobre la filosofía del B. R. L. El Arte Magna (En «*Revista Luliana*», Vol. 1.º págs. 25-32 y 49-96); *Psicología*. (En «*Museo Balear*» 1884); *Naturaleza del alma humana* (En *Rev. Luliana*, 1903, n.º 33); *El Optimismo del B. R. L.* (En «*Rev. Luliana*, Vol. 1.º, junio de 1905); *El entendimiento agente y el entendimiento posible* (En «*Rev. Luliana*», 1904); *Verbo mental. El verbo sensible y el sexto sentido* (En id, nov. 1903-non. 1905).

(16) En *Homenaje a Menéndez y Pelayo* (Madrid. 1899, vol. II, págs. 191-216) Orígenes de la filosofía de Raimundo Lulio.

(17) Son numerosos y de gran valía los trabajos de Don Miguel Asín. Entre otros, *Mohidín* (En «*Homenaje a M. y P.* vol. II. 217); *El lulismo exagerado* (En «*Cultura Española*» Madrid, 1906); *La psicología del éxtasis en dos grandes místicos musulmanes: Algazel y Abenarabí* («*Cultura Española*», 1906); *La psicología según Mohidín y Abenarabí* (Ext. de las «*Actas d* : XIV, Cong. Internat. des Ori^ent. Vol. III. págs. 79-191, París 1907); *Abenmassarra y su escuela. Orígenes de la filosofía hispano-musulmana*. (Disc. de ingreso en la A. de Ciencias Morales y Políticas, Madrid. 1914); *La mystique d'Al-Gazzali* (Ext. de los «*Mélanges de la Faculté Orientale*». Vol. VII, págs. 67-104, Beyrouth, 1914.)

(18) *Abenmassarra y su escuela*. pág. 121-122 y 123-127 principalmente y Apéndice, 155-164. *Mohidín*. 1. c. págs. 217-156.

(19) Espasa-Calpe, Madrid 1934.

(20) Ribera en *Orígenes de la Fil. de R. L.*; Asín en *Abenmassarra y su escuela*.

(21) En *El lulismo exagerado* («*Cultura Española*», 1906. pág. 533).

(22) En mi modesto modo de ver, no solo no se excluye en Ramón Lull el elemento neo platonizante, sino que aún es parte esencial del sistema; no obstante. recuérdese lo anteriormente dicho, el elemento predominante es el peripatético *Primero asciende*; fíjase en lo alto, y luego *desciende* en sus argumentaciones.

(23) Asín, *Abenmassarra*... pág. 120.

(24) *Prólogo* a la obra de F. Sureda Blanes, *Ramón Lull*, etra., pág. XXI.

(25) El símil de la escalera en que puesto primero en cada es-

calón el pié de la fe, sube luego el de la razón, y así hasta escalar la altura, ¿no es una expresión gráfica y hasta materializada de la conocida frase anselmiana, *credo ut intelligam?* *Nota del Doctor Eijo*. Esta misma frase *Credo ut intelligam*, como hemos visto, hállase infinitas veces al comienzo de las demostraciones de Ramón Lull. *Nota del Autor*.

(26) *Asín, Abenmasarra...* pág. 125.

(27) *In Math.* Cap. 5, n.º 8.

(28) Véase Baraza, *Tract. de Deo Creante*, n.º 458.

(29) *Ascenso y Descenso del entendimiento*, Dist. VIII (Ed. Ovejero, pág. 143).

(30) *História del Pensament Filosófic a Catalunya*, e. c. pág. 48.

(31) *Blanquerna*, Cap. 94, e. c, pág. 364.

(32) *Posició de R. L. en el problema de l'eternitat del mon* (En «*Criterion*», I, 1925, págs. 95-104.

(33) Art. cit. del *Dictionnaire de T. Cath.*

(34) P. I, n.º 2, t. 4, pág. 2. Cita de Longpré.

(35) Cf. Keicher. o. c. pág. 76.

(36) Cf. Keicher, pág. 205.

(37) *Moderna visió del Lul·lisme* (Barcelona, 1929).

(38) *Passim* y sobre todo *Vindidiae-Lullianae*, Tomo II sobre la divina producción, págs. 33-40; 131-135 (habla de las *dignidades* y de la sentencia de los SS. PP. sobre las mismas) 73-78 (sobre los correlativos); 266-282 (perfección humana comparada con la angélica); 673-728 (Demostrabilidad de los misterios de la fe) Tomo III, págs. 29-46 (De los actos atribuidos a la divina esencia y a sus perfecciones); 47-60 (Del concurso de la Divina Voluntad en la generación del Hijo de Dios); 183-186 (Conformidad del modo de hablar de R. L. con respecto a la Eucaristía, con el de los SS. PP.); Tomo IV. págs. 68-75 (Conformidad de doctrina sobre la suerte de los que mueren con el solo pecado original. con la de San Agustín); 145-143 (Necesidad moral de la encarnación); etra., etra.

(39) Vide: Carmelo Ottaviano, «*L'Ars Compendiosa de Raimond Lulle avec une Etude sur la Bibliographie et le Fond Ambrossien de Lulle*» (Col. «*Etudes de Philosophie Médiévale*», vol. XII, Paris, 1930).

(40) En la cit. obra «*R. L. und seine Stellung zur Arabischen Philosophie*» (Münster, 1909).

(41) En su tendencioso trabajo «*Geschichte der Logik im Abendlande*» (Leipzig, 1855-1870) autor de un despectivo juicio personal sobre la escuela filosófica luliana.

(42) Toulouse, 1912.

TERCERA PARTE

“SUBSTRATUM” DOCTRINAL Y
PSICOLOGICO DEL “LULISMO”

EL FUNDAMENTO DOCTRINAL DE LA CIENCIA
LULIANA ES EMINENTEMENTE TEOLÓGICO

SUMARIO:

I—Una glosa indirecta a la doctrina teológica del primer capítulo del Evangelio de San Juan. II—El trinitarismo sistematiza la exposición luliana. III—La unidad y la trinidad. La realidad y el conocimiento de las cosas creadas y de las perfecciones divinas. La doctrina del Verbo. IV—La imagen de la Santísima Trinidad en todas las cosas y principalmente en el hombre.

I—Si dijésemos que la doctrina filosófica luliana no es otra cosa que un comentario de la doctrina trinitaria, tan maravillosamente contenida en San Juan, principalmente en el capítulo I de su Evangelio, no estaríamos en lo cierto; por cuanto Ramón Lull nunca se propuso semejante cosa. Sin embargo debió hacer profunda mella en el bienaventurado Maestro el citado Evangelio. Cotejando los términos usados por el Maestro en sus libros, principalmente de controversia, con los términos usados por San Juan, las teorías lulianas de la creación, de la encarnación y de la redención con la doctrina dogmática del Verbo; la doctrina del intelecto y en general del conocimiento como Ramón Lull la propone, con el dogma trinitario; y la tendencia *unitarista* de la ciencia luliana con los vocablos empleados en la exposición evangélica, quizás convengamos en que la doctrina filosófica del Beato Ramón es muchas veces, sin intentarlo, una glosa razonada a la doctrina *joannea* de la Trinidad y de la divinidad del Hijo del Hombre.

La vida íntima de la Divinidad, con su unidad y perfección infinita y esencial, trinidad de personas, personificación del Verbo y correspondencia del divino Amor personificado; las elevadísimas doctrinas de la generación y de la espiración, relaciones internas, etra., ponen desde luego una base incommovible ortodoxa y criteriológica a la ciencia luliana, siempre *unitarista y trinitaria*, al mismo tiempo.

II—No hallamos en Ramón Lull, salvo raras excepciones, citas expresas del Evangelio de San

Juan. El contenido teológico de la doctrina Iuliana coincide desde luego con la tradición patristica, y por esto pudo el Padre Pascual (en sus «*Vindiciae Lullianae*») seriar gran número de expresiones y coincidencias en las exposiciones del Maestro, como dijimos. Pero las doctrinas Iulianas del conocimiento y de la unicidad de la ciencia, y en general la exposición sistemática del «*Ars Magna*» y demás «*Artes*» Iulianos y otros libros de Ramón Lull, hallan en la doctrina trinitaria del citado evangelio, con una insistencia harto significativa, unos orígenes criteriológicos adecuadísimos.

La idea de la trinidad estuvo siempre fija en la mente de Ramón Lull; de tal manera que la reiteración multiplicada de lo *trino* y *uno*, llega a constituir en él una verdadera obsesión observándose en sus explanaciones y demostraciones.

Estando de lleno en la corriente escolástica, cuyos conceptos y vocablos filosóficos usa siempre (*ente, entidad, potencia, acto, materia y forma, substancia y accidente; etra, etra.*), manifiesta no obstante una gran originalidad en algunas tesis, como por ejemplo la referente al *Affatus* que, al fin y al cabo coincide en cierto modo, en su teoría del conocimiento, con el elemento tradicional de la doctrina escolástica, siendo por ende una ampliación originalísima de la misma. Pero lo peculiar, lo verdaderamente distintivo en Ramón Lull es, sin duda alguna, el *simplicismo* y la *nota trinitaria*; el intento colosal de reducirlo todo a lo imprescindible, a lo justo a lo uno, encauzando los razonamientos hacia la habituación lógica de la inteligencia a la unidad.

En ese afán de *simplicidad* y de *trinitarismo* conceptual, hallan su explicación adecuada, el análisis de los conceptos fundamentales que aplica continuamente: *iblo, ivo, ar...; bonificable, bonificativo, bonifi-*

«car...; gloria, verdad, virtud...; etra. recuèrdense las triangulaturas de las figuras esquemáticas de la segunda figura de A; segunda figura de S; segunda figura de T; segunda figura de V; segunda figura de X. Las triangulaturas internas de los círculos de las figuras A, T, V, X, de las figuras primera y segunda elemental y de las figuras demostrativas⁽¹⁾, los Principios de Teología, Filosofía y Derecho; etra.

En la Divinidad trina y una, fundamenta su demostración:

«Deus, ab joy sant...

De vos e de lo vostro vull fer demostraments

«propter quid» e «quia» e «equiparalment»...⁽²⁾.

describe en las «Regles Introductories a la práctica de l'Art Demostrativa».

La figura T se halla compuesta de tres triángulos: verde (diferencia, concordancia y contrariedad), rojo (principio, medio y fin) y gualda (mayoridad, igualdad y minoridad). La cuarta Figura inserta en la «Taula General», triplica las letras simbólicas; y son tres sus círculos; y todas sus figuras están comprendidas en círculos para significar la unidad divina, que no tiene principio ni fin. Todas las cámaras de la cuarta distinción, tienen al principio de cada una de ellas, tres letras simbólicas; y hasta cada una de las cuestiones son generalmente expresadas por tres letras. Etra., etra.

III—En el «Libre de demostracions», después de demostrarse que el humano entendimiento tiene posibilidad de entender los artículos de la Fe, fundamenta las ulteriores demostraciones sobre las dos grandes verdades dogmáticas, la existencia de Dios uno y de la Santísima Trinidad en Dios.

En el «Arbre de Ciencia», vasta enciclopedia que

contiene cuantos conocimientos constituyan la cultura del siglo XIII, se basan éstos, doctrinalmente, en la tesis de las perfecciones de las cosas participadas de las sumas perfecciones de Dios.

Toda la teoría luliana del conocimiento humano se fundamenta a su vez en las cosas que son, y en cuanto son irradiaciones de las perfecciones sumas de Dios.

En la exposición del «*Arbre divinal*» del expresado libro, también todo el desarrollo doctrinal se apoya en la infinita perfección de Dios, explicada por las *Dignidades*; y en ellas se apoya la exposición doctrinal de la *generación*, de la *espiración* y de las tres Divinas Personas.

Cuanto es, fué en la *Inteligencia* de Dios antes de que fueran (*Omnia in Ipso*—en el Verbo divino—*facta sunt, et sine Ipso factum est nihil quod factum est*), dice San Juan; y así estuvieron en Dios, antes de que fueran, los *frutos externos del Arbol divinal*; y como tales pueden ser conocidos (*intelligibiles*). Así leemos: «Los fruits qui son defores son les creatures que l'Arbre Divinal fa en creant e produent; els fruits de dins, dels quals havém parlat, son los fruits de les creatures fora les naturas d'aquells, car no son de lur essencia e son perfecció d'ells, així com lo divinal amat qui es fruit e compliment de totes les amativitats bones e creades; e açó mateix es del divinal entés, qui es fruit de totes les scitivitats creades e estings naturals creats; e açó mateix es del divinal membrat, qui es fruit de totes les memorativitats creades e antiquitats; e açó mateix es del divinal bonificat personat, qui es fruit de totes les creades bonificativitats e bonificabilitats; e en axí de granea e les altres. D'aquets fruits qui están en summitat, placia a Deu dar a nos per sa pietat...»⁽³⁾. De esta suerte en la *Inteligencia*, en el Verbo de Dios, están todas las

cosas; porque todas y cada una de ellas son participaciones de la perfectísima perfección de Dios. Y por serlo, Dios las conoce *ab aeterno*; y *ab aeterno* decreta cuales han de ser frutos externos del *Arbol divinal*.

Luego la realidad de estas cosas es la actualidad de las mismas, cada una en su grado. reflejos de la perfección divina. Y por ende, conociéndolas, ascendemos al conocimiento de las sumas perfecciones de Dios (*Per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur*). De aquí que Dios es, en realidad, fuente del humano conocimiento. Por esto uno de los proverbios del mismo *Arbol divinal*, es aquel que empieza con estas hermosas palabras:

«Ninguna criatura es tan buena en sí misma como en Dios». Y este otro, más preciso, si cabe:

«La mayor unidad de la criatura fué hecha en la unidad de la divina naturaleza». (4)

Dios creó el mundo entendiéndolo y decretándolo. *Y así fué el mundo antes de que fuese*: «La divina voluntad ama igualmente el bien creado que el divino entendimiento entiende. Siendo el divino entendimiento y la divina voluntad iguales en bondad y grandeza, cuanto fué grande el bien que entendió el divino entendimiento, otro tanto fué grande el bien que amó la divina voluntad... La divina voluntad pudo exaltar tanto al mundo, creándolo, cuanto lo pudo exaltar el divino entendimiento entendiéndolo; y la mayor exaltación del mundo fué la de la divina encarnación. (*Et Verbum caro factum est*)... La voluntad quiere... lo que el entendimiento entiende». (5)

En el «*Liber principiorum Philosophiae*», dice la Forma: «*Ego sum similitudo Dei*». «*Sum per bonitatem, magnitudinem, et sic de aliis principiis innatis ex quibus sum constituta, Et sic sum absoluta*», «...*per principia divina; ut mea bonitas per Bonita-*

tem divinam; mea magnitudo, por Magnitudinem divinam; et sic de allis; et hoc efective, quoniam quanto magis subsisto sub ipsis, tanto magis sum: alta et sublimis»⁽⁶⁾,

En la cuestión de las «Reglas» de la Tabla General, pregunta: ¿«De que es idea?». La contestación es como sigue: «La idea en cuanto es Dios es de sí misma, y en cuanto es semejanza es de las partes del mundo, a las cuales Dios atañe y comprende en aquella idea; y porque las partes del mundo son muchas, son muchas las ideas; y como Dios es uno solo, una sola es la Idea (Verbum) tan solamente; y porque aquella Idea es eternal, son (en ella), todas las ideas, eternas»⁽⁷⁾.

De esta suerte, de las perfecciones creadas venimos en conocimiento de Dios, Ser supremo y perfectísimo. El ascenso del entendimiento, es decir, la *deducción*, termina en estas supremas perfecciones (*Bondad, grandeza, poder, etra.*); el descenso, es decir, la *inducción* luliana, termina en el conocimiento de las cosas creadas bajando de las perfecciones de Dios contempladas. Por esto se dice en «*Liber correlativorum*»⁽⁸⁾: Hay principios innatos (*bondad, etra.*) «*quae sunt correlativa innata primitiva, vera et necessaria in omnibus*».

IV—En cuanto a la doctrina trinitaria, para dar a entender el bienaventurado Maestro, el dogma capital del cristianismo, establece una serie de verdades basadas en que «*Dios ha creado todo cuanto es a semejanza de sí mismo, para que pueda ser conocido y amado de los hombres*»⁽⁹⁾. Por esto comienza su explicación en la trinidad que «se manifiesta» en la creación entera, sacando a colación diversos ejemplos; verbigracia; «*El alma intelectual es una en*

esencia y es en tres cosas diversa, memoria, entendimiento y voluntad, sin las cuales el alma no sería una substancia»; «También el hombre y cuanto es, es en tres cosas: materia, forma y conjunción de materia y forma en un ajustado de materia y forma». Después que el Ermitaño hubo dado a entender que todas las cosas son hechas a semejanza de Dios y que en ellas hay siempre cierta trinidad de conceptos y de cosas, dice: «*puja ensús; e per les dignitats de Deu volc declarar a Félix l'unitat e la trinitat en en Deu*». La declaración se basa en que, siendo infinitas las perfecciones de Dios, no pueden estar ociosas, y sus producciones internas deben ser también infinitas. «De donde, como la bondad no cesa de hacer bien en sí misma y de sí misma; y por infinidad, eternidad, poder, sabiduría y voluntad hace y engendra bien infinito, eterno, poderoso, sabio y amoroso; y éste bien engendrado es la Persona del Hijo y el engendrador es la Persona del Padre; y del Padre y del Hijo sale el Espíritu Santo; y el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo son una naturaleza divina, una deidad y un Dios». En este mismo lugar hallamos una de las citas expresas del Evangelio de San Juan— como hállanse otras en los libros «*De trinitate*», «*De convenientia intellectus et voluntatis*», etra. —, cuando Félix pregunta al Ermitaño, después que éste le ha hecho ver que por razones necesarias, es decir por semejanzas lógicas urgentes, se puede llegar a explicar el misterio de la Santísima Trinidad, le dice; «Mucho me maravillo— Señor— de los filósofos gentiles que, aún poseyendo gran sabiduría, desconocieron la trinidad en Dios... Hermoso hijo:— contesta el Ermitaño— los filósofos gentiles no suponían *per se* en Dios cosa alguna sino que únicamente seguían las razones necesarias; y por esto por su propia razón no pudieron subir tan alto en Dios, como la razón de los

filósofos cristianos católicos y teólogos que *per se* suponen desde un principio (por la fe) que hay trinidad en Dios». Y por esto el Ermitaño, es decir Ramón, presupone la divina revelación y la fe, revelación del Verbo de Dios (*erat lux hominum*) «*Iutz del enteniment*»⁽¹⁰⁾. De esta suerte, iluminados por la *Luz que vino al mundo*⁽¹¹⁾ «*puja l'enteniment a entendre pus altament ço que los gentils filosofos no pogren entendre*».

Sobre este supuesto de la fe, emprende Ramón Lull la demostración «*per raons necessaries*», desenvolviéndolas de un modo típico, principalmente en el «*Libre de Demostracions*»⁽¹²⁾, comenzando por estudiar la significación de la Santísima Trinidad en el alma, la trinidad a través del conocimiento del Creador, *etra*.⁽¹³⁾ Ya explanó —al principio de su obra literaria— en el «*Libre de Contemplació*»⁽¹⁴⁾ toda la teoría trinitaria; pero seguirá explanándola en sus escritos con verdadera insistencia. Su tesis es la misma de los Padres y teólogos medievales y desde luego de la Iglesia. Solamente un punto halla la revisión, y es aquel contenido en el libro «*Disputatio Raymundi et Eremitae super aliquibus dubiis quaestionibus Petri Lombardi*», donde⁽¹⁵⁾ afirma un cierto concurso de la voluntad divina en la generación del Verbo, y un acto del entendimiento en la generación del Espíritu Santo. Pero esta proposición debe ser interpretada de acuerdo con la doctrina general del bienaventurado Maestro⁽¹⁶⁾. Según él, en la generación el Padre *bonus, magnus, intelligens, volens...* produce al Hijo *bonus, magnus, intelligens, volens...*; y en la espiración, de un modo semejante, el Padre y el Hijo producen al Espíritu Santo *bonus, magnus, intelligens, volens...* De esta suerte la generación es *bonificar*, o sea el acto propio de la bondad; *engrandecer*, acto propio de la grandeza,

etra. produciendo el bien, etra. De un modo semejante el Padre *volens* produce *filium volentem*; y así la generación es *velle*, esto es *volificare*, acto que corresponde a la voluntad en la generación *volentis*. A la par, la espiración es un acto por el cual el Padre y el Hijo *intelligentes*, producen al Espíritu Santo *intelligentem*; y en este sentido espirar es entender, esto es *intelligicare*; o sea, un acto del entendimiento o correspondiente al entendimiento *in spirando intelligentem*, en cuanto, así como por espiración se produce una Persona *magna, bona*, etra. se produce también la misma Persona *intelligens et volens*.

No es extraño, por otra parte, que la idea de la Trinidad estuviese siempre tan fija en la filosofía luliana, porque constituía precisamente la principal disidencia entre los infieles (judíos y musulmanes) y los cristianos. De aquí los esfuerzos verdaderamente considerables del bienaventurado Maestro, buscando «*raons necessaries*», argumentos razonables, no ya para demostrar el dogma en el sentido de una demostración verdaderamente apodíctica, sino más bien para persuadir a todos de la congruencia de su verdad, demostrando no solamente que no existe repugnancia de la razón para la aceptación del dogma; sino que existen razones poderosas de congruencia —verdaderas razones— que aconsejan cuando menos la aceptación.

De lo expuesto se deduce también que uno de los principales fundamentos de la ciencia luliana es el doctrinal teológico.

No es posible llegar a entender la filosofía del *Doctor Iluminado*, si no se tiene muy en cuenta el abundoso acervo de teología cristiana en que basaba Ramón Lull muchas, quizás las más, de sus tesis; ni es posible hablar bien de Ramón Lull bajo el único aspecto filosófico, porque la filosofía luliana se halla,

no solamente intimamente ligada con la teología, sino que realiza el gran ideal del Maestro, antitético al ideal del racionalismo averroista de su época: la armonía entre la fe y la razón, entre la filosofía y la teología. Enjuiciar la doctrina luliana olvidando este ideal del Maestro y estudiándola bajo solo un punto de vista filosófico, es cuando menos poco eficaz. Porque el fundamento de toda la filosofía luliana y el nervio de toda su inmensa producción literaria, es eminentemente teológico.

NOTAS

(1) Véase el *Art Demonstrativa, Regles Introductories, Taula General*. Ed. Mallorca 193 , donde se ofrecen las figuras y demás de que hablamos.

(2) *Regles Introductories*, e. c. pág. 291.

(3) *Arbre de Ciencia*, Ed. Mallorca, 1923, Tomo II, páginas 339-340

(4) Id. id. pág. 365.

(5) Del *Libro del Ascenso y Descenso del Entendimiento*, Ed. Ovejero, pág. 176,

(6) Ed. Mallorca, 1745, págs 9, 6 y 13.

(7) *Taula General. De les questions de les regles*. Ed. c. pág. 484.

(8) Ed. Mallorca, 1744. pág. 15.

(9) *Felix de les Marevelles del Mon*, Ed. Mallorca, 1903, págs. 29 y 28.

(10) Id. id. pág 33.

(11) Id. id. Cap. LXXII, *De miracles*, págs. 330 y siguientes, habla expresamente de ellos. En el «*Libre de Doctrina Pueril*» (Ed. Mallorca, 1906, pág. 187) dice que el Anticristo «*fará falsament miracles*», suponiendo en ellos una base falsa de credibilidad. Hay que decir que Ramón Lull se basa mejor en las razones apriorísticas, para demostrar sus tesis, que en los argumentos derivados de la experimentación sensible, Vide: *Libre de Demostr.* e. c. págs. 18-19.

(12) Ed. c. pág. 8.

(13) Id. pág. 22.

(14) *Libre de Contemplació*, e. c. Tomo V, Dist. V.^a, páginas 50-65.

(15) Cuestión VI.^a *Sententiarum*.

(16) P. Pascual, *Vindiciae Lullianae*, Tomo II, Dis. 3.^a páginas 47-65; Tomo IV, V. *Propilei*, págs. 417-420.

"SUBSTRATUM" MÍSTICO Y ASCÉTICO
DEL "LULISMO"

SUMARIO:

I — Todas las actividades del venerable Maestro Ramón van dirigidas y fomentadas por una tendencia mística. II — El misticismo luliano. III — El ascetismo luliano. IV — Concepto luliano del amor. La mística de Ramón Lull es antitética de la mística arábica. V — El «Libre d'Amic e Amat». Su luminosa doctrina.

I—La persona de Ramón Lull es en extremo compleja y lo es también y por lo mismo su obra filosófica. Para interpretarla bien no es suficiente una crítica objetiva, alejada de las multiformes influencias extrínsecas e intrínsecas de todo género, que motivaron las más diversas actividades en él. Tratándose de llegar a la comprensión sabia del pensamiento luliano, la gestión crítica no puede prescindir, ni de la filosofía de la historia, ni de la historia de la filosofía, como tampoco de los estudios e influencias teológicas de que hemos hablado anteriormente; y mucho menos de la especialísima psicología personal de Ramón Lull. La filosofía helénica, patrística, musulmana, judía; las ciencias escriturísticas y sociales; cuanto representa el saber del siglo XIII-XIV, hallan una modalidad especial en el *opus* luliano. Pero, sobre todo, la savia del Arbol gigantesco que extendió sus ramas sobre todo el mundo conocido, la que le dió esa vitalidad exuberante que tanto se admira, la energía heroica e inacabable que fué su distintivo y la amplitud de criterio que fué su norma, fué ciertamente un vehemente espíritu de caridad evangélica. Nunca serán comprensibles la persona y los hechos de Maestro Ramón *Barbaflorida*, como no lo serán tampoco los de San Francisco de Asís, si no se tiene muy en cuenta que la verdadera fuente de tantas energías hállase en la caridad evangélica y sobrenatural, exaltada por el franciscanismo medieval. De aquí que, sin un conocimiento perfecto de la ascética y de la mística cristianas y del franciscanismo, Ramón Lull resulta inexplicable. El desconocimiento de este misticismo cristiano ha llevado a no pocos investigadores a las más

alejadas teorías sobre el pensamiento luliano, con la equivocada interpretación de la persona del Maestro; de tal manera que no falta quien, en nuestros días, y por no entender lo que es en realidad el misticismo cristiano, haya llegado a escribir enfáticamente sobre la *anormalidad* (!!!) del amor sobrenatural vivido y exaltado por Ramón Lull⁽¹⁾.

Mejor que gran filósofo, mejor que hombre de grandes concepciones geniales e ilustre *representativo* del siglo en que vivió, fué Ramón Lull un hombre de alma excelsa, un gran místico cristiano de alma enardecida; y precisamente por serlo, todo aquello y mucho más.

Tampoco sería exacta la interpretación del pensamiento luliano, si no se tienen en cuenta las circunstancias de la época y de los hechos que estimularon su carácter.

Hemos estudiado unas determinadas modalidades racionalistas y criticistas en el *opus* luliano. Estas tendencias fueron sencillamente provisionales en Ramón Lull, no significando otra cosa que la exigencia ineludible de determinados momentos históricos y del apostolado, que constituía el supremo ideal del Maestro. El fondo criteriológico indudable de la filosofía luliana, lo constituye no obstante y muy principalmente el misticismo. Una tendencia mística, en efecto, le dirige a través de sus escritos, en todas sus empresas y en el desarrollo de todas sus actividades. Por esto tiene una suprema importancia—desde luego sin menguar la de los demás estimulantes—esta tendencia mística y directiva para la interpretación de su pensamiento. Cuando el impulso de la razón y de crítica, con todas sus urgencias, ha llegado a donde debía, entonces el Águila emprende el vuelo sin ataduras, libre y triunfal. Entonces es él, libre ya, que en alas de la caridad sobrenatural y acendrada se

adentra en la inmensidad de la contemplación de Dios, como en su lugar apropiado; y aún allí ensancha más y mejor sus conocimientos.

II—«Una grandiosa filosofía del amor, teológica, metafísica, psicológica y moral a la vez, anima y enardece, todo el *opus* luliano. Quien tuviese la menor duda, le bastaría recordar las encendidas páginas, medio doctrinales, medio autobiográficas de aquella vasta enciclopedia del amor, desarrollada en el «*Libre de Contemplació en Deu*», grandioso monumento de la literatura místico-filosófica medieval; una filosofía del amor que se desliza finalmente hacia una filosofía personal de la muerte y el martirio. Es que no se trata de una doctrina, sino de una actitud personal firme, la cual—si como hemos visto en la «*Vita coetánea*» es propósito inicial del Autor del «*Ars Magna*»—constituye también el coronamiento de toda su apopeya. El *Lulismo* es una doctrina servida por una actitud personal, sellada amorosamente con la sangre del martirio». ⁽²⁾

Menéndez y Pelayo, uno de los que mejor han interpretado esta tendencia avasalladora de la mística de Ramón Lull, han dicho ⁽³⁾ que el Maestro es un místico a la manera de San Buenaventura y de los primeros discípulos de San Francisco, de los cuales lleva infiltrada en el alma la poesía ardiente, candorosa y llena de sentimiento de la naturaleza. Como poeta—dice—pertenece a la escuela franciscana; es el Jacopone de Todi español; y lo es con el mismo desembarazo de dicción, con el mismo fondo popular y libre, con la misma mezcla de trivialidad y de grandeza... El—agrega—es quien abre la falange de nuestros grandes místicos... Pero este misticismo suyo, teniendo, por fundamento y supuesto una doctrina me-

tafísica, no anula los derechos del entendimiento, el cual llega primero que la voluntad a la presencia del Amado, si bien ambos corren como a un certámen. La luz del amor ilumina todos los atajos, largos, peligrosos y llenos de consideraciones y suspiros y llantos; por donde el Amigo busca al Amado: pero es el entendimiento quien recorre aquellos atajos... (4). Por esto pregunta Menéndez y Pelayo; «¿Quién encontrará extraño que frente a toda la literatura franciscana, que tuvo por representante más excelso a este santo hombre que solía llorar *porque no es amado el amor*, pongamos sin miedo a ser vencidos el nombre del Peregrino de Mallorca, que compuso el libro «*De amigo y amado*»?... Ramón Lull fué un místico en la teoría y en la práctica, asceta y contemplativo, desde cuando entre las perturbaciones de la juventud, le envolvió, como a Saulo, la clara luz del Cielo... (5)».

La conversión de Ramón Lull, obra de la gracia divina, inicia la fecundidad de este amor. Comprendió desde el mismo momento de su conversión que ésta se había obrado *por amor*; y deliberando dejar las vanidades y bagatelas del mundo, y hallándose saturado de amor divino, abandona los bienes y aún su familia para dedicarse completamente al servicio de la cruz, por amor de Dios, «*enflemat i encés en la amor del Crucifix*»; y piensa que acto y que servicio puede hacer, que sea aceptable y placentero a Jesucristo. Y recuerda aquello del Evangelio que dice: «*major caritat ne amor negun ne pot auer en vers l'altre que posar la vida per aquell...*»; y forma sus planes de conquista de almas por Cristo, predicando la fe a los infieles, aún «*en perill de mort*», (6) Y no ceja nunca en ese empeño; de modo que en la «*Vita*» (alcanzando solamente a 1311) se le supone a cada paso saturado de este amor incontrastable, que le hace hablar, obrar y escribir; por esto no es él quien escri-

be o habla, sino que el Autor anónimo encuentra justo atribuirle aquellas palabras: «*No sou vosaltres qui parlau, car lo Sant Esperit es qui parlo en vosaltres*»⁽⁷⁾. En las explicaciones de la primera figura del códice «*Breviculum*» de Karlsruhe, queda plenamente corroborado cuanto decimos⁽⁸⁾.

El «*Libre de Contemplació*» pone elocuentemente de manifiesto el «*substratum místico*» de la filosofía luliana y el ímpetu de su alma saturada de caridad, Precisamente por esto fué llamado por Torres y Bages⁽⁹⁾ el «más luliano de sus libros». Todas las demás obras doctrinales, filosóficas, científicas y anecdóticas hállanse completamente saturadas de misticismo; el cual se desborda finalmente, como un torrente de muchas aguas resonantes en el «*Libro de Amigo y Amigo*», donde el amor más puro sutaliza hasta lo imposible—valga la frase—la vasta y profunda inteligencia del Maestro. Quien le lee quedará absorto desde sus primeros versículos, latiendo en cada uno de ellos toda su inmensa vitalidad, saliéndose de los moldes vulgares con la fuerza gigantesca de su corazón y de su pensamiento.

III—Su ascetismo es excelsamente humano y divino. Un verdadero ascetismo que nunca aterra al pecador. Ramón Lull asceta es siempre optimista. Por la ciencia conquista la razón del hombre pecador y del infiel, y por el sentimiento efusivo de su ascetismo levanta el corazón de los zarzales del pecado, sublimándolo misticamente hasta el éxtasis. Si por acaso alguna vez habla Ramón de las penas eternas o de las justicieras exigencias de Dios, enseguida la *Bonitas divina*, en que centra toda su filosofía—y esto constituye también un dato interesante—le atrae con mayor ímpetu y fuerza que el miedo; y entonces aflo-

ja dulcemente los rigores para ensalzar la caridad y la misericordia con tanta efusión de su corazón, que sus ojos derraman «*làgremes e plants*», porque Dios es ofendido, porque Dios no es amado como debe ser amado. Para Ramón Dios es la suprema e indefectible justicia; pero una cierta justicia que armoniza indefectiblemente con una suprema e indefectible misericordia y bondad. Y así es su ascetismo intensamente místico; no deslumbra ni ciega; es luminoso como la luz del alba. Y tal como al apuntar ésta ábrense suavemente las flores campesinas sobre los espinos y se iluminan las fuentes murmurantes, ábrense en el alma del asceta Iuliano, iluminado por la mística, las flores vírgenes y bienolientes de todas las virtudes, y brota luminosa y cantarina la fuente de los grandes amores del corazón, con el canto de una fecundidad eterna, sobre el agro de la vida penitente.

Después de lograr la fundación del Colegio de lenguas de Miramar, canta Ramón⁽¹⁰⁾: «Hice entregar a los frailes menores el monasterio de Miramar, para que pueden predicar a los sarracenos. Entre la viña y el hinojar me cautivó Amor, que me hizo amar a Dios y permanecer entre suspiros y llantos». Allá, en Miramar, fué donde su mística se anardecíó como nunca, libre su corazón, como el ave, de la tierra. Porque libertado ya de los negocios temporales y de su misma familia, pudo dedicarse con todo empeño a la piedad y con toda su alma al cuidado del primer plantel de misioneros, de quienes fué padre y maestro. Esta temporada de quietud, quizás la última de que pudo gozar en su vida, fué—al decir de Mossen Galmés⁽¹¹⁾—«una especie de vela de armas del doncel que se prepara para ser armado caballero e ir al combate al día siguiente».

IV — Ramón Lull expone su teoría mística del amor en varios de sus libros; principalmente en «*Ars amativa boni*», escrita en Montpellier en 1289—1292; en «*Flors d'intel·ligència e d'amor*», escrita en Italia (Nápoles—Roma) entre 1292 y 1295; en el «*Arbre de Filosofia d'Amor*», escrito en París en 1297—1299; y en la última de sus obras «*Liber de maiori fine intellectus, amoris et honoris*», escrito en Bugía en 1316, poco antes de su muerte. En el «*Libre de Contemplació*», en «*Blanquerna*» y en tantos más, actúa siempre su espíritu místico; y el Maestro da reglas de contemplación de Dios. Libros ejemplar de piedad y devoción son: el de «*Oracions e contemplacions*», escrito en Mallorca, 1275—1277; los «*Cent Noms de Deu*», escrito en Roma, en 1285; «*X maneres de contemplar a Deu*» escrito en París, 1297—1299; «*Liber compendiosae contemplationis*», comenzado en alta mar haciendo rumbo de Mallorca a Mesina, en mayo de 1313; etra. etra. Pero donde florece soberbiamente su mística es en el citado «*Libre d'Amic e Amat*», escrito probablemente en Miramar (1275—1277) que luego (1283—1284) incorporará a su «*Blanquerna*».

Esta cuestión sobre la mística de Ramón Lull nos lleva de la mano a recapitular lo anteriormente dicho sobre la influencia arábiga en Ramón Lull. La mística de Ramón Lull es antitética de la mística de Mohidín. Ramón Lull conocía esta mística musulmana; pero el espíritu de ambas es antitético, ni se valió de ésta última como de una fuente. Las frases del libro «*D'amic e Amat*» hállanse con frecuencia en el «*Libro de Contemplación*», una de las tres primeras obras de escritura simultánea, que salieron de su pluma. En el capítulo 88 del «*Blanquerna*», número 3⁽¹²⁾, escribe que el mensajero del Cardenal halló «*un libro de amigo y amado, donde se decía como los hombres devotos hacían canciones a Dios y de*

amor»; y en el capítulo 99, número 3, del mismo libro ⁽¹³⁾, dice: «*como cierta vez un sarraceno contó a Blanquerna, siendo ya Apóstólico (Papa) que los sarracenos tienen algunos hombres religiosos; y entre los de más prestigio hay unos llamados sufíes; y que aquellos hombres tienen palabras de amor y ejemplos abreviados que dan al hombre mucha devoción; pero son palabras que han menester explanación, y que por esta explanación sube más alto el entendimiento; por cuyo ascenso multiplica y sube en devoción la voluntad. Por lo cual, habiendo considerado Blanquerna estas cosas, se propuso hacer un libro a la manera antedicha (de los sufíes); y dijo al Ermitaño que fuese a Roma y que él en breve tiempo le remitiría por el Diácono el «Libro de Amigo y Amado» por el cual podría multiplicar el fervor y la devoción en los ermitaños, a los que quería enamorar de Dios*». De estas notas autobiográficas no se deduce ciertamente que el «*Libro de Amigo y Amado*», sea una versión o una arreglo de un libro berberisco semejante; sino todo lo contrario; se trata de algo distinto. Esto aparece muy claramente (sin que para ello tengamos necesariamente que acudir a la razón de frescura y espontaneidad que no pueden tener los plagios ni las copias) por los mismos datos hallados en Ramón Lull. Dice, por ejemplo que el libro sarraceno *necesita de exposición*. El «*Libro de Amigo y Amado*» no tiene exposición alguna; se trata de frases rápidas, jaculatorias, pensamientos fulminantes, versículos llenos de sinceridad y espontaneidad, que son verdaderos versos de rima ideal, no fónica, desarrollados por contraposición, juxtaposición o paralelismo conceptual. Recordando las doctrinas de los sufíes y sus exposiciones y métodos de contemplación, con los de Ramón Lull, aparece

francamente una disparidad completa. Además, en el prólogo del citado libro⁽¹⁴⁾, confiesa claramente que se trata de una obra bien suya. «Blanquerna estaba en oración y consideraba la manera según la cual contemplaba a Dios en sus virtudes; y esto hacía todos los días; y cuando terminaba su oración, escribía lo que había contemplado en Dios; y esto hacía todos los días; y cambiaba en su oración nuevas razones». En esta parte hállase completamente la historia del «*Libre de Contemplació*». Emprende esta obra «con gran alegría y gran audacia» y se confía «como el marinero en el gran piélagos... como el hombre que se enamora y se aventura para conseguir aquello que mucho ama... como el hombre que usa de todas sus fuerzas para llevar sobre sus hombros el pesado farrago»⁽¹⁵⁾; durante dos años, los primeros de su vida de publicista, va escribiendo día por día, un capítulo, comenzando con la teoría más luminosa de la alegría, «*perque Deus es esser*». El «*Libre d'Amic e Amat*» es el resumen y flor de este libro y éste es a su vez, la historia de su ascenso a Dios como asceta y místico. En él se ve a Ramón llorando sus pasadas culpas, penitente y abnegado; la contemplación de las virtudes de Dios le llevaba a buscar cada día «*nuevas razones*» y, paso a paso, enardecía su espíritu, que rompe finalmente en sugestiva eclosión del pensamiento al llegar a la XXI distinción; y se eleva en el V libro «*Distinció d'Amor*» al fastigio más sublime de la mística cristiana. Si comparamos los versículos del «*Libre d'Amic e Amat*» con estos capítulos, tan enardecidos que caldean, hallaremos en ellos, no solamente la idea de los versículos del «*Libre d'Amic e Amat*», sino aún las mismas palabras. Los conceptos de *amic* y de *amat*, multiplicanse en los últimos capítulos. Hallamos frases enteras en el «*Libre de Contemplació*» que se hallan en el

«D'Amic e Amat». «Ah Senyor font e flum e mar de mes amors e de mes langors», exclama, por ejemplo, en el n.º 10 del cap. 279. Y el vers. 22 del «L. d. A. e. A.» dice que «fuese el amigo a beber de la fuente donde el hombre que no ama se enamora cuando bebe en la fuente, y se multiplicaron sus langores». En el capítulo 364, n.º 25 se lee: «¡Oh, Vos, Senyor Deus meus, qui mon cor poblats a'amors e mos ulls de lagremes e de plors!» Léese este pensamiento en *L. de A. y A.* en muchos versículos por ejemplo en el 13: «L'amar es vist per amors e l'amic per suspir e treballs e dolors». En el capítulo 307 del *L. de C.*, explica como la memoria, el entendimiento y la voluntad corren hacia Dios por amor (*Com home ama a son amic*) y se recoge la doctrina en los versículos 18 y 19, etra. etra. El *L. de A. y A.* es una selección lírica del «*Libre de Contemplació*», como se lee en el Prólogo de aquel, «*recogida y multiplicada en razones (como sucede principalmente en los últimos del de Contemplació) para tal que compusiese el Libro de Amigo y Amado*»; y que aquellas maneras (las del *L. de C.*) sean breves y que en tiempo breve pueda el alma recorrer muchas». Este es el libro; un resumen florido del «*Libre de Contemplació*», que repartió también como éste, en «*aitants verses (en aquel tantos capítulos) com ha dies l'any; e cascú d'ells basta tot un dia a contemplar Deu segon l'Art de Contemplació*». Pudo recoger de los sarracenos algún orientalismo, alguna metáfora; pero el libro es original, es suyo completamente, por la forma quizás y sin duda por el fondo; con el cual nada tiene que ver la doctrina mística de Abenarabi, profundamente panteísta como su metafísica, su cosmología y su psicología. La doctrina de éste, estudiada por el Dr. Asin⁽¹⁶⁾, sostiene que la ciencia es una intuición exenta de representaciones fantásticas; que

lo sensible es un mero despertador del conocimiento racional; que las ideas radican en el alma, la cual perdió su clarividencia al unirse al cuerpo; por esto nuestros conocimientos, día por día se van depurando y perfeccionando a medida que pierden todo contacto con las imágenes de la fantasía y con la percepción de lo sensible. ¿En que escrito de Ramón Lull hallaremos semejante doctrina o algo que se le parezca? Agrega que al perder nuestros conocimientos todo contacto con la fantasía (?), el pensamiento ya no es discursivo, sino intuitivo; y se obtiene no solo por la separación física del alma y del cuerpo, sino también por el éxtasis, en el que se disfruta del conocimiento *intelectual puro*, llegando por tanto al conocimiento de los misterios y de los estados adjetivos del mundo sobrenatural; esta intuición de los misterios por la *iluminación* otorgada por Dios al profeta y al santo, es semejante al conocimiento por evidencia inmediata o por demostración; y el conocimiento de los estados adjetivos sobrenaturales es análogo al de los placeres y sentimientos de orden físico. Nada de esto hallaremos en Ramón Lull. Ramón Lull, como hemos visto, asciende al conocimiento de Dios desde y por el conocimiento de las cosas sensibles, y aún cuando se deja llevar en la contemplación en alas del misticismo, lo hace siempre *discurriendo* sobre las cosas metafísicas; nunca supone aquel *iluminismo izaraqui*, aunque sí la gracia de Dios solo como ayuda eficaz; siempre en Ramón Lull se verá la plena efectividad del hombre, no abdicando nunca de la eficiencia de sus facultades anímicas; ni ve *lo evidente*, en las disquisiciones elevadísimas; todo cuento piensa y entiende, lo razona; y tanto es así, que a veces corrige su doctrina. El hecho de usar tantas veces de argumentos puramente congruentes, abona a la vez cuanto decimos. Aquella razón *evidente* de las cosas que se

obtiene en el éxtasis, que Abenarabi describe con tantos detalles, no se halla en Ramón Lull. Más aún ¡cuanta disparidad de doctrina en lo referente a la contemplación! Abenarabi recomienda la soledad en celda oscura y cerrada, la absoluta inhibición de toda preocupación mundana⁽¹⁷⁾, el ayuno constante y riguroso, dormir poco; no comunicarse absolutamente con nadie, con la sola excepción del director espiritual; abnegación de la propia voluntad en manos de Dios hasta «llegar a sometérsele como un cadáver», y a serle indiferente lo útil y perjudicial, oración constante, etra. Todo un plan de sugestión y en perspectiva toda la morbosidad de un pseudo-éxtasis. Al llegar a éste —continúa Abenarabi— se siguen seis etapas: En la primera pierde el místico la conciencia humana; en el segundo queda privado de la visión como propiedad suya; porque lo concibe todo como *efecto* de la única causa que es Dios. En el tercero pierde el conocimiento de su esencia propia. En el cuarto, pierde el conocimiento de las cosas del mundo. En el quinto, *de todo lo que no es Dios*, es decir «que ni se da cuenta de que contempla a Dios, ni del estado de la contemplación, porque desaparece su individualidad concreta». En el sexto contempla a Dios, sin nombres, sin atributos, sin relaciones; «Dios se revela al místico en cuanto a su *esencia*, pero no como causa del mundo ni como ser dotado de propiedades». ¡Un verdadero *nirvana*!

Lull es todo lo contrario; para contemplar a Dios lo hace «*entre la vinya i el fonollar*», sobre los acantilados de la ribera, bajo la luz del sol, ante el ancho mar; o sube a las alturas de Randa. En todas las exposiciones en que habla del contemplador, salen siempre «*los hermosos árboles*», «*las bellas fuentes*», se oye a los pajarillos, se contemplan las flores y los frutos... Todo es bello y radiante. Incluso cuan-

do llega a la unión con Dios por la contemplación más alta, no pierde la noción de su poquedad; sino que aún ésta queda más patente. Nada de sugerencias morbosas; nada de rigores extremados; nada de anulamiento de la propia personalidad. Todo es limpio y claro y humano; en Dios contempla sus perfecciones, y no es la *iluminación* o mejor el morboso *iluminismo* que le dirige, sino la razón. Esta guía sus pasos por la senda esclarecida por la bondad suma de Dios. Ni deja nunca de corresponder a la vida activa. Solo al llegar ya a la vejez, supone en Blanquerna el retiro del mundo; pero no como quien se recoge egoísticamente; sino como quien ya ha cumplido su misión en la tierra, como aquel a quien nada falta por hacer; y entonces se prepara para la muerte que le ha de abrir las puertas del cielo. ¡Cuanta diferencia!

V—El «*Libre d'Amic e Amat*» puede decirse verdaderamente que es el deliquio soberano y avasallador a qué Lull pudo llegar por la contemplación. Estúdiese este libro, y se verá siempre la eficiencia, nunca la anulación de las facultades superiores del hombre, en la lírica sublime de sus versículos. La unión con Dios según Lull, no es únicamente por la inteligencia, que sabe es inhábil para llegar a la comprensión de la *esencia* divina; porque el alma humana es limitada y Dios es infinito; sino por el afecto, por la correspondencia afectuosa a la voluntad de Dios, por un deseo firmísimo de llegar a adquirir aquella perfección, es decir, aquellas virtudes, que Dios quiere que posea. El «*Libre d'Amic e Amat*», es por esto mismo un libro de metáforas morales; en él enseña Ramón Lull, como fruto de su larga contemplación, que «*los caminos por los cuales el amigo busca al amado son largos y peligrosos, pobla-*

dos de consideraciones de suspiros y de llantos e iluminados de amores ⁽¹⁸⁾». Porque es difícil el seguimiento de la virtud, suponiendo renunciación de cuanto aparta o distrae del fin por el cual el hombre halló vida en el mundo. Acúcia por esto el pensamiento de que la presente vida mundanal es vida de destierro, áspera y dura como una prisión. Por esto. «entre el temor y la esperanza hizo el amor su posada; y allí vive de pensamientos y muere de olvidos ⁽¹⁹⁾». Pero cuando el corazón conoce el verdadero objeto de su amor, halla fuerzas para seguirle, porque es su norte. «Más rápido es el amor en el corazón del que ama, que el resplandor en el rayo y el trueno en el oído; y más viva es el agua en el llanto que en las ondas del mar; y más cercano es el suspiro al amor, que la blancura a la nieve ⁽²⁰⁾». Las donosas y frágiles semblanzas aparecen en este libro incomparable tan suaves como la luz del alba que despierta los pajarillos, como la celistía, como el aroma de la flor mojada de rocío; semblanzas que no son sino deliquios amorosos de quien quiere hacer absolutamente la voluntad del Amado. «Cantaban los pájaros al alba y despertose el amigo que es el alba; y los pájaros terminaron su canto; y el amigo murió en la hora del alba ⁽²¹⁾». El verdadero santo procura hacer siempre la voluntad de Dios e inquiera por do quiere y en todas las cosas cual es la voluntad de Dios. «El amigo busca el Amado por llanos y montañas; y ruega le den nuevas de él a los que van por carreras y caminos; y cavando muy adentro en la tierra, busca por si le hallaría; porque arriba no halló sino ausencia de devoción ⁽²²⁾». Este amor intenso, perfumado, avasallador, todo lo llena, y no es exclusivista; todos los hombres son llamados a tenerlo. «La semilla de este amor hállese en todas las almas. ¡Es un malnacido quien rompe el vaso precioso y derrama su aroma!» ⁽²³⁾; por-

que ¿qué gratitud manifiesta a Dios por sus bondades? Este amor tiene olor de obediencia; porque todas las cosas deben obedecer a la ley a que Dios las sujetó; y solo el hombre pretende contravenir las leyes morales que para él se decretaron. Por esto el *amigo* pregunta a todas las criaturas como es este amor; y le contestan: «amor claro, puro, limpio, verdadero, sutil, simple, fuerte, inteligente, abundoso en buenos pensamientos y antiguas remembranzas». Ramón Lull siente la hondura, la intensidad de este amor, que es antitético al egoísmo; por esto llama a todos los hombres para llevarles al Amor, y les dice: «si quereis fuego venid a mi corazón y encended vuestras linternas; y si quereis agua, venid a mis ojos que fluyen lágrimas: y si quereis pensamientos de amor, venid a tomarlos de mis propios pensamientos⁽²⁴⁾». He aquí la mística de Ramón Lull; una mística humana y divina al mismo tiempo, que se concreta literariamente en lirismo puro, florido, casto, fuerte, suavísimo, como la vida fiel, abierta a todos los caminos de la alegría. Por esto Ramón Lull nos da del amor una definición tan audaz y tan justa que nadie hasta él pudo darla: «*Amor está entre creencia e inteligencia*»⁽²⁵⁾. Nada de anulación; sino más bien efusiva exaltación del corazón y de la mente; un amor racional y razonable. De esta suerte la mística de Ramón Lull es fuerte y normal, porque es consciente; y la voluntad del *amado* es fuerte, porque tiene consigo la fuerza de la razón. Llega también a la unidad con Dios; pero no es de una manera panteísta; porque «*Amigo y amado son una actualidad*», y no obstante «*son diversos; pero concordantes*»⁽²⁶⁾; porque el Amado sujeta su propia voluntad a la voluntad del Amigo.

El *Amigo* es Jesucristo. el Verbo encarnado por amor a los hombres; y el Verbo es la Verdad, el Ca-

mino la luz y la Vida. Tal es la unión que Ramón Lull desea: la unión de la criatura humana con la Verdad, siguiendo el Camino y la Luz, viviendo así la verdadera Vida,

NOTAS

(1) Por ej. J. H. Probst, *L'Amour mystique dans «l'Amic e l'Amat» de Ramón Lull*. (En «*Arxius de l'Institut de Ciències*», Barcelona, 1917. IV. n.º 7).

Entre otros recientes investigadores han estudiado a Ramón Lull como místico, los siguientes: G. Etchegoyen, *La mystique de Raymond-Lulle d'après le livre de l'Ami et de l'Aimé* (En «*Bouletin Hispanique*», 1930, págs. 3-7); J. de Guibert, S. I., «*La Méthode des trois puissances et l'Art de Contemplation de Raymond Lull*» (En «*Révue d'Ascétique et Mystique*» (Paris, 1925, págs. 367-378); B. Longpré, O. M. en el tantas veces cit. Art. *Lull, Raymond*, del *Dictionnaire de Theologie Catholique*, donde pone magistralmente de relieve el carácter místico de Ramón Lull y de su obra; Probst en la tercera parte de su estudio *Ramón Lull, philosophe populaire et franciscain* (En «*Criterion*», 1927, III, págs. 182 y siguientes. A. E. Waite, entre los que no conocen más Ramón Lull que el legendario, le trata también como místico en su obra *Raymund Lully, il'uminated Doctor, Alchemist (!) and Christian Mystic* (Londres, 1922); E. Mele en su versión y comentario de *Il Libro dell'Amico e dell'Amato di Ramón Lull* (Lanciano, sin fecha. 1930?); J. S. Pons, *Reflexions sur le «Llibre d'Amic e Amat»* (En «*Révue Hispanique*», enero-marzo, 19133); G. Cirot, En su art. sobre la versión y comentario del «*Libre d'Amic e Amat*» de Mele, antecitado (En «*Bouletin Hispanique*», XXXV, 1933, págs. 188-189). etra.

(2) T. Carreras y Artau, *Hist, del, Pensament Filos a Catalunya*, págs. 44-45

(3) Efectivamente en todo se asemeja a San Francisco; y por si fuese poco, delibera la vida que en adelante ha de seguir (*Vita*, ed. Moll, pág. 11 y 12); después de oír el panegírico de San Francisco, de labios del Obispo de Mallorca, *incontinenti* toma el hábito de penitencia «*laxades totes les coses mundanals se era totalment donat al servici de la creu*» y agrega «*Fou tocat dintre les sues entremenes*».

(4) *Discurso pronunciado en Mallorca en el Instituto Balear*, día 1 de mayo de 1884.

(5) *Discurso de recepción a la R. A. Española de la Lengua*, (Madrid, 1881).

(6) Ed. c. pág. 10.

(7) Id. id. pág. 33.

(8) Puede verlo el lector en el estudio de Jordi Rubió «*Butlletí de la Biblioteca de Catalunya*», enero-diciembre, 1916, págs. 82-84 y en mi obra «*El Beato Ramón Lull*».

(9) En *Tradició Catalana*, L. II, caps. II y IV.

(10) Ei P. Pascual (*Vindiciae Lullianae*. Tomo I, pág. 122) comenta estas palabras, recordando que en los confines de la clausura del monasterio existía la viña y después hasta el mar, el hinojar marino (que todavía aleñan los ermitaños de Miramar) que nace entre las breñas de la pendiente, saturado de salitre. Según un documento aducido por el mismo, la viña persistía en 1337. Ramón Lull subiría a los soberbios acantilados de la marina; dejaría a su espalda la viña que desbordaba sus soberbios pámpanos, y sobre las breñas, entre la inmensidad azul del cielo y la inmensidad azul del mar, se levantaría en alta contemplación, saturándose de azur y de infinito.

(11) *Vida compendiosa del B. R. L.* (Mallorca, 1915) pág. 46.

(12) Ed. Mallorca, 1914, pág. 344.

(14) Id. id, pág. 379, *Del Prólec*.

(15) *L. de C. e. c.* pág. 5, n.º 20, 21 y 22.

(16) *Mohidín* (en «H. a Menéndez y Pelayo», Madrid, 1896, II, págs. 217-256).

(17) Todos estos datos los recogemos del estudio psicológico realizado por el Dr. Asín.

(18) *Libre d'A. e A.*, Vers. 2.

(19) Id. Vers. 17.

(20) Id. Vers. 38.

(21) Id. Vers, 26.

(22) Id. Vers. 34.

(23) Id. Vers. 54.

(24) Id. Vers. 173.

(25) Id. Vers. 198. «*Tanto amaba el amigo al amado, que cuanto le decía. lo creía; y tanto lo deseaba entender, que euanto oía quería entenderlo por razones necesarias. Y por esto el amor del amigo estaba entre creencia e inteligencia*».

LA FILOSOFÍA LULIANA COMO INSTRUMENTO
APOSTÓLICO. FRANCISCANISMO LULIANO

SUMARIO:

I—El misterio de la conversión religiosa del Maestro. II—Cristología Luliana. Tesis luliana de la creación del mundo propter Christum hominem. III—Razón y urgencia de esta tesis. IV—El Franciscanismo. La sinceridad, la pobreza y la verdad franciscanas. V—El Beato Ramón y San Francisco de Asís. Coincidencias y discordancias. IV—San Francisco es el antecedente cronológico sentimental a la época criticista del Beato Ramón.

I—Hemos de insistir en un punto interesante de la biografía del bienaventurado Maestro, es decir, sobre el hecho de su conversión religiosa.

Mucho se ha escrito estos últimos años, por psicólogos y psiquiatras, sobre la urgencia del *cambio*, con el fin de explicar de un modo natural el interesante fenómeno de la conversión religiosa que fecundiza las conciencias más frívolas, agudiza los entendimientos más rebeldes *y arrastra a los convertidos a empresas las más hondas y vastas.*

Desde Freud hasta James y desde De Sanctis hasta Mainage⁽¹⁾ resulta harto fecunda en divergencias la serie de ensayos más o menos positivistas y mecanicistas sobre el misterio de la conversión religiosa al catolicismo. Desde luego trátase de la conversión *normal*, no de las conversiones *patológicas* o pseudoconversiones urgidas, con mayor o menor intensidad y energía, por elementos patológicos.⁽²⁾

Para llegar al fin supremo, es decir, al ideal de la ciencia positivista, «*savoir pour prévoir, et prévoir pour savoir*», todos los racionalistas al fin y al cabo han tenido que resignarse confesando su impotencia, por más que recalcan una cierta probabilidad teórica, es decir, una lejana *previsibilidad probable* de la conversión.

Desde luego, prescindiendo de lo sobrenatural, es lógico que teniendo bien investigados los elementos naturales fundamentales de la previsibilidad del consiguiente, se ha de poder llegar a la previsibilidad de la conversión; más aun, cuando así fuera—que no es totalmente cierto—la razón íntima del *cambio* permanece inédita para el positivista.

Esto vale a decir que la psicología, tratándose de la conversión religiosa normal, en sujeto perfectamente normal, no puede desentenderse de la teología. No obstante es fuerza afirmar que el teólogo puede pedir muchas cosas al psicólogo y aún al psiquiatra. Ya decía acertadamente el Dante:

. *certo*
che ricever la grazia é meritorio
secondo che l'afetto é aperto.

La apertura del *afecto* constituye un fenómeno individual, personal, psíquico, que, desde luego, puede ser objeto de una concienzuda investigación científica.

El *cambio* experimentado y demostrado en Ramón Lull fué radical y de una trascendencia tan interesante, que por él despertó su genio, antes oculto cuando menos, y pudo ser, además de un gran santo venerado en los altares, el gran filósofo español del siglo XIII y XIV, y al decir de Rénan, «*el Apostol de la cruzada contra el averroísmo*», y al de Langlois «*Le plus bizarre métheore que ait décrit sa courbe a l'horizon*» de la Edad Media. Este hecho fué tan transcendental que sin él no tuviéramos hoy a nuestro bienaventurado Maestro Ramón. Bien vale pues la pena de prenotar, aunque sea someramente, unas advertencias acerca de su conversión y de la conversión en general, ya que de ella depende histórica y psicológicamente hablando todo el ímpetu de su apostolado científico y la trascendencia de su vasto pensamiento filosófico.

Estudiando la conversión bajo el punto de vista teológico y en cuanto se confunde con el punto de vista psicológico, hallamos que a la actuación de la *divina gracia* y a la consiguiente elevación del afecto personal, siguen forzosamente una larga serie de fenó-

menos psíquicos desde el mismo momento de la conversión (*cambio*), que ponen de manifiesto vigorosamente unos propósitos enérgicos, consecuentes a una lucha tenaz y triunfadora contra las disposiciones atávicas (hábitos contraídos, etra.), por el afianzamiento difícil de las virtudes cristianas (*sublimación subjetiva*) del propio perfeccionamiento espiritual (*sublimación objetiva*) y de fecundización apostólica en la vida de relación. Todo esto—interesantísimo—lo mismo que los antecedentes individuales, atávicos y formativos, relaciones extrínsecas, circunstancias históricas del momento, *sublimación subjetiva* del «Yo», etra. etra, son hechos que lógicamente pueden y deben ser objeto de la investigación psicológica. Pero el momento decisivo del *cambio*, es decir, de lo que llaman los positivistas el «*coup de foudre*», escapa, por su misma transcendencia, a la investigación puramente racionalista.

Sin duda por lo dicho se ven obligados los psicólogos y psiquiatras positivistas a confesar honradamente con Richet que «*il faut être solidement persuadé que la science d'aujourd'hui, pour vraie qu'elle soit, est terriblement incomplète*».

Examinemos los hechos.

Según los autores aludidos, la conversión normal, en sujeto normal, no es otra cosa que «un desarrollo normal, teórico y práctico del individuo». Si todo fuese mecánico, podría preverse cuando menos la dirección de este desarrollo; de otra suerte no es posible. En efecto, constituye un hecho positivo, incontrovertible, la suma diversidad de las conversiones registradas en el Catolicismo, los fenómenos más o menos excepcionales y fácilmente constatables de difícil entendimiento para la sola ciencia positiva, la variabilidad suma de estos fenómenos y de los mismos *ectipos* o sujetos de la conversión, de dotes e influencias las

más diversas, y en fin, la serie abundantísima de hechos contingentes y transcendentales, principalmente subjetivos, que huyen a toda investigación por su misma manera de ser y de desarrollarse.

Para esa supuesta previsibilidad de la conversión religiosa redúcenle los neo-positivistas a la catalogación de antecedentes fundamentales, radicales, que podemos reducir a cuatro especies: a) Presencia de predisposiciones religiosas (infancia, familia, herencias psíquicas...) b) Tendencia habitual de la inteligencia del *ectipo* hacia las convicciones absolutas (con respecto a cuestiones filosóficas, teológicas, políticas...) c) Tendencia innata a fijar espontáneamente la atención en el «*Más allá*» de las realidades sensoriales. d) Riqueza de potencial afectivo, es decir, lo que en lenguaje freudiano llámase grandeza del cuantitativo de energía (*Libidobetrag*).

Esta catalogación de elementos lógicos y predisposiciones individuales es tan amplia y genérica, que todos los hombres en mayor o menor grado podrían clasificarse en ella. Desde luego en bastantes de los convertidos normalmente hallaríamos muchas de aquellas condiciones-antecedentes que, por cierto, en manera alguna anularían el hecho de la *gracia*. Pero en muchos, muchísimos casos—como por ejemplo en San Pablo y San Agustín—a pesar de las analogías existentes en sus conversiones y a pesar de darse una paridad de pasión y genio, las variantes son aún mayores...

Por lo que hace al caso del Beato Ramón Lull, es totalmente imposible aplicarle aquella catalogación de *prodromos*; como lo es aplicarla criteriológicamente a un multitud de convertidos, de toda edad, sexo, condiciones individuantes, cultura, etra. Porque la multitud de conversos—en nuestros días generalmente hombres de gran cultura, y hombres semi-

salvajes—es sumamente vária, de distinto y contradictorio temperamento. de hábitos distantes, de condiciones contradictorias

Ciñéndome al Beato Ramón, solamente el último extremo de aquellas categorías podría ser valedero; porque por lo que respecta a los demás extremos, teniendo a la vista los documentos históricos, es imposible hallar una mayor contradicción; no podemos olvidar las narraciones biográficas criticamente constatadas, ni menos las propias e ingénuas confesiones del Maestro esparcidas en su *Opus*.

Ramón Lull, es cierto, fué hijo de una familia de largo abolengo cristiano; pero no es posible olvidar el raro cristianismo de aquellos tiempos en las familias principales como era la suya, la degradación de costumbres, las influencias heterodoxas y racionalistas de islamitas y hebreos con quienes convivían, la condición guerrera de su padre y de todos sus abuelos conocidos, todo ellos almogávares y por ende poco o nada místicos. En cuanto a su educación no pudo ser más defectuosa; en su infancia, por su notoria desaplicación y por demostrar en todo momento un temperamento completamente adverso al ejercicio de las virtudes criástianas, abierto prematuramente a las liviandades y al libertinaje. Desde los catorce años, abandonado el hogar paterno y la vigilancia maternal, vive en la ostentosa corte del Rey *Conquistador*, iniciando una adolescencia y desarrollando una juventud siempre en contacto con hombres perversos y nada religiosos y aún con gentes de religión opuesta a la suya tradicional (moros y judíos); sin que esta oposición de credo, ni el racionalismo de los sabios islamitas y hebreos acogidos a la protección del Rey, fuesen obstáculo a una convivencia amistosa y aún efusiva. En su virilidad nunca demostró Ramón Lull, en los años que antecedieron a su conversión,

el más leve asomo de piedad; ni discute sobre religión o filosofía, sino que se manifiesta como quien se halla completamente al margen, ajeno a las controversias filosóficas y teológicas, que no le interesan lo más mínimo: antes al contrario, confiesa hallarse en el libertinaje y en la desaprensión como en el sitio adecuado a su temperamento y a sus hábitos; y aún demuestra el suficiente orgullo para no admitir reconocimientos ni advertencias de nadie, ni aún consejos de sacerdotes, amigos y familiares, sobre su conducta privada.

En cuanto al detalle de las herencias psíquicas, ¿donde hallaremos el supuesto misticismo en los hijos de los almogávares? ¿Donde el apego a las discusiones transcendentales? ¿Donde la intolerancia religiosa? Al contrario; según las mismas confesiones del Maestro hallaremos en él aquella aptitud crítica que los freudianos precisamente, conceptúan como un hábito contrario a las disposiciones naturales en el *ectipo*, hacia las convicciones absolutas. Porque Ramón Lull siempre fué, en sus cosas y apreciaciones, y siempre se manifestó como poseedor de un espíritu eminentemente analítico, crítico. Recordemos sus escritos controvertistas, numerosísimos, y tantas de sus obras en que desmenuza, hasta llegar a la sutileza, todas las dificultades y los fundamentos más lejanos de las tesis y opiniones adversas a sus teorías propias y peculiares opiniones.

Esta aptitud, tan prodigiosamente desarrollada después del hecho de su conversión religiosa, no se improvisa; se trata de una aptitud natural que debió sentir desde la infancia: y, en efecto, basta leer las páginas más o menos autobiográficas del «*Libre de Doctrina Pueril*» y del «*Blanquerna*», etra. para ver en el fondo de ellas toda una larga experiencia personal profundamente analítica y decisiva; aptitud que,

desde luego, antes de su conversión dedicábase a cosas completamente ajenas a la religión. Y así pudo ser tenido por sagaz por el Rey Conquistador

Pero la inclinación más constante y decisiva durante su adolescencia y su juventud, manifestada ya en sus más tiernos años, fué hacia los goces concretos; ni la historia demuestra otra cosa en él que un soberano hastío para con las lucubraciones y estudios metafísicos. El mismo lo confiesa después. Ramón Lull fué, hasta el día de su conversión religiosa, un hombre mundano y sensual; nunca le vemos fijar su mirada de un modo espontáneo en el «*Más allá*» de las realidades sensibles, cautivado siempre por las alegrías y los goces de la vida pasajera. No; nada menos previsible, según los mismos cálculos de la psicología y psiquiatría racionalistas, que la inesperada conversión, que el *cambio definitivo y absoluto* de su persona.

No es mi objeto ofrecer un ensayo científico sobre la conversión religiosa y por ende no he de entrar en la crítica de las teorías freudianas sobre la influencia de la *libido*, sino es para señalar aquellos puntos que conceptuó interesantes para poder entender el caso concreto de la conversión del Maestro Ramón y su trascendencia. Porque este hecho histórico y transcendental inicia el despertar de su genio, la profesión de pensador y la concepción del vasto apostolado que ocupará toda su larga vida; precisamente porque, sin entender el hecho de la conversión y las circunstancias que la rodearon, no puede ser completa la interpretación de su pensamiento. Si ya no se da —tratándose de nuestra cuestión— aquella importancia que supieron Freud y sus seguidores incondicionales, a las condiciones fisiológicas, con tener alguna, como objeto de previsión, no hay porqué ahondar mucho en la cuestión. Porque se ha dado excesiva

importancia a la edad y al ambiente humoral. Más estos datos, psicológica y psiquiátricamente hablando, son demasiado genéricos y evidentemente equívocos. La doctrina de las constituciones no nos facilita los datos positivos; por ejemplo, se ha querido trazar el cuadro de un hipertiroidismo o hipogenitalismo constitucional; pero más allá de los humores, la ciencia no puede desoir la importancia del sistema nervioso; la observación, aún en el caso de existir un verdadero temperamento asténico-esquizotímico (y nada más lejano de la constitución sexualmente normal de Ramón Lull), no nos daría ningún elemento positivo de previsibilidad, sencillamente por ser demasiado genérica. La hipovitalidad se traduce muchas veces, es cierto, en dolor, y el sufrimiento reclama su contrario, y llega la urgencia de un *cambio*; nunca se anheló más la felicidad y el goce concreto como cuando se sufre y se lucha; y en tal guisa la intranquilidad por la solución de los grandes enigmas del «*Más allá*»—que pueden llegar a constituir una verdadera obsesión—reclama la paz de la conciencia y el acogerse a una fe transcendental. Pero tratándose Ramón Lull y recordando sus antecedentes históricos, el *cambio* conversivo no pudo ser una consecuencia natural de los mismos; más aún, al *afecto* que hemos recordado por los versos de Dante, no surgió espontánea y urgentemente el *cambio*; pues Ramón Lull rechazó cuatro veces la visión del Crucificado, como se rechaza una ilusión, una fantasía, revelando naturalmente un espíritu crítico y despreocupado. Es una crítica personal y severa lo que le hace reflexionar; y con esa reflexión fría, enjuicia el fenómeno de la aparición de la Cruz y aún no acierta a descifrar su verdadero significado, sinó después de una honda revisión. Después de la resolución de mudar de vida, de consagrarse a Dios y a los hom-

bres, y al estudio, y a la ciencia por Dios y por los hombres, el *cambio* no es decisivo en cuanto a su modo de ser; porque sigue sintiendo todo el peso de los hábitos, de las liviandades y de las circunstancias atávicas que durante su vida anterior le apartaron de Dios; y lucha contra esta resistencia, no de una manera pasional, sino con espíritu sereno, durante tres meses, como quien ha llegado inesperadamente a la posesión de la verdad y de la virtud y no quiere perderlas.

En una palabra: la conversión de Ramón Lull es fruto de la *gracia* y de la *reflexión* personal más serena, y por ende se halla completamente alejada de todos los supuestos experimentales freudianos y neopsicoanalistas; y aún los contradice en gran parte. Si no se acude a lo trascendente, a la Divina Gracia, la conversión de Ramón Lull constituye un hecho inexplicable. El sentido del disgusto de la vida, el apartamiento o la imposibilidad del goce o del placer, el estímulo de viejos actos piadosos resurgentes al *coup de foudre* inesperado, las costumbres religiosas olvidadas, la duda sobre las verdades religiosas y los conflictos intelectuales y morales que de la misma proceden, la atracción de la soledad, la exigencia de una respuesta razonable a los enigmas del origen y del fin, de la razón de lo existente y de lo trascendental, la necesidad de estabilizar la consciencia, etra., pueden ser *prodromos* de conversión religiosa; aún que los hallemos en multitud de hombres, en mayor o menor grado y no todos ellos se convierten. Precisa pues transcender a la pura investigación de la experiencia natural y recurrir en el caso de Ramón Lull, a los secretos designios de la Providencia y al misterioso influjo de la Gracia divina.

En la *Vita* coetánea, escrita por sus discípulos con toda ingenuidad, después de oírle, pocos años antes

de morir, exprésase claramente cuanto hemos dicho referente al hecho de la conversión. En el códice, también coetáneo, de Kalsruhe descríbese aún en sus deliciosas miniaturas; y en las obras hallamos innumerables referencias de los sucesos experimentados durante la conversión por Ramón Lull. La documentación sobre este hecho es tan numerosa y sólida como interesante, de modo que se trata de algo que, científicamente, facilita su examen.

Desde los mismos días de su conversión hasta el último aliento de su vida, cuanto hizo y pensó iba dirigido por los grandes propósitos formados inmediatamente después de su conversión: dar su sangre de ser preciso, en confirmación de su fé, y comunicar la verdad a los infieles; y para esto fundar colegios de lenguas orientales y «escribir libros, unos buenos y otros mejores, contra el error».

Siguieron diez años de estudio y ascetismo. Llegado a los 40 de su edad, atraído por una fuerza misteriosa precursora de grandes acontecimientos, retiróse al monte de Randa; y allí logró la intuición, la *iluminación*, de su vasto sistema filosófico. Este hecho señala el punto de partida de las grandes empresas científicas que le han de absorber durante los otros 40 años de vida que le restan. Muchas veces recuerda Ramón este acontecimiento con sentimientos de profunda emoción. De un primer vuelo sube a las más serenas alturas de la ciencia; y el antiguo *illiterat* se coloca en la categoría del primer sabio de su tiempo, maestro altísimo, sin haber sido nunca escolar. Y escribe sus primeros libros en árabe, entre ellos el *Art d'atrobare veritat* o *Ars Magna*, madre de su inmensa producción filosófica; todas las demás *Artes* lulianas serán hijuelas de este libro inicial.

No penetraré más en el estudio del hecho de la conversión de Ramón Lull. Sean suficientes las notas

relatadas; y conste que este hecho de su conversión fundamenta *subjetivamente* todo el pensamiento filosófico luliano. Este se presentará multiforme en el andar de los años. Pero siempre a través de la gama completa de la filosofía de todo el *Opus* científico y literario de Ramón Lull, vibrará la fuerza inicial de su conversión religiosa; y en esta vibración hallará el crítico una base sólida para su inteligencia y comentario. Porque entonces se inició la vocación filosófica del Maestro Ramón.

La conversión es debida a la *Bonitas Divina*; y la Divina bondad centra todo el sistema filosófico luliano. La conversión de Ramón Lull es fruto de redención; y el Redentor es el Verbo, Jesucristo, la segunda Persona de la Trinidad. Todos los amores irán en adelante hacia Jesús y para Jesús. Sin el Verbo «*nada fué hecho de lo que ha sido hecho*»; sin la redención obrada por Cristo, Ramón Lull continuaría apartado de la senda de salud. De aquí la gratitud inmensa de Ramón, y el amor inmenso de Ramón a su *Amado*. El *Amigo* penetrará el corazón del *Amado*; y concibirá el vasto plan de su ciencia, centrada por la ciencia del Verbo; y esta ciencia servirá para demostrar que Jesús es, con justicia y por derecho propio, Rey de todo. Más aún: todo cuanto existe existe es *per Christum* y *pro Christo*, es decir, *pro Christo homine*.

II—En efecto la «*Bonitas Divina*» centra toda la criteriología filosófica en los libros del bienaventurado Maestro. Todas las cosas son buenas porque Dios es bueno ⁽³⁾; y lo son, porque son participaciones de la «*Bonitas Divina*»; pues antes de que fueran, «fueron en el Verbo de Dios; y sin el Verbo nada ha sido hecho de lo que fué hecho» ⁽⁴⁾. Basándose en esta doctrina joannea, establece Ramón Lull su doctrina sobre la realeza de Jesucristo en medio de la creación.

Fundamento de toda esta su doctrina cristológica, es aquella tesis suya original de la creación del mundo *propter Christum hominem*, que el famoso Eymerrich — tanta fué su pasión — tuvo por herética ⁽⁵⁾.

En el libro *Dels Cent Noms de Deu*⁽⁶⁾, escribe: *¡Oh, Jesús! Por ti ha sido principalmente creado el mundo; porque te pertenece a Tí todo honramiento*. El sentido de esta frase lo explica aún en varias otras, por ejemplo: *«¡Oh, Creador! No estaría el mundo puesto en el mayor bien, si no fuese por el Hombre deificado, en el cual fuese honrado Dios... (y sigue, en el n.º 8). Dios creó al mundo por el hombre y se dió al hombre en cuanto de sí le deificó»*.

Estas manifestaciones tan vívidas son consiguientes a la doctrina según la cual Jesucristo es *el fin* del Universo. Esta persuasión de la realeza absoluta de Jesucristo viene confirmada o supuesta en las obras del bienaventurado Maestro. *«Por tres veces — dice — son las criaturas del Hijo: por creación, por semejanza y por re-creación⁽⁷⁾»*. *«Porque, cada una de las tres divinas personas en cuanto son Dios, son Creador⁽⁸⁾»*. Pero *«todo el Universo fué creado y proporcionado a Jesucristo⁽⁹⁾»*. *«En la creación del mundo, cada una de las divinas razones pone su semejanza⁽¹⁰⁾»* y *«por fin es Jesucristo hombre re-creador general del mundo⁽¹¹⁾»*. Y esto en tanto grado, que *«sin la encarnación, no participara Dios con la criatura en estando, sino en obrando⁽¹²⁾»*. Y por esto *«la encarnación es el fin de toda participación creada⁽¹³⁾»*.

En el *Libre de Jesuchrist* se extiende considerablemente el bienaventurado Maestro en la exposición de los principios de su Cristología⁽¹⁴⁾. He aquí algunos de los textos luminosos, recogidos al azar: *«Cuando Dios creó el mundo, todas las Dignidades fueron en la creación con sus actos. Crea Dios al*

mundo con su bondad, y por esto fué creado bueno. Y porque lo creó con su grandeza, lo hizo grande. Y porque lo creó con su eternidad, creó el cielo, los elementos, los ángeles y los hombres a un fin perdurable. Y porque creó el mundo con poder, lo creó poderoso; y porque lo creó con sabiduría, creó entendimiento de ángeles y de hombres e instinto natural; y porque lo creó con voluntad, creó voluntad de ángeles y de hombres y apetito natural; y porque lo creó con virtud natural, creó virtudes naturales; y porque lo creó con gloria, creó deleitación en las criaturas; y porque lo creó con perfección, cumplido dejó el mundo perfecto con sus partes naturales; y porque lo creó con fin, creó a todas las criaturas con una finalidad increada, con la que fué creada». Luego determina, la finalidad de toda la bondad creada, es decir, de cuanto es, diciendo: «Y con esto puede el hombre conocer que la encarnación de Dios es significada y declarada; esto es a saber, que el fin de la bondad creada lo es al fin de la bondad no creada; y el fin de la grandeza creada, es creada al fin de la grandeza increada... Y como la divina sabiduría sabe y la divina voluntad ama esta orden, por esto es razonable y amable... De donde, sabiendo la divina sabiduría que el mayor fin al cual puede el mundo puede ser creado, es que Dios se haga hombre y que el hombre, que es parte del mundo y participa con todas las criaturas naturalmente, sea Dios, conviene que así como la sabiduría sabe aquel fin mayor, así la voluntad de Dios ame aquel fin mayor, y que la divina bondad lo bonifique, y la grandeza lo magnifique, etra. por esto que igualmente las dignidades divinas y sus actos se hayan de concordar y concuerden hacia el fin mayor del mundo, que la divina sabiduría puede entender. Es luego manifiesto y probado que Dios se ha encarnado...» Sigue después fundamentado más estas

congruencias razonables, indicando que por esa encarnación del Hijo de Dios es por donde alcanzan las cosas creadas su mayor bondad, grandeza, etra.; de tal manera que la sabiduría de Dios no sabría dar una finalidad mayor o más noble, que creándolo todo con finalidad de la gloria de Dios y para ello de la encarnación del Hijo de Dios. De esta suerte Ramón Lull engrandece extraordinariamente el concepto de la creación del mundo, exaltando por él más y más su finalidad. «Dios creó el mundo de la nada; y la nada no tiene ninguna dignidad, ni nobleza alguna; porque si la tuviese, sería alguna cosa, y sería y no sería; la cual es imposible y es contradicción. De donde, como el mundo haya sido creado para conocer y amar a Dios y honrarle y servirle, el mundo no puede tener dignidad ni virtud bastante para tan alto y tan noble fin. Y por esto Dios quiso hacerse hombre, el cual participa de todas las partes del mundo, para que la fin del mundo, por aquel Hombre-Dios llamado Jesucristo, pueda bastar a la fin por que es creado». De modo que «si Dios no se hubiese encarnado, ni se hubiese podido encarnar, no tendría poder para que pudiese exaltar a la criatura sobre natura de la nada...». Los argumentos siguen en gran número, siempre persuasibles.

III—Se comprende esta tesis luliana y al afán con que la defendió y mantuvo, porque, psicológicamente hablando, Ramón Lull *la sentía*; y sentía sobre todo que una de las verdades religiosas más difíciles de inculcar, no ya a los gentiles (véase, por ej. el «*Libre del Gentil e dels tres Savis*» y el «*Libre dels V savis*»), sino a los mahometanos y a los judíos que trataba de convertir, era precisamente el dogma de la encarnación del Hijo de Dios. Este dogma es funda-

mental en el Evangelio. Y es claro que, para los que no admitían la autoridad de los evangelios, solo podían servir argumentos de razón; por esto se esfuerza el bienaventurado Maestro buscando la manera de *persuadirles*, para llevarlos a la fe y sobre todo para destruir prejuicios contra las doctrinas cristianas; y de aquí sus argumentos de congruencia, fundamentados en las *razones necesarias* de las sumas perfecciones o dignidades divinas, aceptadas, desde luego, por árabes y judíos.

La doctrina expuesta en la tercera parte, inicia y fundamenta una tésis interesante sobre el *Espíritu del Lulismo*; cuyo conocimiento deriva lógicamente —como dijimos en su lugar— del *cambio* personal, íntimo y absoluto, que se pone plenamente de manifiesto desde el mismo momento de la conversión, en la biografía del bienaventurado Maestro, a favor de un intenso apostolado religioso y científico. Entonces Ramón Lull, consiguientemente a su *decisión firme*, formula sus propósitos con un renunciamiento definitivo hasta la muerte, genuinamente franciscano.

¿Que entendemos por *Franciscanismo*?

La palabra *Franciscanismo* tiene, desde luego, un significado de concepto; se ha propagado mucho, se la oye por todas partes y ofrece muy distintas acepciones; ni por todos ha sido debidamente entendida. Pudieramos reducirlas a las dos siguientes: dimanante del ideal o espíritu franciscano en su influencia histórica, personal y colectiva, y estudio analítico crítico de las fuentes bibliográficas para determinar el carácter y el valor justo de aquel ideal en su significación y en su evolución histórica. Nos interesa la primera aceptación. El *Franciscanismo* es fruto de un ambiente y es al mismo tiempo la transcendencia sublimada del ideal en todas las manifestaciones vitales; es plamación heroica del genuino espíritu

evangélico, epopeya vívida, y leyenda; es la flor, ubérrima de ideal, que germina después de muchos siglos de laborío cristiano; es antítesis, la más viva, del paganismo muerto y enterrado que pugnaba aún por rebrotar en las conciencias europeas, especialmente mediterráneas. En la lírica sublime que envuelve con supremadonosura los prodigiosos ideales de San Francisco de Asís, descubrimos los esfuerzos, ora paganizadores, ora cristianos, de las generaciones anteriores. Pero la verdadera lírica mediterránea halláse ora en las trovadorescas exaltaciones provenzales, unguidas a pesar de su sensualidad, de cristianismo, y en la escuela siciliana en que alboreó la poesía italiana. Pero ni Ciullo d'Alcamo, ni Folacchiero di Siena, ni los autores del mecénico reinado de Federico II, ni la primitiva escuela toscana con Ciacco dell'Anguilara, la doncella Compiunta, Dietaiuti, Guido Donati y Brunetto Latino, lograron hacer sentir tan vivamente la exaltación del corazón, ni aún verse tanta difundidos, como, por ejemplo, el *Cántico del Sol* de San Francisco. Este himno constituyó la eclosión del espíritu franciscano y constituyó su síntetis maravillosa. Con el *Cántico* sugestionan a la par, en el siglo XIII, los «*Fioretti*», sin las cuales serían incomprensibles la vida y los hechos verdaderamente históricos; porque son un libro que concreta toda una época de exaltación mística y sublime, sin parecido igual en toda la historia humana. En efecto, forman el libro de la sinceridad franciscana; y la sinceridad—que es lo que históricamente personificaron San Francisco y sus frailes entre el vulgo y el Beato Ramón entre los hombres de estudios—solo encarna en espíritus arrebatados como los suyos. Y así la leyenda de San Francisco y sus frailes, como la leyenda de Ramón Lull, tendrán siempre en todas las literaturas un lugar excepcional; porque es un hecho incontrovertible que sus condiciones emo-

tivas nunca se manifestaron con tan sugestiva y pulcra suavidad en espíritus esmeradamente educados.

San Francisco, plasmación del espíritu evangélico en la plena florecencia del siglo XII, fué quien por vez primera supo unirse a la misteriosa esposa que vivió sola en el desierto mil y cien años y que, después de muerta, retornó esperando que los innovadores del nuevo siglo la reclamaran. Sinceridad y exaltación de la pobreza; he aquí lo que es el *Franciscanismo*. La verdad de San Francisco es la verdad de todas las clases sociales; y por esto ultrapasa la gesta del Dante. La verdad de Ramón Lull es la verdad vibrante, serena y avasalladora. Ramón Lull fué siempre poderoso y profundamente humano; y San Francisco fué tan profunda y poderosamente humano, que su vida constituye un supremo milagro de humanidad; es la simplicidad humana que triunfa, libre de trivialidades, austera, magnánima y fecunda, como cabe concebirla en el Paraíso terrenal. La sinceridad de Ramón Lull es la misma sinceridad de San Francisco.

La Humanidad es una mujer infiel, olvidadiza de sus hijos; les acompaña hacia «*la selva oscura*» y les abandona muy luego. En su egoísmo dinámico pierde de continuo la memoria, velando muy pronto e inconscientemente los mismos monumentos que fueron su gloria y su orgullo. Pero «*el Poverello*» vive en la memoria de los hombres, cristianos y menos cristianos, «tal cual fué en vida». Otro tal cabe decir, aunque en ámbito más reducido, de nuestro bienaventurado Maestro, surgiendo inesperadamente su memoria llena de sinceridad, de tanto en tanto, en medio de los avatares, aureolado de sugestión.

La verdad de San Francisco es la verdad de todas las clases sociales, como lo es en el «*Libre de Contem-*

plació» y sobre todo en el «*Blanquerna*». Tanto si estudiamos la figura de uno y otro a través de autores los más ortodoxos como a través de los heterodoxos o racionalistas, siempre aparecerán sus figuras irradiando belleza, sinceridad y verdad. Esta fuerza deriva, sin duda alguna, de la sinceridad y transparencia con qué San Francisco de Asís y el Beato Ramón tomaron puesto en el cuadro histórico de la vida. Fueron absolutamente originales y excepcionalmente originales; verdaderos retratos de la augusta figura de Jesucristo; su apostolado envolvía un grandioso ideal de redención de la Humanidad; y tan bien se retrata Jesucristo en San Francisco y Ramón Lull, que casi parecen una nueva encarnación del dulcísimo Nazareno, encarnación o personificación alegórica del consejo redentor: «*Sed perfectos*», o de aquella, «*sis alter Christus*». Esta noción de la sinceridad y de la pobreza evangélica contenía el germen de una gran revolución, o si quereis, de una reforma capital de orden político, religioso y social. La realiza con su obra San Francisco; e intenta fecundizarla más y más con su gesta heroica y sus libros nuestro bienaventurado Maestro. Ambos evocan vibrantemente la fecunda grandiosidad del himno de Belén: «*Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*». Paz a los pobres y a los ignorantes; y también paz a los ricos y poderosos; y a los sabios, mediante el cumplimiento de las leyes divinas y la fecunda y cordial correspondencia al infinito amor de Dios; paz a los fieles y a los infieles; paz a todos los hombres, sean los que fueren.

Si el concepto de la sinceridad franciscana es el nervio del llamado *Franciscanismo*, esta sinceridad queda con relieve plástico con la pobreza franciscana. El concepto de la pobreza franciscana es también ori-

ginal; no se caracteriza por la abstinencia ni la renuncia de la riqueza, sino que implica una verdadera toma de posesión. Ni Ramón Lull ni San Francisco y sus frailes rechazan la riqueza, ni menos las desprecian con la arrogancia del orgulloso o el estoicismo supersuficiente de los faquires; sino como quien huye de una insidia. El Beato Ramón Lull, cuando se vé desposeido de sus derechos de Jefe de Familia y de la administración de sus heredades, respira como quien se vé libre de una carga pesada. Véase la admirable descripción de la «*Vita*» coetánea y las alusiones a la pobreza voluntariamente aceptada, por ejemplo en los libros *De fine, Desconort*, etra. y sobre todo en el *Libre de Contemplació* y en el *Blanquerna*; y por lo que respecta San Francisco, en *I Fioretti*. Humanamente hablando no hallaremos en el fondo de esa aceptación voluntaria de la pobreza, más que una vindicación admirable de la humana libertad: de aquella santa libertad enseñada por el Divino Maestro, cuya norma es «*nihil habentes et omnia possidentes*». Con la victoria de esta libertad líbrase el corazón humano de los angustiosos cuidados, de las fútiles preocupaciones agostadoras y de la vanidad. Así el Beato Ramón y los frailes menores, como San Francisco, fueron inmensamente ricos; porque lo poseían todo pacíficamente: el hermano Sol, la hermana Luna, el hermano Viento, el hermano Fuego, el hermano Lobo, las hermanasavecillas... Esta posesión no implicaba el poderío, que siempre es un señorío insincero y egoísta; sino el afecto cordial y efusivo a cuanto es bello, amable, tierno, poderoso, suave y fuerte. Hermandad suavísima bajo la paternidad del Dios—*Bonitatis Divinae*—que viste a las flores con pétalos suaves y a lasavecillas con plumaje irisado, y da su comida a las bestias y la sabiduría al hombre y la armonía al universo. La concepción luliana de

la paternidad, de la filiación y de la procedencia del bien, toda ella evangélica, rima también suavemente sus donosuras y suavidades en la rima de «*I Floretti*». Con esta santa verdad, esta santa sinceridad, esta santa libertad y esta santa bondad, verificase en el mundo y en la historia de los hombres aquella finalidad divina de la creación: «*Hizo Dios al hombre a su imagen y semejanza*»; y «*Amor y amar, Amigo y amado se convienen tan fuertemente en el Amado, que son una actualidad en esencia; y Amigo y Amado son cosas distintas y concordantes sin contrariedad alguna ni diversidad; y por esto el Amado es amable sobre todos los amores*⁽¹⁵⁾».

Los medios para lograr la santa libertad de la pobreza reduciáanse a un solo: substituir la propiedad extrínseca de las cosas y de los hombres por una toma de posesión interna, afectiva, fraternal, de los hombres y de las cosas. Y esto es libertad. Porque la propiedad exterior es forzosamente muy limitada y embarazosa, y sobre serlo, hipoteca todas las facultades del propietario. La verdadera libertad—necesaria en el apostolado de San Francisco, como en el del Beato Ramón—exige una riqueza limitada con respecto al objeto de la propiedad y con respecto al sujeto. De esta suerte la pobreza franciscana no es un medio, sino un fin, que se confunde con la dicha de los «*Beati pauperes...*», alcanzando la soberanía de la razón y del corazón, que es alegría, sobre lo pecaminoso y oscuro, que es tristeza y dolor. La antítesis más luminosa se manifiesta entre el comunismo franciscano y el comunismo europeo actual, sea socialismo o bolchevismo. El primero no busca la riqueza sino la pobreza; dice a los ricos y poderosos: «Haceos pobres; conquistad la libertad de vuestro espíritu; sed inteligentes y virtuosos, porque en esto reside la verdadera alegría que consiste en la

libertad del corazón; mientras la riqueza importa esclavitud». Y dice a los pobres: «Ya tenéis la pobreza, que es un don; conquistad el espíritu de la pobreza que es libertad». En cambio el comunismo libertario de hoy exalta lo vanidoso de la vida y anula el individualismo cristiano para formar el hombre-pieza, es decir, el ex-hombre; luego tiende a la pérdida absoluta de la libertad. Y así también la revolución de San Francisco en el siglo XIII, es radicalmente distinta de las reivindicaciones proletarias en boga que, en el fondo, no son sino la exposición de un egoísmo odioso y agresivo. Escribe el bienaventurado Maestro:

.

*Mays val franquea en voler;
 en remembrar e en saber,
 que en regnar ne en haver.
 Creá Deu hom franc en vertut:
 Mays hom es serve esdevengut
 per ço car se's desconegut.
 Tot hom pot libertat haver,
 en amar Deu e cor tener,
 car Deu no força nul voler.*

.

(16)

Ramón Lull ama aún a los que van errados (véase el *Libre del Gentil e dels III Savis; Libre del Gentil e dels Cinc Savis; Blanquerna; Libre de Fi*; etra.) con el deseo fervoroso de llevarlos a la santa verdad; y corrige a los que yerran con palabras de caridad efusiva. Es el mismo amor de San Francisco. La moderna demagogía ha escrito con sangre

y llamas su leyenda; El Beato Ramón como San Francisco, la escribieron con la suave luminosidad de una clara aurora de promesa. Aquella dice, por ejemplo: «Odio a los que fueron ricos y a los hijos de los ricos...» «Quemad, arrasad. .». Decía San Francisco: «Hermanos ladrones: venid a nuestra casa y os haremos parte de nuestro yantar, de nuestro puchero y de nuestro vino». Y como si no bastase esta afectuosa invitación a los hijos del pecado, muy luego les llevaba a *Borgo Santo Sepolcro* los huevos y la carne que para ellos había mendigado. Ramón Lull, cuando fué herido con peligro de muerte por su esclavo moro, se apesadumbra dramáticamente por no hallar manera de salvarle, ⁽¹⁷⁾ después de haberle perdonado. Esta efusión de su corazón se manifiesta infinitas veces en sus obras, en sus predicaciones y en la anecdótica descripción de la *Vita* coetánea. De aquí que no dejó (como San Francisco de Asís) de encontrar una admiración efusiva en las multitudes; «*lo poble hauia gran confiança que nostro Senyor Deu fería gran meravelles per mans d'aquell*» ⁽¹⁸⁾.

Para unos, estéticos y poetas, San Francisco y Ramón Lull, a pesar de las grandes desemejanzas en la manera de ejercer el apostolado, pero con una misma finalidad apostólica, fueron grandes amadores de la naturaleza; para otros, filósofos y sociólogos, grandes tipos de reformadores sociales. Para Thode fué San Francisco precursor de la Reforma; pudo serlo Ramón Lull, principalmente por su «*Blanquer-na*». A otros les causan admiración como grandes ascetas y fieles cumplidores del Evangelio frente a las costumbres de toda una época, humillando con su sinceridad y su verdad a los ricos, príncipes e nfluyentes; etc.

Este *franciscanismo* de Ramón Lull revela sobria y elocuentemente el verdadero *Espíritu* del *Lulismo*.

V—En efecto. este *franciscanismo* del bienaventurado Maestro corre parejas con el *franciscanismo* de San Francisco de Asís. Las mismas circunstancias de la conversión de Ramón Lull ofrecen por de pronto grandes semejanzas con las de la conversión de San Francisco. Los propósitos formulados en la misma noche de la quinta aparición del Crucificado recuerdan aquellos otros formulados por San Francisco a los pies del Santo Cristo de San Damián. Ambos correrán con soberbio impulso, con una tenacidad inquebrantable, hácia un fin bien determinado: el de llevar a todos los hombres a Cristo; a un ideal evangélico obrado por el amor. Ambos destácanse en medio del mundo trivial del siglo XIII por un cambio rotundo de vida, después de una juventud mundana y pecadora. Ambos aspiran a encender en el mundo el fuego del amor divino, y emprenden la gran tarea de convertir a la humanidad, enardecidos por el espíritu de caridad del Evangelio; y abren y siguen sincera y generosamente el apostolado.

Solamente difieren en los medios que precisa usar para hacer fecunda la tarea. San Francisco como Ramón Lull, concibe un proyecto sugestivo; el de substituir para siempre las armas que hieren y matan por las armas espirituales que curan y vivifican. Con estas armas del espíritu han de conquistar el mundo por Cristo y aún con ellas han de lograr la ocupación cristiana de los Santos Lugares y de los países de infieles. Pero San Francisco, más angélico que humano, más Pedro que Pablo, rechaza el fárrago de la erudición, huyendo de las disquisiciones filosóficas y de las sutilezas de la polémica, para poner únicamente sus esperanzas y su confianza en la verdad amable y sugestiva del Evangelio, siempre asequible a todo el mundo; proponiéndose verter toda su sangre en confirmación de esta verdad.

El Beato Ramón también aspira y logra la púrpura del martirio en testimonio de la verdad de su fe. Pero no solo no rechaza las armas de la filosofía, sino que transforma y ensancha su concepto, haciéndola sugestiva y asequible a sabios e ignorantes, es decir, democratizándola por primera vez en la historia, cultivándola con esmero, haciendo de ella un instrumento popular y decisivo a favor de la fe.

San Francisco es el «*Juglar de Cristo*» en medio del mundo, saturándolo todo de amabilidad evangélica, «*revistiéndose de Cristo*», según la frase de San Pablo, para atraer a los hombres hacia Cristo. El Beato Ramón es el «*Juglar de Valor*», transformado por el mismo amor de Cristo, que hablará, escribirá y cantará, haciendo amable y sugestivo el conocimiento de la verdad, dando ancho campo a las prerogativas del entendimiento; y para esto unguirá antes de sabiduría a la razón vulgar, iluminándola con la verdad racionalmente demostrada. El «*Juglar de Valor*» iniciará con esto una Filosofía de conversión.

Ramón se manifiesta así, como un filósofo netamente cristiano, como quien busca la sabiduría. Pero nunca usará de la ciencia por la ciencia, sino en cuanto es instrumento útil para sus planes de conquista espiritual del mundo. Este apostolado luliano llegará a los confines; porque hará que todos los hombres iluminados por la verdad demostrada, vayan en pos de Cristo, reintegrando a la pureza evangélica a toda la Cristiandad. Y los infieles, los cismáticos, los herejes y los cristianos serán sugestivamente llevados a la noble palestra de la razón, para que no haya en el mundo más que una sola fe, un solo redil y un solo pastor. ⁽¹⁹⁾

Este apostolado es hartamente complejo; y por esto será compleja su gesta literaria, adquiriendo un carácter eminentemente enciclopédico.

La especulación, que en Grecia no fué sino una orgía intelectual y aristocrática, se convertirá, por obra del Beato Ramón, en una palanca gigantesca que ha de levantar al mundo de los doctos y de los ignorantes.

Por esto no quiso ser en realidad un maestro de maestros, ni pretendió o tomó a pecho la fundación de una escuela determinada; sino que lo que ansiaba era ser maestro de hombres, restaurando sus fuerzas espirituales para acercarlos al dulce convivio del Verbo que era «*Luz que ilumina*», a quien «*las tinieblas no comprendieron*»⁽²⁰⁾.

Por esto únicamente recoge, si es preciso, parte de la tradición helénica, del acervo filosófico tradicional de los árabes, de la patristica; pero todo para fortalecer el sistema que conceptúa salvador, intuido el día de la *iluminación* de Randa.

Penetrará en las cuestiones más abstrusas; divagará en la más ardua especulación metafísica y al hallar una solución razonable, ya a fuerza de argumentos apodícticos o de puras congruencias, lleno de alegría íntima, las democratizará, haciéndolas sugestivas, ungiéndolas de poesía.

Su transfiguración evangélica le lleva—como a San Francisco—a la dulce exaltación del sentimiento de la naturaleza, que de suyo es dadivosa y buena y bella. Y abrazará también a la hermana *Povertade*, para hacerse Rey de todo. Aquella dulce alegría que experimentaba Jesús, traduciéndola en parábolas, al contemplar el lirio del valle mejor vestido por el Padre Celestial que Salomón en medio de su pompa; lasavecillas del cielo, que el Padre Celestial mantiene; las fecundas sementeras y el ondular de los trigales, que serán emblema de las fecundas sementeras de la gracia; las vides cubiertas de largos pámpanos, cargadas de sabroso fruto; la fecundidad del grano de

mostaza, símbolo de la fecundidad evangélica...; será la misma alegría ingénua del Beato Ramón, como lo era de San Francisco, elevando el sentimiento afectuoso para sus planes de conquista, y para glorificar al Creador.

El *Poverello* de Asís se dirigirá al Hermano Sol, a la Hermana Luna, al Hermano Lobo, a las Hermanas Avecillas, y entonará deliquiosos himnos en que la Bondad suprema atraerá con suavidad los sentires y los quererres de los hombres olvidadizos. Cuando el Beato Ramón enseñe aquella *Ciencia*, salvadora a su juicio, que como recibida del cielo tiene ⁽²¹⁾, lo hará en un ambiente propicio a la dulzura evangélica y al sentimiento humano. Nos hablará de bellas fuentes arrulladoras, de árboles hermosos y corpulentos, cubiertos de fronda, nidal de aves canoras; en las raíces, en el tronco, en las ramas, en los brotes, en las hojas, en las flores y en los frutos hallará con suprema donosura, el símil, símbolo de sugestión que hará gratas y amables las supremas verdades. Si discute, sus discusiones y controversias se desenvolverán serenamente, unгідas de paz, con amable tolerancia y con suavidad evangélica ⁽³²⁾.

En Jesús de Nazaret el sentimiento de la naturaleza tiene un fuerte matiz religioso—metafísico. También lo tendrá, aunque diversamente, en San Francisco y en el Beato Ramón. Ambos harán amar lo transcendental y eterno con la sugestión cordial de la dulzura evangélica; y para ello San Francisco se dirigirá directamente al corazón de los hombres. El Beato Ramón, fundamentando su vasta concepción filosófica en la doctrina evangélica del verbo al Dios, esclarecerá la inteligencia de sus hermanos los hombres; y éstos vendrán en conocimiento de la Verdad eterna, infinitamente perfecta, por la que son verdad todas las demás verdades. Porque Ramón no puede pres-

cindir de la ciencia, como prescinde San Francisco de Asís; cuyas dificultades tratará de reducir, porque «aun que es mejor y más fecundo el conocimiento de Dios obtenido por la revelación y la fe que el adquirido por la razón», no obstante la inmensa mayoría de los hombres que Ramón Lull, «*Procurador de infieles*»⁽²²⁾, ha de llevar al Amado, no recibieron la fé, ni aceptarían los argumentos de autoridad. Y por esto se esfuerza en buscar nuevos argumentos de razón.

VI. — Al periodo sentimental sucede siempre el de la reflexión. Por esto el apostolado de San Francisco fué más bien cordial, afectivo, como correspondiendo al antecedente cronológico, inteligente, del Beato Ramón. Cuando éste se decide a iniciar su apostolado, las controversias religiosas adquirirían valor de crítica racional; prueba de esto los escritos de Ramón Martí y de Santo Tomás de Aquino. Y cuando cundieron las inoculaciones del racionalismo averroísta, la crisis entre la fe y la razón, la filosofía y la teología, alcanzaba su periodo álgido. Y he aquí porque Ramón Lull, aun usando siempre de la amable sugestión franciscana, urgido por una perfecta comprensión del preciso momento histórico y del modo de ser de los hombres del siglo XIII-XIV, añadía la sugestión avasalladora de la verdad esclarecida por un razonamiento sabio, hecho asequible a fieles y a infieles, a doctos y a ignorantes.

San Francisco pudo entender que cualquier menestral poseedor de la fe y de la virtud sabía más de Dios que Platón, el cual confiesa cuan difícil es comprender al Constructor del Universo. Ramón Lull se verá precisado a fundamentar lógicamente en la razón de los hechos el motivo de credibilidad, para hacer más eficaz la adquisición de la fe. Confiesa no obstan-

te que «*es tan solamente Dios quien otorga la luz de la fe a los hombres que se convierten conociendo la verdad*»; y por esto él hará una *filosofía de conversión*, preparando los caminos del Señor; bien persuadido de que «Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva». Conoce perfectamente la posición de los infieles y paganos—porque los ha estudiado personalmente—sus prejuicios adversos al nombre cristiano, las erróneas creencias sobre las doctrinas de la Iglesia; por esto buscará la ayuda de la razón; porque «*el hombre por virtud de Dios tiene poder de entender, de demostrar y de recibir la verdad por razones necesarias*». Y en efecto, «*es cosa cierta y notoria que el error es mejor destruído por razones necesarias que por la fé; es por esto que entendimiento y luz de sabiduría convienen en entender y fe e ignorancia en creer. Y como por esto es notorio al humano entendimiento que los infieles que propugnan la destrucción de la santa Iglesia romana, son más fácilmente confundidos en sus errores y falsas opiniones y mejor aparejados a recibir por demostraciones necesarias que por la fe o creencia manifestada por los hombres...*».

Este afán será sin duda algo racionalista y criticista; pero siempre dentro de la más pura ortodoxia; racionalismo y criticismo sencillamente provisionales, que no son sino una táctica de combate correspondiente a necesidades perentorias. «*Como Dios, mayor y finalidad convienen, y ha ordenado en algunos hombres que el error sea destruído por la fe; con mayor razón ha ordenado que sea destruído por la luz del entendimiento iluminado con la luz de la soberana sabiduría*».

Existe pues en Ramón Lull, un actitud decididamente franciscana.

NOTAS

(1) Sobre es'e propósito véanse, por ej. las siguientes obras: G. Runtze, *Psychologie der Religion (Handbuch der vergleichenden*. Band II, Munich, 1922) donde se da larga referencia bibliográfica; Sante de Sanctis, *La conversione religiosa. Studio bio-psicológico* (Bologna, 1924) Th. Mainage, *La Psychologie de la Conversion* (3.^a ed., París 1919).

(2) Sante de Sanctis, o. c. pág. 207, dice: «bisogna distinguere il misticismo patológico di quello normale e questo dividere in impuro e puro, cidé normalmente sublimato».

(3) «Vidit Deus cuncta quae fecerat et erant bona valde» Génesis, I - 31.

(4) San Juan, Cap. I de su Evangelio.

(5) Vide: EYMERICH, *Directorium Inquisitorum*, Parte 2.^a, cuestión 9, art.º 41.

(6) Poema de carácter teológico dedicado al Papa y escrito en Roma en 1285. Editado en Mallorca, con su versión castellana, 1859, juntamente con las demás Obras rimadas. Vide; Cap. XXXIII, 6; XXXIV, 5 y 8

(7) *PROVERBIS DE RAMÓN*, VII, 17.

(8) id. id., XXXVI, 15.

(9) id. id., XXXVI, 8.

(10) id. id., XXXVI, 19

(11) id. id., XXXVII, 12.

(12) id. id., XL, 7.

(13) id. id., XL, 9.

(14) *LIBRE DE JESUCHRIST*, parte segunda del *LIBRE DE DEU*, Cp. I (Edición de Mallorca, 1901, páginas 331 - 337.

Vide: P. R. PASCUAL, *Vindiciae Lullianae*. Volúmen II, págs. 359-361. P. Fray SAMUEL D'ALGAIDA, *Christología Lulliana seu de motivo Incarnationis doctrina Beati Raimundi Lulli* (Extracto de la «*Collectanea Franciscana*» Tomo II, fasc. 7, páginas 145-183, Asis, 1931). El malogrado Fray Samuel d'Algaida, de la Orden de Menores Capuchinos, eruditísimo y ejemplar ministro del Señor, ha cerrado recientemente sus ojos a la vida percedera, cuando comenzábamos a saborear sus fecundos trabajos de investigación lulliana. Descanse en Paz. Sirva este recuerdo de modesto tributo a su esclarecida memoria de fervoroso lullista.

(15) Del *LIBRE D'AMIC E AMAT*, vers. 213.

(16) *DE LOS CENT NOMS DE DEU*, XIII —Oh, Libertat! (Ed. Mallorca, 1859, pág. 215).

(17) *Vita* coetánea, ed. Moll, págs. 13-14.

(18) *idem.*, pág. 17.

(19) *BLANQUERNA*, Capítulo 94, 3 ed. cit. pág. 364.

(20) San Juan, Cap. 1.

(21) Son innumerables los textos en qué Ramón Lull atribuye a la Bondad de Dios la intuición de Randa. Véase mi obra «*El Beato Ramón Lull*», Cap. X.

(22) Ejemplo de esta actitud, es la escena controvertista que se desarrolla en el «*Libre del Gentil e dels III Savis*». Vide: ed. c. pág. 4.

(23) *LIBRE DE CONTEMPLACIO*, Ed. c. págs. 415-416 y 325-326.

IV

INTENTO LULIANO DE UNA ECUACIÓN ORTO- DOXO ENTRE LOS TÉRMINOS "FE" Y "RAZÓN"

SUMARIO:

*I—Irrupción del criticismo.
II—Averroes. Las doctrinas aristotélicas sobre la eternidad de la materia y la teoría psicológica.
III—La distinción averroista entre la verdad filosófica y la verdad teológica. IV—Ramón Lull representa el máximo esfuerzo de la ciencia cristiana contra la absurda distinción. V—Las «Raons necesaries» de la argumentación luliana correspondían lógicamente a las exigencias circunstanciales del apostolado, es decir, a urgencias del momento histórico.*

I—Merced al éxodo de los intelectuales musulmanes y judíos y sobre todo a los comentarios averroistas exaltados de las escuelas españolas, difundidos por la Europa medieval, las inteligencias, de suyo rebeldes y revolucionarias, del siglo XIV, se saturaron de racionalismo; a la contradicción siguieron lógicamente la duda y el escepticismo teórico y práctico. Solamente por el ánsia de cultura y con motivo de esta irrupción averroista, se puede explicar, históricamente hablando, la renovación enorme de valores intelectuales en la Europa de Ramón Lull. No se trataba de una influencia de la tradición musulmana, que nada pudo en Europa ni aún en España, durante los ocho siglos de hegemonía islamita en tantas partes; fué precisamente lo contrario a esa tradición; era una filosofía que llenaba de angustia, de celos y después de odio, a la verdadera tradición musulmana. La inoculación de esta filosofía, antitética al verdadero espíritu musulmán, fué tan caudalosa en Europa, que aún en pleno siglo XVII, dejaba sentir sus efectos en el norte de Italia, sobre todo en Bolonia. Y de aquí también el colosal y extraordinario esfuerzo realizado por los doctos del mundo cristiano, en defensa de la cultura religiosa tradicional, aún consintiendo y reafirmandose en la posesión del caudal filosófico griego, en buena parte aceptado por los Santos Padres y teólogos cristianos y ofrecido de nuevo con las versiones y la interpretación musulmana y hebrea.

II—Averroes no fué ciertamente el decidido racionalista imaginado por Rénan ⁽¹⁾ porque precisamente él fué uno de los sabios islamitas que más esfuerzos

hicieron para conciliar la religión y la filosofía ⁽²⁾. Sin duda por esto fué tenido con tanto aprecio por los filósofos y teólogos cristianos de los siglos XIII y XIV. Más es preciso aceptar que las filosofías averroistas principalmente sobre la eternidad de la materia y la teoría del intelecto uno, eran profundamente racionalistas y enemigas de todo dogma religioso, por su propia naturaleza ⁽³⁾. Averroes, siguió, generalmente hablando, las corrientes del peripatetismo musulmán; pero hizo más: las llevó hasta sus últimas consecuencias doctrinales que luego debían dejar bien patente el divorcio entre la filosofía y la teología, entre el dogma y la razón ⁽⁴⁾. Estas doctrinas hállese radicalmente expuestas en el opúsculo que escribió comparando la filosofía aristotélica con la de los *motecalim*, sobre la existencia del mundo, apoyadas en la concepción aristotélica de la vida que se halla en el movimiento; según esto, todo movimiento supone un sujeto que lo realiza; el cual, en el orden de la vida universal, es la *materia eterna*, desprovista de cualidad positiva y apta para recibir las más opuestas influencias. Luego la *materia* es la simple posibilidad de ser, y en este sentido —según Averroes— toda substancia es eterna por su *materia*; porque lo es por su potencia de ser; luego no pasa la cosa del no ser al ser, porque esto equivaldría a decir que algo posee una disposición que no ha tenido jamás; sobre la posibilidad tiene la existencia; según lo cual, esta condición no es sino un paso de la potencia al acto; es decir, una evolución, no una creación. Luego queda excluida la creación *ex nihilo sui et subjecti*. Y como la idea de Dios, según esto, queda reducida a la razón universal de la vida, reviste una forma panteísta; de esta suerte el esplendor de Alah queda empequeñecido ante la inmensidad y la eternidad de la *materia*. Era lógico que la tra-

dicción musulmana, fundamentada en el dogma monoteísta, viera incompatible la doctrina de Aristóteles con la de Mahoma.

Afirmábase más este divorcio con los comentarios a la teoría psicológica de Aristóteles. Afirma Averroes que la naturaleza intelectual se halla separada del alma, irradiando sobre el alma del hombre, «como la luz del sol irradia su luz sobre las cosas». De esta irradiación obtiene el alma del hombre las formas inteligibles de las cosas, tal como las cosas salen de la oscuridad y se manifiestan bajo la luz del sol. Y como esta luz se multiplica y se extiende, también la luz intelectual se multiplica y muestra las cosas. En la tesis distingue dos intelectos: el posible y el agente, y separa la inteligencia del alma humana.

El entendimiento agente es la manifestación inmutable y universal de la inteligencia eterna; el entendimiento posible es la forma pasiva de la inteligencia, según el dicho de Aristóteles, *tamquam tabula rassa in qua nihil est scriptum*; entre los dos entendimientos hay una relación semejante al de la luz del sol y de los objetos iluminados. De esta suerte quedó definida por Averroes la doctrina aristotélica de los dos intelectos. Una consecuencia se deriva de esta teoría según la exposición musulmana: la negación de la inmortalidad del alma humana; porque la única forma intelectual permanente e inmutable es la inteligencia eterna, el intelecto agente, quedando reducida el alma a la *tabula rassa* que participa de la luz intelectual por irradiación.

III—Es lógico ver que cuando esta luz se aparta del alma humana, ésta queda en las tinieblas de lo no intelectual; queda privada de conciencia, y por ende deja de existir. Una doctrina que envuelve en

sus fórmulas impersonales y abstractas, a todo el universo; que considera a Dios como una razón inmutable y suprema, y a la humana individualidad como un fenómeno pasajero e insignificante, debía chocar necesariamente en el pueblo musulmán, y sobre todo en el cristiano. No obstante, en el siglo XIV, no se podía prescindir de la fe, que se mantenía viva en el pueblo e informaba toda la constitución social, por la que habían luchado los cristianos; ni parecía posible a los pensadores más o menos racionalistas desligarse completamente de la tradición. De esta suerte se inventó la teoría hipócrita y oportunista que les permitiera convivir pacíficamente con la fé del pueblo tradicional. Esta fórmula, también de importación musulmana, y sumamente irónica, fué la *dintinción entre la verdad teológica y la verdad filosófica*, que más adelante debía cohonestar a su manera la libertad de conciencia y de acción, aún denegando implícitamente todo lo absoluto de verdad, ya que admitía los criterios opuestos de la teología y de la filosofía, con relación a la misma. Esto significaba en realidad la pérdida de la fe en los llamados averroístas y la emancipación de la conciencia. Ramón Martí y Santo Tomás —como vimos— realizaron esfuerzos colosales para asimilarse la tradición aristotélica, corrigiendo y adaptando cuanto fuese preciso para evitar el divorcio entre la fe y la razón fortaleciendo así la tradición del pueblo y el pensamiento de los cristianos doctos. De esta suerte también, mientras la tradición aristotélica en manos de los doctos musulmanes había llevado la confusión y la ruina por doquiera, fué encauzada en la corriente cristiana de Europa, no solamente sin destruir el fundamento de la religión, sino aún robusteciéndolo. No obstante este hecho positivo, la tendencia racionalista de la interpretación musulmana produjo

en muchas conciencias el escepticismo trascendental y aun la negación del dogma religioso.

Por los textos aducidos anteriormente, vemos que Averroes apareció en Europa en un principio con el carácter de un gran sabio y como el más feliz comentador de las doctrinas de Aristóteles; por esto en un principio, no pudo parecer tan peligrosa la tendencia racionalista de la interpretación musulmana, hasta que se notaron los estragos, cuando el llamado averroísmo fué representante de la indiferencia y de la incredulidad en materia religiosa. Con su distinción entre la verdad de la teología y la verdad de la filosofía, dió la sensación, desde luego muy lógica sobre aquellas bases, de la *indemostrabilidad* de las verdades religiosas. Prueba de este espíritu fué la rápida divulgación del famoso libro «*De tribus impostoribus*», en que se trata de tales a los fundadores de las tres religiones, judía, mahometana y cristiana; libro que fué falsamente atribuido al mismo Averroes. El nombre de Averroes había llegado a ser emblema del cinismo y de la abyección, que debía combatir Ramón Lull con tanto denuedo.

IV—Para ello Ramón Lull, que desde el primer momento de su apostolado se había percatado del auge del racionalismo y de la incredulidad, entre mahometanos, judíos y cristianos, realizó esfuerzos intelectuales inauditos para demostrar de algún modo «*per raons necesaries*», por argumentos razonables, las verdades de la fe. Se había dado perfecta cuenta de que el filosofismo invadía las conciencias; y de aquí el afán de reducir a fórmulas lógicas los principios de la fe, poniendo de manifiesto el absurdo de una doble verdad y armonizando la fe con la razón, la teología con la filosofía.

Ayudaron también copiosamente a la divulgación del racionalismo averroista los comentaristas judíos españoles y provenzales, entre los cuales la interpretación musulmana llegó a imponerse; y esto de tal modo, que toda la numerosa Escuela de Maimónides siguió decididamente la corriente averroista. Muy pronto fueron focos de la campaña las sinagogas provenzales, catalanas y aragonesas—que conoció Ramón Lull—⁽⁵⁾, apesar de la enérgica resistencia que en un principio habían demostrado. De esta suerte el judaísmo fué, en la Patria de nuestro Maestro y en los días más vibrantes de su apostolado, el principal representante del averroismo racionalista. Sirvieron considerablemente a esta campaña las versiones hebraicas de las obras de los comentaristas musulmanes, principalmente por obra de la familia de los Tibbónidas, que se ocupó en esta labor durante casi todo el siglo XIII y buena parte del XIV,

A principios del siglo XIV, cuando Ramón Lull se convierte en «*Héroe de la cruzada contra el averroismo*» al decir de Rénan, no faltaban los judíos que, antes muy aferrados a la ortodoxia, sacrificaban abiertamente el dogma a las exigencias criteriológicas de la filosofía averroista. Tal ocurrió, por ejemplo, con Messer León (*Levi-ben-Gerson*), catalán de nación, admitiendo publicamente la eternidad de la materia, la imposibilidad de la creación entendida en sentido ortodoxo, y otros puntos de la interpretación musulmana. Desde luego estos ejemplos cundieron en Cataluña, la Provenza, Mallorca y Aragón⁽⁶⁾. El mismo Ramón Martí llega, en 1284, a tomar—tanta era la convicción—como doctrinas netamente mahometanas las averroistas, y refutando éstas cree refutar a Mahoma.

V.—La posición de Ramón Lull, buscando fórmulas lógicas para armonizar la fe y la razón, la teología y la filosofía, era lógicamente justa y circunstancial. Los enemigos de su fe religiosa eran, en efecto, los escépticos y los incrédulos; y estos esgrimían la fórmula absurda de aquel divorcio intelectual. En esta posición, su obra científica adquiere grandiosas proporciones. Fundamentalmente acepta, en las argumentaciones, la deducción aristotélica y la inducción platónica; y ya en el campo libre de la filosofía, se lanza a demostrar, *como puede*, que la verdad es una e inmutable, que es *una* la ciencia, y que la fe es la única salvación en Dios.

Como su apostolado se desarrolla en un ambiente pletórico de racionalismo, supervaloriza las razones lógicas, explicando por medio de demostraciones de congruencia, los mismos sutiles misterios del dogma, con el fin de salvar la fe por medio de la razón, en las conciencias, donde rápidamente declinaba. Esta posición de la unidad de la verdad es la base de sus demostraciones; de modo que cuando las reúne en un libro extraordinariamente importante para la interpretación de su pensamiento ⁽⁷⁾, comienza agudizando la valoración de esta base, dando por supuesto el contenido de la fe y la capacidad de la razón para dirimir la contienda. Comienza el «*Libre de demostracions*» con estas palabras: «Siendo la razón menospreciada, aquí abajo, entre los hombres que dicen que la razón no puede entender por razones necesarias (*filosóficas*) la santa trinidad de Dios, ni la gloriosa encarnación del Hijo de Dios; y como Dios, para que el entendimiento *demuestre*, ha exaltado a la humana especie sobre las demás que le están debajo en nobleza; por esto, yo, que soy un hombre culpable, mezquino, pobre y de poco entendimiento, menospreciado de las gentes e indigno de que mi nombre sea escrito en este

libro ni en otro cualquiera, comienza este libro con la gracia de Dios, que se propone acabar, *para que los infieles sean dirigidos a la santa Fe católica y para que a la razón le sea notoria la honra y la verdadera Luz* ⁽⁸⁾ *por la cual Dios ha iluminado, para que puedan entender los Artículos por razones necesarias». En el primer capítulo, comienza también presu-
poniendo la fe en la razón: «Cosa cierta es y manifies-
ta que el error es mejor combatido y destruido con
razones necesarias que por la fe; y la razón de ésto,
porque entendimiento y luz de sabiduría se convie-
nen en entender». Presupone, desde luego la Fe y la
y la gracia; y así dice: «Deus es tan solament qui
dona lum de fe als homes qui's converteixen, cre-
güent veritat; mes home. per la virtud de Deu, ho
poder d'entendre e demostrar e de rebre veritat per
raons necessaries».*

El artificio lógico-didáctico luliano, de decir, el «*Art i Ciencia General*», no es sino un arte del bien pensar; sus figuras, sus árboles, sus cuadros y sinópsis constituyen la sistematología pedagógica del sistema filosófico luliano; y esta sistematología hállase con frecuencia aplicada, en cuanto es posible, a la demostración de los artículos de la fe. Todo ello es lógico y razonable, pero sin ninguna tendencia racionalista en el sentido en que se toma por algunos. Si se quiere, admítase en buena hora una cierta especie de racionalismo circunstancial; porque es circunstancial el criticismo usado por el venerable Maestro, que escribía en determinado momento criticista; racionalismo y criticismo que tienen un significado de urgencia ineludible; uno y otro están pre isamente al servicio de la fe; ambos tienden a proporcionar una explicación raoznable para aquellos que seguían, en unos momentos críticos, un cierto racionalismo *a ultranza* y un criticismo demoleedor. No puede usar

de argumento de razón; pero halla los argumentos de congruencia (en los que actúa su supuesto racionalismo), multiplicándolas incesantemente. En muchos de estos argumentos hállase la fuerza natural de los impulsos íntimos de la conciencia, nada despreciables en buena apologética. Sabe bien que el humano conocimiento tiene muchas limitaciones, que existen secretos profundos que la razón no alcanza.⁽⁹⁾ Pero sabe también, una cosa: la firmeza de su fe y que su fe es verdad. Entiende que esta verdad solamente puede ser enseñada por «raons necessaries», razonablemente, «*per veres demostracions*». Mas si ahondamos hasta lo íntimo de la filosofía luliana, hallaremos que la posesión de la fe y de la verdad de la fe todo lo absorbe y fortifica, transformándole místicamente; el *substratum*, en una palabra, del *sentido luliano*, es místico. Y así, la contemplación de Dios⁽¹⁰⁾ le puede elevar a un grado que ya la razón adquiere, por la bondad de Dios, una visión más perfecta y fecunda; porque «*l'amor s'estendrà, i la saviesa s'axamplará, e son saber, e sa suti'ea, e sa gracia e sa benedició*». Por esto dijo, harto acertadamente, el ilustre lulista Don Tomás Carreras y Artau⁽¹¹⁾, que «la convivencia, mejor que la conciliación de las anotadas tendencias racionalista, crítica y mística, y en general la trama íntima de la filosofía luliana, aparece clara, cuando se estudia el proceso del pensamiento y la vida de Lull paralelamente con los momentos principales de la vida espiritual de San Francisco. Lull, como éste, encuentra planteado un negocio espiritual que considera urgente y extraordinario: la conversión de los infieles; y es aquí donde queda justificado su racionalismo. Pero el Doctor Iluminado, como el *Poverello* de Asís, persigue normalmente un ideal de perfección evangélica, social e individual... Sobre todos los estamentos (que trata de enderezar

hacia Dios), Lull, personificado en la figura ideal de Blanquerna, comienza la vida contemplativa como el ideal más perfecto para él». El «*Ars Magna*», al decir del mismo, es a la vez un *arte de conversión*, un *arte de salvación* y un *arte de hallar verdad*.

«Estos tres artes se corresponden con los motivos esenciales del pensamiento luliano, o sea con las tres personas que conviven en el mismo hombre: el *polemista* arrastrado por la corriente de las grandes controversias apoloéticas; el *místico*, apostólico, trovador de Cristo, hijo espiritual del Franciscanismo, y el *filósofo* estricto, buscador de la verdad... Seguir paso a paso, a través de la espesa bibliografía luliana, confrontada con la psicología personal del Doctor Iluminado, la evolución que aquella Arte de descubrir verdad, experimenta en la mente de su autor,» equivale al estudio del verdadero *pensamiento luliano*.

NOTAS

(1) En *Avérroes et l'Avérroisme*, pág. 32.

(2) Véase: M. Asín, *El averroísmo teológico de Santo Tomás de Aquino* (En *Homenaje a D. F. Codera*, Zaragoza, 1904); L. Gauthier, *La Théorie d'Ibn Rochd sur les rapport de la Religion et de la Philosophie* (Paris, 1909).

(3) Ritter, *Geschichte der christliche Philosophie*, libro XI, cap. 1.

(4) J. Hercz. *Averroes (Vater und Sohn), Drei Abhandlungen über d. Conjunction d. separaten Intellects mit d. Menschen* (En su versión de Samuel ben Tibbon, Berlin, 1869).

(5) Renán, o. c. pág. 183.

(6) Renán, o. c. pág. 194.

(7) *Libre de demostracions*, e. d. págs. 3 y 7.

(8) Acuérdesse lo que hemos dicho sobre la *iluminación* del entendimiento agente en los párrafos anteriores.

(9) Véase por ej. *Libre de Contemplació*, e. c. Tomo IV, pág. 27; pág. 19; etra.

(10) Id. id. pág. 415-416.

(11) *Introducció a l'Hist. del Pens. Filosófic a Catalunya*, págs. 43-45.

APÉNDICE

I

SOBRE EL EJEMPLARISMO DIVINO

Terminado el Curso de Santander, uno de mis más inteligentes alumnos me expresó la conveniencia de explicar, aun que fuese concisamente, la doctrina del ejemplarismo luliano contenido en el «*Ars Magna*» y sustentado en los libros del bienaventurado Maestro. Lo haremos brevemente, para que aparezca la diferencia que existe entre el ejemplarismo luliano y los demás ejemplarismos menos conformes.

A) *TEORIA CORRIENTE DEL EJEMPLARISMO DIVINO:*

a) *Orígenes.*

Se trata de una teoría para explicar el motivo supremo de la certeza humana.

Buen número de espiritualistas cristianos, bajo la influencia del *platonismo* y de varias expresiones no bien comprendidas de San Agustín, sitúan el motivo supremo de certeza en la esencia de Dios y en la necesidad absoluta de las relaciones entre las ideas prototípicas concebidas por la inteligencia divina. Los orígenes pues, de la teoría del *ejemplarismo divino*, son platónicos.

b) *Fundamento logical.*

El objeto de la ciencia de certeza, está formada por relaciones necesarias, inmutables y eternas; y como todas las cosas sujetas a la experimentación sensible son contingentes, locales y temporales, la sola experiencia no nos da la razón de la necesidad, de la inmutabilidad y de la eternidad. Por ende —dicen— precisa transcender a la pura experimentación sensible, hasta Dios. Ser necesario, donde residen todas las cosas por sus razones supremas, todas las posiciones del espacio y todos los momentos del tiempo. Todos los infinitos seres posibles son —en efecto— *imitabilidades* ilimitadas, correspondientes a la infinita perfección, en los que residen los arquetipos de las realidades contingentes, creadas y creables. De esta suerte las creaturas no son sino imitaciones de las ideas divinas. Estas ideas tienen necesariamente los caracteres de necesidad, inmutabilidad y eternidad; y así la inteligencia halla en su conocimiento los verdaderos caracteres de las esencias que conoce. Esta necesidad absoluta, fundamentada en la esencia divina, es la razón necesaria y la única suficiente de la certeza.

B) CRITICA DEL EJEMPLARISIMO DIVINO.

No se trata aquí de atacar de frente el llamado *Ejemplarismo divino* en filosofía, sino de hacer resaltar que dista infinitamente de éste, la teología de las *Dignidades* del Beato Ramón Lull.

La teoría filosófica del *Ejemplarismo divino* sobre los fundamentos de la certeza, se inspira en una falsa suposición que confunde la necesidad de las esencias abstractas y de sus relaciones inteligibles con la necesidad del Ser divino y de las ideas divinas. Esta es absoluta; aquella es condicional.

«*Le seul argument* — escribe el Card. Mercier ⁽¹⁾— *dont elle se réclame est l'affirmation que sans elle on ne peut expliquer les caractères de la connaisan-*

ce certaine. Or, ils s'expliquent sans elle; à l'aide de deux facteurs, les réalités sensibles et le pouvoir d'abstraction et de réflexion dont l'intelligence qui a pour l'objet quel qu'il soit, est douée». Esta teoría envuelve un verdadero círculo vicioso, por que cuando se afirma que la certeza científica nace en el momento en que la razón comprende que las esencias de las cosas son imitaciones de las ideas del Ser necesario, hemos de convenir que la existencia de este Ser Supremo solo es conocida mediante el razonamiento. Y como el razonamiento demostrativo debe apoyarse sobre supuestas premisas ciertas, el conocimiento de la existencia de Dios, presupondrá la existencia de premisas ciertas. Si se acude a la visión *inmediata* de Dios, se caería en el ontologismo.

C) LA TÉSIS LULIANA.

No se trata, en el sistema luliano, de hallar el supremo motivo de certeza en la esencia de Dios y en la necesidad absoluta de las relaciones entre las ideas prototípicas concebidas por la inteligencia divina, independientemente a la demostración deductiva.

Por lo dicho antes (en capítulos anteriores) el sistema luliano comprende un ascenso y un descenso del entendimiento. Es a saber: para demostrar las cosas, el bienaventurado Maestro usa de la deducción aristotélica y de la inducción. Sobre la demostración basada en la experiencia, se levanta la razón hasta lo más transcendental; y al llegar a la esencia divina, intuye que todas las cosas tienen en ella su idea arquetípica; y que esta idea ha de armonizar perfectamente con las divinas perfecciones (*Bondad, poder, etra.*) De aquí que, sobre el fundamento de lo demostrado, puede la razón descubrir muchas cosas en el ámbito transcendental, que han de tener forzosa correspondencia en el mundo experimental. Se trata

por ende, de un *ejemplarismo divino* aceptado *a posteriori*, y lógicamente estudiado *a posteriori*. De esta suerte la tesis del Beato Ramón es la misma de Santo Tomás ⁽²⁾ y de los más eminentes escolásticos. El mismo Card. Mercier ⁽³⁾, después de demostrar que no es aceptable la teoría del *Ejemplarismo divino*, halla no obstante en ella, la misma parte de verdad hallada por Ramón Lull en el siglo XIV, escribiendo: «*Quien ha supuesto la existencia de Dios en el orden ontológico, puede partir de la necesidad de la esencia divina, para darse cuenta sintéticamente de la posibilidad intrínseca de los seres y de las relaciones necesarias, universales e inmutables que los unen. En el mismo orden ontológico, la naturaleza humana, con su inteligencia capaz de certeza, es la obra de un Dios todo perfecto; ésta ha sido hecha para conocer la verdad y hacia la verdad se halla dirigida sabia y bienhechoramente por la Providencia. El ideal sería que el orden lógico correspondiera adecuadamente al orden ontológico. Y así el ideal de la inteligencia sería deducir de la esencia de Dios y de sus atributos toda verdad. Pero no se halla en las posibilidades de nuestra razón. No; no es posible, en estos momentos, elevarnos al conocimiento sintético, más que después de un trabajo preliminar de inducción o de análisis*». Y en efecto, el método filosófico del bienaventurado Maestro Ramón, no es completamente sintético, pues basta ver por ej. el «*Libre de Demostración*», «*Art demostrativa*», «*Ascenso y descenso del entendimiento*», etc.; es *analítico sintético*. Por lo demás, si existe un criterio de verdad, este criterio debe reunir tres condiciones indispensables: Ha de ser *interno* (el espíritu necesita en sí mismo un motivo suficiente de adhesión al testimonio de autoridad), *objetivo* (porque no puede ser una

disposición puramente subjetiva, o un sentimiento subjetivo, porque el motivo último ha de residir en la razón de su valor), e *inmediato* (es decir, que no suponga otro motivo de asentimiento).

¿Como en la teoría del *Ejemplarismo* puede darse este criterio de certeza?

NOTAS

(1) CARD. D. J. MERCIER, *Critériologie Générale ou Théorie Générale de la Certitude* (8.^a ed. Lovaina, 1923, pág. 232).

(2) «*Unaquaeque creatura habet propriam speciem, secundum quod aliquo modo participat divinae essentiae similitudinem. Sic igitur in quantum Deus cognoscit suam essentiam ut sic imitabilem a tali creatura, cognoscit eam ut propriam rationem et ideam hujus creaturae*», *Summa Theol.* I, c. 15 2, c.

(3) O. c. pág. 233.

EL "SENTIDO VITAL" EN LA FILOSOFIA LULIANA

Hemos insinuado, en el curso de las lecciones precedentes, la tesis sobre el *sentido vital* de la filosofía luliana. Esta tesis se fundamenta en razones criteriológicas positivas. Quizás resulte que la frialdad de un escolasticismo demasiado intelectual, tenga en gran parte la culpa, o cuando menos haya obstaculizado la incorporación del *lulismo* a la corriente filosófica europea; ha sido preciso el renacimiento neoescolástico, con su plétora de vitalidad y de promesa, para que los intelectuales, volviendo los ojos hacia el medioevo, quedasen subyugados ante la figura gigantesca y las obras incomparables del *Doctor Iluminado*; y se sujetase a una exégesis juiciosa el verdadero valor de sus argumentaciones. A petición de algunos de mis alumnos, añadiré, pues, unas consideraciones sobre la tesis insinuada.

Los neo-escolásticos ya no prescinden completamente en la obra apologética, de las razones del corazón, ni de los argumentos meramente *persuasivos*; desde luego. aún hallándose muy lejos de los doctrinarismos de la *inmanencia vital* o *psicológica*, condenada por Pio X en la memorable Encíclica «*Pascendi*». Después de la *Crítica de la Razón Pura* y de la *Razón práctica*, de las excesivas concesiones del

conceptualismo, y de los delirios criticistas de los *agnósticos* alemanes, franceses e italianos, el pensamiento europeo adquiere mayor amplitud y más humanidad, estableciendo la limitación de la humana inteligencia, y la necesidad de acudir, cuando es preciso, para el establecimiento de un *juicio práctico urgente*, a los argumentos totalitarios, a las lulianas «*raons necessaries*» de los humanos instintos espirituales. Y con esto retorna Europa al «*sentido vital*» de la filosofía luliana.

Hace un año apenas, que un lulista eminente, el Dr. D. Tomás Carreras y Artau, de la Universidad de Barcelona, ha lanzado una afirmación bastante osada, que no ha podido menos de causar extrañeza y recelos en algunos de mis alumnos. Nos dijo, en la revista madrileña «*Cruz y Raya. Revista de afirmación y negación*», que «una restauración filosófica del *Lulismo* es empresa que juzgo temeraria y condenada irremisiblemente al fracaso cuantas veces se intente». Creo al menos muy aventurada esta rotunda afirmación del ilustre catedrático, si es que no entiende por filosofía luliana los procedimientos pedagógicos (que son una simple mecanización o simplificación de los métodos de argumentar; ya Littré había dicho que esta simplificación metódica, eminentemente pedagógica, de Ramón Lull, no es a la postre, más que el silogismo escolástico representado sugestivamente en diagramas) del «*Art Major*» que, al menos íntegramente, no nos parecen hoy aceptables. Pero en la filosofía luliana hallamos, no solamente un fondo de verdad indudable, y por tanto incorporable a las nuevas corrientes filosóficas, sino aún ciertos procedimientos lógicos que fueron en sus días de una audacia extremada y hoy se van incorporando a la filosofía moderna.

Para entender el *dinamismo* intenso del Beato

Ramón, precisa el conocimiento de su *personalidad*. Al decir *personalidad*, no me refiero al significado escolástico de un sencillo concepto teológico y metafísico, *Personalidad* es la misma persona en actividad manifiesta, fenoménica, revestida de una categoría individual precisa, y ostentando una determinada representación social. El Maestro define su propia *personalidad*, en el sentido que indicamos, diciendo que es el «*Procurador de infieles*», y también un «*Juglar de valor*». Ambas autodefiniciones convidan a un estudio psicológico interesantísimo, que no me consiente el espacio de este apéndice. La conversión religiosa — punto de partida de la eclosión del genio de Ramón Lull — confirmando desde luego su «*Yo*» ontológico (recuérdese lo que dijimos sobre su carácter excepcional), le reviste de nueva *personalidad*; es decir, cuando se convierte, créase en él la *personalidad lulliana*, que no es la del Ramón Lull de antes de la conversión; porque si estudiamos su «*Yo*» ontológico, antes y después de la conversión, observaremos enseguida profundas divergencias fenomenológicas intelectuales, afectivas y prácticas; y la razón de esto es porque, después de la conversión, la conciencia que adquiere de un deber, muy bien determinado, que ha de cumplir durante su vida, es antagónica a la conciencia laxa e indiferente de antes. Es que al sobrevenir lo que los psiquiatras llaman el *coup de foudre* (James, etra.), sobreviene avasalladoramente el *cambio* (así llaman al hecho misterioso de la conversión religiosa normal los recientes psicólogos y psiquiatras de cualquier tendencia, como De Sanctis, James, Flournoy, Royce, el mismo Freud, etra.) producido por la conversión religiosa. Este *cambio*, experimental y experimentado, es la parte fenomenológica del «*Yo*» ontológico lulliano, esclarecido por un hecho de conciencia se-

recto, rectilíneo, que llega a hacerse moralmente ineludible. Por esto leemos en la «*Vita*» ceotánea que enseñada después de la conversión, Ramón Lull conoció «*certissime*», cual era la voluntad de Dios: un apostolado intenso, científico y personal a favor de la verdad religiosa.

Esta apreciación, clara, serena y urgente, dió a todos sus escritos un sentido filosófico humanísimo. El nervio vital de todas sus actividades prodigiosas, no fué sino el deseo inmenso de llevar a los hombres a Dios, instruyéndoles razonablemente. Por esto, también su filosofía no es teórica, sino eminentemente *práctica*; es decir, que no ha de ser enjuiciada como una filosofía especulativa, académica, al estilo de las filosofías de Platón, Aristóteles y aún, en buena parte, de la de Santo Tomás; sino una *filosofía de conversión*. El Maestro, nunca quiso hacer hombres sabios, sino buenos y razonables creyentes, La filosofía pura, ofrece unas demostraciones puramente intelectuales; y con sus complejas lucubraciones cumple lógicamente su cometido profesional con respecto a la inteligencia humana. El bienaventurado Maestro también quiso *demostrar*; pero para él la demostración intelectual nunca fué sino un medio conceptualizado como indispensable en su profesión apostólica; y en esta profesión dirigía sus esfuerzos al hombre integral; es decir, a la inteligencia y al corazón de los hombres. Las razones filosóficas, peripatéticas y escolásticas, determinan la tendencia del filósofo a demostrar; las «*raons*» de Ramón Lull van más lejos; no solamente a *demostrar*, sino también a *persuadir*. Y la *persuasión* añade una eficiencia práctica a la pura demostración.

Esta es la razón porque muchos de los argumentos del Beato Ramón no deben ser considerados como puramente intelectuales, sino más bien como

eminentemente *vitales*, haciendo entrar en actividad notoria a todas las humanas facultades. De otra suerte obtendría quizás un *juicio teórico* sobre la verdad religiosa; pero el bienaventurado Maestro quería obtener de la razón humana un sólido *juicio práctico*, por urgencias de su proselitismo, que determinase conscientemente el libre albedrío del hombre hacia el hecho religioso cristiano.

La humana inteligencia es hartamente limitada con tener tantas posibilidades; él lo confiesa. Pero cree en la unidad de la ciencia y sobre todo en la eficiencia de la razón; y por ende en una urgencia de armonía entre las doctrinas indemostrables del hecho dogmático y las urgencias humanísimas de una explicación razonable. Por esto usa de argumentos *vitales*, humanizando las razones del entendimiento, urgiendo aquella razón de armonía, abriendo el camino a los instintos superiores, y entre ellos a los instintos del corazón. El hombre no es pura inteligencia; tiene muchas facultades e instintos; y por esto busca y halla argumentos *vitales* y *totalitarios*, que son también «razones necesarias»; porque aun cuando no sean a veces apodícticos, siempre son *persuasivos* y determinan al hombre hacia la creencia; es decir, que se hacen creer por la fuerza de verdaderas razones *vitales*, que son razones verdaderas correspondientes a los instintos psíquicos, que suplen prácticamente muchas veces los defectos de la inteligencia pura.

He aquí una explicación integral luliana: «*Lo ple del enteniment és lo seu intel·lectiu, entel·ligible e entendre... el seu buit és com no sap a la fí perquè és creat...*» Toda la operación es verdadera y en toda ella hay verdad. De toda la doctrina del «*Libre de demostracions*», se deduce que el Beato Ramón llamaba *entender*, al conocer *por demos-*

tración. La demostración luliana tiene tres grados: *sensual, intel'lectual de cosa finita e intel'lectual de cosa infinita*; y afirma el bienaventurado Maestro que la demostración intelectual de cosa finita *ès així com la totalitat de l'ànima*. Para llegar a las «*raons necessaries*», «*veres demostracions*» —larga sería la citación de textös— usa con frecuencia de las razones eternas o *dignitats* de Dios, *poder, grandeza, sabiduría...* etra., y suele argumentar sobre razones de armonía. Lo que las contradice es falso; lo que las confirma, es posible. Urgiendo luego las *raons* de la fe (cita con frecuencia «*si no creyereis, no entenderéis*») o apelando al sentido común, al corazón, a la conveniencia; etra. llega a «*raons necesaries*», porque sus contradictorias repugnan. Argumentando de esta suerte, el bienaventurado Maestro pone en actividad todas las facultades e instintos superiores del hombre. He aquí un ejemplo, tomado del *Llibre dels V Savis*: «La razón —dice— puede llegar a su objeto de dos maneras: subitáneamente y sucesivamente; subitáneamente, cuando ve que un triángulo tiene tres ángulos, certificado por las potencias sensitiva e imaginativa; por semejante modo no es demostrable la Santísima Trinidad, porque no es sensible ni imaginable; sino por manera *discursiva*, es a saber *por equiparancia*». Explica después las razones *producentis y producti* en Dios y dice que «la certeza que logra el entendimiento de la dicha distinción es más cierta que cuando entiende que un triángulo tiene tres ángulos; y la razón es porque llega a ella por razones infinitas (*perfeccions*) de Dios». De esta suerte supervaloriza, cuando es preciso, las mismas razones lógicas.

Espinoza, en su Ontología, tomó del bienaventurado Maestro que «lo congruente es necesario».

Más es preciso distinguir; porque esta congruencia es necesaria en orden a la *persuasión*, al juicio práctico urgente. La lógica luliana es, sin duda, generalmente hablando, formal; pero tiene un marcado carácter propedéutico y directivo del conocimiento. La lógica luliana, en efecto, es una ciencia racional, porque es razonable y causa sabiduría; y es también una lógica sintética. Lo mismo podría decirse sobre «lo ideal es real», que a veces se presupone (500 años después vino a ser el centro del sistema hegeliano), en cuanto Ramón Lull comprendía que el ser de las cosas no es independiente de los conceptos correspondientes a la objetividad. Y por aquello la lógica luliana es también metafísica.

La misma urgencia del apostolado le hizo, sin pensarlo, algo sincretista. Recogió lo que creyó útil de filósofos anteriores, principalmente de Platón y Aristóteles, y de los Santos Padres, principalmente de San Agustín y de San Anselmo. Recogió del peripatetismo la lógica del *ascenso*, aunque la lógica luliana del *descenso* parece más genuinamente luliana; y es deductiva. Su método de argumentación, no fué generalmente el raciocinio-raciocinante, sino el raciocinio vital. No excluye el razonamiento apodíctico; pero siendo su filosofía *de conversión*, usa preferentemente del razonamiento de congruencia, infiriendo de un ser lo que mejor armoniza con sus cualidades intrínsecas esenciales. Y es claro que esto es buena lógica y una genial supervaloración de la lógica, con tendencia práctica.

Nada más lejos de Ramón Lull (el intrépido defensor de la unidad de la verdad, contra la doble verdad teológica y filosófica del racionalismo averroísta) que la doble verdad establecida por el neokantismo y el reciente agnosticismo positivista. Pero no rechaza la verdad de las experiencias íntimas.

¿Quién no adivina, por lo demás, las necesidades vagas y profundas del corazón y aún las intuiciones misteriosas que parecen revelaciones inmanentes? El kantismo de la *razón practica* se fundamentará en la realidad de estas necesidades y urgencias íntimas. El agnosticismo actual querrá coonestar estas tendencias misteriosas; pero llegará al abuso. Maestro Ramón, apologista y apóstol, usa de argumentos de razón, activando la eficiencia del entendimiento; pero también la eficiencia del corazón humano. Mas en sus páginas —llenas de sugestión y de sinceridad— no hallaremos las contradicciones monstruosas y los abismos insondables de los neo-kantismos y neo-hegelianismos de todo orden. En él todo es armonía soberana; la razón, el corazón, los instintos humanos, las urgencias espirituales... toda la vitalidad psíquica hallará correspondencia y verdad; y por ende, satisfacción, quietud, *persuasión vitalmente dominadora*.

Y ved ahí como la filosofía moderna se desplaza hacia lo que Ramón halló hace casi setecientos años.

Por lo demás ¿ha de reducirse el estudio de Ramón Lull a lo simplemente anecdótico? ¿No hay algo, y aún mucho, en el acervo del *Opus* filosófico lulliano, incorporable a las corrientes modernas? La misma investigación de tantos lullistas ilustres ¿no dice claramente que vibra en la obra de Ramón Lull algo que no ha muerto, ni puede morir?

Ciertamente una «restauración filosófica del *Lullismo*, no es empresa temeraria»; ¿porqué «ha de estar condenada al fracaso toda vez que se intente»?

III

UNAS PALABRAS DE LEON BLOY, SOBRE EL MEDIEVO.

León Bloy escribía para libertar a las almas.
JACQUES MARITAIN.

A UN MATEMATICO:

.....Vivimos entre tinieblas, y esto es lo que el orgullo no quiere reconocer. Tan solo la Fe es clara; y por esto el Orgullo, Príncipe de las Tinieblas, la rechaza, teniendo la horrible pretensión de ser tomado por la Luz. Tan solo la Fe es cierta. ¿Tenemos necesidad de otra cosa?

¡Usted querría comprender como la presciencia de Dios puede conciliarse con la libertad humana! ¡Ah!, para mí es muy sencillo. Es como si usted me dijese que no puede comprender como la idea del número treinta se puede *conciliar* con la idea del número cinco multiplicado por el número seis, cosa que no es más comprensible. Yo sé, *sin poderlo comprender*, que la presciencia divina y la libertad humana no tienen necesidad alguna de ser conciliadas, porque son exactamente, absolutamente, esencialmente y substancialmente *la misma cosa*.....

Usted quisiera comprenderlo; usted que se considera ambicioso!

No ve usted que vale más *saber* que comprender. ¡Ha estudiado usted no sé cuantas ciencias naturales para llegar a la ignorancia total de este rudimento de

la única Ciencia! Antaño, en tiempo de los Santos, en el sublime siglo XIII, sobre todo, que fué el apogeo del espíritu humano, a los mismos niños no se les permitía ignorar que el objeto único, infinitamente glorioso de la razón, consiste en *creer* y que creer equivale a saber, a *saber altamente*. Todo lo demás deduciase de esto del modo más sencillo del mundo. Por esto las más vulgares palabras de las gentes de entonces nos deslumbran ahora cuando las leemos en las crónicas.

Hoy día es corriente imaginar que la razón consiste en explicar teoremas o en ordenar catálogos. Se dice de un hombre que es *razonable*, como las ramerías dicen de un cliente que es *serio*...

Una persona inteligente, un ingeniero, explicará muy bien que dos paralelas no pueden cortarse en ángulo recto. Un pobre hombre, incapaz de comprender sea lo que fuere y sin hacer uso de su razón, *sabr*á, sin poderlo explicar, que es así y que ha sido preciso, absolutamente, que las dos paralelas se encontraran para que se *salvara* el mundo. *No se demuestra más por lo contingente*... Lo Necesario... es indemostrable, y los Amigos de Dios están sentados en mansiones imposibles de concebir, de las cuales nunca les habrá inquietado el estudio de su arquitectura...»



KEYSERLING, Fundador de la Escuela de Sabiduría de Darmstadt, y EL BEATO RAMON LULL.

...Ramón Lull, por los datos que yo conozco—su obra—era el *único* pensador de la Edad Media, que comprendía al hombre *integral* y, de tal manera, preparaba la filosofía del porvenir...

LA PERSONA DE RAMON LULL Y FRANCIS DE MIOMANDRE.

...Raymond Lull est pour moi una des plus grandes figures de l'humanité; puisqu'elle réunit en elle les traits (chez d'autres toujours contradictoires) de l'action et de la pensée, de l'enthousiasme et du bon sens, de la total expérience et du parfait détachement et, pour tout dire, de l'intelligence et de l'amour.

Il règne autour de cette figure, pourtant si minutieusement étudiée et si connue, un mystère, quelque chose qu'on ne peut pas expliquer, pas plus que le rayonnement d'un nimbe, et qui, après tant de siècles, continue à émaner de lui. L'ingéniosité du philosophe, l'ardeur du propagandiste, le dévouement du Maître, l'abondance de l'écrivain, l'appetit du martyr, tout cela s'explique par l'Amour. C'est, avant tout, un mystique, c'est l'auteur du *Libre d'Amic e Amat*, dont son fervent biographe F. Sureda Blanes a dit que c'était une «éclosion splendide et incomparable de l'âme...». Et toute sa doctrina, comme toute sa vie, expriment cel Amour, pour lui véritable creuset où se fondent pour ne former avec lui qu'une seule essence: la foi et l'intelligence...



INDICE

| | Página |
|--|--------|
| DEDICATORIA. | 3 |
| DESDE EL ATRIO | 9 |
| <i>I—El lulismo. II—El re nacimiento de los estudios luliano. III—El gérmen de la vasta producción luliana.</i> | 12 |
| Notas | 23 |
| PRIMERA PARTE. El ambiente. Antecedentes históricos y eclosión del pensamiento filosófico luliano. | |
| I—LA ÉPOCA DE RAMON LULL. | 37 |
| <i>Sumario:</i> I—Valoración puramente filológica del concepto « <i>Medieval</i> ». II—La época de R. L. coincide con la construcción de Europa y con la formación de su cultura propia. III—El moderno progreso se origina en la Edad Media. IV—La rémora del Renacimiento. V—Sabia defensa de la naciente cultura europea. VI—Las campañas antirracionalistas. VII—La actividad filosófica de los siglos XIII y XIV respondía admirablemente a motivos y urgencias pragmáticas. VIII—La fuerza del Pensamiento filosófico medieval y los fundamentos de las ciencias experimentales. | |
| Notas | 63 |
| II—LOS LARES DEL BEATO RAMON | 67 |
| <i>Sumario:</i> I—En plena grandeza de su Patria. II—Plétora de vitalidad bajo la égida del Rey Conquistador. III—Ansias de cultura. IV—El Beato Ramón representa el carácter de su época y de su Patria. | |
| Notas | 81 |
| III—EL RAMON LULL HISTORICO. | 85 |
| <i>Sumario:</i> Los legendarios « <i>Raimundo Lulio</i> ». II—Fisonomía moral y física del bienaventurado Maestro. III—Su formación. Su vida cortesana. Su conversión. Eclosión de su vocación filosófica. IV—Su inmensa producción literaria. Vicisitudes de su larga vida. Su santa muerte. | |

| | |
|------------------------------------|-----|
| Notas | 110 |
| IV—EL AMBIENTE FILOSOFICO. | 115 |

Sumario: I—El Pensamiento cristiano en Europa; los Apologistas y los Santos Padres; el neo-platonismo patrístico. II—Peripatetismo cristiano. Los helenistas españoles. III—Anteriormente a R. L. no existió ninguna escuela filosófica genuinamente española. IV—El gran drama intelectual del siglo XIII. Las controversias religiosas. V—¿Constituye el *Lulismo*, una verdadera Escuela Filosófica Nacional?

| | |
|---------------------------------------|-----|
| Notas | 139 |
| SEGUNDA PARTE: El « <i>Lulismo</i> ». | |

| | |
|----------------------------------|-----|
| I—LA FILOSOFIA LULIANA | 145 |
|----------------------------------|-----|

Sumario: I—La vocación filosófica del Maestro. II—Su argumentación tiene un sentido vital y totalitario con respecto al ejercicio de las diversas facultades humanas. III—La filosofía luliana es apologética y circunstancial. IV—Las demostraciones lulianas de los artículos de la fe. V—El racionalismo ortodoxo del Maestro. R. L. tenía una profunda fe religiosa y una fe profunda en la eficacia de la razón. VI—¿Qué entiende R. L. por demostración? VII—Tres grados de demostración luliana. VIII—La demostración luliana de los dogmas supone la divina revelación y la fe transcendental. IX—Tales demostraciones no son apodícticas. X—Demostraciones apoyadas en motivos extrínsecos. XI—La lógica luliana es eminentemente formal, metafísica y sintética. XII—El helenismo luliano.

| | |
|--|-----|
| Notas | 178 |
| II—NEOPLATONISMO Y ARISTOTELISMO LULIANOS. | 181 |

Sumario: I—Estudios realizados por R. L. después de su conversión. II—La ciencia unitarista de R. L. II—El transcendentalismo luliano. IV—La terminología luliana es eminentemente escolástica. V—La lógica característica de R. L. es la *del descenso*. VI—Ramón Lull no intentó expresamente armonizar la inducción platónica con la deducción aristotélica. VII—El «*Libro del Ascenso y Descenso del entendimiento*». VIII—Trilogía del «*Art*» luliano.

Notas 197

III—FILIACION DE LAS IDEAS LULIANAS.

Sumario: I—Sobre los orígenes del *Lulismo*. II—Tesis de los Maestros Ribera y Asín Palacios. III—Hipótesis menos ciertas de estas teorías. IV—Tesis del Dr. Eijo y Garay. Su correspondencia a la realidad de los hechos. El tecnicismo luliano. La exégesis. La mística de R. L. no tiene nada que ver con el misticismo arábigo. V—Tesis del Dr. Tomás Carreras y Artau; y de Tusquets. VI—Los orígenes doctrinales del *Lulismo* —filosófico y teológico— hay que buscarlos en la patrística y en la escolástica. Tesis del P. Longpré, Carmelo Ottaviano, Otto Keicher, Prantl y Probst. La concienzuda labor del P. Pascual. VII—Más sobre el sincretismo luliano.

Notas 218

TERCERA PARTE. «*Substratum*» doctrinal y psicológico del «*Lulismo*».

I—EL FUNDAMENTO DOCTRINAL DE LA CIENCIA LULIANA ES EMINENTEMENTE TEOLOGICO. 225

Sumario: I—Una glosa indirecta a la doctrina teológica del primer capítulo del Evangelio de San Juan. II—El trinitarismo sistematiza la exposición luliana. III—La unidad y la trinidad. La realidad y el conocimiento de las cosas creadas y de las perfecciones divinas. La doctrina del Verbo. IV—La imagen de la Santísima Trinidad en todas las cosas y principalmente en el hombre.

Notas 236

II—«*SUBSTRATUM*» MISTICO Y ASCETICO DEL «*LULISMO*» 237

Sumario: I—Todas las actividades del venerable Maestro van dirigidas y fomentadas por una tendencia mística. II—El misticismo luliano III—El ascetismo luliano. IV—Concepto luliano del amor. La mística de Ramón Lull es antitética a la mística arábigo. V—El «*Libre d'Amic e Amat*» Su luminosa doctrina.

Notas

III—LA FILOSOFIA LULIANA COMO INSTRUMENTO APOSTOLICO. FRANCISCANISMO LULIANO. 257

Sumario: I—El misterio de la conversión religiosa del Maestro. II—Cristología luliana. Tesis luliana de la creación del mundo *propter Christum hominem*. III—Razón y urgencia de esta tesis. IV—El *Franciscanismo*. La sinceridad, la pobreza y la verdad franciscanas. V—El Beato Ramón y San Francisco de Asís. Coincidencias y discordancias. VI—San Francisco es el antecedente cronológico sentimental a la época criticista del Beato Ramón.

Notas 287

IV—INTENTO LULIANO DE UNA ECUACION ORTO-
DOXA ENTRE LOS TÉRMINOS «FE» Y «RA-
ZÓN» 289

Sumario: I—Irrupción del criticismo. II—Averroes. Las doctrinas aristotélicas sobre la eternidad de la materia y la teoría psicológica. III—La distinción averroísta entre verdad filosófica y verdad teológica. IV—Ramón Lull representa el máximo esfuerzo de la ciencia cristiana contra la absurda distinción. V—Las «*raons necessaries*» de la argumentación luliana, correspondían lógicamente a las exigencias circunstanciales del apostolado, es decir, a urgencias del momento histórico.

Notas 300

APENDICE.

I—Sobre el *Ejemplarismo* divino 301

II—El «sentido vital» en la filosofía luliana. 306

III—Unas palabras de León Bloy, sobre el medievo. 314

Keyserling, Fundador de la Escuela de Sabiduría y
El Beato Ramón Lull. 315

La persona de Ramón Lull y Francisco de Mio-
mandre 316

Amón 2

B765 .L84S96

Bases criteriologicas del pensamiento

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00158 3444